

Historia breve de Japón

Irene Seco Serra

小日本史

se

Historia Breve de Japón es un repaso a toda la historia del País del Sol Naciente desde los nebulosos inicios de la ocupación humana del archipiélago hasta la actualidad. Sin embargo, no se trata de un relato continuo al modo tradicional. No falta tampoco una narración general, que da coherencia al conjunto, aunque la obra se estructura en grandes secciones a las que se puede acceder de manera independiente. Cada una analiza de manera individualizada cuatro rasgos concretos: un personaje, un acontecimiento, un lugar y un fenómeno filosófico o religioso. De este modo, escuchando a la dama Sei Shonagon, visitando la montaña de los templos de Nikko o paseando por el barrio tokyota de Akihabara, el lector puede acercarse a las diversas etapas de la historia japonesa desde puntos de vista diferentes pero complementarios.



Irene Seco Serra

Historia breve de Japón

ePub r1.0

Readman 24.04.15

Título original: *Historia breve de Japón*

Irene Seco Serra, 2013

Diseño de cubierta: Readman

Editor digital: Readman

ePub base r1.2





www.epublibre.org

Aniversario

EDICIÓN CONMEMORATIVA

Antes de la Escritura: Paleolítico, Jomon y Yayoi

(c. 500 000 a. p.-c. 300 d. C.)

Los acontecimientos

Aunque parezca mentira, la fecha de la llegada a Japón de sus primeros habitantes no se conoce con exactitud. Hay quien defiende una ocupación muy temprana, y hay quien prefiere atenerse a fechas más recientes. Lo cierto es que no se sabe cuándo llegó el hombre a Japón, y mientras no se cuente con nuevos datos, parece que el tema seguirá suscitando controversia.

Las herramientas de piedra más antiguas, halladas en el yacimiento de Takamori, en la prefectura de Miyagi, tienen posiblemente unos 500 000 años, es decir, corresponden cronológicamente al Paleolítico Inferior, y presentan un marcado aire de familia con las excavadas en el famoso yacimiento chino de Choukoutien. Estos y otros materiales datados también en la primera etapa del Paleolítico, provenientes de lugares como Nakamine, han hecho pensar que en estos momentos Japón estaba habitado por un tipo humano equivalente al llamado «hombre de Pekín» (*Sinanthropus pekinensis*).

Sin embargo, no hay restos óseos asociados a estos primeros elementos líticos; hay que esperar más de cuatrocientos mil años, hasta el Paleolítico Superior, para encontrar los primeros huesos humanos. Incluso en esa etapa, ya muy moderna dentro del marco general de la evolución humana, los fósiles

son extremadamente escasos en Japón, y muchos están además mal conservados. Destacan en este sentido por su buena preservación los huesos del llamado «hombre de Minatogawa», descubiertos en la isla de Okinawa.

A pesar de la escasez de restos humanos propiamente dichos, es evidente por el registro material que el archipiélago nipón estuvo habitado ininterrumpidamente y con toda seguridad al menos desde los inicios del ya mencionado Paleolítico Superior, que se extiende entre c. 35 000 y c. 12 500 antes del presente (las dataciones prehistóricas «antes del presente» toman como referencia el año 1950 de nuestra era). Estos momentos se enmarcan de lleno en el último periodo glaciario hasta la fecha, la glaciación de Würm, durante la que se produjeron a nivel mundial considerables movimientos tanto de personas como de animales, que trataban de hallar zonas donde el frío no fuera extremo. Hay que tener en cuenta además que por entonces las islas de Japón todavía estaban unidas al continente en ciertos puntos o «corredores», que proporcionaban rutas de entrada. Parece que una de estas rutas conectaba con la península coreana, otra con la costa de Siberia y una tercera con la actual isla de Sajalín. Todas ellas habrían sido empleadas para llegar al archipiélago. Es posible que en las últimas etapas de la migración también se recurriese a la navegación primitiva, y muchos estudiosos defienden un componente polinesio en los grupos humanos que fueron poblando Japón.

Los ulteriores aportes de población al primitivo «grupo original» de época glaciario son discutidos, aunque muchos autores aceptan que se produjeron varias oleadas migratorias en fechas más recientes. La más importante habría tenido lugar a comienzos del periodo Yayoi. Pero sobre este punto volveremos después.

Durante mucho tiempo se identificó la primera población de época glaciario con los Ainu. El pueblo Ainu es racialmente diferente del tipo humano que habita el resto del país, y ha sido tradicionalmente caracterizado por contar con vello corporal, inusitado en Japón. Según las antiguas teorías, los Ainu habrían sido desplazados más adelante por las gentes que supuestamente introdujeron la agricultura desde el continente. Hoy día no se acepta ya esta hipótesis. Pero tampoco se ha propuesto una explicación satisfactoria sobre su origen y desarrollo histórico, de modo que la «cuestión Ainu» sigue todavía envuelta en cierto grado de misterio, y los posteriores aportes poblacionales siguen sin quedar claros, aunque es muy probable que se produjeran, sobre todo en ciertas zonas.

Entra dentro de lo posible que la primitiva lengua japonesa se hubiera

desarrollado a finales del Paleolítico Superior, aunque otras opiniones retrasarían su aparición cinco o seis mil años. A menudo suele decirse que el japonés es una «lengua isla», sin parentesco con otros idiomas. Pero este no es en realidad el caso. La lengua japonesa está relacionada con las llamadas «lenguas altaicas», como el coreano, el mongol o el turco, y como ellas evolucionó desde un idioma común anterior.

Un caso aparte es el del idioma Ainu, hablado hasta hace poco en el norte de Japón. Como sucede con el tipo humano, las teorías sobre el origen de la lengua Ainu son variadas y a veces contradictorias. Su largo aislamiento ha hecho que sea poco menos que inútil tratar de reconocer una conexión con otros idiomas. No es imposible tampoco que descienda de un antiquísimo tronco común con el japonés, con el que comparte ciertos rasgos, que, por otro lado, también podrían ser simples préstamos.

Volviendo ya al registro material que nos proporciona la arqueología, hay que decir que los especialistas distinguen diversas grandes etapas en el Paleolítico Superior japonés, según el tipo de herramienta lítica predominante en cada momento. Así entre c. 35 000 y 12 500 a. p. se sucedieron cuatro fases. La primera se caracteriza por las hachas de mano, los mazos conocidos como *choppers* y, en general, los instrumentos grandes, realizados a partir de un núcleo de piedra. Este tipo de herramientas se han hallado por ejemplo en yacimientos como Nakazanya, Heidaizaka o Nishinodai, y desde el punto de vista europeo podría decirse que tienen un aspecto «musteriense».

La segunda etapa cuenta sobre todo con cuchillos, que, como otras herramientas que se desarrollarán en momentos posteriores, no están ya fabricados a partir de un núcleo de piedra retocado hasta conseguir la forma deseada, sino aprovechando las lascas de piedra que se obtienen al golpear los núcleos. El yacimiento más representativo de la fase de los cuchillos es probablemente el de Iwajuku, cerca de Tokyo.

La tercera fase se caracteriza por herramientas compuestas por pequeños elementos de piedra o microlitos. Resulta interesante constatar que ya parece haber una tendencia a la reducción del tamaño en momentos finales de la etapa precedente, en la que, sin embargo, empleaban útiles de aspecto completamente distinto. Por otra parte, el hecho de que los microlitos sean abundantes en estos momentos no significa que no haya también otras piezas, y, de hecho, algunas herramientas grandes desarrolladas en fases anteriores siguen en uso, como se constata por ejemplo en los yacimientos de Yasumiba o Shirataki-Hattoridai.

La cuarta y última etapa del Paleolítico Superior japonés se distingue por sus puntas de flecha y jabalina. Hay que destacar que las etapas líticas que se acaban de describir no son homogéneas en todo Japón, sino que presentan variaciones locales. A grandes rasgos, se puede distinguir una zona nordeste y otra sudoeste, con un área de influencias mezcladas en la parte central de la isla de Honshu.

Del mismo modo que la ocupación humana del archipiélago nipón sigue hoy sujeta a debate, también la aparición de la cerámica es un tema controvertido. Los hallazgos parecen indicar que su llegada al Japón siguió una doble vía. Por una parte, arribó desde Siberia a través del lago Baikal y de la región del río Amur. Pero también, a la vez se expandió por un segundo camino, que entraría en Japón por el sur del archipiélago. Sea como fuere, la cerámica marca el paso a la primera edad prehistórica de Japón que definimos con un nombre concreto: el periodo Jomon. La denominación está tomada, precisamente, de los primeros tipos cerámicos empleados en Japón, y significa «diseño cordado», en alusión a la decoración de las piezas.

La transición entre la estricta Edad de Piedra y el periodo Jomon es confusa, y algunos autores defienden la existencia de un periodo Mesolítico entre c. 11 000 y c. 7500 a. C., que para otros debería calificarse de Jomon «incipiente». Sin entrar en esta cuestión, hay que decir que, a grandes rasgos, la época Jomon suele dividirse en Jomon Inicial (c. 5300-c. 3600 a. C.), Jomon Medio (c. 3600-c. 2500 a. C.) y Jomon Final (c. 2500-c. 1000 a. C.), etapas a las que hay que añadir un prefacio conocido como Jomon Temprano (c. 7500-c.-5300 a. C.) y un epílogo llamado Jomon Tardío (c. 1000-300 a. C.).

Al contrario de lo que suele ser habitual en Occidente, donde cerámica y agricultura van de la mano, Japón es uno de esos lugares del mundo en que ambos fenómenos se desarrollaron de manera temporalmente independiente. La sociedad Jomon no era agrícola, sino que se basaba en la caza, la pesca y la recolección, actividades que se llevaban a cabo con herramientas de piedra, más evolucionadas que las de época paleolítica, pero realizadas con el mismo material. La cerámica, sin embargo, era variada y compleja. No estaba elaborada a torno, pero sí muy decorada, y a veces alcanzaba grandes tamaños; algunos «vasos para cocinar» Jomon resultan aún hoy realmente impresionantes.

Las primeras cerámicas Jomon siguen asociadas a conjuntos microlíticos similares a los que caracterizan la última etapa del Paleolítico Superior

japonés. Algún tiempo después se desarrollarían herramientas de piedra más grandes, que se volverían desde entonces típicas del mundo Jomon. Esta etapa inicial del mundo Jomon coincide con el final de la glaciación y con el inicio de las condiciones climáticas y geográficas que, con relativamente pocas variaciones, han perdurado hasta nuestros días. La costa japonesa se fue poblando de asentamientos Jomon, con sus típicas casas ovales parcialmente excavadas en el terreno o *tateana*. En algunos lugares de topografía privilegiada y abundantes recursos naturales, como la bahía de Tokyo, las aldeas florecieron en gran número. Pero también se fundaron poblados en el interior montañoso, como por ejemplo en Fudodo o en Togariishi, donde hoy hay, precisamente, un museo dedicado al periodo Jomon.

La sociedad Jomon puede enmarcarse, en principio, dentro de los tipos más «sencillos» de organización. Y, sin embargo, sus asentamientos, como el de Sannai Maruyama que se analizará más abajo, no son simples agrupaciones desordenadas de elementos. De hecho, aunque no presenten un esquema claro y repetido, sí parecen seguir un cierto plan en su construcción. Este dato es de enorme relevancia, pues nos indica que ya en la época Jomon existía en Japón un ordenamiento de la vida social. Se han identificado incluso estructuras que, por su tamaño y características, podrían ser de tipo comunal, tanto en el propio Sannai Maruyama como en otros poblados, como por ejemplo en el ya citado Fudodo o en Mizukami. La existencia de lo comunitario, por otra parte, no implica la ausencia de diferenciación social. Algunas tumbas Jomon presentan claros elementos distintivos, sobre todo las «grandes joyas» de jade. Estos vistosos ornamentos desaparecerán progresivamente a lo largo del Jomon Final para dar paso al empleo de pequeñas cuentas de collar.

El mundo de las creencias Jomon está muy lejos de ser comprendido, pero abundan los indicios sobre la ritualidad que lo rodeaba. Destacan especialmente en este sentido las «zonas sacras» del periodo Jomon Inicial de los yacimientos de Mawaki y de Higashi Kushiro. De Mawaki proviene una pieza muy especial. Se trata de un gran poste de madera de dos metros y medio de altura, con tres zonas labradas. En la parte central, la única que se ha conservado en un estado que permite apreciar la talla, puede verse un motivo central circular flanqueado por dos crecientes.

Pero lo más conocido de Mawaki son sin duda sus delfines. Se encontraron huesos de unos trescientos de estos cetáceos, todos depositados en el mismo lugar. Los cráneos de los animales se habían colocado de una

manera particular; algunos estaban emparejados en paralelo o enfrentados, otros, dispuestos en forma de abanico con el morro mirando hacia adentro. En Higashi Kushiro, por su parte, salieron asimismo a la luz cráneos de delfines, que, en este caso, se habían colocado en círculo, con los morros hacia fuera, y se habían cubierto con pigmento rojo de óxido de hierro.

También muy interesantes son los datos de yacimientos como Togariishi, que ya se mencionó más arriba a propósito del poblamiento de las áreas interiores de las islas. En el lugar se hallaron gran número de figurillas de arcilla bajo los suelos de las casas.

Las figurillas de arcilla o *dogu* fueron habituales a lo largo de todo el periodo Jomon. En algunas ocasiones, sobre todo en momentos muy antiguos, son pequeñas y planas. Por ejemplo, las de Sannai Maruyama, el yacimiento que se analizará con detalle más abajo, están realizadas mediante placas de arcilla sobre las que se moldean los rasgos. Pero lo habitual es que sean tridimensionales, con volúmenes muy acentuados. Muchas de ellas son bastante grandes, aunque no llegan a alcanzar el tamaño de las grandes *haniwa* de época Kofun sobre las que se hablará más adelante.

Algunas *dogu* son claramente femeninas o masculinas; es famosa, por ejemplo, una figura de prominentes e inconfundibles volúmenes redondeados excavada en Tanabatake, en la prefectura de Nagano, que se suele calificar directamente de «Venus». Estas *dogu* femeninas han sido puestas en relación con ritos de fertilidad. Muchas figurillas, sin embargo, resultan confusas en cuanto a su género. Además, mezclan con frecuencia rasgos humanos y animales de manera muy peculiar. Se piensa que, al menos en ciertos casos, se intenta representar el uso de máscaras. El estilo de las *dogu* enfatiza los ojos y la boca, a menudo abierta en un grito, y mezcla la incisión con la aplicación de elementos en relieve para crear complejos patrones decorativos. Existe un gran número de tipologías de *dogu*, que varían según el momento y el lugar; hay *dogu* con el cuerpo hueco, *dogu* vestidas, desnudas, en forma de aspa, *dogu* con cabeza triangular, o, como las llaman los japoneses «con forma de montaña», y un largo etcétera.

La función y el significado de las *dogu* siguen sin estar claros del todo, y de hecho hay quien opina que denominar con la misma palabra, *dogu*, un término acuñado por los arqueólogos japoneses en 1882, a tantas figuras tan diversas es llevar a cabo una falsa homogeneización. Sea como fuere, se piensa que las figuras se colocaron alrededor del hogar y también suspendidas del techo de las casas, y consta que algunas se emplearon como lámparas. La

mayoría han aparecido en un estado fragmentario intencionado, es decir, que, después de usarlas, las figurillas se rompieron a propósito y luego se enterraron. Lo normal es que aparezcan en la zona de vivienda, aunque en algún caso se han encontrado en tumbas. En momentos tardíos de transición al Yayoi hay ejemplos de *dogu* empleadas como contenedores funerarios de restos humanos, pero no parece que fuera esa su función primera. En resumen, se cree que las *dogu* representan fuerzas numinosas, espíritus protectores que habitaban junto a los vivos y velaban por los difuntos. Se piensa también que algunas de ellas pudieron acercarse al concepto de exvotos, y que se rompían buscando la curación de diversas enfermedades.



Vasija prehistórica del periodo Jomon Medio

No podemos concluir este breve pasaje sobre las figurillas *dogu* sin mencionar la famosa *dogu* de Kamegaoka. Se trata de una figura bastante grande, cubierta de motivos ornamentales y con unos característicos ojos

protuberantes de pupilas reducidas a una incisión, Esta *dogu*, conocida y estudiada desde antiguo, ha dado pie a curiosas teorías. En el siglo XIX, al poco de su descubrimiento, un investigador japonés, que por aquel entonces se encontraba en Londres, quiso ver en los ojos ovalados y salientes de la figura una versión nipona prehistórica de un tipo de gafas para la nieve empleadas después por los habitantes de ciertas zonas de Siberia. El estudioso se había topado con gafas de este tipo en la colección de etnografía del Museo Británico, y lo cierto es que las piezas en cuestión guardan un sorprendente parecido con el modo de representar la zona ocular de la *dogu* de Kamegaoka. Sin embargo, la investigación moderna ha descartado su hipótesis.

Con el correr de los años los hallazgos de *dogu* se multiplicaron y la cultura Jomon fue cada vez más conocida, pero la *dogu* de Kamegaoka mantuvo por algún motivo una extraña capacidad de fascinación. En el siglo XX fue tomada como bandera por grupos que sostenían que en el pasado se habían producido encuentros extraterrestres, y que buscaban las huellas de los visitantes en estelas precolombinas o en pinturas rupestres. Todavía hoy no faltan quienes ven en esta *dogu* la representación de un ser vestido con traje espacial. Desde el punto de vista arqueológico se trata, sin duda, de una de las piezas Jomon más significativas entre las halladas hasta la fecha.

Volviendo al yacimiento de Togariishi, hay que señalar que, además de hallar gran número de *dogu*, en algunos edificios los excavadores identificaron además altares adosados a las paredes, sobre los que se colocaban rocas de aspecto fálico. Además, en el centro de la aldea se alzaba una enorme piedra, a la que conducía un camino pavimentado. Debajo del monolito se encontró un gran vaso de ofrendas de cerámica.

En periodos posteriores de la historia japonesa está bien documentada la veneración de diversos tipos de piedras como moradas de las divinidades. A menudo se trata de afloramientos rocosos, conocidos con el nombre genérico de *iwakura*. Los dioses que habitan piedras en general, y los japoneses no son una excepción, suelen ser también proclives a las asociaciones fálicas, relacionadas probablemente tanto con la fecundidad agrícola y humana como con ideas apotropaicas. En este sentido cabe mencionar a ciertos antiguos dioses de los caminos, que acabarían identificados, en ocasiones, con una deidad budista posterior. Sobre ello se volverá más adelante, en el apartado sobre la expansión del budismo. Resulta tentador rastrear los inicios de estos tipos de representación en el periodo Jomon, pero lo cierto es que carecemos de detalles para proponer una continuidad conceptual prehistórica con las

manifestaciones más recientes. En cualquier caso, la religiosidad Jomon era claramente compleja y variada, y el mundo sacro suele ser extraordinariamente conservador. Por lo tanto, tampoco hay por qué negar de manera tajante la posibilidad de que algunos de sus elementos pervivieran en las ideas religiosas que habrían de venir.

Si midiéramos el éxito de una cultura por su duración ininterrumpida y por una escasa variación en el registro material, que atestiguara una buena adaptación al medio, entonces el larguísimo periodo Jomon, con sus más de once mil años, estaría sin duda en una de las primeras posiciones del mundo postpaleolítico. Pero todo llega a su término, y el periodo Jomon fue sucedido finalmente por la edad agrícola japonesa, que fue a su vez una Edad de los Metales: el periodo Yayoi. El nombre está tomado de un famoso yacimiento cercano a Tokyo. Como ya ocurría con el periodo Jomon, los albores del Yayoi no están claros. Tradicionalmente se ha dado la fecha del año 300 a. C., pero la presencia de cultivos, que marca la transición de Jomon a Yayoi, está siendo documentada en momentos cada vez más tempranos. Sobre este tema se volverá en detalle más abajo, en el apartado dedicado a la llegada de la agricultura. El periodo Yayoi suele subdividirse a su vez en tres grandes etapas: Yayoi Inicial (c. 300 a. C.-c. 100 a. C.), Yayoi Medio (c. 100 a. C.-c. 100 d. C.) y Yayoi Final (c. 100-c. 300 d. C.).

Como ya se ha dicho, la época Yayoi se caracteriza por la difusión de la agricultura, pero también por el empleo de herramientas metálicas. Una de las múltiples idiosincrasias del desarrollo de la cultura japonesa es la ausencia de una Edad de Bronce y una Edad de Hierro diferenciadas; bronce y hierro comenzaron a emplearse a la vez en el periodo Yayoi. El bronce se utilizó, generalmente, para objetos de carácter ornamental, mientras el hierro se reservó para las armas y las herramientas. En los primeros momentos los objetos de bronce se importaron de China y Corea, pero pronto se empezaron a fundir en Japón, apartándose progresivamente de los modelos del continente hasta llegar a alcanzar un estilo completamente original.

Por otra parte, estas primeras piezas importadas de bronce resultan extremadamente útiles, porque muchas de ellas pueden datarse de forma precisa en sus contextos de origen, lo que nos aporta fechas de referencia para el periodo Yayoi. Naturalmente las fechas que se pueden extraer de estos objetos no son concretas, ya que no sabemos cuánto tiempo había pasado entre su fabricación en el continente, su llegada a Japón y su deposición en la tumba. Se trata de lo que en arqueología suele denominarse fechas *post quem*,

es decir, del momento «a partir del que» algo puede fecharse. Aún así, teniendo en cuenta la ausencia de escritura en Japón de esta época y la poca exactitud de la mayoría de los métodos de datación absoluta para momentos tan recientes, la información es preciosa.

El primer yacimiento donde se han hallado elementos Yayoi es el de Itatsuke, en la zona norte de Kyushu, del que hablaremos más adelante; cronológicamente se trata de etapas Yayoi muy tempranas, que pueden también enmarcarse en el periodo Jomon Final. El registro material que permite identificar la época Yayoi incluye molinos de piedra, una cerámica característica, evidencia de canales para el riego de campos de arroz, los útiles de metal a los que acabamos de aludir, y a menudo los propios granos de arroz, en su variante «japonesa», de grano redondo, conocida con el nombre científico de *oryza japonica*. Todos estos elementos estaban íntimamente relacionados dentro del nuevo marco social Yayoi. Las nuevas técnicas de trabajo del metal y de la cerámica permitieron la creación de herramientas más eficaces y de contenedores más adecuados, que a su vez posibilitaron el desarrollo de la agricultura.

Este desarrollo permitió el crecimiento de la complejidad social, formándose grupos que demandaban cada vez más elementos metálicos de prestigio, retro alimentándose de esta manera la elaboración de objetos de bronce y hierro. Este círculo económico y social produjo una transformación sin precedentes en el paisaje natural y humano de Japón, y muchos especialistas consideran que en estos momentos se sentaron las verdaderas bases de la cultura japonesa que hoy conocemos.

Ya se dijo más arriba que hay investigadores que piensan que en época Yayoi llegaron a Japón gentes del continente, que habrían traído consigo las innovaciones agrícolas que marcaron la nueva etapa. Dicha oleada migratoria no está clara, y otros estudiosos defienden la expansión de los nuevos materiales y técnicas entre la propia población local Jomon. Sea como fuere, tanto el desarrollo de la agricultura como el trabajo de los metales parecen haber saltado a las islas desde el continente y haberse extendido desde el sur hacia el Norte. El sudoeste del país fue especialmente proclive al desarrollo de los asentamientos Yayoi, mientras el área nordeste, donde abundaron en su momento los yacimientos Jomon, no es tan rica en este sentido, probablemente debido a factores geográficos y climáticos.

Así pues, parece que en estos momentos se creó una suerte de «frontera cultural» en la llanura de Kanto, con dos zonas diferenciadas, una al sur y otra

al norte y este. Las fuentes escritas posteriores hablan, a principios del siglo VIII, de la presencia en estas áreas de Honshu del pueblo Emishi o Ezo, que no se homogeneizaría con el resto de la isla hasta el siglo siguiente. Estos Emishi son a menudo calificados de «peludos», lo que hizo suponer durante mucho tiempo que la población de estas zonas habría tenido un fuerte componente Ainu. Por otra parte, el adjetivo «peludo» se empleaba tanto en China como en Japón como sinónimo de «bárbaro», por lo que no es tampoco improbable que estas tribus de «más allá de Kanto» fueran, simplemente, ajenas al control político de la corte del siglo VIII y por lo tanto «bárbaras», sin civilizar.

La transición entre tipos cerámicos fue probablemente el proceso más gradual de todos, y durante mucho tiempo, sobre todo en ciertas zonas, las nuevas y simples formas Yayoi convivieron con los antiguos modos decorativos cordados. Y, sin embargo, ambas clases de cerámica no pueden ser más distintas. Los vasos Jomon eran técnicamente muy toscos, pero con el tiempo su decoración se volvió extraordinaria; los cuerpos de las piezas se cubrían de motivos, mientras los bordes se ondulaban, se alargaban y se perforaban de manera fantástica. Las cerámicas Yayoi, por el contrario, apenas tienen decoración. Muchas piezas, sobre todo en los momentos más recientes, carecen por completo de ella, y los bordes de los vasos son rectos y lisos. El refinamiento de la arcilla de tonos claros y la sobriedad ornamental hacen que las cerámicas Yayoi resulten enormemente elegantes a los ojos contemporáneos. Aunque parezca increíble a la vista de las piezas, la cerámica Yayoi no está fabricada a torno. Al igual que ocurría durante el periodo Jomon, los artesanos de época Yayoi elaboraron sus vasos con la técnica conocida como pastillaje; se iban colocando rollos de arcilla de abajo a arriba hasta terminar la forma deseada, y después se unían y borraban las juntas y se pulía toda la superficie. A continuación, las piezas se cocían en hogueras al aire libre.

La manera de construir las casas no varió de forma significativa en época Yayoi, ya que siguieron edificándose pequeñas viviendas semisubterráneas de planta oval, como las del famoso yacimiento de Toro, en la actual prefectura de Shizuoka. Lo que sí cambió, de manera cada vez más clara a medida que avanzaba el periodo Yayoi, fue el tipo de utensilios. Aunque los anzuelos, proyectiles y puntas de jabalina característicos de la etapa Jomon, adecuados para actividades de caza y recolección, no desaparecieron, se vieron enormemente reducidos, mientras aumentaban de forma exponencial los

molinos, morteros, azadas y otros aperos agrícolas. Los modelos de los utensilios también crecieron en número con el correr de los años: por poner un ejemplo, en el Yayoi Inicial se empleaban solamente cuatro tipos básicos de azada, mientras en el Yayoi Medio la cifra se multiplica por dos.

Algunos yacimientos Yayoi, como el ya mencionado de Toro, han proporcionado numerosos e interesantes útiles de madera, conservados gracias a las condiciones de humedad ininterrumpida. De hecho, la mayoría de los aperos Yayoi para el arroz se elaboraban con madera, normalmente de roble, con la que se consiguen filos muy duros y resistentes. Resulta curioso que para confeccionar estos aperos de madera se usaran instrumentos de hierro, pero que el metal no se aplicase a los propios instrumentos. Solo mucho más tarde, en época Kofun, comenzarían a hacerse palas y azadas con filos de hierro. De Toro vienen, por ejemplo, cuencos, azadas, rastrillos, sandalias para caminar por los arrozales, taburetes, curiosos instrumentos para hacer fuego, e incluso restos de barcas de albufera. Está claro que las actividades de la sociedad Yayoi eran radicalmente distintas a las de la sociedad Jomon.

En época Yayoi se documentan además por primera vez animales como la vaca y el caballo. El jabalí, que se consumía desde el periodo Jomon, siguió cazándose, y tal vez llegó a criarse o, al menos, a estabularse, aunque pronto sería sustituido por el cerdo doméstico, importado de China.

Como ya vimos, las excavaciones arqueológicas en las necrópolis indican que en época Jomon existía una cierta diferenciación social. Esta diferenciación se hizo aún más evidente a lo largo del periodo Yayoi. Los ajuares de las tumbas más ricas incluían espejos de bronce, cuentas de vidrio y monedas chinas importadas, y a partir del Yayoi Medio se construyeron auténticos túmulos funerarios, como el de Uriyudo, precursores, a menor escala, de los grandes monumentos que se levantarían en el periodo siguiente, conocido como periodo Kofun. Al igual que ocurrió en otras zonas del planeta, el desarrollo de la nueva sociedad agrícola fue paralelo al nacimiento de las estructuras económicas y sociales que derivarían con el correr de los siglos en una organización estatal. Muy significativo en este sentido es el hecho de que en el periodo Yayoi aparezcan también los primeros yacimientos fortificados, como el de Otsuka.

Al igual que ocurría en el periodo Jomon, la ausencia de fuentes escritas hace que todo lo que podemos decir sobre el mundo de las creencias Yayoi sea meramente especulativo. La presencia de objetos de claro carácter ritual

y/o ceremonial es, sin embargo, evidente. Son célebres en este sentido las grandes piezas de bronce en forma de campana y los conjuntos de armas. Las armas incluyen espadas, lanzas y alabardas, y están fabricadas con hojas muy finas de metal, que hacen imposible su uso en combate. Las campanas, por su parte, son enormes y presentan una cuidada decoración, pero no están pensadas para sonar. Los hallazgos podrían indicar una mayor presencia de campanas en la zona este del país, mientras las armas predominarían en el norte de Kyushu.

Iniciamos ahora aquí un esquema que se seguirá también en los demás capítulos de este libro, concluyendo nuestra aproximación a la historia del periodo con un pequeño análisis de la situación económica, caracterizada por los usos monetarios, y de las costumbres cotidianas, ejemplificadas por los hábitos indumentarios. En esta ocasión no podemos todavía utilizar la moneda como elemento de estudio del marco económico, por lo que la atención habrá de centrarse en las relaciones comerciales reflejadas por los hallazgos arqueológicos. No hay que perder de vista, por otra parte, que la evidencia material de la que se dispone es, por su propia naturaleza, limitada y parcial, y por lo tanto solo puede ofrecernos una visión preliminar de las circunstancias.

La circulación de materias primas y de objetos manufacturados dentro de Japón se constata desde al menos las últimas etapas del Paleolítico Superior. Aunque algo más recientes, las relaciones con Corea también están atestiguadas arqueológicamente desde momentos muy antiguos en yacimientos como Tokuzodani, en la prefectura de Saga. En este asentamiento, con cronología Jomon Medio y Final, abundan las puntas de obsidiana, objetos de procedencia foránea que dan fe de los intercambios entre Japón y la península coreana. Pero estos intercambios prehistóricos no solo se llevaban a cabo con Corea, sino también con China. Un buen ejemplo de ello puede ser la introducción del melocotonero en Japón. Los huesos de melocotón del yacimiento de Ikiriki, en la prefectura de Nagasaki, muestran que el árbol ya había llegado desde China unos tres mil años antes de nuestra era.

Las mercancías chinas y coreanas halladas en contextos arqueológicos de estos momentos prehistóricos implican, además, la existencia de un tráfico marítimo que no se dedicaba solo al cabotaje, es decir, a costear con tierra a la vista. Es evidente que para permitir la entrada de objetos chinos y coreanos, en el mar de Japón hubo de existir desde época muy antigua una navegación de cierto alcance.

Todos estos intercambios se realizaron presumiblemente a base de trueque. No sabemos si existía además una red de relaciones basadas en regalos, como ha sido el caso en otros lugares del mundo en etapas aproximadamente comparables de desarrollo histórico. Las crónicas chinas nos informan de que, en el año 238 d. C., una emperatriz de Japón envió una embajada al Celeste Imperio, que llevaba como presentes tejidos y esclavos. La moneda como tal no llegaría hasta fines de la época Nara, y se desarrollaría durante el periodo Heian. Pero sobre ello se volverá en detalle en el apartado correspondiente a la aparición de la moneda.

El estudio de la indumentaria de etapas muy antiguas es casi siempre un tema de gran dificultad, ya que los textiles y, en general, los materiales orgánicos empleados en la vestimenta, suelen conservarse mal en estado. Japón no es una excepción a esta regla, y la iconografía de la época resulta además muy imprecisa. Aún así, se piensa que el trabajo de confección estaba enormemente extendido, dado el gran número de agujas halladas en los yacimientos arqueológicos desde época Jomon. Es posible que las prendas también se bordaran.

Habitualmente se considera que la indumentaria de estos momentos se componía por lo general de piezas de patrón muy sencillo, de tipo túnica o poncho. Sin embargo, algunas figuras de arcilla Jomon sugieren la existencia, ya en este periodo, de prendas de busto, a modo de «camisas» y prendas ajustadas a la cintura, de tipo «falda» o «pantalón», además de cinturones y sandalias.

Es probable que ciertas prendas se confeccionaran con elementos vegetales trenzados, extraídos de la corteza de los árboles; así lo indican algunos restos de fibras hallados en excavación, así como la iconografía de ciertas figuras, como la llamada «diosa» de Iwakage, procedente de Kamikuroiwa, en la prefectura de Aichi.

Durante el periodo Jomon también se emplearon pieles curtidas de animales. Se piensa que, además, era habitual el uso de tatuajes y pinturas corporales.

Parece que las cosas no cambiaron demasiado durante el periodo Yayoi aunque, de nuevo, los datos son muy escasos y casi todos indirectos. Lo que está claro es que los auténticos textiles hicieron su aparición, aunque las prendas conservaron patrones muy simples. Se cree que tanto hombres como mujeres llevaban con asiduidad una amplia pieza de tela anudada a la cintura.

La historiografía actual denomina el vestido femenino de estos momentos *kantoe* o «traje de una pieza».

Los protagonistas y su marco

El personaje: Jimmu Tenno, el mítico primer emperador

Según la tradición, el primer emperador japonés subió al trono en el año 660 a. C. La línea imperial habría continuado de forma ininterrumpida desde esa fecha, manteniéndose hasta la actualidad. Naturalmente, en semejante lapso de tiempo hay lugar para adopciones, abdicaciones, dobles reinados y hasta asesinatos, por lo que la continuidad no puede entenderse de forma estricta; aún así, se trata de un impresionante fenómeno de pervivencia de la idea de legitimidad política y religiosa.

Los primeros emperadores japoneses se mueven en el nebuloso terreno de la historia mítica, y enlazan de forma directa con los dioses; se considera, concretamente, que descienden de la diosa Amaterasu, divinidad del sol. Sobre los ciclos míticos se volverá más abajo, a propósito del sintoísmo; aquí nos centraremos solamente en lo que concierne al personaje analizado en este apartado, es decir, Jimmu Tenno, el primer emperador.

Cuenta la leyenda que el archipiélago japonés fue obra directa de las divinidades creadoras, Izanagi e Izanami. El país estuvo gobernado durante un periodo de tiempo por el dios Okuninushi, hijo de Susanowo y nieto de Izanagi e Izanami. Su nombre significa, precisamente, el «Señor del Gran País». Sin embargo, la diosa solar Amaterasu decidió que fueran sus propios descendientes los elegidos para reinar, y consiguió que Okuninushi abdicara y se retirase al templo de Izumo.

Okuninushi renunció al trono en favor del nieto de Amaterasu, Ninigi no Mikoto, que descendió desde los cielos sobre el monte Takachiho, también llamado Sohori no Kirishima, en la isla de Kyushu. En señal del favor divino, Ninigi llevaba consigo las Tres Enseñas Imperiales, objetos míticos sobre los que se hablará con más detalle en el apartado acerca de pensamiento y religión.

Siguiendo con la leyenda, Ninigi contrajo matrimonio con la princesa Konohano no Sakuya, la Dama de las Flores, hija de una divinidad de la montaña, con la que tuvo tres hijos. Uno de ellos, Hiko Hohodemi, se desposó a su vez con la hija de un dios, la princesa Toyotama, cuyo padre gobernaba los mares. Al dar a luz, Toyotama reveló su verdadera y monstruosa naturaleza marina, y, furiosa al notar que su marido la había visto bajo su aspecto de cocodrilo, huyó al océano, cortando desde ese día las relaciones entre la tierra y el mar. Pero su hijo recién nacido se quedó en tierra firme: se trataba de Ugaya Fukiaezu, que al correr el tiempo sería padre de Jimmu, considerado el primer emperador de Japón, el ancestro semidivino de todos los gobernantes que vendrían después.

A veces se llama a Jimmu *Hatsukuni Shirasu Sumeramikoto*, es decir, el Primer emperador Reinante. Pero normalmente se lo conoce como Jimmu *Tenno*, el emperador Jimmu o, literalmente, Jimmu «Rey del Cielo». El título *Tenno* es, así pues, aplicable en general a todos los emperadores. Otros apelativos frecuentes para referirse a un emperador de Japón son *Heika* [Base del Trono] y *Tenshi* [Hijo del Cielo]. Existe además otro término, que es habitual en la bibliografía occidental, sobre todo en la más antigua: *Mikado*. Se trata de un título poco habitual en Japón y vendría a significar Divina Entrada, designando al personaje y su poder a través de un lugar emblemático, un poco a la manera en que el Imperio turco era conocido como «Sublime Puerta».

En cuanto al nombre en sí, Jimmu, se trata de una denominación del tipo que se otorga tras la muerte. Pues, en efecto, los emperadores japoneses pasan a la historia con un apelativo diferente al que emplearon en vida. Por ejemplo, el emperador Hirohito ha pasado a los anales japoneses como Showa. En lo que respecta a Jimmu, la tradición considera que su verdadero nombre era Iware, nombre que a veces se enriquece con alusiones al antiguo Japón y con epítetos honoríficos, de modo que es posible encontrarlo también como Yamato Iware o como Kamu Yamato Iware Biko.

Resulta curioso notar que, aun siendo el heredero, Iware / Jimmu no era el

primogénito de Ugaya Fukiaezu, sino, por el contrario, el más joven de sus cuatro hijos. Esto pudiera indicar tal vez que existió una «preferencia del hijo menor» en la primitiva sociedad japonesa, que desaparecería más tarde dando paso al derecho de primogenitura del varón que, con altibajos, pervivió a lo largo del tiempo, y aún se mantiene hoy en día.

Volviendo a la historia legendaria, encontramos que Jimmu, cumplidos sus cuarenta y cinco años, se esfuerza por pacificar un país dominado por luchas internas, en un posible reflejo mítico de las luchas que sacudieron las tempranas fases de la historia japonesa y que condujeron a la conformación de un estado unificado a partir del territorio central o Yamato.

En su viaje le acompañan sus tres hermanos, que mueren en el curso de la empresa. Dos de ellos se arrojan por la borda del barco en el que viajan desde Kyushu para calmar la tempestad, siendo deificados por su acción; el otro morirá en combate.



El mítico primer emperador Jimmu Tenno. Detalle de una estampa de Adachi Ginko del año 1891

Una vez llegados a la isla central de Japón desde su Kyushu natal, Jimmu y su hermano Itsuse se enfrentan a los habitantes del lugar, obra también de los dioses creadores, dicen las crónicas, pero de «inferior categoría», que luchan

contra los invasores bajo el mando del jefe local Nagasunehiko. Al principio Jimmu y los suyos se mueven hacia el Este, y llegan cerca de la actual Osaka, pero los combates no les son favorables, puesto que están avanzando en dirección contraria al rumbo del sol. Siendo como son sus descendientes, no deben caminar en sentido contrario a su madre divina. La propia diosa Amaterasu les indica la senda que deben seguir, enviándoles como guía a Yatagarasu, el cuervo del Sol, un ave maravillosa de plumaje de oro y tres patas, que proviene probablemente del imaginario chino.

El cariz de la guerra cambia desde ese momento, y, finalmente, Jimmu consigue hacerse con el dominio del país. Manda construir un palacio en Kashiwabara, cerca de la actual Kyoto, y se convierte de este modo en el primer emperador japonés.

La supuesta fecha del ascenso al trono de Jimmu, el 11 de febrero, es todavía hoy fiesta nacional en Japón. La elección del año 660 a. C. como hito fundacional de la nación japonesa por parte de los historiadores antiguos está probablemente relacionada con las ideas chinas sobre el calendario y sus ciclos. Según estas teorías, cada sesenta años llega un periodo de grandes cambios, conocido en japonés como *kanototori*. Y cada veintiún ciclos, se produce un *kanototori* de espectacular magnitud. El año 601 de nuestra era, marco del inicio de las reformas del príncipe Shotoku, fue considerado uno de estos momentos. Es posible que los compiladores de las grandes crónicas tomaran este año como punto de referencia para localizar en el tiempo el mítico reinado de Jimmu, ya que, si se cuentan veintiún ciclos de sesenta años hacia atrás, se llega, efectivamente, a la fecha en cuestión, es decir, el año 660 a. C.

La lucha de Jimmu por el control del territorio japonés incluye penalidades varias, interminables luchas contra clanes de bandidos y fantásticos encuentros con divinidades locales.

Como ocurre también en otros entramados mitológicos, los dioses del lugar son presentados como antepasados directos de las grandes familias nobles japonesas. Así, por ejemplo, mientras recorre la tierra de Yoshino, Jimmu se topa con dos curiosas deidades provistas de cola de animal. La primera de ellas es descrita como un hombre brillante que sale de un pozo. Ante las preguntas del emperador, revela su estatus divino y también su nombre, Wi Hikari. Se trataba, apunta la narración, del ancestro de la familia Yoshino no Obito. Más adelante, otra deidad con cola emerge de una roca. Jimmu pregunta de nuevo, y el dios se identifica como Iha Oshi Wake,

antepasado de los Yoshino no Kuzu. Como no podía ser de otro modo, tanto éstas como otras divinidades que aparecen a lo largo de la historia de Jimmu Tenno se apresuran a declararse siervas del emperador.

Cuenta la leyenda que Jimmu murió en el año 585 a. C. a los ciento veintisiete años de edad (según el *Kojiki*, o ciento treinta y siete, si preferimos la versión de la otra gran crónica sobre estos momentos, el *Nihonshoki*). Sus sucesores, también semilegendarios, serían igualmente longevos, pero ninguno llegaría a igualar su fama.

El hito histórico: la llegada de la agricultura

La aparición de la agricultura en Japón coincide, como ya hemos visto, con el desarrollo del periodo Yayoi. A principios del siglo IV a. C. hay evidencia arqueológica palpable del cultivo del arroz, que se extenderá con rapidez durante el siglo siguiente. Por otra parte, algunos hallazgos aislados de granos de cereal en estratos más antiguos han hecho pensar que los inicios de la agricultura podrían retrotraerse hasta el año 1000 a. C. También hay quien piensa que los primeros cultivos pueden datarse en momentos aún más tempranos, aunque las pruebas no están del todo claras. Se han encontrado semillas de mijo en el yacimiento Jomon Medio de Tominosawa, y semillas de cáñamo y sésamo en Ko Sannai, otro asentamiento del mismo periodo. Hay incluso evidencias de una clase de mijo en fases Jomon iniciales de Sannai Maruyama, pero parece que se trata todavía de la variedad silvestre.

Así pues, es probable que ciertas especies vegetales se cultivaran, de forma regular o no, durante el periodo Jomon. Pero el gran cambio social y técnico no se produciría hasta la etapa Yayoi.

Antes de seguir adelante hay que especificar que, cuando hablamos de agricultura, nos referimos aquí de manera primordial al cultivo del arroz en campos inundables. También había en Japón Yayoi cultivos de secano, como por ejemplo el mijo, que se mencionó hace un momento, pero el arroz de regadío predominaba de forma sustancial.

El arroz y sus técnicas agrícolas se extendieron a Japón desde China. Las evidencias agrícolas chinas más tempranas se datan unos siete mil años antes de nuestra era. No está del todo claro, sin embargo, cuál fue el lugar donde se inició el cultivo. Hay quien se decanta aún por la zona de Yunnan, mientras otros especialistas opinan que es más probable que el desarrollo original se llevara cabo en el valle del río Changjiang. En cualquiera de los dos casos, llama poderosamente la atención el enorme periodo de tiempo transcurrido entre el nacimiento del cultivo del arroz en China y su adopción en Japón. Entre otras cosas, esto prueba la excelente adaptación al medio de las sociedades de época Jomon, que mantuvieron sus modos de vida cazadores-recolectores durante siglos.

Tampoco existe un acuerdo generalizado acerca de la ruta a través de la cual la agricultura se difundió por el archipiélago desde el continente. Algunos de los estudios más antiguos proponen un camino directo desde la desembocadura del Changjiang hasta la isla de Kyushu, cruzando el mar de China en esa zona, que por cierto es bastante extensa. Otros autores han defendido que la ruta de entrada no llegaría directamente a Kyushu, sino que iría saltando desde China hasta allí a través de las islas más pequeñas y cercanas de Ryukyu. Por último, un gran número de arqueólogos piensan que la agricultura se habría extendido por Japón pasando primero por la península coreana y cruzando desde allí por el estrecho. Esta última hipótesis se ve avalada por la patente influencia coreana presente en el registro arqueológico entre los siglos VI y V a. C.; en estos momentos, tanto los instrumentos líticos como muchas cerámicas son abiertamente similares a tipos coreanos.

En cualquiera de los tres casos, parece que la primera isla importante en la que se adoptó la agricultura fue Kyushu, y que desde allí pasó al resto de grandes islas del archipiélago.

El arroz no es un cultivo sencillo. Requiere técnicas especiales y condiciones muy específicas de clima y terreno. Por ello, es más que probable que su adaptación a Japón no fuera una tarea fácil. Resulta significativo comprobar que de las dos variedades de arroz que se cultivaban en el río Changjiang, la de grano largo y la de grano redondo, solamente una, la de grano redondo u *oryza japonica* que ya se mencionó más arriba, ha sido documentada hasta la fecha en los antiguos yacimientos de Japón. Es posible que, además de la buena adaptación a su medio de las sociedades Jomon, estas dificultades iniciales sean una de las causas por las que la agricultura tardó tanto tiempo, casi cinco mil años, en estar presente en Japón. Estas

circunstancias resultan, por otro lado, favorables a la hipótesis de la entrada del arroz a través de Corea, un lugar más frío que el valle del Changjiang, donde el arroz habría tenido ocasión de ir aclimatándose.

Una vez llegado al archipiélago, el cultivo del arroz se extendió con gran rapidez hacia el Este y hacia el Norte hasta alcanzar, unos trescientos años después, el punto climático que no le permitió seguir avanzando. De esta manera, la agricultura nunca llegó a la gran isla del norte, Hokkaido, en la que siguieron existiendo sociedades Jomon basadas en la pesca y la recolección durante mucho tiempo más. De hecho, y por sorprendente que parezca, el cultivo del arroz no llegó a introducirse en Hokkaido hasta la época moderna.

Estas ideas de la aclimatación progresiva del arroz al clima de Japón dieron lugar en los años 60 del siglo xx a una curiosa teoría arqueo-agrícola que, finalmente, resultó ser falsa. La teoría estaba basada en el uso de dos aperos campesinos: los cuchillos de recolección y las hoces. En aquellos años, los hallazgos en los yacimientos hacían pensar que los cuchillos eran anteriores a las hoces. Puesto que los cuchillos se usan para recoger las espigas de arroz de una en una, mientras que con las hoces se pueden segar grandes manojos, los arqueólogos pensaron que, en un primer momento, el arroz no maduraba todo a la vez, por lo que había que ir cortándolo poco a poco. Con el paso del tiempo, la planta se habría adaptado al clima, y finalmente todo el arroz habría ya madurado en conjunto, con lo que se podía cosechar sencillamente con la hoz. Desafortunadamente para los estudiosos que elaboraron la teoría, después se demostró que cuchillos de recolección y azadas convivieron desde el principio.

El cultivo del arroz se desarrolló en Japón en dos ambientes: las zonas pantanosas y los campos irrigados de manera artificial. No está del todo claro si el primer sistema es más antiguo o si ambos se emplearon de forma simultánea dependiendo de las condiciones geográficas. Algunos defensores de la hipótesis de la inmigración coreana han propuesto una explicación interesante. Según esta idea, los inmigrantes coreanos, ante la urgente necesidad de alimentos, habrían comenzado cultivando en un primer momento en tierras inundadas. Esto resultaría más fácil, aunque menos productivo. Tras esta primera instauración de las técnicas y de las plantas, habrían ido desarrollando, con más calma, la agricultura en terrenos secos canalizados, que aunque a la larga producen más y mejor, requieren una gran inversión de tiempo y esfuerzo en sus infraestructuras.

Un yacimiento Yayoi muy temprano (aunque hay que decir que sus fechas

no son ajenas al debate), el de Nabatake, en la actual prefectura de Saga, excavado de urgencia en los años 80 del siglo xx, es buen ejemplo del sistema de tierras pantanosas. Las excavaciones sacaron a la luz los restos de hasta cinco arrozales superpuestos; el más antiguo presentaba tipologías cerámicas, azadas de madera y hachas de piedra asociadas a los primeros momentos de la época Yayoi. Dado que el terreno era naturalmente pantanoso, no era necesario conducir el agua hasta él, pero sí drenar el exceso en ciertos momentos. Para ello se cavaron una serie de canales y se colocaron planchas de madera a modo de pequeñas presas de contención en puntos clave.

El sistema de campos artificialmente irrigados puede ejemplificarse con otro yacimiento Yayoi de gran importancia que comenzó a excavarse a principios del siglo xx y que ya mencionamos antes: el de Itatsuke, en la llanura de Fukuoka. Se trata de un asentamiento aterrizado que se sitúa en una zona elevada, dejando abajo las tierras pantanosas. El hábitat se hallaba en la terraza superior, mientras la terraza inferior se empleó para el cultivo del arroz. Como Nabatake, Itatsuke es también un yacimiento de cronología muy antigua y, de hecho, sus fases iniciales fueron durante algún tiempo consideradas como pertenecientes al periodo Jomon. Sin embargo, y a diferencia de lo que ocurría en el asentamiento de Saga, en Itatsuke nunca se aprovecharon las tierras bajas inundadas para el cultivo, ni siquiera en los tiempos más antiguos, sino que desde el principio se construyeron toda una serie de complejas presas y canales en la zona sobreelevada situada entre el poblado y los pantanos.

Una vez cosechado, el arroz se almacenaba en silos subterráneos o en graneros elevados. En época Jomon ya se empleaban silos, aunque la tipología concreta de los silos Yayoi es continental, y presumiblemente llegó a través de Corea. No parece, sin embargo, que este sistema de almacenaje subterráneo diera buen resultado para el arroz en el húmedo clima japonés, y no pasó mucho tiempo antes de que desapareciera del registro arqueológico. Más adecuados se mostraron los almacenes sobreelevados, donde, a la manera de un hórreo, el arroz quedaba aislado de la humedad del terreno y protegido de los animales. Se piensa que algunas de las características constructivas de estos graneros han quedado fosilizadas en las tipologías de los santuarios japoneses tradicionales, como Izumo, en cuyo alzado se quiere reconocer el antiquísimo modelo de construcción sobre postes con una escalera que conduce a la zona superior.

No podemos concluir este breve resumen de la llegada a Japón de la

agricultura sin volver a recordar que, aunque los arrozales eran predominantes, y el arroz era el alimento fundamental incluso en las regiones montañosas donde el terreno y el clima no eran ideales para su cultivo, también existía la agricultura de secano. Ya se dijo más arriba que los aperos agrícolas destinados a las tareas del cultivo del arroz eran de madera. También han llegado hasta nosotros, no obstante, utensilios agrícolas de piedra y metal, fundamentalmente azadas, que se empleaban en las otras tareas del campo. Se cree que en época Yayoi llegaron a cultivarse casi cuarenta especies diferentes de plantas, incluyendo mijo, judías y cebada.



Mujeres trasplantando arroz. Fotografía de autor desconocido tomada hacia 1890

Por otra parte, la recolección de nueces, bellotas y castañas, tan importante en el periodo Jomon, siguió llevándose a cabo en la nueva era agrícola. De hecho, incluso antes de la adopción de la agricultura, la dieta prehistórica japonesa era amplia y variada. Esto no debe resultar sorprendente; de hecho, muchos arqueólogos y pre historiadores de otras zonas del mundo sostienen que la alimentación de los grupos de cazadores recolectores era, en general, más saludable y heterogénea que la de los posteriores grupos agrícolas, aunque menos estable y, en ocasiones, tal vez menos abundante. En el apartado dedicado al yacimiento de Sannai Maruyama puede encontrarse un ejemplo del tipo de plantas y animales documentados para consumo humano en época Jomon. Muchos yacimientos Jomon cuentan con lo que la arqueología occidental denomina «concheros», es decir, acumulaciones de las conchas de los moluscos consumidos en el lugar a lo largo del tiempo. A veces estos concheros, llamados en japonés *kaizuka*, constituyen auténticas colinas, que todavía hoy resultan claramente visibles en el paisaje. Hay menos datos sobre la dieta de momentos más antiguos, aunque contamos con restos

de animales terrestres y marinos en algunos yacimientos paleolíticos, como la cueva de Hyotan, en la prefectura de Iwate, donde se han hallado conchas de mejillón y huesos de ciervo y de jabalí.

Así pues, la llegada de la agricultura supuso, desde el punto de vista de la alimentación, el inicio de la preeminencia del arroz en la dieta japonesa. Casi no hace falta decir que en nuestros días el arroz sigue ocupando el mismo puesto principal, como también ocurre en otras zonas de Extremo Oriente.

El lugar: el yacimiento Jomon de Sannai Maruyama

Sannai Maruyama se extiende sobre una pequeña colina junto a la bahía de Mutsu, cerca de la actual ciudad de Aomori, en el norte de la isla de Honshu. Muchas ciudades costeras del pasado se hallan hoy en día separadas de la orilla, al haber quedado sus bahías o sus estuarios colmatados en el transcurso de los siglos. Este fenómeno, común a muchas zonas del globo, fue, precisamente, el que ocurrió en esta importante población. En la actualidad, el yacimiento se encuentra a unos tres kilómetros del mar, considerablemente que en la época en la que estuvo habitado, entre los periodos Jomon Inicial y Medio.

Las primeras menciones a la existencia de un yacimiento arqueológico en Sannai Maruyama datan de los siglos XVII y XVIII. Entre los años 1953 y 1987 se llevaron a cabo algunas campañas de excavación en zonas puntuales. Pero el punto de inflexión vino en el año 1992, cuando el yacimiento se excavó de urgencia con motivo de la construcción de un estadio de *baseball*. La relevancia de los descubrimientos hizo que se terminara abandonando la idea de construir el estadio; la zona fue declarada Yacimiento Histórico Nacional en el año 2002, y hoy en día una parte está musealizada y abierta al público.

Se trata de un lugar excepcional por varias razones. Primero, por su tamaño, de nada menos que cuarenta hectáreas; se trata de la población Jomon más grande de Japón, al menos entre las conocidas hasta la fecha. Parece que hubo una tendencia continuada a hacer el lugar cada vez más grande a lo largo de su historia, y que dicha tendencia no disminuyó en intensidad ni siquiera en

las etapas finales.

Segundo, es el único de los asentamientos de la zona que estuvo habitado de forma ininterrumpida desde su fundación, hacia el año 3500 a. C., hasta su decadencia, que tuvo lugar mil quinientos años más tarde. No está claro si esta ocupación era continua o no, es decir, si Sannai Maruyama estaba habitado todo el año o solo en determinadas estaciones. Algunos estudiosos piensan que el gran tamaño del yacimiento indicaría una población estable todo el año, otros opinan que las sociedades de cazadores-recolectores como las que poblaban Japón en estos momentos cambiaban de residencia de manera estacional debido, precisamente, a su modo de vida. Algunas de las especies vegetales documentadas en el yacimiento para consumo humano, que se verán más abajo, podrían haber sido cultivadas, lo que implicaría una ocupación continuada, pero también podrían haber sido recolectadas, ya que no parece posible distinguir la variedad silvestre de la doméstica en esta etapa. Se sabe también que se plantaron algunos árboles, aunque ciertamente el cultivo de árboles no requiere una presencia permanente. Sea como fuere, el lugar estuvo habitado durante un periodo larguísimo e incluso continuó habiendo ocupación residual tras su abandono; hay algunas viviendas de finales de la etapa Heian y restos de un castillo de la época del último shogunato. Por ello, Sannai Maruyama nos ofrece un panorama único de los modos de vida y la cultura material de la prehistoria japonesa.

La arquitectura del yacimiento es además muy característica, y no se da en otros lugares contemporáneos. Naturalmente, en Sannai Maruyama hay típicas casas Jomon, de planta redonda rehundida, muy simples, con alzado de elementos vegetales. Se han documentado unas quinientas de estas casas (no todas habitadas al mismo tiempo), que, en etapas avanzadas, contaban a veces en su interior con una especie de banco elevado, que se ha interpretado como un posible asiento-cama. Habitualmente, las casas Jomon de este tipo son pequeñas, con un diámetro de entre cuatro y cinco metros. Sin embargo, en Sannai Maruyama hay también grandes casas ovales, con ejes de hasta treinta metros. Y no se trata de una o dos viviendas, sino de más de veinte en la zona excavada hasta el momento, que, por cierto, no es sino la mitad del total. Parece que solo había una de estas grandes casas ovales en cada fase de vida del yacimiento, lo que ha hecho pensar que tal vez se tratara de talleres comunales, o de espacios de reunión para todo el poblado.

Otras construcciones únicas de Sannai Maruyama son los edificios de postes de madera. Durante las excavaciones se encontraron los restos de curiosos

edificios alzados sobre seis columnas de madera de castaño, de las que quedaban restos en la zona inferior. Se ha reconstruido uno de los de mayor tamaño: tiene tres plantas y una altura de casi quince metros; cada poste tiene un metro de diámetro. Hoy día no hay ya en Japón castaños de ese porte, y los troncos empleados en la reconstrucción arqueológica hubieron de ser llevados desde Rusia.

Las huellas de los postes, que a menudo se superponen, hacen pensar que estos singulares edificios se construyeron y reconstruyeron una y otra vez en el mismo lugar a lo largo del tiempo. Se han encontrado restos de hasta cien de ellos, y se cree que al menos cinco o seis existían al mismo tiempo. Midiendo y comparando las distancias entre las huellas de los postes de los edificios de los diferentes momentos, los arqueólogos japoneses han intentado descubrir cuál era la unidad básica de medida que empleaban los constructores Jomon. Se han propuesto dos unidades, una equivalente a unos treinta centímetros, y otra de algo más del doble.

La función de estas grandes construcciones de postes no está clara; se ha pensado que fueron santuarios, pero no se descarta que se tratara de otro tipo de monumentos, que sirvieran como almacenes sobreelevados o que tuvieran funciones defensivas a modo de torres-vigía. El primero de estos enormes edificios comenzó a excavar en el año 1994, y su descubrimiento ayudó en gran medida a establecer la importancia y originalidad del yacimiento. Además, los postes de castaño han resultado extremadamente útiles en varios aspectos. En primer lugar, se había conservado suficiente madera como para efectuar análisis dendrocronológicos y de carbono 14.

La dendrocronología es un método de datación basado en los anillos de crecimiento de los árboles. Fue creada por el astrónomo y arqueólogo Andrew Ellicott Douglass a principios del siglo xx, y ha seguido desarrollándose desde entonces. Los árboles de la misma zona suelen desarrollar anillos de igual espesor a lo largo del mismo periodo, ya que el grosor depende de factores ambientales comunes. Estos patrones de crecimiento pueden ser comparados y unidos, retrocediendo cada vez más, de modo que se llegan a establecer tablas cronológicas que alcanzaban épocas muy antiguas. De este modo, si se cuenta con datos suficientes de la zona, los restos de madera arqueológicos pueden integrarse en este panorama general para conocer su fecha. El momento preciso en que el árbol fue cortado solo puede determinarse si se conserva el último anillo de crecimiento, que se encuentra justo bajo la corteza, aunque, incluso sin él, puede llegarse a una fecha

aproximativa con un noventa y 5% de fiabilidad.



Reconstrucción de uno de los grandes edificios de postes de madera del yacimiento de Sannai Maruyama

En cuanto a la datación por carbono 14, también conocida como datación por radio carbono, es un método que mide la cantidad de isótopo carbono 14 para determinar la edad de materiales orgánicos. La técnica, descubierta en 1949, valió a su creador, el doctor Libby, el Premio Nobel de Química. Se basa en el hecho de que cuando un organismo vivo, ya sea animal, o, como en este caso, vegetal, muere, deja de absorber carbono 14; a partir de ese momento, la cantidad de carbono va desapareciendo de manera constante, de forma que se reduce a la mitad al cabo de cinco mil setecientos treinta años, y así sucesivamente. El carbono 14 presenta una serie de problemas que hacen que no siempre sea adecuado para datar materiales arqueológicos, y además las fechas que proporciona no son exactas, pero es, en cualquier caso, muy útil para momentos tan antiguos como los que nos ocupan, en los que desafortunadamente es difícil encontrar restos orgánicos con los que llevar a cabo las pruebas: por todo ello, los datos de Sannai Maruyama son doblemente interesantes.

Además de permitir análisis cronológicos, los abundantes restos de madera confirmaban la presencia generalizada de castaños en la zona, ya indicada por los análisis de polen y por el hallazgo de gran cantidad de cáscaras de castaña. Resulta curioso que la primitiva vegetación del área de Sannai Maruyama, consistente en robles y hayas, fuera sustituida de forma rápida por los bosques de castaños coincidiendo con la ocupación humana del sitio. Como ya se apuntó más arriba, se ha pensado que tal vez este fenómeno se deba a una acción directa del hombre sobre el entorno natural, que habría plantando de manera extensiva la especie que le interesaba más. Pues, en efecto, la madera de castaño no solo se utilizaba en la construcción, sino también para la elaboración de herramientas y como combustible, y sin duda la castaña tuvo un papel relevante en la dieta de los habitantes del poblado, ya que, aunque tiene menos grasas que otros frutos similares, resulta muy nutritiva al ser especialmente rica en hidratos de carbono. De hecho, los análisis del ácido desoxirribonucleico de los frutos hallados en diferentes lugares del yacimiento parecen confirmar la hipótesis del cultivo extensivo de castaños. El ADN de estas castañas ha resultado idéntico. Si hubieran sido recolectadas en árboles silvestres dispersos, su ADN habría mostrado alguna variación, por leve que fuera, lo que indica que dichas castañas provienen con gran probabilidad de bosques «artificiales» plantados por el hombre.

Por supuesto, los pobladores de Sannai Maruyama consumían otros alimentos además de castañas; las especies vegetales documentadas en el yacimiento incluyen uvas silvestres, nueces, judías, calabazas y bayas de varias clases. Además, los abundantes restos óseos identificados durante las excavaciones han permitido reconstruir de forma aproximada la dieta de origen animal. La mayor parte de la carne consumida en Sannai Maruyama era de pequeños mamíferos como el conejo y la ardilla voladora, aunque de vez en cuando se comía ciervo, jabalí y ballena. Patos, faisanes y ocas tampoco eran desconocidos. Pero resultan especialmente interesantes los numerosos restos de pescado, de especies muy variadas. Predominan los tiburones y los atunes, pero hay sardinas, bacalaos, e incluso restos de pez globo, un animal venenoso, que sigue siendo muy apreciado hoy día en Japón. La manipulación del pez globo o *fugu* resulta difícil y su consumo es peligroso, e incluso mortal, si dicha manipulación no se lleva a cabo correctamente. Este dato da idea del grado de sofisticación de los pescadores de Sannai Maruyama.

Además de viviendas y edificios de postes, en el yacimiento se han excavado tumbas, tanto infantiles como de adultos. Los niños eran enterrados dentro de

vasos de cerámica, cerca de las casas, mientras para los adultos se excavaban fosas ovaladas de unos dos metros de largo. Lo habitual es que las tumbas de adultos no contaran con ajuar de ninguna clase. Algunas, muy pocas, presentaban en el interior pigmentos rojos y piezas de piedra. Estos elementos líticos son redondeados, con una cara plana, a modo de base, y una gran protuberancia irregular; se conocen como *sekkan* o «coronas de piedra». Su propósito y significado continúan siendo inciertos, aunque claramente desempeñaron un papel concreto en las creencias del momento.

Para las tumbas infantiles, de las que se han excavado hasta la fecha más de setecientas, se reutilizaban las mismas jarras de cerámica empleadas en la vida cotidiana. Tampoco en este caso solían depositarse ajuares, aunque a veces hay dentro del vaso un guijarro o dos.

Había tres accesos principales a Sannai Maruyama: desde el sur, desde el este y desde el oeste. Se trataba de caminos bien establecidos, de varios metros de anchura. Al igual que se haría en Occidente muchos años más tarde, un gran número de tumbas de adultos se situaron a los lados de estas vías de entrada a la población.

Han salido también a la luz talleres de alfarería, y dos túmulos, formados a lo largo de los siglos por acumulación de basura doméstica, pero en los que también han aparecido objetos rituales, como adornos de jade o figurillas *dogu* de arcilla cocida y un gran número de vasos cerámicos, algunos de los cuales estaban intactos en el momento de ser depositados en el lugar. Las piezas excavadas en estos inmensos basureros, que tal vez tuvieron también propósitos religiosos, abarcan un periodo de aproximadamente mil años.

La cerámica de Sannai Maruyama es muy similar a la que aparece, en general, en el norte de la isla de Honshu y en el sur de Hokkaido; es del tipo conocido como Ento, que se caracteriza por sus vasos alargados de boca muy abierta y profusa decoración cordada. El hecho de que aparezca en las dos islas al mismo tiempo nos indica que, incluso en estas fechas tan tempranas, existía comunicación regular por mar entre ellas. De hecho, en el yacimiento se han documentado materiales con un origen todavía más lejano, como el asfalto de Akita, la obsidiana de Hokkaido o el ámbar de Iwate, que nos hablan de toda una red comercial extendida entre numerosos asentamientos de época Jomon.

Otro dato muy interesante tiene que ver con la laca. Durante mucho tiempo se ha considerado que la tecnología de la laca se originó en China,

desde donde se extendió por otros lugares. Sin embargo, en Sannai Maruyama no solo han aparecido objetos de laca en las fases más antiguas del yacimiento, sino también instrumental para este tipo de trabajo, e incluso semillas del árbol de la laca. Todo esto está haciendo pensar que tal vez la laca se descubriera y desarrollase de manera independiente en China y en Japón prehistórico, aunque sigue siendo factible una propagación desde el continente, que se daría así en momentos mucho más antiguos de lo que en principio se había pensado.

En Sannai Maruyama se han hallado también útiles líticos en gran número, entre los que se cuentan hachas, puntas de flecha o morteros. Las excavaciones han proporcionado asimismo multitud de elementos de hueso, como agujas, anzuelos o arpones, e incluso piezas orgánicas muy frágiles, como una cesta completa, preservada en una de las zonas húmedas del yacimiento.

No hay que olvidar tampoco los abundantes materiales relacionados con el adorno personal, como agujas para el pelo, colgantes y pendientes de piedra y hueso, y los objetos rituales, entre los que destacan de forma especial las ya mencionadas figurillas de arcilla *dogu* y las curiosas *sekkan* o «coronas de piedra».

Como ya sabemos, en la actualidad, buena parte del yacimiento de Sannai Maruyama está musealizado, y se ha convertido en toda una atracción turística en la zona. Cuenta con un centro de interpretación y con una sala de exposiciones, y se han reconstruido algunas de las principales estructuras para dar idea al visitante del aspecto del lugar durante el periodo Jomon.

El pensamiento y la religión: el sintoísmo



Santuario de Ise

Una parte importante del conocimiento de la religiosidad japonesa más antigua proviene de las dos obras fundamentales de la literatura japonesa inicial, que ya se mencionaron en la historia de Jimmu Tenno: el *Kojiki* o «Relación de las cosas antiguas», del año 712 y el *Nihonshoki* o «Crónica de Japón», del 720 de nuestra era. Aunque ambas están escritas en chino, su objetivo es la legitimación política de tinte nacional de los dirigentes japoneses de la zona central del país. Por ello no recogen la totalidad de la temprana mitología de Japón, sino una selección más o menos sesgada de los mitos y leyendas que se consideraron adecuados en su tiempo para exaltar el buen gobierno de un reino unificado. Aún así, ambos libros resultan imprescindibles en la cadena de transmisión de los mitos japoneses, y su valor para el estudio de la religión de Japón antiguo es incalculable.

El sintoísmo o *shinto*, el «camino de los dioses» (mencionado por primera vez con ese nombre en la crónica *Nihonshoki*), es la religión tradicional japonesa, centrada en las divinidades locales o *kami* que pueblan la naturaleza. Estas deidades, cuyo culto se entremezcla con el que se tributa a los antepasados, habitan bosques y montañas, rocas y ríos; hay además *kami* del fuego y del cereal, y otros asociados a distintos animales.

Los lugares naturales donde los *kami* se manifiestan se señalan mediante cuerdas sagradas hechas de paja de arroz y denominadas *shimenawa*. El santuario sintoísta más antiguo es casi con toda seguridad el de Izumo, aunque probablemente no fuera fundado, como quiere la tradición, en el

lejano siglo III a. C. Algo más moderno pero todavía más importante es el santuario de Ise, sobre el que se volverá más abajo. Pero, en realidad, todo el territorio japonés se considera un producto de la expresión divina; no es casual que se aluda a Japón como *Kami no Kuni* o el «País de los Dioses». Como ya se apuntó en el apartado dedicado a Jimmu Tenno, según las ideas sintoístas, los dioses creadores Izanagi e Izanami formaron personalmente cada isla del archipiélago, desde el puente flotante de los Cielos, en medio del Océano Primordial.

A menudo se habla del *shinto* como «religión nativa» de Japón. Sin embargo, como recordamos, los pobladores del archipiélago llegaron a él desde el continente y quizá también desde las islas polinesias, por lo que resulta lógico pensar que las ideas religiosas que más tarde llegarían a sistematizarse en el *shinto* también viajaron con ellos. De hecho, hay quien explica la noción de *kami* poniéndola en relación con el concepto polinesio de *mana* o fuerza numinosa.

Ya vimos con anterioridad que la religiosidad japonesa de las etapas más antiguas se conoce solo de forma indirecta a través del registro arqueológico. Se supone que una religión más o menos próxima a lo que después sería el sintoísmo comenzó a desarrollarse durante los primeros siglos de nuestra era. Los historiadores japoneses suelen hablar de «sintoísmo primitivo» para definir la etapa que va desde estos nebulosos orígenes hasta aproximadamente el siglo VI, cuando el budismo inició su expansión por el país. Desde estos momentos se produjo una progresiva estructuración y homogeneización del sintoísmo. Llegado el siglo X, el antiguo y amplio abanico de ritos y mitos locales se había convertido en una religión organizada, de mitología más o menos coherente, con un sacerdocio bien definido y una cabeza visible: el emperador.

La diosa sintoísta más conocida de Japón es sin duda Amaterasu, «la Radiante» divinidad del sol y antepasada de la Casa Imperial, a la que ya se aludió a propósito de Jimmu Tenno. Junto con su hermano Susanowo, Amaterasu protagoniza uno de los ciclos míticos más célebres del sintoísmo, el denominado *Takama no Hara* o «Llanura de lo Alto», que merece la pena resumir aquí.

Llanura de lo Alto es el nombre del reino que la asamblea de los dioses decide confiar a Amaterasu a petición de su padre, el dios creador Izanagi. Su hermano Susanowo, «el Varón Impetuoso», es nombrado gobernador de la Llanura Marina. Pero Susanowo, desolado por la muerte de su madre, la diosa

creadora Izanami, está provocando la devastación de las tierras a su cargo y además pretende bajar a los Infiernos para visitarla. Ante ello, su padre lo expulsa de la Llanura Marina.

Antes de partir al exilio, Susanowo va a despedirse de su hermana Amaterasu. Ella le recibe armada, temiendo una invasión, pero él le asegura que sus intenciones no son tales, y para demostrárselo le propone que juntos generen nuevas deidades, cosa que hacen empleando el collar de ella y la espada de él. Estos ocho dioses y diosas surgidos de las joyas de Amaterasu y de la espada de Susanowo serían los antepasados de las principales familias nobles de Japón. Se trata concretamente de tres diosas, Tagori, Tagitsu e Ichiki Shima, y cinco dioses, Masaya Akatsukachi Hayabi Ama, Ama no Hohi, Amatsu Hikone, Ikutsu Hikone y Kumano no Kusubi.

Tras esta introducción, el mito pasa a describir el comportamiento de Susanowo en la Llanura de lo Alto. Haciendo honor a su nombre, el dios lleva a cabo toda suerte de acciones turbulentas, que culminan en un desagradable clímax. El episodio en que el Varón Impetuoso arroja un animal sobre las tejedoras de su hermana ha llegado hasta nosotros con ligeras variantes. En algunos casos se habla de un mulo o caballo celeste desollado que cae desde el techo. Otras veces el animal es terreno e irrumpe en los telares enloquecido por el dolor de los latigazos propinados por Susanowo, que le han arrancado la piel de buena parte del cuerpo. En cualquier caso, el resultado siempre es el mismo: Amaterasu se enfurece y huye.

Da inicio así la parte más interesante del mito. Cuando Amaterasu se oculta en la cueva, las consecuencias no se hacen esperar: la oscuridad perpetua cubre la tierra y se interrumpe la sucesión natural de días y noches. Para lograr que salga, los demás dioses celebran, entre otras cosas, tres rituales reflejados directamente en las prácticas sintoístas.

Primero tratan de conmover a la diosa con plegarias. El sintoísmo emplea oraciones denominadas *norito* que, según parece, a menudo se han transmitido más o menos invariables desde fechas muy tempranas. A continuación, los dioses adornan un árbol *sakaki* o *Cleyera japonica*. Este tipo de ciprés desempeña un destacado papel dentro del sintoísmo. Su presencia es habitual en los templos; sus hojas y ramas siempre verdes se utilizan para elaborar diversos objetos sagrados y también se colocan en los altares domésticos.

Después, la diosa Ama no Uzume lleva a cabo un baile que la tradición

establece como precedente de las danzas sagradas sintoístas llamadas *kagura*, ejecutadas por mujeres. El último elemento clave para convencer a la diosa del Sol resulta ser un espejo que las deidades han suspendido en las ramas del árbol junto con una joya. Cuando Amaterasu se asoma movida por la curiosidad, admira su propio reflejo y su luz vuelve a iluminar el mundo. Los demás dioses aprovechan el momento para cerrar la entrada de la cueva y retenerla entre ellos.

Tal vez uno de los elementos que originaron este mito de Amaterasu y la cueva fuera un fenómeno natural que provocó el oscurecimiento transitorio del sol, como un eclipse o una gran erupción volcánica. Otras interpretaciones ven en la historia una alusión a los ciclos estacionales; la danza provocativa de Ama no Uzume sería así un símbolo de la fertilidad que retorna a la tierra en primavera, cuando el sol regresa tras haber estado «oculto» en invierno.

Finalmente, el mito pasa a describir las hazañas de Susanowo en su exilio terrestre. El punto final y culminante de la historia es el matrimonio de Susanowo con la princesa de Izumo. Como recompensa por haberles librado de la monstruosa serpiente de ocho cabezas que devastaba la región, los príncipes del lugar conceden al dios la mano de su última hija. A continuación, el Impetuoso se reconcilia con su hermana ofreciéndole una espada que había hallado en el interior del cuerpo de la serpiente. Huelga decir que la lucha del héroe contra el monstruo es un motivo recurrente y universal, que aparece a menudo en los mitos antiguos. Como rasgo específico de la versión japonesa cabe destacar el hecho de que Susanowo emborracha a la serpiente antes de enfrentarse a ella. Precisamente el licor de arroz o *sake* se utiliza con mucha frecuencia como ofrenda en los ritos sintoístas.

Además de constituir una interesante muestra de las ideas sintoístas sobre los dioses y sobre la ritualidad que a ellos se asocia, el mito de la Llanura de lo Alto nos relata el origen de unos elementos que han desempeñado un papel muy especial en la historia religiosa de Japón: las Tres Enseñas Imperiales.

Las Tres Enseñas Imperiales son también conocidas como los Tres Tesoros Sagrados. Se trata de tres objetos con nombre propio: la espada Kusanagi, el espejo Yata o *Yata no Kagami* y la joya Yasakani o *Yasakani no Magatama*.

Como ya dijimos en el apartado dedicado al primer emperador, según la mitología relativa al origen de la Casa Imperial japonesa, el nieto de la diosa Amaterasu, Ninigi no Mikoto, descendió desde los cielos portando consigo

las Tres Enseñas Imperiales como emblema de legitimidad. Cada objeto simbolizaría además una virtud. La espada equivaldría a la fuerza; la joya sería la benevolencia y espejo vendría a representar la sabiduría.

El espejo Yata sería el mismo que habría animado a Amaterasu a salir de la cueva. Según la tradición, se conserva en el santuario de Ise, el principal centro de culto a Amaterasu en Japón. Hay que decir que el Ise Jingu o santuario de Ise resulta sumamente interesante también en otros aspectos, pues se ha venido destruyendo y reconstruyendo periódicamente cada veinte años desde poco tiempo después de su fundación, estimada hacia el año 4 a. C. Cada restauración trata de reproducir hasta el último detalle el edificio original anterior, de manera que el conjunto parece haber mantenido hasta hoy con relativamente pocas variaciones la arquitectura sacra de Japón del siglo I a. C.

El segundo de los objetos sagrados que componen las Tres Enseñas Imperiales, la espada Kusanagi, «la que corta la hierba», sería el arma encontrada por Susanowo en el cuerpo de la serpiente. Hoy se venera en el templo de Astuta, en Nagoya.

Por último, la tercera Enseña Imperial, la joya Yasakani, custodiada en el Palacio Imperial de Tokyo, sería la que los dioses habrían colgado del árbol, junto con el espejo, a la entrada de la cueva de Amaterasu. A veces se representa como una sola gema, mientras otras fuentes aseguran que se trata de un collar de cuentas de jade.

Todas las enseñas se hallan cuidadosamente empaquetadas. Solamente el emperador de Japón puede quedarse a solas con los tres objetos sagrados, aunque nunca los desenvuelve. De hecho, la presentación de las Tres Enseñas es uno de los puntos culminantes de la ceremonia de coronación.

La idea de que las Tres Enseñas encarnan la legitimidad del gobernante no es solo una metáfora, y no han faltado ocasiones a lo largo de la historia japonesa para demostrarlo. Uno de los episodios más famosos es sin duda el que se produjo en el siglo XIV, cuando existieron dos cortes rivales en el país. La posesión de los Tres Tesoros hizo que la dinastía del sur fuera después reconocida como genuina por los historiadores y por los siguientes emperadores. Menos conocido pero igualmente significativo es el capítulo en el que la familia Taira llevó consigo las Enseñas a la guerra contra los Minamoto a finales del siglo XII.

Como cualquier otra religión, el sintoísmo, aún manteniendo mitos antiguos y

ceremonias de gran tradición, fue variando a lo largo de los siglos. Durante los periodos Nara y Heian no solo fue armonizado con el budismo sino que se añadieron también elementos de origen taoísta relacionados con la longevidad y la sanación, sobre todo entre las clases populares. En los siglos XIII y XIV se produjeron nuevas «sistematizaciones teológicas», algunas de las cuales de nuevo distanciaban la noción de *kami* de las ideas budistas.

Durante los dos primeros shogunatos, Kamakura y Muromachi, y durante la época Momoyama, el budismo había gozado de la preeminencia que le garantizaba el respaldo estatal. Pero las suertes se invirtieron en el último shogunato, es decir, en el periodo Tokugawa. A partir del XVII el sintoísmo recuperó el lugar de honor y se convirtió en un útil elemento político dentro de las ideas Tokugawa de identidad nacional. Este proceso culminaría en un fenómeno complejo y muy interesante desde el punto de vista histórico y antropológico: el sintoísmo de Estado del siglo XIX.

La formación del Estado y las primeras edades: Yamato, Nara y Heian

(c. 300-1185)

Los acontecimientos

Al igual que ocurría con los momentos prehistóricos, los inicios de la historia de Japón aparecen envueltos en un halo mítico, conscientemente fomentado por intelectuales y políticos de siglos posteriores. Para empezar, no queda claro el momento en el que se estableció el primer estado unificado japonés, el famoso Yamato o reino de Wa. Habitualmente se utiliza una fecha aproximada, hacia el año 300 de nuestra era, aunque hay quien prefiere el año 350, consagrado por el *Nihonshoki*.

Todavía hoy Yamato y Wa son maneras arcaizantes de referirse al país nipón. Wa es la forma en que las antiguas crónicas chinas aluden a la región donde nació el estado japonés arcaico. Yamato, por su parte, sería el nombre nativo japonés de la zona y también el de uno de los primitivos clanes que pugnaron por la hegemonía; se escribe con dos ideogramas que equivalen a «Gran Paz». El nombre actual japonés del país, *Nihon*, significa literalmente «Raíces del Sol», es decir, el lugar donde éste se origina.

Aunque hay autores no japoneses que sostienen que un reino llamado Wa fue creado en la zona de Yamato por guerreros foráneos coreanos, procedentes del reino de Paekche (reino que fue a su vez destruido por otro

protoestado coreano, el de Silla, en el año 663), habitualmente se asume que el reino de Yamato surgió de la lucha por la supremacía de los clanes de la zona central de la isla de Honshu y fue extendiéndose desde allí de manera progresiva.

Parece que estos clanes o *uji* veneraban dioses tutelares o *ujigami* y estaban dirigidos por jefes tribales que se proclamaban descendientes de la divinidad. A cada clan familiar se adscribían comunidades de trabajadores o *be*. A menudo los *be* estaban especializados en una labor concreta, como por ejemplo la producción de cerámica. Como en otras sociedades antiguas, también en Japón arcaico había esclavos: los llamados *yatsuko*. Se piensa que los *yatsuko* se dedicaban principalmente a tareas de servicio doméstico. De la rivalidad entre *uji* habría surgido un vencedor: el clan que veneraba a la diosa del Sol, la línea de Yamato, cuyo jefe, andando el tiempo asumiría el título de emperador. La estructura resultante, el reino de Yamato, estaría compuesta así por una gran familia que ostentaba el poder supremo y por toda una red de otros clanes familiares, que se habrían ido imbricando progresivamente con el *uji* dominante.

Los siglos iniciales del reino de Yamato se denominan periodo Kofun o de los Túmulos, por los grandes monumentos funerarios característicos de estos momentos. Este periodo Kofun se desarrolló aproximadamente entre el año 300 y el 500 de nuestra era.

Los túmulos Kofun más antiguos, como el de Koganezuka, se encuentran en la zona de Osaka, Nara y Kyoto, es decir, en el corazón del Estado de Yamato. Son estructuras gigantescas, rodeadas de piedras; a veces tienen forma redondeada o cuadrangular y otras presentan una curiosa planta en forma de ojo de cerradura. Con los años los túmulos se fueron extendiendo desde el centro de Honshu por otras regiones colindantes y así, un siglo después, había túmulos Kofun desde Kyushu, en el sur, hasta la zona de la actual Tokyo.

En la base del túmulo, en las laderas o en o alto se disponían *haniwa*, cilindros de arcilla para depositar ofrendas que ya se habían comenzado a emplear a finales de la época Yayoi. Los cilindros podían adoptar formas complejas y convertirse en auténticas esculturas, a veces de grandes dimensiones. Hay figuras *haniwa* antropomorfas, pero también se fabricaron caballos, perros, gallinas, peces y objetos inanimados como por ejemplo casas, escudos o parasoles. Aunque hubo un tiempo en que se especuló con la idea de que las figuras *haniwa* sustituyeran de modo simbólico sacrificios

reales de personas y animales, hoy esta teoría está desechada. Se piensa que los *haniwa* unen la idea de receptáculo de ofrendas con el concepto de «casa del alma» del difunto, sirviendo a la vez de señalizadores funerarios.



Figura *haniwa* de época Kofun que representa a un guerrero. Mide 1,35 metros y procede de la ciudad de Ota

Las figuras *haniwa* ofrecen además una información privilegiada sobre la vida diaria de la época Kofun, al reflejar indumentaria, armamento y equipamientos diversos. Gracias a ellas sabemos, por ejemplo que los caballos Kofun ya llevaban estribos. Este dato no es anecdótico, sino extremadamente interesante. El estribo hace que la monta sea mucho más cómoda y sencilla y, aunque no fue quizá tan revolucionario para los usos bélicos antiguos como se pensó hace años, ciertamente permite un empleo más efectivo del caballo. No era conocido por los griegos ni por los romanos y llegó a Europa desde los pueblos de jinetes de las estepas asiáticas. Las primeras referencias a su empleo en la zona mediterránea son bizantinas y datan de finales del siglo VI d. C. Habría que esperar dos siglos más para que

su uso se generalizara en Occidente. Parece, así pues, que la expansión del estribo se realizó de forma mucho más rápida hacia el Este que hacia el Oeste.

Pero ¿quiénes eran los personajes enterrados en los túmulos? Los ajuares funerarios hallados en el interior de las cámaras no dejan lugar a dudas. Se trata de guerreros, depositados en ataúdes de madera y bien provistos de armas, armaduras, objetos ceremoniales y elementos de adorno. Entre estos objetos destacan de manera especial los espejos de bronce chinos. El gran número de espejos encontrados y su difusión por toda la zona de túmulos indica que existía una importación masiva de estos elementos, que probablemente se intercambiaban y se consideraban elevados símbolos de estatus. Por razones que no están del todo claras, a partir de ciertos momentos se comenzaron a producir versiones japonesas de los espejos, que se utilizaron con los mismos propósitos.

Así pues, los túmulos Kofun eran la última morada de los jefes de los clanes o *uji* que vimos más arriba. Algunos de estos monumentos sepulcrales han sido tradicionalmente asociados a los primeros emperadores. Es el caso del inmenso túmulo del emperador Nintoku, el decimosexto en la línea imperial, que se supone reinó entre fines del siglo IV y principios del V. El túmulo se alza en Sakai (Osaka) y es el más grande del país; se dice que tardó veinte años en construirse. La relación directa entre el fenómeno de los túmulos y la consolidación de la dinastía imperial no es mera especulación arqueológica o historiográfica. Resulta significativo en este sentido el hecho de que, hoy en día, los túmulos pertenezcan a la Agencia de la Casa Imperial, que se encarga de su custodia y cuidado.

Desde mediados del siglo V es patente en el registro material otra influencia, la coreana. No faltan quienes opinan que estos momentos pueden identificarse con el inicio de la imitación consciente de los modelos continentales por parte de la aristocracia japonesa, imitación que culminaría en la exitosa asimilación y adaptación cultural de los siguientes periodos, Nara y Heian.

De este modo, en las tumbas Kofun más tardías son habituales los pendientes de oro, los bocados y arreos de caballo y los resistentes vasos cerámicos del tipo conocido como *sue*. La cerámica *sue* es la primera cerámica a torno de Japón. Aunque también tiene paralelos chinos, su precedente directo se encuentra en la Corea de los Tres Reinos. Los vasos *sue* fueron cocidos a temperaturas altísimas, que rondaban los 1200 grados. Las hogueras al aire libre, a la antigua usanza, no alcanzan temperaturas tan elevadas; de hecho,

las piezas *sue* están cocidas en hornos de un tipo completamente nuevo, también importado de Corea: los hornos *anagama*, o de túnel. El horno se excavaba en la ladera de una colina, se llenaba de vasos cerámicos y de combustible y se cerraba. De ese modo se conseguía el calor necesario para una cocción perfecta. A veces, la ceniza entraba en contacto con las piezas y se producía accidentalmente un fenómeno de vidriado, que pronto fue comprendido y aprovechado por los artesanos.

La cerámica de tipo *sue* continuó fabricándose apenas sin cambios técnicos hasta nada menos que el siglo XII, y de su tradición bebieron los grandes centros alfareros históricos de Japón, conocidos como los Seis Antiguos Alfares, a saber, Seto, Tokoname, Echizen, Shigaraki, Tanba y Bizen. Pero no toda la cerámica Kofun es cerámica *sue*; había también vasos elaborados a menos temperatura, conocidos como *haji* y tampoco las figuras *haniwa* estaban cocidas en los nuevos hornos.

Venimos hablando aquí de la entrada de Japón en la historia, lo que implica que en estos momentos aparecen en la zona los documentos escritos. Sin embargo, los primeros textos sobre Japón no son japoneses, sino que se hallan en las crónicas chinas. Se trata de una serie de pasajes que describen de forma más o menos desvirtuada pero extraordinariamente interesante los inicios del periodo que nos ocupa. Esta etapa sería así en realidad la protohistoria de Japón, un periodo durante el cual habría ya fuentes documentales, pero la escritura no habría aparecido aún en el propio país.

Algunos de estos textos chinos se datan incluso en momentos anteriores a la formación del Estado japonés, que como ya se dijo, suele situarse hacia el año 300. Es célebre en este sentido la embajada recibida por el emperador chino Guang Wu (Liu Xiu), de la dinastía Han, en el tempranísimo año 57 de nuestra era. Los enviados de Japón, cuenta el relato chino, fueron obsequiados con un sello imperial de oro que simbolizaba el papel del reino de Wa como estado tributario. El episodio es parecido a otros del mismo estilo, y en principio no parece que la aportación de este breve texto a la protohistoria de Japón sea excesivamente importante. Pero, andando el tiempo, resultó tener una repercusión inesperada. En el año 1784, un campesino llamado Jinbei encontró un sello de oro en Kananosaki, el norte de la isla de Kyushu, cerca de la bahía de Hakata. Cuando los sabios dieciochescos japoneses lo examinaron vieron que correspondía a la descripción que las crónicas chinas hacían del sello de Guang Wu.

La pieza, que hoy se exhibe en el Museo de la Ciudad de Fukuoka, es un cubo

de oro de algo más de dos centímetros de lado, rematado en la zona superior por una serpiente, también de oro. En la base están tallados una serie de ideogramas que rezan «Rey de Na, del estado de Wa, [vasallo] de los Han». Actualmente no hay acuerdo sobre la autenticidad del sello de Hakata, y desafortunadamente, no parece que pueda llegarse a una conclusión definitiva.

Así pues, la protohistoria de Japón comenzó antes de dar inicio el periodo Yamato, y continuó durante los primeros siglos de esta etapa. Las crónicas chinas sobre Japón de época Yamato no suelen ser extensas ni explícitas. Obviamente están redactadas desde el punto de vista de China, de su prestigio y de sus intereses, y a menudo se limitan a mencionar a gobernantes nipones que solicitan reconocimiento al emperador chino, como se vio en el pasaje del sello de oro.

Existe sin embargo un texto chino que sí es extenso y explícito. Se trata de la *Historia del Reino de Wei (Wei Chih)*, que se data aproximadamente en el año 297. La *Historia* nos informa sobre la famosa embajada de la emperatriz japonesa Himiko o Pimiko, a la que ya se aludió más arriba y sobre la que se hablará de nuevo en el apartado dedicado a la aparición de la moneda. El texto chino describe a Himiko como una poderosa hechicera, que no había contraído matrimonio y habitaba en un palacio rodeado de torres y vigilado por guardias. Tenía a su servicio a mil mujeres y a un solo hombre, que se ocupaba de la despensa real y actuaba además como medio de comunicación entre la emperatriz y los demás mortales. A su muerte se elevó un inmenso túmulo, y reinó el caos hasta que otra mujer, Iyo, ocupó el trono, con el beneplácito del embajador chino.

Pero, además de hablar de la reina maga, la *Historia del Reino de Wei* incluye todo un retrato del país. Según la crónica, la tierra de Wa está habitada por treinta comunidades de «bárbaros del este», aunque antiguamente había más de cien. Es un lugar tan templado y agradable que la gente va descalza. Los habitantes del país de Wa se pintan el cuerpo de rojo, comen con los dedos y gustan de la verdura cruda. Para honrar a sus muertos construyen grandes túmulos, y se bañan para purificarse cuando concluye el periodo de luto. Cuando salen de viaje, uno de los miembros del grupo se encarga de «mantener el luto» para así atraer la buena fortuna; no se lava, no se peina, no come carne y no se acerca a las mujeres. Si el viaje llega a buen fin, los demás lo colman de regalos, pero si le sobreviene alguna desgracia o accidente, lo matan por no haber observado debidamente sus funciones. Les agrada beber

licor, y no hacen distinción entre hombres y mujeres, aunque algunas personas rinden vasallaje a otras. Si una persona de clase inferior se encuentra con otra de nivel superior, le cede el paso en el camino retirándose a un lado, y, para dirigirse a ella, se arrodilla y pone las manos en el suelo. Pero cuando quieren adorar a un dios no se arrodillan, sino que dan unas palmadas. Los habitantes de Wa viven muchos años, hasta noventa, y los hombres tienen varias esposas. No existe el robo y apenas hay litigios, pero cuando alguien comete un delito leve pierde a su familia y, si el delito es grave, es ejecutado junto con todos sus parientes.

Como puede observarse, la descripción china de los «bárbaros del este» mezcla elementos difícilmente comprobables, que posiblemente se inscriben de lleno en el mundo de lo fantástico, con datos muy precisos que encajan bien en el registro arqueológico, como los túmulos, o en la ritualidad japonesa posterior, y por ello mejor documentada, como el baño purificador (*harae*) o las palmadas para llamar la atención de la divinidad. Aunque no parece posible deslindar la mitología del dato objetivo, está claro que los escritos chinos se basan de cierta forma en la realidad de Japón de las primeras edades.

En resumen, lo que las fuentes chinas referidas a los momentos iniciales de Yamato parecen reflejar es un país todavía no del todo centralizado en el que conviven numerosos clanes o *uji*. Los jefes de clan envían embajadas a los emperadores chinos y éstos aceptan gustosos sus regalos, clasificándolos entre los dones de sus «estados tributarios». No podemos saber hasta qué punto los «reinos» japoneses eran vasallos reales de China; es decir, si existía un tributo regular, aunque la mayoría de los estudiosos se inclina por pensar que las relaciones eran más bien esporádicas. Uno de los *uji*, identificado con la célebre Himiko, habría tratado de sobresalir de forma especial, estableciendo relaciones diplomáticas externas más continuas, y contando incluso con la presencia de un embajador chino en sus dominios.

En claro contraste con lo que hemos visto hasta aquí, hay también otros textos chinos, que hablan de fechas más recientes y que muestran un estado japonés potente y mejor estructurado. Este Yamato más desarrollado controla un área del territorio superior, e incluso reclama con éxito la aceptación internacional de su dominio sobre zonas de Corea. De hecho, un monumento coreano erigido a la orilla del río Yalu en el año 414 nos informa de que ejércitos japoneses desembarcaron en Corea y derrotaron a los soldados de Silla y Paekche en el año 391.

Los japoneses mantuvieron una colonia coreana en Mimana durante todo el siglo V y buena parte del VI, concretamente hasta el año 562. Aún después de perder Mimana siguieron teniendo intereses en la zona e incluso intentaron recuperarla repetidas veces, hasta que en el año 668 el reino de Silla, con el respaldo chino, unificó toda la península coreana.

Varios siglos después de que el país entrara en la protohistoria gracias a los textos chinos, la escritura llegó por fin a Japón. Según la tradición, un sabio coreano llamado Wani llegó a Yamato a principios del siglo V para difundir las enseñanzas de Confucio. Desde estos momentos, la escritura ideográfica china comenzó a extenderse, al principio muy lentamente, luego con más rapidez y, por fin, adaptándose a la lengua japonesa, que nada tiene que ver con la china.

Hoy en día los japoneses escriben combinando los ideogramas que llegaron de china, y que en japonés se denominan *kanji*, con dos sistemas silábicos que se crearon en Japón tomando como base algunos de estos ideogramas: el *hiragana* y el *katakana*. Ambos silabarios cuentan con el mismo número de sílabas, 47, pero la escritura del *katakana* está aún más simplificada. El *hiragana* suele emplearse para sufijos verbales y partículas que indican la función de las palabras en la frase. El *katakana*, por su parte, se utiliza para escribir palabras extranjeras, y a veces para recalcar los términos.

La adaptación de la escritura no fue en absoluto una tarea fácil. Los chinos habían creado una escritura específica y conceptual para su propio idioma, que como ya dijimos es completamente diferente del idioma nipón. Esto ha hecho que, en japonés, los ideogramas tengan como mínimo dos lecturas. Por una parte, está la «lectura japonesa» o *kunyomi*. Se trata de la palabra nipona que corresponde al concepto que transmite el ideograma y suele constar de varias sílabas. Pero, además, ese mismo ideograma tiene una «lectura china» u *onyomi*, es decir, una versión japonesa de la forma en que lo leían los chinos cuando la escritura llegó a Japón. Habitualmente se trata de una sola sílaba, que se emplea para formar palabras compuestas que incluyen ese *kanji*.

Algo más tarde que la escritura, concretamente a mediados del siglo VI, llegaba a Japón otro elemento que habría de ser fundamental a lo largo de su historia: el budismo. La fecha tradicional de entrada de la nueva religión, el año 552, es también el punto de partida de la etapa del reino de Yamato conocida como periodo Asuka.

Sus inicios no fueron fáciles, y estuvieron ligados a la política de la casa Soga y a la de sus rivales, los Mononobe, que se oponían a la nueva religión. La familia Soga venció en la pugna, abriendo las puertas al budismo. Pero sus estrategias también resultaron esenciales para el ascenso de una de las figuras más relevantes de todo el periodo Yamato: el príncipe regente Shotoku o Shotoku *Taishi* (573-622).

Ya vimos antes que la tradición histórica del País del Sol Naciente proporciona una lista completa e ininterrumpida de emperadores que da inicio con Jimmu Tenno en el año 660 antes de nuestra era. Lógicamente, aunque los soberanos más antiguos tienen mucho de legendario, las fechas y los datos se van haciendo cada vez más fiables a medida que se avanza en el tiempo. La época Kofun, como también hemos visto, es todavía parcialmente oscura. La etapa final del periodo Yamato, sin embargo, es ya plenamente histórica en el más amplio sentido de la palabra. Podemos, así pues, dar paso a una narración cronológica protagonizada por actores muy concretos. Y quién mejor para comenzarla que el brillante político al que acabamos de aludir: el príncipe Shotoku.

En realidad, Shotoku es el nombre póstumo del personaje, que en vida fue conocido como Umayado no Toyotomimi no Mikoto. Sobre el papel que desempeñó el príncipe en la consolidación del budismo hablaremos, en el apartado sobre el gran templo Todai de Nara. Pero el impulso a la nueva religión fue solo uno de los muchos aspectos en que Shotoku dio un giro a la situación.

La llegada de Shotoku al gobierno en el año 592 estuvo precedida por episodios sangrientos. Desde que en el año 587 Soga no Umako derrotase definitivamente a los Mononobe, los miembros de su poderosa familia eran los principales artífices de la política en la corte, aunque los emperadores seguían perteneciendo al clan de la línea solar de Yamato. Una maniobra de los Soga hizo que el emperador del momento (con quien, por otra parte, también tenían lazos de sangre) fuera asesinado. En su lugar, subió al trono una sobrina Yamato de Soga no Umako, la emperatriz Suiko. Al mismo tiempo, Shotoku, sobrino a su vez de Suiko, fue nombrado príncipe regente. El nuevo regente Yamato no solo estaba emparentado con los Soga, sino que además había contraído matrimonio con una dama de la misma familia. Sin embargo, durante su gobierno el ambicioso clan fue relegado a un plano relativamente discreto, quedando temporalmente oscurecido por la fuerte personalidad del príncipe.

La historiografía posterior ha hecho del príncipe Shotoku una suerte de genio de la civilización, y a veces no es fácil discernir la realidad de su figura entre los muchos hechos que se le atribuyen. No sabemos, por ejemplo, hasta qué punto fue tan aventajado poeta, calígrafo y pintor como quiere la tradición, ni hay certeza de que fuera el introductor del calendario chino. Pero está claro que sentó las bases conceptuales del Estado, basándose en los modelos continentales.

Al tiempo que se apoyaba en el budismo tratándolo como religión oficial, Shotoku introdujo una legislación secular, la famosa Constitución del príncipe Shotoku del año 600, el primer gran código legal de Japón. Las nuevas leyes, de tinte confucionista, equiparaban las relaciones entre soberano y súbditos con las existentes entre el Cielo y la Tierra, y aseguraban para el jefe del clan Yamato la majestad imperial del Hijo del Cielo.

La política exterior de Shotoku no fue tan exitosa como la interior; intentó recuperar la colonia coreana de Mimana en dos ocasiones sin lograrlo. Pero también en este aspecto marcó un hito, al llevar a cabo la apertura de relaciones plenas y directas con China en el año 607. La influencia china habría de ser determinante en la conformación del Estado japonés a partir de entonces, hasta culminar en la asimilación transformada de la época Heian.

A la muerte del príncipe, la rivalidad entre familias volvió a la escena política. Un nuevo emperador del gusto de los Soga subió al trono, y a su muerte fue reemplazado por su esposa, de nombre Kogyoku, en el año 641. Pero la casa Soga, que durante siete décadas había manejado los hilos, tenía ahora un serio rival. Una coalición liderada por el príncipe Naka y por Nakatomi no Kamatari, de la que también formaba parte el hermano de la emperatriz, el príncipe Karu, iba a asumir el mando y a llevar finalmente a término las reformas iniciadas por Shotoku *Taishi*. Pero antes era necesario eliminar a los Soga de manera definitiva. Y para ello se recurrió a un verdadero golpe de efecto.

El argumento era bien simple: asesinar al máximo representante del poder del clan, Soga no Iruka, nieto de Soga no Umako. No era sencillo, ya que tanto Iruka como su padre Emishi llevaban la espada encima en todo momento y habían convertido su mansión del Monte Unebi en una auténtica fortaleza custodiada día y noche. Así que los conjurados decidieron llevar a cabo su plan en el propio Palacio Imperial. La emperatriz Kogyoku ofrecía una recepción a los enviados de los Tres Reinos de Corea, y la flor y nata de la aristocracia iba a estar reunida. Se convenció a Iruka para que dejara un

momento la espada mientras se acercaba al lugar que se le había asignado, cerca del trono. En ese instante, a una señal del príncipe Naka se cerraron las doce puertas de la sala. Era el momento en el que dos hombres debían acometer a Iruka y matarlo. Pero los elegidos para la tarea se acobardaron, y fue el propio Naka quien, desenvainando su espada, acuchilló al jefe de los Soga. Mortalmente herido, Iruka se echó a los pies de la emperatriz clamando justicia, pero, a la vez, el príncipe lo acusó de alta traición frente a la sala. Viendo el cariz de los acontecimientos, y dándose cuenta de que su propio hijo lideraba la conjura, la emperatriz se retiró. Soga no Iruka fue rematado allí mismo, y su cadáver, dicen las fuentes, quedó tendido en un patio, cubierto por una estera.

Así cayó la casa Soga. Tras la muerte de Iruka, todos los miembros del clan fueron ejecutados. La emperatriz abdicó, y su hermano el príncipe Karu subió al trono con el nombre de emperador Kotoku. Su hijo Naka fue nombrado príncipe Heredero, y Nakatomi no Kamatari se convirtió en Ministro de la Casa Imperial. Juntos iban llevar a cabo, como ya hemos dicho, un programa renovador sin precedentes, que completaba la obra iniciada por Shotoku *Taishi*: la reforma Taika.

La reforma administrativa Taika se inició el día de Año Nuevo del año 646, inmediatamente después del golpe de Estado. Según los historiadores antiguos, ese día, los vencedores de los Soga promulgaron un edicto anunciando el nombre elegido para el nuevo año. Terminaba así el periodo Asuka y daba comienzo el Taika, o lo que es lo mismo, «Gran Cambio». Esta etapa es también conocida en la historiografía japonesa como Hakuho. A continuación, el edicto trazaba las líneas de la esperada reforma.

No sabemos hasta qué punto los planes reformistas estaban ya maduros cuando se produjo el golpe de Estado; es probable que se fueran concretando con el tiempo. El hecho es que los avances no fueron excesivamente rápidos, pero sí concienzudos. El objetivo de la reforma era limitar el poder de los clanes locales en favor de la Casa Imperial, y convertir el país en un estado completamente unitario, siguiendo los pasos de la China de los Tang. Para ello, se organizó oficialmente el territorio en provincias y distritos y se decretó que se llevara a cabo una redistribución de tierras cada cinco años. Cada terrateniente debía pagar impuestos al emperador según el tamaño y la producción de su latifundio.

El príncipe Naka dio ejemplo, siendo el primero en entregar todas sus posesiones al dominio imperial. En el año 652, la primera redistribución se

había completado, y los asuntos del gobierno se habían repartido entre ocho departamentos administrativos a cargo de oficiales nombrados por el emperador. Las sedes burocráticas estaban situadas en la primera capital imperial de estilo chino, Naniwa, construida en 645.

Naka llegó a reinar como emperador durante tres años, entre 668 y 671, con el nombre de Tenchi. A su muerte hubo ciertas turbulencias, conocidas como periodo Jinshin, que concluyeron con la subida al trono del emperador Temmu, un gobernante fuerte que llevó a su culmen la centralización estatal basada en la codificación legal y en la estructuración militar y administrativa.

Pero no todo había cambiado. Ya no había una casa Soga entre bambalinas, pero otra familia iba a ocupar su lugar. Una familia cuyos miembros iban a decidir los destinos de Japón durante mucho más que siete décadas, y cuyo apellido, por increíble que parezca, ha sobrevivido hasta el día de hoy: los Fujiwara.

Paradójicamente, los Fujiwara no son, ni más ni menos, que la familia de Nakatomi no Kamatari, el aliado del príncipe Naka en la reforma Taika. Después del golpe de Estado, Kamatari cambió su apellido, pasando a llamarse Fujiwara no Kamatari. Y poco después de su muerte, la familia despegó. El emperador Mommu (697-707) contrajo matrimonio con una dama Fujiwara, y a partir de entonces, fueron raros los gobernantes que no hicieron lo mismo. Aun después de que la familia perdiera su preeminencia, para lo que habrían de transcurrir nada menos que cuatro siglos, los emperadores siguieron escogiendo consortes con sangre Fujiwara. De hecho, se considera que el primer emperador japonés en romper de manera radical con la costumbre fue Hirohito, en el año 1921.

Pero volvamos a los acontecimientos. Entre los años 708 y 712 se construyó otra capital, Nara, que daría nombre a la nueva edad de la historia japonesa que comenzó oficialmente en el año 710. Desde Nara, el emperador gobernaba a través de la estructura burocrática y gracias a la plena aplicación del código a cuyo desarrollo hemos asistido, conocido ahora como Taiho. El código Taiho se dividía en dos secciones principales: *ritsu*, o normas penales y *ryo*, o instituciones administrativas, por lo que a menudo la bibliografía se refiere a estos momentos bajo el nombre de época Ritsuryo.

El final del periodo Nara estuvo marcado por un curioso episodio de la historia japonesa: el incidente del monje Dokyo. La influencia de los templos budistas se había hecho cada vez mayor en la capital, y un monje concreto, de

nombre Dokyo, se hallaba en el círculo más íntimo de la Casa Imperial. Se decía que la hija del emperador Shomu había sanado gracias a sus oraciones. La princesa llegó a ser emperatriz en dos ocasiones (bajo los nombres de Koken entre 749 y 758 y de Shotoku entre 764 y 770), pero no olvidó a Dokyo, que se convirtió, como mínimo, en su más cercano consejero. El monje fue acumulando poder, sobrepasando incluso a los Fujiwara, y finalmente intentó convencer a la emperatriz para que abdicara y así ser coronado emperador, uniendo en sus manos la Ley budista y la ley secular. Pero la horrorizada aristocracia no llegó a presenciar tales extremos. La emperatriz falleció, y el monje Dokyo fue desterrado. La corte quiso además alejarse de la influencia del resto de los monjes de Nara y en 784 se trasladó a una nueva ciudad, Nagaoka, donde no se consiguió establecer la capital con éxito por discrepancias internas. Diez años después, en el 794, el emperador Kammu se asentó definitivamente en Heiankyo la «capital de la Paz», más conocida como Kyoto. Daba así comienzo una nueva etapa de la historia japonesa: el periodo Heian.

Japón Heian supuso la madurez socio política y cultural del país frente al periodo de aprendizaje a partir de los modelos chinos. Ya no se trataba de copiar lo que llegaba del continente, sino de asimilarlo y adaptarlo, creándose así un marco específicamente japonés; la ruptura de relaciones oficiales con China en el 894 es buen exponente de esta nueva mentalidad.

En la capital, Kyoto, unas tres mil personas constituían la corte del refinamiento alrededor del emperador y la emperatriz. Era un mundo cerrado, dominado por el ceremonial palaciego, en el que florecían esplendorosamente las artes, y cuyos miembros se juzgaban según su capacidad para valorarlas y participar en ellas.

En este sentido, destaca especialmente la aparición de los sistemas silábicos de escritura *hiragana* y *katakana*, que ya explicamos con anterioridad. Utilizados sobre todo por las mujeres, a las que no se permitía emplear los ideogramas chinos, los silabarios facilitaron enormemente la escritura. Se alcanzó de este modo una verdadera edad de oro de la literatura, con obras del calibre del *Genji Monogatari* o el propio *Libro de la Almohada*.

No faltaron durante la etapa Heian grandes maestros de caligrafía, entre los que destacan especialmente tres, los llamados «triunviros de la escritura»: Ono no Michikaze (894-966), Fujiwara no Sukemasa (944-998) y Fujiwara no Yukinara (972-1027). A menudo se considera que el arte caligráfico alcanzó su mayor esplendor con el *Rollo de Poesías de Po Chu'i*, obra de este último

autor. También la pintura rompió en época Heian con los cánones clásicos chinos para convertirse en «pintura del país» o *Yamato e*, con su característica perspectiva de techo descubierto. A la pintura al servicio de la nobleza vino a añadirse la de tema religioso, animada por las nuevas corrientes del budismo, que produjo verdaderas obras maestras. Se enriquecieron asimismo durante el periodo Heian la arquitectura y la escultura, esta última con máscaras y tallas de madera. No hay que olvidar tampoco los bellos vasos de cerámica esmaltada y los exquisitos trabajos de laca con polvo de oro y plata, o las piezas que combinan taraceas de oro y nácar o laca con hilos de metal precioso.

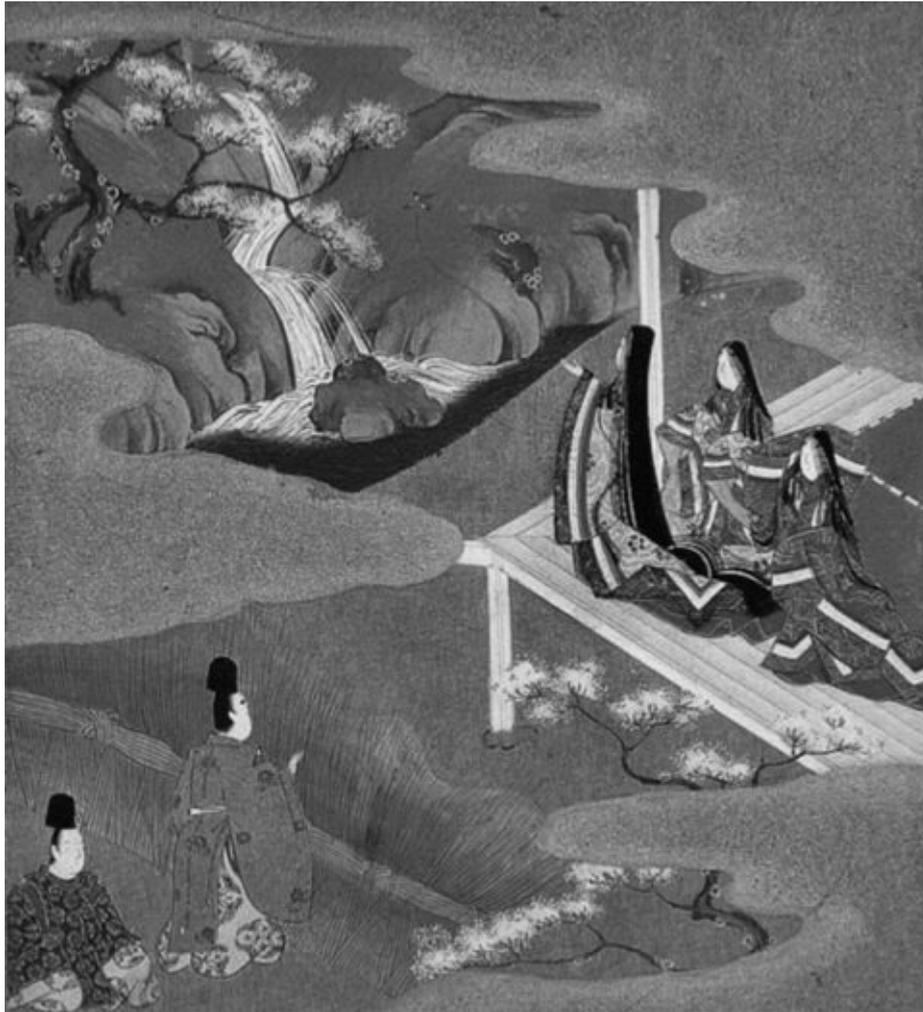
La estructura política de Japón Heian siguió basándose en el gobierno central auspiciado por las reformas Taika que, ahora desde Kyoto, controlaba el país mediante funcionarios enviados a las provincias. El sistema de propiedad de la tierra, de gran complejidad, comprendía tanto parcelas de dominio público contribuyentes como parcelas privadas o *shoen*, repartiéndose los ingresos totales entre una variada escala jerárquica de personas o grupos con diferentes grados de derecho de propiedad.

Al igual que ocurrió durante el periodo Nara, la corte Heian de Kyoto estuvo casi completamente dominada por la influyente familia Fujiwara, que llegó a controlar la práctica totalidad de los puestos clave del gobierno, a pesar de la ocasional y siempre infructuosa oposición de la familia imperial. En el año 858 Fujiwara no Yoshifusa fue nombrado regente, un puesto que hasta entonces siempre había estado ocupado por príncipes Imperiales. Desde aquel momento, muchos Fujiwara ostentaron el cargo, ya fuera como regentes de emperadores niños (*Sessho*) o incluso adultos (*Kampaku*), llegando a atesorar el doble título de *Sessho-Kampaku*.

La etapa de máximo apogeo de los Fujiwara puede establecerse entre 995 y 1027, cuando Fujiwara no Michinaga estuvo al frente de la política de la corte.

Pero las cosas pronto iban a cambiar de nuevo, y esta vez de forma todavía más radical. La corte de Kyoto, centrada en su ceremonioso ritual, había ido perdiendo poder de forma progresiva en favor de los aristócratas militares locales. El deterioro del gobierno central acabó por hacer que los jefes provinciales prefiriesen unirse entre ellos para hacer frente a problemas comunes antes que esperar las decisiones de una corte demasiado alejada de su modo de vida. Se formaron así de nuevo verdaderos clanes autónomos, cuya principal fuente de prestigio, paradójicamente, comenzó siendo el grado

de estrechez de sus relaciones con la familia imperial.



Damas y caballeros de la corte Heian. Ilustración del *Genji Monogatari*, capítulo 5. Rollo pintado atribuido a Tosa Mitsuoki (1617-1691)

En el año 1180, el precario equilibrio estalló. Entramos así en el periodo jalonado por las luchas entre los dos famosos clanes Taira y Minamoto, cuyos protagonistas llegarán a convertirse en personajes de leyenda. La familia Taira, también conocida como Heike, se disputó el control del país durante cinco largos años con la familia Minamoto, también llamada Genji. Este periodo de sangrientas luchas civiles se conoce como Guerras Gempei.

El conflicto entre los Taira y los Minamoto se inició con un periodo dominado por los Taira, y marcado por la cruenta batalla de la Puerta Taiken y la ascensión al trono imperial del nieto de Taira no Kiyomori en 1180. Solo un año más tarde moría Kiyomori; se cuenta que en sus últimas palabras rogó a sus familiares que no celebrasen sus honras fúnebres y que no le construyeran ningún monumento sepulcral: la única estela funeraria que deseaba ver sobre su tumba era la cabeza de su gran rival, Minamoto no Yoritomo.

Sin embargo, a pesar de que los Taira se esforzaron para que se cumpliera la última voluntad de Kiyomori, serían los Minamoto los que acabarían ejerciendo el dominio indiscutible del país.

La carta decisiva se jugó en la batalla naval de Dan no Ura de 1185. Después de un lustro de guerra, el clan Minamoto había vencido.

Así terminó la primera gran fase de gobierno imperial directo de Japón. En 1185 da inicio una larguísima edad feudal, que durará hasta el año 1868. Los emperadores quedarán relegados a funciones simbólicas, y el poder fáctico estará en manos de los caudillos militares. Minamoto no Yoritomo todavía tardaría algún tiempo en asumir el título que a partir de ahora marcará la historia japonesa, el de *Shogun*, pero la nueva era política ya había comenzado.

Como vimos más arriba, los capítulos narrativos de este libro finalizan examinando la economía y la vida cotidiana. Sin embargo, puesto que en esta sección hemos dedicado un apartado completo a la aparición de la moneda, pasaremos directamente a analizar, de forma muy breve, los modos de vestimenta.

La protohistoria y las primeras edades históricas japonesas fueron testigo de un desarrollo exponencial de los modelos de indumentaria. Las antiguas y simples vestiduras de tipo túnica o poncho y las piezas de tela anudadas a la cintura dieron paso a chaquetas abrochadas en un lateral, faldas plisadas *mo* y amplios pantalones, todo de modelo chino. Este es el tipo de vestimenta que reflejan las figuras *haniwa* de época Kofun.

Parece que, a pesar de la adopción de ropas continentales, siguió siendo habitual el uso de pinturas corporales y tatuajes a la vieja usanza, así como de adornos característicos. Los ornamentos más curiosos son probablemente las originales joyas llamadas *magatama*. Se trata de objetos en forma de coma, es decir, con un extremo redondeado y el otro alargado, que se va afinando progresivamente hasta acabar en pico. En la parte redonda se practica un orificio para colgar la joya. Estas «comas» Kofun tienen paralelos formales en Corea; hay elementos similares, por ejemplo, en las coronas de oro del reino de Silla.

Las hipótesis sobre el sentido de las *magatama* son diversas; hay quien ve en ellas la esquematización de un feto humano. Se piensa que, en cualquier caso, tenían un sentido protector. Hoy en día se fabrican en Japón pequeños colgantes con esta misma forma a modo de amuleto.

Un hito importantísimo tuvo lugar en el año 718, fecha en que se promulgó el Código *Yoro*, una normativa sobre la vestimenta. En él se especifican, entre otras cosas, los ropajes que deben vestir los oficiales, y se decreta que las prendas de busto se cierren cruzando la tapa izquierda sobre la derecha, a la manera china. Esta forma de cerrar las prendas se ha mantenido en Japón hasta el día de hoy. El Código *Yoro* no es en realidad sino la expresión indumentaria de la inmensa influencia cultural china que se estaba viviendo en Japón de esos momentos. Pero pronto, a partir del siglo X, comenzaría a desarrollarse en el archipiélago una forma de vestir cada vez más alejada de los modelos chinos.

La indumentaria de época Heian se volvió extraordinariamente elaborada. Los hombres mantuvieron durante más tiempo prendas de tipo chino, mientras las damas iniciaban un modo de vestir basado en la acumulación de larguísimas «chaquetas» superpuestas, que se atisbaban en el cuello y las mangas. Además, también empleaban amplios pantalones o *hakama*, y en ciertas ocasiones ataban sobre todo el conjunto la falda ceremonial *mo*, pervivencia de modas anteriores. Este modelo de capas elaborado en época Heian ha sobrevivido a lo largo de los siglos como indumentaria ceremonial, y todavía hoy es utilizado por las damas de la Casa Imperial en ocasiones especialmente solemnes, como la boda del heredero o la coronación de un nuevo emperador.

El corte de las «chaquetas» Heian era sencillo y abierto, con patrón en forma de T. La prenda interior, de color blanco y conocida como *kosode* o «mangas [de aberturas] pequeñas» se ajustaba a la cintura con una faja, mientras todas las demás, llamadas *osode* o «mangas [de aberturas] grandes» se dejaban abiertas.

Las mangas son un elemento fundamental en la concepción japonesa de la indumentaria, hasta el punto de emplearse como metáfora de toda la vestimenta, y, por extensión, de la persona que la lleva puesta. Así, la poesía clásica emplea la expresión *tagasode* [¿las mangas de quién?] para referirse a un personaje femenino que no se encuentra presente en ese momento y cuya belleza se echa en falta.

Los protagonistas y su marco

El personaje: la dama Sei Shonagon y el *LIBRO DE LA ALMOHADA*

El *Makura no Soshi* o *Libro de la Almohada* es, sin duda alguna, una de las obras capitales de la literatura japonesa. Escrito alrededor del año mil, la influencia de esta suerte de diario de Sei Shonagon, dama de la corte Heian, no ha cesado de sentirse en las corrientes literarias que se han sucedido desde entonces en el país.

No se trata, sin embargo, de un diario entendido al modo occidental, ni tampoco un diario japonés a la manera contemporánea Heian (que también existían). No se han anotado aquí informes detallados de los acontecimientos vividos a diario ordenados por fechas, sino fragmentos sueltos dedicados a diferentes materias. Algunos, es verdad, tratan de sucesos protagonizados o presenciados por la autora, pero otros muchos se dedican a impresiones sobre cosas o personas, o describen pequeñas escenas sin conexión temporal y sin personajes definidos. El conjunto resulta una especie de retablo impresionista, a través del cual adivinamos retazos de Japón Heian, pero también la visión particular del mundo de Sei Shonagon.

Nos encontramos ante un tipo de obra literaria de extraordinario exotismo para los ojos occidentales, a la vez distante y moderna. Viene de un mundo cuyo refinamiento apenas intuye, cuyas costumbres son del todo ajenas a la Edad Media que un europeo ha aprendido a reconocer, y sin embargo, al mismo tiempo el estilo sencillo y casual de la autora y sus opiniones y sentimientos la acercan a menudo a la sensibilidad contemporánea, a veces de manera realmente asombrosa.

La denominación «libro de almohada» aparece en el propio texto a propósito de lo que la autora pretende escribir en unos papeles que la Emperatriz le concede, aunque no hay constancia de que ése sea realmente el título que deseara dar a su obra. Con este término se hacía referencia en la

época a los escritos personales que los cortesanos anotaban, generalmente por las noches tras retirarse a sus habitaciones, y que guardaban más o menos en secreto, posiblemente en los compartimentos interiores de sus almohadas de madera.

Aunque entre los escritos misceláneos o libros de almohada solamente el libro de Sei Shonagon ha llegado hasta nosotros, es indudable que hubo numerosos diarios de este tipo escritos durante la época Heian. De ellos arranca el género posteriormente conocido como *zuihitsu*, que perdura todavía hoy.

Sin embargo, los libros de almohada son en sí mismos un género peculiar. Contienen descripciones de episodios de la vida diaria, pero tienen también puntos de contacto con los libros de historias, y además incluyen poemas. Antes de seguir adelante, y ya que se habla de poesía, no podemos dejar de mencionar aquí una de las obras clave de la producción poética japonesa de todos los tiempos que también se data en época Heian: la mítica antología *Kokinshu*.

El *Kokin Wakashu* o, en su forma abreviada y más habitual, *Kokinshu* [Poemas japoneses antiguos y modernos], es el libro de poesía más celebre y estudiado de Japón, un conjunto de más de mil poemas, compilados a principios del siglo X. Se estructura en veinte capítulos, dedicados a distintos temas poéticos, como el amor, el luto o las estaciones del año. Casi todas las poesías son del tipo conocido como *tanka* o *waka*, la forma métrica más utilizada en Japón desde los inicios de la escritura hasta el siglo XIX, que se compone de treinta y una sílabas divididas en varios grupos de cinco y siete. Aunque hay otras veinte antologías imperiales de poesía, el *Kokinshu* es sin duda la más prestigiosa. Su primera edición se ha atribuido tradicionalmente a Ki no Tsurayuki, que habría dirigido a un grupo de poetas compiladores a petición del emperador Daigo (r. 897-930). También a su mano se debe la famosísima introducción, el primer texto de crítica literaria de Japón. Muchos de los poemas son anónimos, pero otros son obra de escritores de primera línea en su momento, como Ariwara no Narihira, Fujiwara no Okikaze o la legendaria poetisa Ono no Komachi.

Parece que la expresión *tagasode* [¿las mangas de quién?], que como vimos antes se emplea en poesía para aludir a una mujer ausente, se encuentra por primera vez en uno de los poemas de la antología *Kokinshu*, concretamente en el *waka* anónimo número treinta y tres.

Volviendo al *Libro de la Almohada*, hay que concluir así pues que su

género es un crisol de muchos otros, con lo que comparte los valores estéticos y conceptuales de la corte Heian. Se trata, en suma, de un exponente privilegiado del concepto de *tadyameburi*, o «sensibilidad femenina», dominante en la época por oposición al anterior *masuraoburi* o «sensibilidad masculina» del periodo Nara. Las damas Heian, restringidas al mundo cortesano, recrean su ambiente a partir de sus propias experiencias, aderezando el conjunto con elementos procedentes de las corrientes intelectuales en boga. Ahora bien, como ya se dijo más arriba, el mundo de lo que aún se considera la verdadera cultura, es decir, la cultura china transmitida de forma ideográfica, les está vedado, por lo que todas las obras escritas por las mujeres de esta época están compuestas en silabario japonés.

Uno de los conceptos que mejor pueden aplicarse al estilo empleado por Sei Shonagon en el *Libro de la Almohada* es sin duda el de *okashi* («belleza elegante», «encanto»). De hecho, la propia palabra *okashi* es profusamente empleada por la autora como adjetivo, hasta el punto de haber ocasionado quebraderos de cabeza a los traductores. Este gusto por la repetición, presente también en otros autores medievales contemporáneos, aspira en realidad a la creación de ritmo dentro del texto; no es sino un recurso literario que, en cierto modo, acerca la prosa a la poesía a base de establecer una serie de pequeños rasgos recurrentes.

El *okashi* que permea el texto es quizá más evidente en las delicadas descripciones de la naturaleza, pero no falta en otro tipo de episodios, y puede apreciarse en cualquier momento a través de ligeras pinceladas: la textura de un vestido, la disposición de un biombo o la alusión a flores o árboles llenan inmediatamente el pasaje de ese encantador refinamiento al que aspiraba la entera corte Heian. En suma; tanto el estilo como la constante presencia de la naturaleza acercan el *Libro de la Almohada* a la poesía de manera muy acentuada. El *Makura no Sshi* no es un simple texto en prosa, y su autora es tan poetisa como prosista.

La otra característica principal del estilo de Shonagon es, probablemente, la sencillez. La autora no recurre a largas y complicadas cadenas de oraciones como las que pueblan el *Genji Monogatari*, por ejemplo (sobre esta novela famosísima, obra de otra dama de la corte Heian, Shikibu Murasaki, se volverá más abajo). Se trata de un lenguaje rápido y variado, compuesto en su totalidad por sustantivos japoneses, no chinos, que se sigue hoy considerando un modelo de pureza y claridad.

Por los diferentes capítulos del *Libro de la Almohada* desfilan toda una

serie de personajes pertenecientes a la corte Heian, comenzando por el emperador y la emperatriz, por quienes la autora manifiesta poco menos que adoración. Otros cortesanos incluyen, por ejemplo, a Yoshichika, el consejero Medio, Sanekata, el capitán de la Guardia, el caballero Nagakira, la dama Ukon, el capitán Tsunefusa o el consejero Imperial Tadanobu. La reverencia debida a sus majestades no se extiende, sin embargo, a muchas más personas, y Shonagon se burla, más o menos abiertamente, de varios desafortunados que tiene la desdicha de cruzarse en el camino de su ingenio, como el paciente Narimasa, o el simple Masahiro.

En cualquier caso, los personajes del *Libro de la Almohada* no forman parte de un argumento premeditado. Aparecen y desaparecen a través del libro según la autora describe unas cosas y otras; algunos se mencionan solo una vez, otros vuelven dos, o tres, o más, en un conjunto variado y cambiante, como todo el *Makura*.

Pero ¿qué se sabe sobre la autora de esta obra? Desafortunadamente, y aparte de lo que ella misma deja entrever en el *Libro de la Almohada*, se conoce muy poco acerca de Sei Shonagon. Ni siquiera hay seguridad sobre cuál era su verdadero nombre. No fue ciertamente Shonagon, que significa «consejero menor» y era su rango en palacio. Algunas tradiciones sobre su figura recogen el nombre de Nagiko, pero no hay certeza respecto.

Parece que nació alrededor del año 965 de nuestra era, hija de Kiyowara no Motosuke, un oficial de provincias. Sirvió en la corte como dama de la emperatriz Sadako (977-1000), esposa del emperador Ichijo (987-1011), durante la última década del siglo, y quizá estuvo casada con el oficial Tachibana no Norimitsu, de quien, según algunos, habría tenido un hijo. No se conoce su residencia ni su tipo de vida antes o después de su estancia en la corte, y la tradición que la hace morir en la pobreza es probablemente una historia moralizante tardía.

La autora del *Libro de la Almohada* no suele hablar específicamente de sí misma. En alguna ocasión cede a comentar elogios recibidos, pero se disculpa inmediatamente por ello. En el capítulo 86, por ejemplo, apunta que Yukinari había hablado muy bien de un breve texto escrito por ella ante el canciller y un grupo de cortesanos. Al oírlo, el canciller, impresionado, había mostrado gran interés en que Shonagon escribiera una continuación de dicho texto. En vez de contar cómo terminó el asunto, inmediatamente, la autora concluye la anécdota asegurando que le parece extremadamente feo hablar de sí misma de manera elogiosa.

Así pues, normalmente, Shonagon se limita a mostrarse como una más de las damas de la corte. Toma parte en las ceremonias que así lo requieran y observa las otras con enorme curiosidad (y no le faltan oportunidades en la ritualizada corte Heian, que recuerda a la bizantina por lo minucioso y pensado de su ceremonial, en el que todo reviste importancia y todo posee significado).

Pero Shonagon no es en absoluto una observadora pasiva; realiza comentarios sobre todo lo que ve, y describe una variada gama de elementos desde puntos de vista altamente personales e imaginativos; sus listas de cosas asociadas a impresiones alcanzan muchas veces cotas de originalidad difícilmente superables: ¿qué decir de ocurrencias como incluir entre las «cosas escuálidas» el «interior de la oreja de un gato», o calificar de «cosa que da una impresión patética» la «expresión de una mujer depilándose las cejas»?

Especialmente reveladoras de su temperamento son sus descripciones de ceremonias y episodios de la vida cortesana, en los que no faltan detalles de vestimentas y objetos. Una cortina puede convertirse en objeto de larga divagación, y el recuento de un episodio amoroso quedar interrumpido para consignar la agradable impresión que producen las mangas cuidadosamente dispuestas de los caballeros que esperan en pie junto a la pared a que una dama se digne descorrer su puerta.

En fin, Sei Shonagon disfrutaba de la corte, y lo ha transmitido a través de su obra. Aunque resulte curioso para la mentalidad contemporánea, la dama no se siente ni mucho menos prisionera de su círculo; por el contrario, compadece a quienes están fuera de su mundo cortesano.

Así, en el capítulo 12, comenta su disgusto ante las pobres mujeres que viven en casa, atendiendo fielmente a sus maridos; mujeres que no tienen nada interesante en perspectiva, y que sin embargo piensan que son felices. Ante ese tipo de existencia, dice, se siente horrorizada. A menudo, continúa, se trata de damas de buena familia, y, sin embargo, las desdichadas nunca llegan a tener oportunidad de descubrir cómo es en realidad el mundo. Ojalá, concluye Sei Shonagon, pudieran vivir una temporada en la corte y descubrir y disfrutar las maravillas que ofrece.

Inteligente y sensible, leída e ingeniosa, la autora no ha dejado de cautivar a los estudiosos que se han ocupado de su figura. Sei Shonagon fue así, probablemente, la clase de mujer ante la que nadie quedaba indiferente.

Prueba de ello es el poco amable pasaje que su gran rival literaria, Shikibu Murasaki, le dedica en su diario.

Antes de saber cuál era exactamente su opinión, es sin embargo obligada la referencia, aunque sea muy breve, a otro escrito salido de su pincel: el *Genji Monogatari*.

El *Genji Monogatari* o *Historia del Príncipe Radiante* es la obra más famosa de la producción Heian y quizá de toda la literatura japonesa pre moderna. Se trata de una novela larga y compleja, de lectura difícil e impresión perdurable, que comparte con el *Makura* una cierta desestructuración argumental. Muy en la línea del pensamiento de la época, no se estructura mediante una narración lineal, sino a través de una sucesión de escenas que fluyen, conformando la vida y los amores del príncipe que da título a la obra.

Pero volvamos a la opinión de Shikibu Murasaki sobre la autora del *Libro de la Almohada*. Según Murasaki, Sei Shonagon es la persona más satisfecha de sí misma que haya visto nunca. Y sin embargo, continúa, si uno se toma la molestia de examinar esas caligrafías tuyas que tan presuntuosamente va sembrando por ahí, se encuentra con que están llenas de errores. Alguien que se esfuerza tanto en ser diferente a los demás, sigue Shikibu Murasaki, acaba cayendo en desgracia. Tiene talento, eso está claro, pero si sigue dando rienda suelta a sus emociones y husmeando en todo lo que le pasa por delante la gente acabará pensando que es una frívola. Y ¿cómo pueden las cosas irle bien a alguien así?

Viendo todo esto, no es difícil imaginar por qué, en una de las brevísimas alusiones a sí misma presentes en el *Libro de la Almohada*, Shonagon afirma aborrecer lo que los demás admiran y disfrutar de lo que detestan. Y, en realidad, a falta de otras fuentes contemporáneas, es seguramente el mejor resumen que de su personalidad se puede llegar a hacer.

El hito histórico: la aparición de la moneda

Ya se ha dicho varias veces a lo largo de este libro que los japoneses vivieron largo tiempo sin necesidad de moneda, empleando para el trueque bienes materiales perecederos. También sabemos ya que cuando, según las crónicas chinas, en el año 238 d. C. la emperatriz Himiko, o Pimiko, envió una embajada a China, sus legados no portaban dinero sino regalos; llevaban, concretamente, diez esclavos y dos grandes piezas de rica tela. Más tarde, siempre según los textos chinos, su sucesora Iyo envió otra legación a tierras del Celeste Imperio; esta vez los japoneses llevaban consigo treinta esclavos, 5000 gemas blancas, dos piezas de jade labrado y veinte piezas de tejido.

La situación de trueque se mantuvo hasta el momento en que Fujiwara no Kamatari y sus aliados dieron el golpe de Estado que acabó con la casa Soga y abrió paso a la reforma Taika. En este nuevo marco reformista, potenciado por el descubrimiento de las minas de cobre de la provincia de Musashi, cerca de la actual Tokyo, vieron la luz las monedas más antiguas de Japón.

Tipológicamente las nuevas monedas japonesas siguieron el modelo chino, como ocurrió en general en todo Extremo Oriente. Este modelo chino es el iniciado por las antiguas piezas denominadas *banliang*, atribuidas tradicionalmente al tiempo de Qin Shi Huang, el primer emperador Qin (221-207 a. C.), para quien se hicieron los famosos guerreros de terracota de Xi'an. El nombre de estas monedas significa «medio *liang*», y alude a su peso, que corresponde teóricamente a la mitad de la unidad conocida como *liang*, equivalente a unos dieciséis gramos. Son piezas redondas de bronce, con un agujero cuadrado central y dos ideogramas escritos en su superficie. Aunque, según se desprende de los últimos descubrimientos, ya existían antes de la subida al trono de Qin Shi Huang, su fama se debe a que fueron utilizadas por el emperador para su unificación monetaria, que puso fin a la enorme diversidad de monedas locales, entre las que se incluían cuchillos, azadas, perlas, anillos y conchas. El tipo monetar centralizado por Qin Shi Huang combina la forma redonda y la cuadrada, o lo que es lo mismo, el Cielo y la Tierra. Su morfología habría de mantenerse con escasa variación durante los próximos 2000 años, y algunos templos aún lo utilizan en la actualidad para fabricar amuletos y recuerdos.

Así pues, este tipo chino de moneda redonda con orificio central cuadrado, completamente epigráfica, es el que adoptaron las primeras monedas japonesas, que, como suele ser habitual en Asia, no están acuñadas, sino fundidas a molde.

Hay discusión sobre el carácter monetar de las piezas más antiguas de

estas características halladas hasta el momento en Japón, las *Fuhonsen* [«monedas *Fuhon*»], que parecen haberse emitido entre los años 694 y 710. Sobre estas piezas aparecen dos ideogramas, *fu* [«riqueza»] y *hon* [«base»], flanqueados por dos grupos de siete puntos. Es un esquema similar al de las monedas chinas *Yosho*, que fueron empleadas como amuletos. De hecho, en el periodo Tokugawa se pensaba que las *Fuhonsen* no eran auténticas monedas y se llegaron a realizar amuletos que las imitaban. Los últimos descubrimientos arqueológicos parecen indicar que las *Fuhonsen* se emplearon (o se siguieron empleando) con fines rituales cuando ya existían otras monedas. La crónica *Nihonshoki*, por su parte, refiere que las primeras monedas se emitieron en Japón en el año 708, pero también parece aludir a monedas anteriores, por lo que las fuentes escritas tampoco aclaran la cuestión.

Sea como fuere, la primera serie continuada de emisiones indiscutibles de moneda japonesa forma lo que se conoce con el nombre de las Doce Monedas Dinásticas o *Kocho Ju Ni Sen*. Se trata de doce piezas de cobre producidas de forma sucesiva y directamente inspiradas en las monedas chinas *Kai Yuan Tong Bao* (en japonés *Kaigen Tsuho*), emitidas casi noventa años antes por los Tang. Las Doce Monedas Dinásticas circularon hasta el 958, por lo que su vida está comprendida entre los periodos históricos japoneses Nara (710-794) y Heian (794-1185).

Como ya vimos, la reforma administrativa Taika frenó el antiguo poder de los clanes locales, y durante algún tiempo convirtió el país en un estado razonablemente unitario, en el que las tierras eran redistribuidas cada cinco años y los terratenientes pagaban impuestos proporcionales al tamaño y producción de su latifundio. Pues bien, estos impuestos debían abonarse en la recién estrenada moneda metálica, que era también empleada por el gobierno para retribuir a sus funcionarios. Además, el uso de grandes cantidades de la nueva moneda podía llegar a proporcionar un rango en la corte.

Cada una de las Doce Monedas Dinásticas tiene su propio nombre, que corresponde al de los ideogramas japoneses o *kanji* escritos en su superficie. Las monedas solo presentan escritura en el anverso, mientras que los reversos son siempre anepígrafos. Los *kanji* se leen en el sentido de las agujas del reloj comenzando por arriba; es decir, primero el *kanji* superior, después el de la zona derecha, a continuación el de la parte inferior, y por último el de la izquierda. A menudo, los ideogramas fueron trazados a pincel por famosos calígrafos de la época para luego ser fielmente reproducidos sobre las monedas.

La moneda inicial de la serie responde al nombre de *Wado Kaichin*, que significa «tesoro inicial de cobre de Wa». El País de Wa no es como ya sabemos sino uno de los antiguos nombres casi míticos de Japón, de modo que los *kanji* de esta moneda remiten a la identidad nacional, como no deja de ser lógico si tenemos en cuenta que se trata de la primera pieza numismática de una serie del Estado. A pesar de su nombre, las *Wado Kaichin* de fecha más temprana no fueron de cobre sino de plata, y se pusieron en circulación en mayo del 708; tres meses después comenzarían a producirse las piezas de cobre. Durante los años 708 y 709 la ceca de Nara emitió monedas de ambos metales, pero después se mantuvo solo la emisión de cobre.

Los ideogramas de la *Wado Kaichin* se atribuyen a la mano de Fujiwara no Yogyo, miembro de la poderosa familia gobernante, pero también destacado calígrafo.

En el año 760, bajo el emperador Junnin, comenzó a emitirse la segunda moneda dinástica, la *Mannen Tsuho*, o «moneda en circulación de los diez mil años». Una de las nuevas monedas de cobre equivalía a diez de las anteriores. Al mismo tiempo se acuñaron también piezas semejantes en oro y plata, pero parece que nunca llegaron a emplearse como medio legal de intercambio; solo se conoce un ejemplar de oro, que se encontró durante unas obras en el templo Saidai de Nara en 1794, y hoy se halla en la colección particular de la Casa Imperial. Algo similar ocurre con las piezas de plata que han sobrevivido: todas salvo quizá una son probablemente copias posteriores. Los *kanji* de la *Mannen Tsuho* fueron tal vez obra de otro destacado calígrafo, Kibi no Mabi, poeta, viajero, estudioso de la literatura china, y tradicional inventor del silabario *katakana*.

A pesar del valor oficial de las nuevas piezas, la gente era consciente de que el cambio de diez antiguas monedas *Wado Kaichin* por una *Mannen Tsuho* era abiertamente desfavorable, pues la nueva moneda no era en absoluto de mejor calidad que la antigua. De este modo se produjo un ingente atesoramiento de las viejas *Wado*, lo que provocó una grave carestía de numerario en circulación. De ahí que el gobierno, cuando todavía estaba en uso la *Mannen Tsuho*, decidiera emitir una nueva moneda: la tercera de la serie, llamada *Jingu Kaiho* (moneda inicial de [la era] Jingu), producida en el 765 bajo el reinado de la emperatriz Shotoku, y como la anterior, con un valor fijado de uno a diez respecto a las primeras emisiones del 708.

Antes de seguir adelante conviene explicar muy brevemente lo que significa una «era». Como también ocurrió en China, el gobierno de un Soberano

japonés se dividía en una o varias eras, cada una con un nombre propio. El cambio de una era a otra podía deberse a razones diversas, como por ejemplo la superación de un conflicto o el deseo de iniciar un periodo afortunado. Los emperadores más recientes de Japón, es decir, los que se han sucedido desde 1868, tienen solamente una era, cuyo nombre coincide con el nombre póstumo de cada uno. Así, por ejemplo, la era del reinado del emperador Mutsuhito se denomina Meiji, el mismo nombre con el que el emperador fue deificado tras su muerte.



Moneda *Wado Kaichin*, la primera de las Doce Monedas Dinásticas

A pesar de la introducción de la nueva moneda de la era Jingu, el Gobierno no consiguió frenar el fenómeno de atesoramiento de las viejas *Wado Kaichin*, y finalmente hubo de promulgar un edicto en el año 772 en el que se reconocía la paridad de las tres primeras monedas dinásticas. Veinticuatro años más tarde, se decretó el fin del uso y la desaparición física de estas tres primeras series y se emitió una nueva moneda a fin de estabilizar el sistema.

Esta cuarta pieza dinástica fue fundida en el año 796 d. C. Se la conoce como *Ryuhei Eiho* («perdurable moneda de la noble paz»), y es algo más pequeña que sus inmediatas antecesoras. Los *kanji* de la *Ryuhei Eiho* se atribuyen por tradición a la mano del mismísimo Kobo Daishi, importantísimo maestro

budista. También al pincel de Kobo Daishi se atribuyen los ideogramas que aparecen sobre la siguiente moneda dinástica, la *Fuju Shimo* [divina moneda de abundancia y longevidad], emitida en el año 818 durante el reinado del emperador Saga.

Las dos monedas escritas por el maestro Kobo Daishi habrían de mantener el sistema monetario durante los siguientes veintidós años. Llegó el momento, sin embargo, en que se hizo necesaria una nueva emisión para revitalizar el numerario circulante, y vio la luz la sexta moneda dinástica, la *Jowa Shoho* («próspera moneda de [la era] Jowa»), producida en el 835 bajo el emperador Nimmyo. Esta vez no se mantuvo la paridad, y volviendo a la vieja normativa, se decretó que una de las nuevas monedas equivaliera a diez de las antiguas, cambio que seguiría estableciéndose a partir de ahora cada vez que se emitiera una nueva moneda, con el consiguiente malestar de la población. El calígrafo que trazó los kanji de la *Jowa Shoho* fue probablemente Sugawara no Kiyokimi, renombrado escritor de la corte Heian.

Solo habían transcurrido tres años desde la última emisión monetaria cuando el Gobierno introdujo la séptima moneda dinástica: la *Chonen Daiho* o «gran moneda de muchos años». Los ideogramas de la nueva pieza se atribuyen, como en el caso de la *Wado Kaichin*, a un miembro de la familia que controlaba el poder: Fujiwara no Yoshiaki.

El año 859 vio la aparición de la octava moneda de la serie, la *Nyoyaku Shimo* o «divina moneda de abundante beneficio». La pieza se emitió durante el reinado del emperador Seiwa, y estaría en uso durante los diez años siguientes. Los ideogramas de la *Nyoyaku Shimo* fueron tal vez escritos por Kasuga no Otsugu. Todavía estaba en el trono el emperador Seiwa cuando en el 870 se emitió la siguiente moneda: la *Jogan Eiho* o («perdurable moneda de [la era] Jogan»). Como en el caso de la *Wado Kaichin* y la *Chonen Daiho*, el calígrafo que trazó los ideogramas de la *Jogan Eiho* era un miembro de la familia Fujiwara: Fujiwara no Ujimichi.

Veinte años más tarde, durante el reinado del emperador Uda, se pondría en circulación la décima moneda de la serie: la *Kampyo Daiho* o «gran moneda de [la era] Kampyo». Sus ideogramas han sido atribuidos al propio emperador Uda y también a Fujiwara no Ujimine, aunque parece más probable que fueran obra del famoso Sugawara no Michizane.

La pasión por la caligrafía le venía de familia a Michizane, pues era nieto de Sugawara no Kiyokimi, el autor de los *kanji* de la *Jowa Shoho*. Gran

estudioso de la literatura china, llegó a ser ministro Menor del Estado, pero una conspiración cortesana alentada por los Fujiwara hizo que se le desterrase a la alejada isla de Kyushu. Aún así su fama era tal que a su muerte acabó convertido en una especie de semidiós de la escritura.

La undécima y penúltima moneda dinástica, la *Engi Tsuho* o «moneda en circulación de [la era] Engi», fue emitida en el año 907 bajo el emperador Daigo, a cuya mano se otorga la caligrafía. A pesar de la progresiva disminución de tamaño de las monedas y de la falta crónica de piezas en circulación, el sistema aguantó aún otros cincuenta años. Sería en el 958, bajo el emperador Murakami, cuando se emitiera la última de las Doce Monedas Dinásticas, la *Kengen Daiho* o «gran moneda del origen de los cielos», que solo estaría en circulación tres años. Sus ideogramas fueron trazados por Aho no Muneyuki, después de que, según se dice, varios destacados calígrafos de la época rechazaran vincular su arte a la producción de piezas de tan baja calidad.

Resulta interesante comprobar que prácticamente todos los nombres de las piezas dinásticas hacen alusión a conceptos temporales de duración o de comienzo, y también remiten a la idea de la moneda como algo precioso, que aporta riqueza y beneficio. No parece sino que tales nombres se escogieron para luchar, siquiera de forma simbólica, contra el gran problema de la progresiva pérdida de valor del numerario Nara y Heian, que hacía que las «monedas de diez mil años» y las «perdurables monedas» tuvieran después de todo una vida bastante limitada.

El hecho es que las monedas de la serie fueron disminuyendo de tamaño hasta ser cada vez más pequeñas y de peor calidad. La sexta moneda de la serie solo pesaba la mitad que la primera, y a partir de la octava, el metal del que estaban compuestas tenía solo la mitad de cobre, o incluso menos (muchas de las duodécimas y últimas eran prácticamente de plomo con una pequeña parte de cobre). A pesar de los decretos que estipulaban que diez monedas antiguas equivalieran a una nueva, la disminución de la cantidad de metal puro en las monedas hizo que el poder adquisitivo de las piezas descendiera muy notablemente: a principios del siglo VIII, con una moneda de cobre podían comprarse dos kilos de arroz; sin embargo, a mediados del siglo IX, una moneda no daba para más de veinte gramos del cereal. Así, el pueblo japonés acabó por negarse a usar las monedas oficiales. Según las crónicas históricas de la época, al poco de ponerse en circulación la última de las Doce Monedas Dinásticas, el gobierno pidió a ochenta monjes budistas de

quince templos que rezaran durante siete días consecutivos para que la gente volviera a confiar en la moneda estatal. Pero este último recurso también falló, y en el año 960 toda producción de moneda por parte del gobierno Heian fue suspendida.

Durante casi dos siglos, los japoneses volvieron al trueque a la antigua usanza y emplearon seda, arroz y metal en bruto para los intercambios. A partir del siglo XII, sin embargo, la revitalización del pequeño comercio hizo que la situación cambiara.

El lugar: el templo Todai de Nara

El templo Todai o Todaiji, literalmente «gran templo del este», sito en la ciudad de Nara, es uno de los lugares más significativos de la larga Edad Media japonesa. Otro tanto puede decirse de la gigantesca estatua de Buda que alberga, una imagen colosal, muchas veces restaurada, que vio la luz en una etapa crucial de la historia del budismo en Japón.

Suele decirse que el Todaiji es el edificio de madera más grande del mundo, y en verdad se trata de un templo de proporciones imponentes. Pero lo cierto es que la construcción que hoy se ve no tiene, al parecer, más que dos tercios del tamaño del templo primitivo. Así pues, este primer Todaiji, consagrado en el año 752, tuvo que ser impresionante en un grado extraordinario, y más si se tiene en cuenta el momento en que fue erigido. De hecho, hay historiadores que afirman sin ambages que la construcción del Todaiji colocó a Japón de época Nara a la cabeza del mundo budista.

Una serie de terremotos, fuegos y guerras afectaron al gran Todaiji a lo largo de los siglos. Cuatro siglos después de su inauguración, el templo sufrió un devastador incendio; casi todo el edificio fue pasto de las llamas y la propia imagen quedó gravemente dañada. Tras años de trabajo, el segundo Todaiji fue consagrado bajo el mandato de Minamoto no Yoritomo en el año 1195. Otros cuatrocientos años transcurrieron, y de nuevo el templo fue destruido. Esta vez se tardó mucho tiempo en lograr rehacerlo, y el edificio no volvió a abrir sus puertas hasta el año 1708. Este es el Todaiji que ha llegado

hasta nosotros. Todavía a principios del siglo xx se pedían aportaciones a los fieles para concluir algunos detalles.

Aún después de esta historia de sucesivos desastres, y por increíble que parezca, el complejo aún conserva elementos originales. Uno de ellos es la Puerta Tegai, que da acceso al santuario a través del muro oeste. Otro es la elegante linterna de bronce con textos sagrados que se alza al pie de la escalera principal. También es parcialmente antiguo el interior del templo, concretamente la zona central de la sala principal o Hokkedo. Se afirma que, siguiendo la costumbre japonesa, todas las vigas y maderas están ensambladas sin clavos.

Poco más resta de la construcción promovida por el emperador Shomu y consagrada con inmensa pompa. Sin embargo, aunque el edificio en sí mismo no haya sobrevivido del todo al paso del tiempo y de la historia, su papel ha sido perdurable. El Todaiji es, ni más ni menos, la clave para comprender el desarrollo del budismo japonés y su relación con los poderes del Estado.

Entre las innumerables estatuas de Buda de distintas épocas que hay en Japón hay dos que destacan de manera especial, gracias, entre otras cosas, a su tamaño. Una es la imagen del Gran Buda de Kamakura, tantas veces reproducida. La otra, la escultura que alberga el Todaiji, el Gran Buda de Nara, o *Nara Daibutsu*. La colosal imagen de bronce mide aproximadamente treinta metros de altura, y se dice que pesa doscientas cincuenta toneladas. Todas las cifras en torno al Gran Buda son igualmente apabullantes. La zona del cuerpo está formada por cuarenta piezas diferentes, mientras la cabeza, que se fundió de una sola vez, mide unos siete metros; para formar el peinado se utilizaron casi mil esferas de bronce.

Aunque, simplificando, decimos que el Gran Buda es de bronce, en realidad, además de cobre y estaño también contiene plomo. Por otra parte, el color oscuro y verdoso que presenta en la actualidad no es en absoluto el original. En el siglo VIII, la inmensa escultura refulgía de pies a cabeza, ya que estaba completamente cubierta de oro. Para dorarla, además de a una nada despreciable cantidad de mercurio, se recurrió a las recién descubiertas minas de oro de Oda. Hasta el momento, el oro había escaseado en Japón y, de hecho el descubrimiento se interpretó como una señal del favor divino. Gracias al nuevo metal precioso, la estatua podría llevarse a cabo, y el emperador no tuvo ambages en reconocerlo en una ceremonia especial celebrada en el Todaiji en el año 749.

Acompañado por la emperatriz, la princesa imperial, los ministros del Estado y los demás miembros de la corte, el emperador Shomu llegó en procesión al templo y se situó a los pies de la imagen, mirando hacia el Norte, en la posición propia de quien era recibido en audiencia. Los aristócratas, los generales y los funcionarios se dispusieron según su rango a lo largo de la gran sala. El discurso, leído por el ministro de la Izquierda no dejaba lugar a dudas sobre la naturaleza portentosa de todo el asunto; hasta entonces parecía que no había oro en Yamato, pero el señor de la región de Oda, de nombre Kudara no Kyofuku, lo había hallado. El emperador lo recibía con reverencia y humildad, y daba gracias a Buda por un regalo que era una bendición.

La imagen se había terminado de montar poco tiempo antes, después de varios intentos fallidos. El gran tamaño de las piezas hacía que la tarea resultara muy complicada con la tecnología del momento. Finalmente, la titánica empresa consiguió llevarse a cabo bajo la dirección de un maestro fundidor de orígenes coreanos.

El Daibutsu es el Buda que venera la escuela budista *Kegon*, es decir, el Buda Vairocana (o Roshana). Tres años antes de la consagración del Todaiji, el emperador había decretado que los *sutra* de la escuela *Kegon*, una de las escuelas budistas que había en estos momentos en Japón, como veremos con más detalle en el apartado dedicado a la expansión del budismo, eran desde aquel momento las escrituras sagradas oficiales.

Vairocana, el señor luminoso, se representa sentado sobre una flor de loto de mil pétalos. Cada uno de estos pétalos simboliza un universo y contiene mil mundos. Para reflejar esta doctrina, el Daibutsu se sienta efectivamente sobre un loto de mil pétalos. En cada uno de estos pétalos o universos se grabó la imagen de un Shaka o manifestación de Vairocana y para ilustrar las miríadas de mundos se añadieron pequeños Budas, manifestaciones a su vez de Shaka.

Este complicado organigrama se entendía como un paralelo de la estructura política terrena: el emperador podía compararse al Buda Vairocana; los ministros a los Shaka, y el pueblo a los miles de pequeños Budas.

La mayor parte de la estatua que hoy se venera en el Todaiji data del año 1692, pero algunas zonas aún son antiguas. Se trata, concretamente, de parte del torso y de las piernas y de un puñado de pétalos de loto. En los pétalos pueden verse aún las imágenes originales de los Shaka y los Budas, obras exquisitas delicadamente incisas en el bronce.



Detalle de la gran imagen de Buda del templo Todai de Nara

Por fin llegó el día de la inauguración. Corría el año 752. Tres años antes Shomu había abdicado a favor de su hija. La familia imperial al completo presidió una fastuosa ceremonia a la que acudieron cientos de aristócratas y más de diez mil monjes, así como embajadores de tierras cercanas y distantes, entre ellas China e India. Hoy todavía se conservan en el Shosoin, una gran sala que formaba parte del recinto del Todaiji, objetos que se piensa fueron regalados por los dignatarios en aquel lejano día del siglo VIII. Para consagrar la enorme imagen hubo que recurrir a elementos creados para la ocasión. Pues el Buda era tan grande que el sacerdote indio al que se había encomendado esta misión hubo de subirse a una plataforma de madera de gran altura que le permitiera alcanzar el rostro de la estatua. Desde ella procedió a «abrir los ojos» del Buda con un gran pincel. Junto con los regalos y una interesantísima colección de objetos personales del emperador Shomu, el Shosoin conserva aún hoy el gigantesco pincel con el que se consagró el Daibutsu.

Como ya se dijo antes, la construcción del Todaiji marcó un hito en la historia de las religiones en Japón. La expansión del budismo por el

archipiélago, que se estaba produciendo en aquellos momentos, no estaba exenta de dificultades, y una de ellas era, por supuesto, encontrar la manera de encajar las nuevas creencias en el antiguo marco sintoísta.

En este sentido, el Todaiji y su Daibutsu son el símbolo legendario de un punto de inflexión. Se cuenta que, preocupado por una epidemia que diezmaba a la población, el emperador Shomu había decidido consagrar el templo y la gran estatua. Pero, por otra parte, se hallaba igualmente preocupado por la opinión que los *kami* tendrían al respecto. El emperador envió al sacerdote Gyogi al templo de Ise para conocer la voluntad de los dioses del *shintó*. Y Gyogi regresó con una respuesta que abrió las puertas de una nueva era: los *kami* y los Budas no eran sino aspectos de la misma realidad divina.

El camino quedaba allanado para la nueva fe, que habría de convertirse con el tiempo en otra de las señas de identidad del país nipón. Muchos años más tarde, incluso los colores del Gran Buda serían interpretados según estas ideas sincréticas, conocidas en japonés como *honji suijaku*; el verde del cobre que asomaba debajo equivaldría al ancestral y resistente sintoísmo, mientras el tono dorado de la superficie sería el budismo que lo adorna con esplendor. De este modo, la leyenda de Gyogi y el oráculo de Ise y el propio Todaiji vienen a resumir el momento en que se decidió la evolución histórica y religiosa que, en este aspecto, haría del país lo que hoy conocemos.

En el nuevo marco religioso, el Todaiji floreció de forma espectacular y la influencia de sus sacerdotes en los asuntos del gobierno se hizo cada vez más evidente. Pero la hora de su declive político estaba próxima.

Ya vimos más arriba que a raíz, entre otras cosas, del incidente del monje Dokyo, el emperador abandonó la ciudad de Nara y se trasladó a Nagaoka, y más tarde a Kyoto. Cortando de raíz, la corte se alejó físicamente de la influencia de los sacerdotes del Todaiji y el gran templo perdió buena parte de su ascendencia. Aún así siguió siendo el principal de toda la red de santuarios provinciales y estando a la cabeza de la estructura budista, íntimamente ligada al Estado. Paradójicamente, el templo que Shomu construyó para, entre otras cosas, asegurarse apoyo político por parte de la nueva estructura budista, fue probablemente uno de los factores que contribuyó de manera más decisiva a la disgregación de la administración centralizada del Estado. Los impuestos que hubo que dedicar a las obras fueron tan elevados que el país nunca terminó de recuperarse; el prólogo al siguiente capítulo feudal estaba servido.

Con el transcurso de los siglos, las circunstancias fueron variando y la importancia real del templo se redujo cada vez más, aunque no su relevancia simbólica. Hoy el Todaiji es uno de los lugares más visitados de Japón y sus sucesivas y costosísimas reconstrucciones dan fe del lugar que ocupa en el imaginario colectivo del país.

El pensamiento y la religión: la expansión del budismo

Corría el año 552 (para otros el 538) cuando el budismo llegó a Japón. Venía de Corea, por donde se había extendido desde China, lugar al que, a su vez, había llegado a través de Asia central y el Tibet desde la fuente original india.

Cuentan las crónicas que el rey coreano de Paekche, de nombre Song Myong, envió al emperador Kimmei una imagen de Buda y un juego de escrituras sagradas. El emperador aceptó el obsequio, y la poderosa familia Soga tomó de forma personal el asunto, levantando una capilla para la imagen. Pero las cosas no iban a ser sencillas. Una oportuna epidemia sirvió de pretexto a los rivales políticos de los Soga, los Mononobe, que la interpretaron atribuyéndola a la ira de los dioses sintoístas. La imagen de Buda fue arrojada a un foso y la capilla destruida. Algún tiempo después llegaron de Corea más esculturas, pero una nueva peste hizo que corrieran la misma suerte. Sin embargo, el emperador acabó autorizando a los Soga a que practicasen la nueva religión; monjes coreanos de Koguryo viajaron al archipiélago y el budismo comenzó poco a poco su andadura en Japón.

El budismo que llegó a Japón era budismo del tipo llamado «Gran Vehículo» o, según el término sánscrito que habitualmente se emplea, *mahayana* es el mismo que está hoy presente, además de en el propio Japón, en la zona del Himalaya y en China. El *mahayana* es una de las dos grandes escuelas budistas. La otra es la usualmente conocida como *hinayana* o «Pequeño Vehículo» (aunque sus adeptos no gustan de esta expresión y prefieren denominarla *theravada*, o «escuela de los ancianos»). El *hinayana* o *theravada* se practica hoy en el sudeste asiático y Ceilán. Para la escuela *mahayana*, a la que pertenece Japón, el mundo real y el trascendente van

unidos; frente a la búsqueda individual de la iluminación búdica propia del *hinayana*, el *mahayana* postula la búsqueda de la salvación de todos los seres.

En la práctica, la diferencia fundamental estriba en la presencia en el *mahayana* de innumerables seres divinos, objetos de veneración. Conviene puntualizar que tampoco el *hinayana* es inmune a la adoración de las divinidades y así, un viajero puede encontrar, por ejemplo, imágenes del dios Vishnu reverenciado como protector de la Ley budista en muchos templos budistas *hinayana* cingaleses. No es cuestión de reflejar aquí las controversias sobre la mayor o menor cercanía de cada escuela a unas enseñanzas supuestamente primigenias de Buda, sino solo de hacer hincapié en la pertenencia de Japón a la corriente *mahayana*.

Una vez superados los turbulentos inicios, el primer político en interesarse de manera decisiva por la nueva religión fue el príncipe Regente Shotoku. El príncipe, que como ya vimos mantuvo cordiales relaciones con China y se inspiró en modelos continentales para sus reformas, siguió también las corrientes chinas en lo tocante a asuntos religiosos y se convirtió personalmente al budismo. No solo eso, sino que promovió la construcción de templos budistas por todo el país y estableció su residencia en el recinto del nuevo templo Horyuji de Nara.

Por supuesto, la Constitución del príncipe Shotoku reflejó las nuevas circunstancias, y en su segundo artículo estableció la veneración oficial de los Tres Tesoros de la religión budista, a saber, *Buddha*, *dharma* y *sangha*, o, lo que es lo mismo, el propio Buda, la Ley budista y la comunidad monacal.

Tres años después de la muerte de Shotoku había ya en Japón 46 monasterios y más de 1300 monjes y monjas.

En Japón se fueron desarrollando a lo largo del tiempo diferentes escuelas budistas; la más conocida en Occidente es probablemente la *Zen*, surgida en el siglo XII, sobre la que se hablará en detalle más abajo. Pero antes hubo otros muchos movimientos. Las llamadas «seis escuelas» (*Ritsu*, *Kusha*, *Jojitsu*, *Hosso*, *Sanron* y *Kegon*) florecieron en el periodo Nara, mientras las escuelas esotéricas o chamánicas fueron propias de la etapa Heian. La historiografía sobre el tema suele emplear para estas escuelas el término «secta», que no hay que entender en sentido peyorativo.



Monje budista con dos acólitos. Fotografía de Kusakabe Kimbei, hacia 1880

Parece que no todas las seis escuelas budistas de época Nara tuvieron una presencia real en la sociedad; algunas se limitaron a simbolizar modos abstractos de entender las escrituras. La escuela de implantación más antigua fue la *Sanron*, que ya existía en tiempos del príncipe Shotoku y procedía de la escuela china *Sanlun* o del «vacío» (este vacío o *sunyata* es un concepto budista que hace hincapié en la esencia ilusoria del mundo que percibimos). También tuvo especial relevancia en ciertos momentos la escuela *Hosso*, ya que a ella pertenecía el famoso monje Dokyo del que ya he hablado.

Pero la más importante fue, sin duda alguna, la escuela *Kegon*, cuyas escrituras llegarían a ser oficiales en el país, y que controlaría la esfera religiosa desde el gran templo Todai de Nara, como ya hemos visto. Varios años antes de la construcción del Todaiji, el emperador Shomu ya había promulgado decretos a favor de la nueva religión tal y como la entendía la escuela *Kegon*. En el 741 ordenó que en cada provincia se levantara un recinto budista que incluiría un templo, un doble monasterio para veinte monjes y diez monjas y una pagoda de siete pisos. En las pagodas se albergaban inscripciones con pasajes de los textos sagrados o *sutra*, y se cuenta que el emperador en persona trazó con tinta dorada los ideogramas de muchos de ellos. Los monjes y monjas estaban obligados a ayunar seis días cada mes y quedaban encargados, entre otras cosas, de rezar para que el pueblo quedara libre de enfermedades y de recitar los *sutra* en determinados días del año. Hay que decir que en realidad no se recitaban todos los textos, sino solo el inicio y el final de cada volumen, siguiendo una práctica

perfectamente admitida conocida como *tendoku* o «saltarse partes».

El periodo Heian fue testigo del desarrollo de dos nuevas escuelas budistas; la *Tendai* y la *Shingon*. La escuela *Tendai*, versión japonesa de la escuela china *Tien Tai*, fue desarrollada por el maestro Saicho (767-822). La escuela venera el *sutra* del Loto, y hace hincapié en la austeridad; sus miembros debían pasar doce años orando y meditando antes de ser ordenados. Es célebre en Japón el *mantra* asociado a esta escuela, *namumyoho-renge-kyo*, que viene a significar [Gloria a la soberbia Escritura Sagrada del Loto]. El templo principal de la escuela *Tendai*, el Enryakuji, fue fundado por Saicho en el monte Hiei, el mismo lugar donde el monje había pasado largo tiempo como eremita en una cabaña.

La escuela *Shingon*, por su parte, está ligada a uno de los personajes más relevantes de toda la historia cultural japonesa: el maestro Kukai (774-895), más conocido por el apelativo honorífico de Kobo Daishi. Monje, calígrafo, poeta, sabio y escultor, es para los japoneses un genio universal de la cultura. Las enseñanzas de esta escuela hacen hincapié en la idea de belleza, tan importante para los ideales de la refinada corte del momento.

Como Saicho, también Kobo Daishi estuvo en China donde, entre otras cosas, aprendió la lengua sánscrita a fin de interpretar más correctamente las escrituras sagradas. La tradición le atribuye la definitiva sistematización del silabario nipón, ordenado en forma de poema. Sería difícil encontrar a un japonés que no lo conociera de memoria, y se sigue empleando todavía hoy a modo de orden alfabético:

I-ro ha ni-ho-he to

chi-ri nu-ru wo.

Wa-ka yo ta-re so

tsu-ne na-ra-mu.

U-(w)i no o-ku ya-ma

ke-fu ko-e-te.

A-sa-ki yu-me mi-shi

(w)e-hi mo se-su(n).

[Aunque el color desprende perfume

palidece y cae.

En nuestro mundo nadie
es eterno.
El bosque espeso y fugaz
hoy he atravesado.
No veré ligeros sueños
ni me embriagaré].

En el periodo Kamakura, cuando ya el célebre *Zen* empezaba su camino, predominaron las diferentes variantes de la escuela de la «Tierra Pura» (*Jodo*). La veneración del Buda Amitabha o Amida, señor del paraíso de la Tierra Pura, se había difundido ya entre los estratos superiores de la sociedad Heian. La escuela prometía a sus fieles la salvación eterna a través del *Nembutsu* o recitación del nombre de Buda.

También en el periodo Kamakura desarrolló su labor uno de los maestros budistas más célebres de Japón, con quien volveremos a encontrarnos más adelante, el monje Nichiren (1222-1282). Retomando el testigo de Saicho, Nichiren proclamó que el *sutra* del Loto resumía toda la enseñanza de Buda. Así, mediante la recitación del *mantra* del Loto, los fieles podían llegar a alcanzar la naturaleza búdica, presente en todos los seres.

Todo lo anteriormente dicho no supone, por otro lado, un desarrollo individual y aislado del budismo respecto al sintoísmo, sino más bien todo lo contrario. Ya vimos a propósito del Todaiji que ambas religiones acabaron siendo concebidas como elementos complementarios del mundo divino. Además, en la práctica los japoneses emplearon (y siguen empleando) ritos sintoístas o budistas para diferentes momentos de la vida, y a menudo las divinidades sintoístas y budistas se fundieron, se solaparon o tomaron préstamos unas de otras.

Como ejemplo de este fenómeno vamos a analizar brevemente a Jizo, una figura divina budista muy conocida en Japón. Jizo vino a sincretizarse con antiguos dioses sintoístas, que muchas veces se representaban como simples piedras, tal vez en la línea de las antiquísimas prácticas religiosas de época Jomon que se vieron con anterioridad.

El personaje divino conocido en Japón como Jizo no es en realidad, estrictamente hablando, un dios, aunque por comodidad se denomine a veces así, sino un *bodhisattva* o, en japonés, un *bosatsu*, es decir, un alma que

habiendo alcanzado la iluminación budista renuncia movida por la compasión a entrar en el *nirvana* para poder ocuparse de los mortales. Estos *bosatsu* se vuelven así protectores de los fieles que a ellos se encomiendan. No es de extrañar, pues, que se hayan convertido en el budismo *mahayana* en un objeto de culto mucho más difundido e importante que el propio Buda. El *bosatsu* más venerado en Japón es Kannon, una compasiva deidad femenina, que a menudo toma la espectacular forma de Kannon de Mil Brazos. A veces los *bosatsu* se identifican con personajes históricos o tradicionales, como por ejemplo el monje que el emperador Shomu envió al santuario de Ise para preguntar al oráculo acerca de la convivencia entre budismo y sintoísmo. Dicho monje se conoce hoy día como Gyogi Bosatsu.

Pero volvamos a Jizo. La primera representación conocida de Jizo en Japón fue una escultura colocada a mediados del siglo VIII en la sala de lectura de un templo que ya conocemos bien, el Todaiji de Nara. El culto al *bosatsu* se extendió ampliamente en el siguiente periodo Heian, sobre todo entre las clases más humildes. A pesar de ser tener un carácter mayoritariamente popular, llegó a tener devotos de muy alto rango, como el emperador Seiwa y varios de los miembros de su corte. Durante esta etapa se crearon las múltiples historias, recogidas luego en la famosa obra *Konjaku Monogatari*, en las que Jizo interviene para rescatar a fieles en apuros, e incluso para resucitarlos. La popularidad del culto a Jizo no hizo sino aumentar a lo largo de la historia de Japón, alcanzando probablemente su culmen en el periodo Tokugawa. Todavía hoy es el *bosatsu* más venerado después de Kannon.

Jizo presenta una serie de características que nada o muy poco tienen que ver con sus antepasados directos. Se piensa que esta curiosa situación se debe a que, como ya hemos apuntado, se sincretizó con primitivos *kami* cuyos nombres particulares desconocemos, y que suelen denominarse «dioses del camino» (*Sae no Kami*, *Chimata no Kami* o *Dosojin*). De este modo, al final, acabó formándose una divinidad nueva, que unía en sus atribuciones aquellas propias del *bodhisattva* budista cuyo nombre adapta con aquellas otras pertenecientes a los antiguos dioses sintoístas con los que se asimiló. A esta unión habrían contribuido además las escuelas amidistas de rasgos chamánicos que, como ya vimos, estaban difundidas en Japón Heian.

Por otra parte, el sincretismo de Jizo con los dioses del camino no implicó la desaparición repentina de éstos; por el contrario, el proceso de sustitución fue lento y desigual, y todavía en el siglo XVII los *Sae no Kami* se veneraban en las provincias occidentales de Japón.

En resumen, Jizo posee, por una parte, rasgos «propios» y, por otra, rasgos «prestados». Entre las características propias destaca la relación con los niños, de los que es considerado protector. Jizo facilita los partos, protege a los niños vivos y conduce a salvo al Más Allá a los que murieron pronto, o no llegaron a nacer. Además, Jizo ayuda a los viajeros de este mundo, como hacían antes que él los dioses del camino. Jizo aparece en ocasiones bajo figura humana completa, mientras otras veces los rasgos humanos son esquemáticos, y otras, en fin, su figuración es completamente anicónica, en forma de piedra. Este rasgo proviene con toda probabilidad de su asimilación con los dioses del camino, que a menudo habitaban rocas y para los que, además, se han defendido características específicamente fálicas.

El festival dedicado a *Jizo* o *Jizo bon* se celebraba antiguamente en el sexto mes del calendario lunar. En la actualidad se festeja el 24 de julio, o bien el 24 de agosto, aunque la veneración popular suele vestir las imágenes y presentarles ofrendas durante todo el año.

Los dos primeros shogunatos: Kamakura y Muromachi

(1185-1568)

Los acontecimientos

Como ya se apuntó al inicio de este trabajo, la fecha de inicio del shogunato de Kamakura suele establecerse en 1185, año de la batalla de Dan no Ura, un episodio bélico crucial que se analizará detenidamente más abajo. Pero en algunos estudios se emplea el año 1192, en que Minamoto no Yoritomo adquirió el título de *Shogun*. Menos discusión hay sobre la fecha de su final, el año 1333. Tras un periodo convulso se establecería en 1338 el shogunato siguiente, Muromachi, también llamado Ashikaga, que perduraría hasta 1568.

Pero pasemos ya a ver qué ocurrió después de Dan no Ura. El gran vencedor, Minamoto no Yoritomo, mantuvo las formas que en su día había despreciado su rival Kiyomori y recibió en 1192 la dignidad de *Shogun*. El término *Shogun* significa «comandante del ejército», y proviene de un cargo más antiguo, el de *Seitai Shogun* o «gran comandante del ejército, vencedor de bárbaros». De esta manera, Yoritomo se presentó a sí mismo humildemente como primer general del ejército del emperador. De hecho, a pesar de tener en la mano casi todo el país, jamás adquirió la posesión de las tierras imperiales y de la alta aristocracia y, aunque las gravó con impuestos, éstos fueron muy reducidos. Ello no fue óbice para que, desde Kamakura,

comenzara de inmediato a construir su propio gobierno.

El nuevo Japón que surgió de las guerras Gempei tuvo así una nueva autoridad, el *Shogun*, y un nuevo tipo de modelo social, claramente basado en rasgos feudales. También desarrolló unas nuevas instituciones, que relegaron al olvido la mayor parte del viejo sistema surgido de la reforma Taika, que había estado en uso durante los periodos Nara y Heian.

La historiografía japonesa suele emplear para definir la estructura política de los dos primeros shogunatos la palabra *Bakufu*, «gobierno de la tienda», en alusión a la austeridad de las tiendas militares. Aunque, como hemos dicho, el *Shogun* siempre buscó la sanción teórica del emperador, en la práctica Kamakura fue absorbiendo las instituciones imperiales, y la corte quedó relegada a sus refinados pasatiempos culturales. Los guerreros, *bushi* o *samurai*, sobre los que hablaremos más adelante, desplazaron a la antigua aristocracia, constituyendo la nueva clase dominante. De este modo se generó una estructura militar piramidal: en la cumbre se hallaba el *Shogun*; por debajo, los *samurai* de confianza o *gokenin*, después, el resto de los *samurai* y, por último, los soldados rasos o *zusa*. En un rango aparte se encontraban todos los miembros no militares de la sociedad. Casi todos eran hombres libres, ya fueran campesinos o artesanos, aunque también había siervos *semmin*, que desempeñaban profesiones mal vistas, como los curtidores y los matarifes. Y, por último, seguían existiendo los esclavos.

Los vasallos más leales a Yoritomo se convirtieron en *shugo daymio* o señores de una provincia, y en administradores de tierras o *jito*. El Departamento de los *samurai*, o *Samuraidokoro*, asumió la organización militar, mientras el Departamento de Administración o *Mandokoro* se encargaba de los asuntos civiles y el *Monjucho* resolvía los temas legales. La nueva ley feudal se sistematizaría mediante el código *Joie* de 1232, que seguiría en vigor más de seis siglos, hasta la revolución Meiji. Además, Yoritomo se cuidaba de controlar a su súbditos de manera personal; a los señores feudales les estaba prohibido entrar en contacto con la corte de Kyoto y el *Shogun* quería estar al tanto hasta de los más nimios detalles de su vida privada.

Pero, aunque Yoritomo venció la guerra civil, no logró, en última instancia, consolidar su linaje. A su muerte en 1199 hubo violentas disputas. Ninguno de sus dos hijos fue capaz de controlar la situación, y los familiares de su esposa Masako, los Hojo, acabaron tomando las riendas. Así se estableció una especie de regencia del shogunato, en la que un miembro de la familia Hojo, con el título de *Shikken*, controlaba los asuntos de Kamakura,

aunque el cargo de *Shogun* seguía pasando por la familia Minamoto. Por ironías del destino, los Hojo tenían sangre Taira. Esta situación duró un siglo.

Mientras tanto, las luchas entre familias dividían la corte de Kyoto de manera literal. En el año 1259 la rama imperial se partió, y surgieron dos cortes paralelas, la *Jimyoin* y la *Daikakuji*. Los Fujiwara, que siete años antes se habían dividido a su vez en cinco ramas diferentes, tuvieron que llegar a un acuerdo entre sí para ir rotando a sus miembros como regentes de ambos emperadores.

Corría el año de 1274, y Hojo no Tokimune ostentaba la regencia del shogunato. Kubilai Khan, ya dueño de China y Corea, tras un vano intento de convencer a los japoneses para que aceptaran convertirse en sus vasallos, mandó una flota contra el archipiélago. El shogunato se preparó, pero no hizo falta; una gran tormenta desbarató la armada de los mongoles y los envió de vuelta a los puertos coreanos. Kubilai Khan no se dio por vencido a la primera. Más embajadores viajaron a Japón para intentar persuadir a los guerreros de Kamakura, pero los enviados volvieron sin cabeza. En 1281, el Khan envió un segundo ejército, todavía más grande.

El shogunato, mientras tanto, no había estado cruzado de brazos, y además de mantener a las tropas en alerta, se había preocupado de construir un gran muro defensivo a lo largo de la bahía de Hakata. Cuando los barcos mongoles se aproximaron, los japoneses consiguieron repeler los primeros ataques; dos semanas después, otro ingente temporal destrozaba al enemigo. Las tormentas fueron rápidamente bautizadas como *Kami kaze*, el «viento Divino», acuñándose así un término que sería empleado mucho después en un contexto bien diferente.

Poco acostumbrado a la derrota, Kubilai Khan no cejó nunca en su empeño, pero la muerte le llegó antes de poder organizar una tercera campaña de invasión. El shogunato había sobrevivido, pero los ataques mongoles habían causado una brecha en su estabilidad; las familias cuyos miembros habían combatido querían compensaciones pero el *Shogun*, dadas las características del enfrentamiento, no contaba con botín de guerra. El gobierno trató de acallar las voces disonantes aprobando medidas económicas favorables a los guerreros, pero el descontento creció. La época Kamakura tocaba a su fin.

La lealtad al shogunato Kamakura se diluía progresivamente y nuevos poderes regionales competían de nuevo entre sí. Entre ellos destacaba una

familia concreta: los Ashikaga. Y entonces sucedió algo inesperado. Tras largos años de somnolencia, la familia imperial volvió a entrar en la escena política. El emperador Go Daigo, de la línea *Daikakuji*, inició un levantamiento en el año 1331, pero fue derrotado por las fuerzas del shogunato y enviado al exilio en la isla de Oki. Un año más tarde el emperador escapó con la ayuda de su fiel Kusunoki Masashige, una figura de trágico destino muy conocida en Japón. Esta vez el emperador se hizo con poderosos aliados; muchas familias descontentas con la supremacía de los Hojo cerraron filas con él. Entre ellos estaba un miembro de los Ashikaga, de nombre Takauji. Ashikaga no Takauji tomó la capital y se la entregó de nuevo a Go Daigo. Otro aliado, Nitta no Yoshisada, llevó de forma personal la conquista de Kamakura; la ciudad fue destruida, el regente Hojo no Takatoki se suicidó y su clan fue exterminado.

Caída Kamakura, en 1333 se producía así la llamada Restauración Kemmu. Desde Kyoto, Go Daigo quiso volver a tomar las riendas del gobierno; nombró *Shogun* a su hijo y trató de revitalizar los antiguos órganos administrativos. Pero los caudillos militares que habían hecho posible su victoria no estaban en absoluto contentos con este giro de la situación. Ashikaga no Takauji venció a las fuerzas leales al emperador en dos grandes batallas, Minatogawa e Ikuta, y arrebató la capital a Go Daigo en 1336. Una vez capturada la ciudad, Takauji instauró en el trono al príncipe Imperial Toyohito, de la línea Jimyoin, con el nombre de emperador Komyo. En el año 1338, Ashikaga no Takauji adquirió el título de Shogun. Tras el espejismo de la Restauración Kemmu daba comienzo un nuevo shogunato, esta vez con sede en la propia Kyoto. Es el shogunato conocido como Ashikaga o, más frecuentemente, como Muromachi, que es el nombre de una zona de la ciudad de Kyoto.

Los inicios del shogunato Muromachi no estuvieron exentos de problemas. El emperador Go Daigo había huido con sus seguidores a las colinas de Yoshino (en la actual prefectura de Nara), y desde allí seguía aspirando al trono. Para dejar claras las diferencias, Go Daigo llegó incluso a variar el crisantemo de su sello imperial, empleando una flor de diecisiete pétalos, en lugar de la habitual de dieciséis. El crisantemo, en japonés *kiku*, es la flor asociada a la Casa Imperial hasta el día de hoy. De ella toma su nombre el célebre Trono del Crisantemo de Kyoto, que se suele emplear como metáfora para hablar del gobierno imperial.

La situación no terminó con la muerte de Go Daigo; sus sucesores lo

imitaron, y durante sesenta años siguió habiendo en Japón una doble línea imperial, lo que representaba una constante fuente de preocupación para el shogunato. Estos años se conocen en la historiografía japonesa como edad Nambokucho. Por la situación geográfica de Yoshino, la línea *Daikakuji* pasó a ser conocida como línea del Sur, mientras la *Jimyoin* se rebautizaba como línea del Norte.

La segunda debilidad del shogunato Muromachi se debía a la fragilidad de la propia familia Ashikaga. Pues, aunque sin duda el Ashikaga era el clan más rico y poderoso del país, no se bastaba para gobernarlo solo, y había de depender a tal efecto de los señores feudales o *shugo daymio*. Aún así, el shogunato logró durante mucho tiempo mantener un aceptable equilibrio, que llegó a su cumbre bajo el gobierno del tercer *Shogun*, Ashikaga no Yoshimitsu (1358-1408).

En tiempos de Yoshimitsu, una gran parte de las familias importantes estaban emparentadas con los Ashikaga, constituyendo lo que se conocía como *ichimon* o «primer círculo». *Shogun* desde los nueve años, Yoshimitsu había comprendido pronto cómo funcionaban las cosas. Ya en 1379 neutralizó una revuelta promovida por las familias Toki, Shiba y Kyogoku. Once años más tarde la casa Toki volvió a levantarse, y esta vez fue definitivamente destruida. Al año siguiente, otro señor feudal, Yamana Ujikiyo, que gobernaba once provincias, se enfrentó al *Shogun*, pero éste salió de nuevo vencedor y el ambicioso Ujikiyo se vio despojado de todos sus feudos menos dos.

En 1392 se resolvió por fin el dilema de las dos cortes imperiales. Aunque Yoshimitsu se había comprometido a alternar en el trono a emperadores de ambas líneas, en la práctica quedó solamente la línea del Norte, favorable al shogunato Muromachi. Sin embargo, la historiografía posterior de época Tokugawa y los textos oficiales Meiji rehabilitaron la línea del Sur, y se estableció la legalidad del «periodo de Yoshino» entre 1337 y 1392. Como ya se dijo en otro lugar esta elección se justificó aduciendo que la línea Sur había sido la depositaria de las Tres Enseñas Imperiales.

Ashikaga no Yoshimitsu no solo fue capaz de hacer frente a todas las familias que se le enfrentaron a lo largo de su gobierno, que fueron más de las que hemos mencionado, sino que además aumentó la cohesión del sistema mediante largos y frecuentes viajes a las diferentes zonas del país. Con el tiempo, fue acumulando cargos y estrechando cada vez más sus relaciones con la Casa Imperial, hasta el punto de que la ceremonia con la que se celebró

la mayoría de edad de su hijo estuvo presidida por el emperador en persona, algo que hasta entonces había sido prerrogativa de los príncipes Imperiales.

En 1394 Yoshimitsu cedió el título de *Shogun* a este hijo que apenas mencionábamos, y se retiró a la Villa de Kitayama, donde hizo construir su célebre Pabellón Dorado, sobre el que más adelante hablaremos con detenimiento. El shogunato Muromachi siguió su andadura y llegó el sexto *Shogun*, Ashikaga no Yoshinori (1428-1441). Hacía muchos años que la rama de Kanto de la familia Ashikaga se oponía a la política central del shogunato. Yoshinori decidió resolver el asunto y, aliándose con otro clan, exterminó a los Ashikaga de Kanto en el año 1439. Pero no todos sus enemigos se encontraban en Kanto; tres años después, otro señor feudal, de nombre Akamatsu Mitsusuke, asesinaba al *Shogun* Yoshinori. La supremacía de los Ashikaga quedaba así herida de muerte.

El octavo *Shogun* Muromachi fue Ashikaga no Yoshimasa (g. 1463-1473). Intentando atraerse voluntades, Yoshimasa condonó las deudas de algunos de sus vasallos, pero este gesto no hizo sino aumentar el descontento entre los demás. Durante su gobierno se libraron las feroces guerras Onin, (1467-1477) en las que las familias combatieron entre sí hasta en las propias calles de la capital. El desencadenante de la contienda fue la rivalidad entre dos de las grandes familias del momento, los Hosokawa y los Yamana, que se habían recuperado desde tiempos de Yoshimitsu. El *shogun* solicitó la ayuda de los demás señores feudales para detener el enfrentamiento, que ya había llegado a ser abierto. Pero la llamada fue contraproducente; cada clan eligió un bando, y las escaramuzas se convirtieron en una verdadera guerra, que duró once años.

Yoshimasa terminó retirándose a la villa de Kitayama, donde, emulando a su antepasado Yoshimitsu, también construyó un pabellón, el llamado Ginkakuji o Pabellón de Plata. Su hijo le sucedió en el cargo, pero la figura del *Shogun* no contaba ya con autoridad práctica. La ciudad de Kyoto estaba arrasada en buena parte, y muchos de sus grandes monumentos habían sido pasto de las llamas.

El final de las guerras Onin, por otra parte, no supuso la llegada de la paz, sino todo lo contrario: el país entró en una etapa de gran belicosidad, que los historiadores japoneses llaman Sengoku, los «estados combatientes», y que iba a durar casi cien años. Así, el shogunato Muromachi se descompuso en enfrentamientos civiles mientras las últimas huellas de la estructura imperial quedaban definitivamente barridas. Los *Shogun* Ashikaga se sucedían, pero

apenas controlaban más que sus provincias personales. Los *shugo daymio* no corrieron mejor suerte y fueron sustituidos por una nueva autoridad, los llamados *sengoku daymio*, o «señores del estado combatiente», jefes militares que adquirían territorios cada vez más vastos por las armas y los jalonaban de castillos bien fortificados. En ocasiones, estos *sengoku daymio* procedían de las familias de *jito* que habían administrado las tierras de los antiguos señores. El país se atomizaba al albur de las suertes cambiantes de la guerra. Al mismo tiempo, las artes se desarrollaban de forma extraordinaria. Un ejemplo nos basta: en 1450 se inaugura uno de los jardines más célebres de todo Japón, el jardín de rocas del Ryoanji en Kyoto.



Jardín de rocas del templo Ryoan de Kyoto

Hacia 1560 había en Japón unos doscientos *sengoku daymio*, pero esto no quiere decir que el país estuviera dividido de forma equilibrada. Algunos señores controlaban territorios muy extensos; pero otros tenían posesiones

medianas o incluso pequeñas. Algunas zonas todavía rendían cuentas a los Ashikaga o a la corte imperial. Y en otras se había desarrollado un fenómeno muy interesante: los gobiernos «populares». Es famoso en este sentido el caso de la provincia de Kaga. Cuando, después de las Guerras Onin, los *shugo daymio* comenzaron a caer, el de Kaga no fue una excepción. Pero su sucesor no fue un *sengoku daymio*, sino los líderes religiosos de la escuela budista *Ikko*, cuya sede central se hallaba en el templo Hongan. Durante casi un siglo, los monjes del Hanganji gobernaron Kaga con el apoyo de *samurai* menores y de los jefes locales de las aldeas.

La historia siguió su curso, y después de larguísimos años de guerra, un nuevo e inesperado personaje logró hacerse con el país. Se llamaba Oda Nobunaga, había nacido en 1534 y no pertenecía a ninguna de las poderosas familias que ya conocemos. Nobunaga provenía de Owari, donde su padre era un pequeño *daymio*. A la muerte de su progenitor, se hizo con el castillo de Nagoya y, desde allí, emprendió campaña contra sus vecinos. La suerte iba a sonreírle: en el año 1558, el *daymio* Imagawa Yoshimoto marchaba contra la capital. Yoshimoto quiso atravesar las tierras de Nobunaga. Y sus tropas no salieron de ellas. Nobunaga atacó por sorpresa, y mediante esta victoria se puso en primera línea de la disputa general.

Combinando victorias y matrimonios, Oda Nobunaga fue extendiendo sus territorios. También se hizo con la lealtad de dos figuras que habrían de tener después un enorme protagonismo: Toyotomi Hideyoshi y Tokugawa Ieyasu. En 1568, con una gran parte de Japón sometido, Nobunaga entró en Kyoto y, guardando las formas, instauró en el cargo de *Shogun* a Ashikaga no Yoshiaki. Algunos años antes, un nuevo elemento había entrado en escena: el cristianismo. La unificación definitiva, que tendría lugar durante el periodo siguiente, el Momoyama, ya estaba en marcha.

Ya se dijo más arriba que a partir del siglo XII se produjo una reactivación del comercio. Aun siendo a pequeña escala, hizo que existiera una creciente demanda de moneda metálica, que, como recordaremos, había dejado de emitirse a fines del periodo Heian. Pero el gobierno japonés aún no estaba preparado para volver a producir moneda oficial, de modo que la gente recurrió a emplear monedas chinas, y más tarde también las versiones locales de algunos grandes señores nipones.

La entrada a gran escala de monedas chinas comenzó en tiempos de Ashikaga no Yoshimitsu. En el año 1401, el *Shogun* decidió comerciar con la China de la dinastía Ming y accedió a las peticiones chinas de acabar con los

piratas japoneses que realizaban incursiones en las costas del Celeste Imperio. La relación funcionó, y el comercio entre ambos países pasó a ser frecuente. Japón exportaba mercancías entre las que destacaban caballos, abanicos y espadas e importaba sobre todo seda y monedas. En 1547, el *Galeón de Manila* habría de sustituir a los barcos japoneses, pero hasta entonces se produjeron un total de diecisiete viajes, y grandes cantidades de monedas chinas llegaron a Japón.

Las monedas chinas y sus imitaciones japonesas de esta época eran teóricamente de cobre, y por lo general poco nobles. Solían dividirse en «verdes» y «amarillas», según los porcentajes de metal, pero ni siquiera las «amarillas» tenían una calidad demasiado destacada. Así pues, en lugar de usarlas según un valor facial, los japoneses las emplearon literalmente «al peso», aprovechando el agujero central para enhebrarlas y formar grandes sartas. Esta práctica es conocida como *erizeni* o «selección», ya que se procuraba escoger las monedas de composición metálica más parecida. Con ellas se comerció en Japón feudal de los periodos Kamakura y Muromachi y se seguiría comerciando también en el periodo Momoyama. Habría que esperar más de seis siglos desde la desaparición de la moneda Heian para que un nuevo poder político, el de la familia Tokugawa, hiciera cambiar las cosas.

Uno de los puntos clave de la historia de la indumentaria japonesa puede localizarse en el siglo xv, durante el shogunato Muromachi. En estos momentos se define una prenda que se convertirá en santo y seña de la identidad de la vestimenta nipona: el *kosode*. El *kosode* es el antecesor directo de lo que hoy suele denominarse *kimono*, es decir, una prenda larga y abierta, con patrón en forma de T, que se ajusta a la cintura con una faja. La palabra *kimono*, que se generalizó en Japón a partir del siglo xix y que ha hecho fortuna en todo el mundo, significa literalmente «cosa cortada», y en origen no es sino un término general para cualquier prenda de ropa.

Pero volvamos al desarrollo del *kosode*. Ya vimos que en época Heian se utilizaba una prenda interior con este mismo nombre y un patrón similar. A partir del siglo xv, los *samurai* pasaron a emplear el antiguo ropaje interno como prenda exterior, y se eliminaron o redujeron al mínimo las múltiples capas externas que habían caracterizado la primera elegancia medieval. De esta manera, se creó un tipo de indumentaria mucho más práctica y fácil de llevar, adecuada a la nueva clase guerrera dominante.

Aún así, los *kosode* también fueron objeto de desarrollo formal y estético, y de hecho se subdividían en varias clases diferentes según su patrón o sus

materiales. Por una parte, existían los denominados *furisode* o «mangas cimbreantes», que contaban con mangas muy largas, como su nombre indica, y se consideraban apropiados para las mujeres solteras. Había también *uchikake* ornamentados con gran riqueza, que se llevaban echados sobre los hombros, sin sujetar. Un tercer tipo lo constituían los *koshimaki*, que se preferían en verano, y un cuarto los *hitoe*, que se llevaban bajo el *koshimaki*. Además, existían los denominados *katabira*, que, a diferencia de todos los demás, no se confeccionaban con seda, sino con fibras mucho más bastas. Habitualmente los *katabira* estaban sin decorar y fueron empleados sobre todo por las clases populares. Los *samurai* gustaron también de llevar a veces *katabira*, pero los hacían teñir con la elaborada técnica conocida como *chaizome*. Por último, existía un tipo de *kosode* denominado también *kosode*, que podía identificarse por sus mangas de largo intermedio. Muchos de estos términos han sobrevivido hasta hoy y todavía se emplean en el mundo de la indumentaria japonesa tradicional.

Los *kosode* también variaban en función de la estación del año para la que estaban pensados. Los de verano estaban sin forrar; los de primavera y otoño presentaban forro, y los de invierno solían estar guateados.

A lo largo de los dos primeros shogunatos se fue estableciendo un modelo de traje *samurai*, empleado exclusivamente por los hombres, que se caracterizaba por un chaleco, a modo de *kosode* sin mangas, llamado *kataginu* y un amplio pantalón. La indumentaria de los *samurai* quedaría finalmente estandarizada en época Tokugawa, algo de lo que hablaremos en el apartado que trata sobre el código del guerrero.

Los protagonistas y su marco

El personaje: el dramaturgo Zeami y el teatro NO

El teatro *no* (teatro del «talento») fue la primera gran forma dramática de Japón, y no faltan historiadores que opinan que se trata del logro cultural más extraordinario de todo el shogunato Muromachi.

Mucho se ha discutido sobre los orígenes e influencias del *no*, que es en esencia un drama recitativo con elementos de canto y danza. Durante siglos, las «representaciones teatrales» japonesas no fueron en realidad obras de teatro en el sentido estricto, sino amalgamas de baile y mimo, que habitualmente tenían lugar en el marco de festivales religiosos. En este tipo de entretenimientos estaban presentes ciertos tempranos elementos chinos de los siglos VII y VIII; eran especialmente notables en la danza cortesana conocida como *bugaku*, que se bailaba al son de *gagaku*, o «música elegante».

Surgieron más tarde dos teatrillos populares que llegaron a hacerse muy famosos, el *sarugaku*, o «música de los monos» y el *dengaku* o «música de los campos». Una de las explicaciones más habituales del curioso término «música de los monos» lo relaciona con las supuestas acrobacias simiescas de los actores, aunque en realidad el origen del nombre no está claro. Sea como fuere, parece que *sarugaku* y *dengaku* eran, al menos en la práctica, bastante similares. Grandes multitudes acudían a las representaciones, hasta el punto de que en el año 1349 se produjo en Kyoto un accidente debido a la afluencia masiva de gente; las gradas cedieron, y murieron muchas personas.

Veinticinco años habían pasado desde el día del mortal accidente. Corría el año de 1374, el séptimo de la era Oei, y el *Shogun* Ashikaga no Yoshimitsu había ido al santuario de Imagumano en Kyoto para asistir, por primera vez, a una representación de *sarugaku*. Aquel día iba a cambiar para siempre el destino del humilde entretenimiento «de los monos».

La compañía que actuaba ese día era la Kanze za, una de las cuatro compañías de *sarugaku* patrocinadas por el santuario de Kasuga. El *Shogun* quedó tan impresionado por la actuación de dos de los artistas que decidió avalarlos desde entonces. Gracias al mecenazgo de Yoshimitsu, los dos actores, padre e hijo, reconvirtieron los entremeses populares en un teatro acorde a la sensibilidad aristocrática, sentando las bases del drama *no*. Dicho sea de paso, no está de más añadir que esta nueva sensibilidad era también toda una legitimación para la clase guerrera gobernante; de esta manera, los *samurai* entraban a formar parte de un mundo refinado y exquisito, que tradicionalmente había sido prerrogativa de la corte imperial.

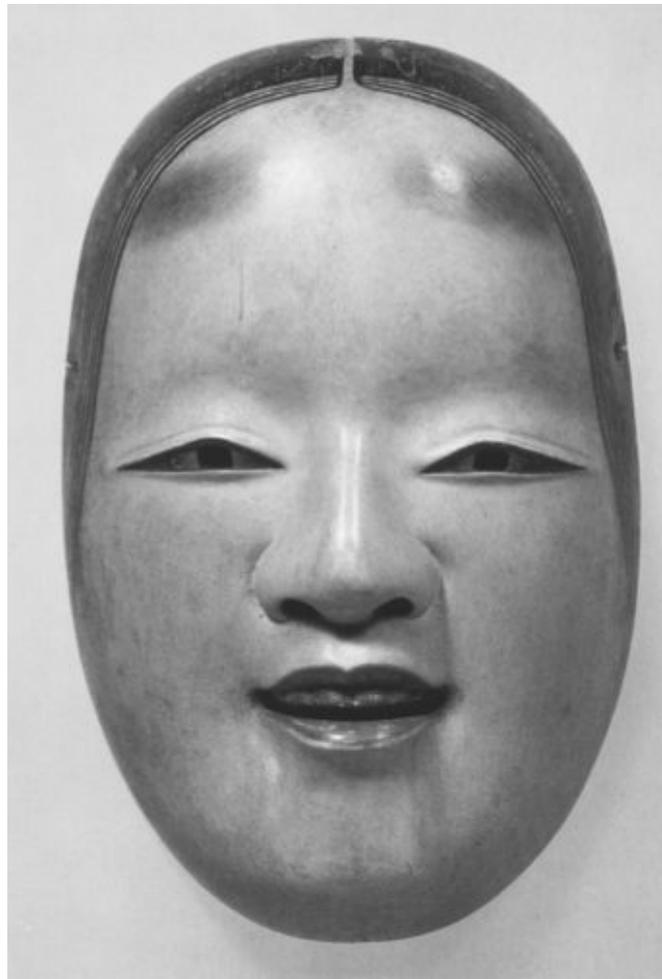
Pero volvamos a los dos artistas que habían cautivado al *Shogun*. Ambos eran al tiempo actores y dramaturgos. El mayor, Kan'ami, había de morir solo diez años más tarde, mientras se encontraba de gira. Pero sería su hijo quien llevaría el teatro *no* a las cotas más altas de expresividad y delicadeza, y escribiría los tratados teóricos que definen el drama *no* aún en la actualidad. Este actor era el célebre Zeami. Cuando Zeami conoció al *Shogun* en Imagumano era un niño de once años. A la muerte de Yoshimitsu, en 1408, el teatro *no* estaba tan firmemente enraizado que una de las últimas apariciones públicas del *Shogun* antes de morir tuvo lugar en la representación de *no* ofrecida en la villa de Kitayama en honor del emperador Go Komatsu.

El actor y dramaturgo que habría de pasar a la posteridad con el nombre artístico de Zeami había nacido en 1363 en la zona central de Japón. Se dice que a los nueve años participó por primera vez junto a su padre en una representación teatral, que fue ofrecida en el templo Daigo de Kyoto. Durante los años del mecenazgo del *Shogun* Yoshimitsu, compuso buen número de dramas *no*, y también algunos escritos teóricos.

Como ya vimos antes, en el año 1334 Yoshimitsu nombró *Shogun* a su hijo y se retiró a la villa de Kitayama, donde, entre otras cosas, hizo construir el célebre Pabellón Dorado. Muchos personajes influyentes, molestos por los privilegios de los que Zeami había gozado mientras Yoshimitsu se hallaba en el poder, trataron de acabar con él cuando el General se retiró. Estaban respaldados por el nuevo *Shogun* Ashikaga no Yoshinori, que era solo un niño, y aunque no consiguieron frenar la actividad creadora del maestro, sí lograron que, en 1422, hastiado de las presiones, Zeami se retirase a un monasterio, dejando la compañía teatral en manos de su hijo Motomasa. Aún así no cejaron, y Zeami acabó siendo exiliado, diez años después, a la isla de Sado. Motomasa murió algún tiempo más tarde, perseguido hasta el final por los enemigos de la familia, y la compañía quedó en manos de Komparu Zenchiku, el yerno de Zeami.

Tras perder a su patrón, Zeami se había centrado sobre todo en su vertiente crítica, terminando en el año 1413 la más famosa de sus muchas obras de teoría dramática: las «Instrucciones para la postura de la flor» o *Fushi Kaden*, más conocida por su forma abreviada, *Kadensho*. Siguió más de veinte años de producción creativa, hasta el *Kintosho* o «Composiciones de la Isla de Oro», escrito durante su exilio en Sado. En 1441 el *Shogun* Yoshinori fue asesinado y se promulgó una amnistía general. Zeami volvió por fin a Kyoto, solo para morir dos años más tarde. Tenía ochenta y un años.

A los ojos occidentales, una obra de teatro *no*, que suele durar alrededor de una hora, resulta extremadamente pausada. Se trata de una forma dramática llena de simbolismo. El escenario del *no* es un microcosmos donde cada gesto está cargado de sentido. Aunque uno de los dos principios básicos del *no* según Zeami es el *monomane* o «imitación de la realidad», el teatro *no* evita la mera reproducción de esta realidad con todos los recursos a su alcance, realizando la «imitación» de manera estilizada. Así, a menudo los personajes se cubren con máscaras, emplean un lenguaje ritualista y difícil de comprender para el *no* iniciado y reducen sus movimientos a una serie de gestos codificados. Es habitual que actores muy jóvenes interpreten personajes ancianos, o que un cómico entrado en años represente el papel de una niña.



Máscara para teatro *no* del periodo Tokugawa

El protagonista se conoce como *shite*; hay además uno o más acompañantes o *tsure* y un introductor o *waki*. Todos los actores de teatro *no* son varones y, como era habitual en otros tiempos en Occidente, interpretan también los papeles femeninos. Las obras *no* constan de tres partes principales: *jo* o

introducción, *ha* o desarrollo y *kyu* o clímax con danza.

Si el primer pilar del *no* es el *monomane* o imitación simbólica de la realidad, el segundo, y más importante para Zeami, es un concepto fundamental de la estética japonesa de este periodo: el *yugen*, o «misterio», una cualidad elusiva que, mediante una escondida elegancia, logra transformar las cosas corrientes en elementos artísticos. El concepto de *yugen* en su sentido amplio, no específicamente teatral o artístico, es profundamente *Zen*, y está presente en toda la filosofía del momento. *Yugen* sería así la capacidad de entrar en contacto con el oculto sentido del ser, de atisbar la iluminación.

Hay que decir que el propio Zeami era consciente de que no todos los públicos eran capaces de compartir y comprender por igual tan refinados ideales estéticos y tan elevados conceptos filosóficos. En más de una ocasión insiste en que el buen actor ha de saber adecuarse a los gustos y limitaciones de su público, aunque, eso sí, jamás debe renunciar a su integridad artística, dando siempre lo mejor de sí. El teatro de Zeami aspiraba a convertirse un arte total, en el que el actor se fundiera con el público; el buen actor de *no* debía ser capaz de crear impresiones en las mentes de los espectadores, y, al mismo tiempo, verse reflejado en ellos.

Las obras de teatro *no* pueden dividirse en cinco categorías principales según su argumento y personajes. Hay «obras de dioses», «obras de guerreros», «obras de mujeres», «obras de demonios» y, por último, obras misceláneas o contemporáneas.

Kan'ami y Zeami escribieron una enorme cantidad de dramas *no*. La cifra exacta no está completamente clara, ya que no todas las obras atribuidas en algún momento a su pincel fueron redactadas por ellos, y fluctúa entre una treintena y más de un centenar. Una de las composiciones más conocidas, la que probablemente encabezaría las preferencias de los japoneses en opinión de algunos autores, es *Matsukaze* [«El viento entre los pinos»], revisada por Zeami a partir de un original de su padre. Se trata de una historia conmovedora, protagonizada por los espíritus de dos hermanas, Matsukaze, cuyo poético apelativo da título a la obra, y Murasame o «Lluvia de otoño». Los fantasmas de las jóvenes aguardan a su amor perdido, hasta que finalmente son liberadas de los ciclos de la existencia mundana por las oraciones de un monje budista, dejando tras de sí únicamente el recuerdo de sus nombres.

Una breve mirada a la estructura del célebre tratado *Instrucciones para la postura de la flor* puede dar buena idea del estilo de los escritos de Zeami y de los conceptos manejados por el autor. El libro comienza con el capítulo titulado «Acerca de la edad y el aprendizaje», en el que se analizan los tipos de enseñanza más adecuados para los actores de distintas edades. Continúa hablando de técnicas de imitación, y sigue después con «Preguntas y respuestas», una sección sobre los puntos esenciales de una representación. En este apartado Zeami especifica por primera vez que el libro es, en realidad, la puesta por escrito de las instrucciones que recibió de su padre a lo largo de sus años de formación. El capítulo siguiente se dedica a describir los rituales presentes en la base del *no*. A continuación, Zeami ofrece una serie de consejos para la vida del actor. El penúltimo capítulo vuelve a tratar sobre la naturaleza y orígenes del *no*. El tratado concluye con unas «instrucciones suplementarias» acerca de la idea de belleza que debe transmitir el teatro *no*, denominada *hana* o «flor», el concepto que da nombre a todo el libro.

Esta idea de belleza-*hana* es compleja y variable, y se expresa a través de la actuación exquisita de cada personaje. El aprendizaje es imprescindible para que la belleza-*hana* fluya y se manifieste a través del actor; en palabras del propio Zeami, «*hana* es la mente y la técnica es la semilla». En otro de sus tratados, el *Kyu Shidai*, Zeami establece tres categorías supremas de *hana*. La inferior equivaldría a «la blancura y pureza de la nieve en un jardín de plata». El nivel intermedio sería como la sensación que nos produce «entre las montañas nevadas, un pico que ha dejado de ser blanco». Por último, la categoría superior de *hana* hallaría su metáfora en la «luz del mediodía», un estado mental que va más allá del lenguaje y del propio pensamiento.

Es difícil distinguir en el *Kadensho* entre las teorías de Kan'ami y las de su hijo. Los críticos modernos suelen aceptar que Zeami amplió y estructuró las ideas originales de su padre. Lo cierto es que, a continuación, escribió otra veintena de tratados teóricos sobre *no* de su propia cosecha.

El teatro *no*, tan alabado en Japón actual, fue recuperado de un olvido parcial a raíz de los estudios realizados por orientalistas europeos a principios del siglo xx, a partir de la re edición en 1909 del *Kadensho*. Hoy, Zeami es considerado el teórico teatral japonés por antonomasia, y su obra como autor y como crítico es estudiada y apreciada tanto en Japón como fuera de él.

El hito histórico: la batalla de Dan no Ura

La batalla de Dan no Ura no es solo un episodio bélico más. Al igual que el decisivo combate de Sekigahara, que hemos escogido para ilustrar el cuarto apartado de este libro, Dan no Ura se cuenta entre los hechos realmente cruciales de toda la historia japonesa. El día 25 de abril del año 1185 se decidió el destino de Japón. Y los propios japoneses fueron conscientes de ello; Dan no Ura se convirtió rápidamente en un mito y las leyendas que generó han perdurado hasta nuestros días.

La obra literaria más célebre y antigua que versa sobre el tema es, por supuesto, el *Heike Monogatari*, la «Historia de los Heike [Taira]», trufada de anécdotas y de vívidos pasajes, como luego veremos. A lo largo del periodo Kamakura se desarrolló todo un género musical de *biwa* basado en el *Heike Monogatari*. El laúd japonés de cuatro cuerdas o *biwa* fue un instrumento muy empleado por los músicos medievales para acompañar sus historias; a menudo estos músicos eran monjes ciegos. No hay tampoco que desdeñar los relatos populares, como el tierno y sobrecogedor cuentecillo de Hoichi, el monje desorejado, recogido para Occidente por el escritor decimonónico nacionalizado japonés Lafcadio Hearn, y protagonizado, precisamente, por un monje ciego tañedor de *biwa*. Por otra parte, la guerra entre las familias Taira y Minamoto y su batalla final han seguido inspirando a los creadores japoneses hasta hoy.

Pero vayamos ya a los acontecimientos. Como ya hemos visto, la rivalidad entre las familias Taira y Minamoto había provocado una cruenta guerra civil. Dan no Ura fue el capítulo que cerraría la novela de su desencuentro y haría que el poder quedara en manos de los Minamoto.

Uno de los rasgos más peculiares de Dan no Ura en cuanto al aspecto bélico es que no fue un combate terrestre, sino una batalla naval. Un choque monstruoso entre los setecientos barcos de los Minamoto y los quinientos de los Taira, estos últimos abarrotados de mujeres y niños. El clan Taira en pleno se hallaba en la flota, con Taira no Munemori a la cabeza.

Al huir dos años antes de la capital, Munemori había llevado consigo al pequeño príncipe Tokihito, que había subido al trono como emperador Antoku cuando solo tenía un año de edad por obra de su poderoso abuelo Taira no Kiyomori. Siguiendo a su señor, marcharon con el joven gobernante todos los miembros de la corte, incluidas las refinadas damas imperiales y la propia abuela del emperador, la viuda de Kiyomori, de nombre Tokiko. Se

dice que Taira no Munemori también portaba las Tres Enseñas Imperiales. Así pues, los Taira y sus aliados salieron de Kyoto y se retiraron a sus dominios de Shimonoseki.

Los Minamoto, por su parte, no se habían quedado cruzados de brazos, y ante la jugada de Taira no Munemori habían hecho que el emperador depuesto, Go Shirakawa, que aún vivía, escogiera como sucesor a otro de sus nietos para oponerlo a Antoku. El anciano eligió a uno de los hermanos de Antoku, conocido para la posteridad como emperador Go Toba. Siguieron muchos meses de lucha y varios episodios bélicos significativos, especialmente la batalla de Ichi no Tani. Tras los últimos choques en Yashima en el mes de marzo, solo quedaba entablar el combate final.



A lo largo del periodo Kamakura se desarrolló todo un género musical de *biwa* basado en el *Heike Monogatari*.

Todos estaban embarcados y a la espera. El *Heike Monogatari* describe con

gran detalle la angustia de la situación en los barcos Taira; cada vez que se divisaban garzas en la distancia, la corte temblaba, pensando que eran las banderas blancas de los Minamoto. Hacía tiempo que el ambiente estaba cargado de presagios. Se dice que uno de los señores feudales, dudoso ante el partido que debía tomar, había hecho que siete gallos blancos lucharan contra siete gallos rojos. Al ver que los animales blancos vencían, se decidió por la familia Minamoto.

El desenlace, en cualquier caso, no se hizo esperar demasiado. Se levantaba la mañana del día 25 de abril, en el estrecho de Shimonoseki, entre las islas de Honshu y Kyushu. Las dos flotas, comandadas respectivamente por Minamoto no Yoshitsune y Taira no Munemori, chocaron entre nubes de flechas.

Al principio parecía que el sentido de la corriente favorecía a los Taira quienes, a pesar de contar con menos barcos, probablemente conocían mejor las tácticas navales. Pero a lo largo del día la corriente cambió, y los Minamoto empujaron la flota enemiga hacia la costa. Se desató una espantosa tormenta, y muchos desembarcaron. Entonces, Yoshitsune, con un grupo de jinetes leales, cruzó el estrecho y obligó a los Taira a embarcarse de nuevo. El combate siguió su curso. Otra vez la corriente marina favorecía a los Taira, que intentaron rodear los barcos Minamoto. Pero otro cambio revirtió las suertes. La lucha de los arqueros dio paso al combate cuerpo a cuerpo, y la ventaja Minamoto se hizo evidente.

Además, gracias a la traición de un aliado de los Taira, Taguchi no Shigeyoshi, los Minamoto sabían en qué barco navegaba el emperador. Taguchi no Shigeyoshi era jefe de clan en la provincia sureña de Awa. No todos los Taira confiaban en él, y de hecho muy poco antes de la batalla Taira no Tomomori había sugerido a su hermano Munemori que lo ejecutara. Pero Munemori ignoró la petición. Siguiendo los consejos de su hijo, que también estaba del lado Minamoto, Shigeyoshi se aproximó a la flota enemiga y tras subir al barco de Yoshitsune le proporcionó la crucial información. Los arqueros Minamoto pronto acabaron con los tripulantes que gobernaban el barco imperial y se dispusieron a abordarlo. Muchas naves Taira estaban ya a la deriva, y al poco casi toda la flota quedaba a merced de los Minamoto. Las banderas rojas de los Taira, dice el *Heike Monogatari*, cubrieron el mar como las hojas de arce que flotan en otoño sobre el río Atsuta.

El *Heike Monogatari* también relata con detalle el triste fin del joven Antoku. La abuela del emperador, narra la historia, cogió al niño en brazos y

juró que no caería en manos del enemigo. Tras prometer a su nieto que otro reino los esperaba en las profundidades, Taira no Tokiko saltó con él al mar, envuelta en grises ropajes de luto. Muchos guerreros Taira la siguieron. El *Heike Mongatari* afirma que la dama había cogido también dos de las Tres Enseñas Imperiales, que desaparecieron con ella y con el niño entre las olas. Hay quien piensa que en realidad se perdieron todas las Enseñas. Según otros, los Taira arrojaron por la borda la espada y el espejo, o bien la joya y la espada. Tampoco hay acuerdo sobre lo que pasó con los sagrados objetos; hay quien sostiene que todos fueron recuperados por buceadores, pero también hay quien asegura que la espada nunca fue encontrada y que la que hoy se venera en el templo de Atsuta es una copia.

Los guerreros de la familia Taira que no murieron en la batalla de Dan no Ura fueron perseguidos sin descanso y casi todos terminaron ejecutados, generalmente junto con sus familias. La venganza de los Minamoto se reveló concienzuda y brutal y la destrucción del clan Taira fue completa.

En la orilla del estrecho, en un bosque de pinos, se alza un templo dedicado al emperador niño Antoku. La construcción que puede verse hoy es un santuario sintoísta decimonónico. Pero el edificio original era un templo budista, consagrado a Amida Buda, que cumplía una función muy especial. Pues, en efecto, dado que el emperador Antoku y los guerreros Taira se habían suicidado, no podían ser admitidos en el paraíso budista, y existía el riesgo de que sus almas se convirtieran en malévolos fantasmas. Por ello, era necesario que en el templo se celebraran continuos rituales a fin de lograr que los infortunados Taira entraran en la Tierra Pura. El Amidaji cumplió sus funciones hasta finales del siglo XIX, momento en el que la fiebre nacionalista y el desarrollo del sintoísmo de Estado propiciaron su sustitución por un lugar de culto *shinto*. El antiguo edificio fue demolido y la mayor parte de los objetos que albergaba se perdieron, aunque se salvó la estatua del malogrado Antoku, quien, por otro lado, es hoy venerado en Fukuoka como dios de las aguas.

Los habitantes de la zona, por su parte, dicen que los espíritus de los guerreros ahogados se reencarnaron en los cangrejos locales, que presentan en el caparazón unas curiosas marcas que recuerdan al rostro ceñudo de un *samurai* y se conocen por ello como cangrejos Heike o *heikegani*.

Entre los pocos miembros relevantes del clan Taira que sobrevivieron a Dan no Ura se cuenta la emperatriz Taira no Tokuko, la madre del emperador Antoku, también conocida bajo el título de emperatriz Kenreimon In. Se

cuenta que, aunque se arrojó al mar con los demás, la rescataron enganchándola de sus largos cabellos con un rastrillo. La infortunada Tokuko acabó sus días como monja budista en el templo Jakko de Ohara, a los pies del monte Hiei. Allí cuentan que pasaba el tiempo llevando a cabo ritos funerarios para honrar la memoria de su hijo. Murió en el año 1192. Hoy el templo alberga entre sus imágenes sagradas una escultura de la emperatriz, acompañada por una de sus damas.

Ya dijimos más arriba que la guerra Gempei y su batalla final, Dan no Ura, han sido fuente de inspiración en Japón hasta el día de hoy. Es famosa la película basada en la recopilación de cuentos de Lafcadio Hearn a la que ya aludimos. El largometraje lleva el mismo título que el libro, *Kwaidan*, o «Historias de fantasmas», y fue dirigido en 1964 por Kobayashi Masaki. Más recientemente, en 2007, Takashi Miike dirigió un curioso remake del spaghetti western *Django*, titulado *Sukiyaki Django*. También en esta película la batalla de Dan no Ura desempeña un destacado papel.

Pero no solo los autores japoneses se han fijado en el episodio; en este sentido cabe destacar el segundo capítulo del libro de Carl Sagan *Cosmos* (equivalente al segundo episodio de la serie de televisión homónima). En él, el científico habla a modo de introducción sobre el combate y pasa a utilizar los pequeños cangrejos Heike como ejemplo para explicar el concepto de selección artificial. Según su teoría, cuestionada por otros autores, a lo largo de los siglos los habitantes de la costa habrían evitado los cangrejos con marcas semejantes al rostro de un guerrero, escogiendo para comer los que no las presentaban de forma clara. De este modo, los cangrejos fantasmales habrían ido aumentando su número hasta convertirse en dominantes en la zona.

Anécdotas aparte, hay que concluir señalando que la batalla de Dan no Ura es, para la cultura japonesa, el perfecto ejemplo de la idea budista de impermanencia de todo lo mundano. Como señala el melancólico inicio del *Heike Monogatari*, los poderosos también declinan, como el sueño fugaz de una noche de primavera, y no son, en suma, más que polvo en el viento.

El lugar: el Pabellón Dorado de Kyoto



El Pabellón Dorado de Kyoto en la actualidad

Corría el año de 1334 cuando el *Shogun* Ashikaga no Yoshimitsu cedió el título de *Shogun* a su hijo, Yoshinori, que por aquél entonces tenía solo nueve años. Yoshimitsu, que ahora ostentaba la dignidad de gran ministro del Estado, la más alta que el emperador podía conceder, se retiró a la villa de Kitayama, una hermosa propiedad de la familia Saionji, que había sido construida por Saionji no Kintsune en época Kamakura siguiendo el estilo *shinden*, una forma arquitectónica desarrollada en los edificios palaciegos del periodo Heian. Pero Yoshimitsu no limitó sus actividades al reposo y la contemplación *Zen*, y en seguida comenzó a ampliar la villa, añadiendo nuevos y ricos edificios, entre los que destaca el famoso Pabellón Dorado, inaugurado en 1397.

Aunque lo más habitual es referirse al Pabellón Dorado de Kyoto como Kinkakuji o «Templo de la Torre Dorada», su nombre oficial japonés es Rokuonji, o «Templo del Bosque de las Gacelas». El poético apelativo es una

alusión al bosquecillo cercano a Benarés donde Buda habría pronunciado su primer sermón tras alcanzar la iluminación, y corresponde además al título budista del propio Yoshimitsu. Hoy el nombre del edificio responde a la realidad; once años después de la muerte del *Shogun* en 1409, el pabellón fue convertido en templo budista *Zen* de la escuela *Rinzai*, a cargo del abad Muso Kokushi, y en su interior se custodia como reliquia un hueso de Buda. Pero la intención primigenia del edificio se hallaba muy lejos de la mera piedad religiosa. El Pabellón Dorado de Kyoto, además de una construcción de gran belleza, es un ejemplo perfecto de propaganda oficial.

Para llevar a cabo esta propaganda, Yoshimitsu recurrió sin reparos a ideas sagradas, fundiendo en el edificio alusiones budistas y escenografías de poder personal.

La historia del primer Pabellón Dorado, que ya había sido afectado cien años después de su construcción por las guerras Onin (de 1467 a 1477), y que contaba en su haber con restauraciones de época de Toyotomi Hideyoshi y Tokugawa Ieyasu, llegó a su fin en el año 1950, cuando un desequilibrado le prendió fuego. El exquisito edificio de madera ardió como una tea, y todo cuanto albergaba en su interior se perdió o quedó gravemente dañado. Pero a lo largo de más de cinco siglos su imagen había calado demasiado hondo en la sociedad japonesa, que no se resignó a perderlo para siempre. Así, el Pabellón se reconstruyó rápidamente y, cinco años más tarde, una réplica exacta se alzaba en el mismo lugar. En el año 1987 fue restaurado de nuevo, y su recubrimiento dorado se hizo más grueso; en 2003 se remozó el tejado de cedro japonés, coronado por un ave fénix de bronce cubierta de oro.

Hoy en día, el Kinkakuji, Patrimonio de la Humanidad de la UNESCO desde 1994, es una de las principales atracciones turísticas de la ciudad de Kyoto, y recibe cada año miles de visitantes, que admiran su elegancia y se fotografían con él. Pero, dejando a un lado la indudable armonía de sus líneas, veamos cuáles eran las ideas que transmitía el Pabellón en tiempos de Yoshimitsu.

Algunos autores han llegado a señalar que el Pabellón Dorado de Kyoto, más que un simple edificio, debería ser considerado una auténtica metáfora. En primer lugar, se halla a medio camino entre la tierra y el agua, asentado sobre el suelo, pero a la vez asomado al lago sobre pilotes de madera. De este modo trata de asemejarse al perfecto lugar de oración, que debería estar situado entre el Cielo y la Tierra. Es posible que en tiempos antiguos estuviera todavía más rodeado por el agua que en la actualidad, y consta que los

invitados del antiguo *Shogun* llegaban en barca a través del lago.

Este lago, siguiendo una antigua tradición de la jardinería japonesa que proviene de la época Heian, cuenta con varias rocas e isletas artificiales. Pero, en este caso concreto, las piedras están específicamente colocadas para evocar la creación del mundo según la historia budista de los ocho océanos y las nueve montañas, y también para asemejarse al estanque mítico del Paraíso de la Tierra Pura, el Shichiho Ike o «Estanque de los Siete Tesoros». De este modo, el Pabellón, flotando sobre lo creado, no solo es un lugar sacro, sino un verdadero espejo del Paraíso budista de Amida. Ya en época de Yoshimitsu no faltaron quienes lo compararon con él, e incluso lo encontraron superior.

La planta baja del Kinkakuji sigue haciendo alusión al importante elemento acuático, y se conoce como Hosuiin, o «Sala de las Aguas de la Ley (de Buda)». En este lugar amplio y despejado, que recuerda las salas palaciegas de estilo *shinden*, era donde Yoshimitsu recibía a sus huéspedes. La sala queda separada de la terraza que da al lago por puertas correderas de papel y palillería, conocidas como *shitomido*. Estas puertas no llegan hasta el techo, permitiendo el paso de la luz y la unión de los ambientes.

El primer piso, bautizado como Choondo o «Sala de las Olas Resonantes», se inspira en la residencia privada de un *samurai*, y era el marco de las reuniones del Ministro. El estilo de esta planta ya no es *shinden* palaciego, sino el conocido como *buke*, propio de la clase *samurai*. Este piso es mucho menos llamativo en su decoración, aunque hoy cuenta, sin embargo, con una imagen de Kannon y con pinturas de Kano no Masanobu.

Kano no Masanobu es un personaje fundamental dentro de la historia de la pintura japonesa. Aunque no llegó a trabajar para Yoshimitsu, ya que nació cinco lustros después de que el antiguo *Shogun* falleciese, pintó para varios de los siguientes mandatarios de la familia Ashikaga, hasta su muerte hacia 1530. Considerado el fundador de la escuela pictórica que lleva su nombre, se apartó de las líneas estéticas chinas que se habían seguido hasta el momento, e introdujo en las escenas formas más definidas y brillantes colores. La escuela de Kano habría de dominar la escena artística del país durante cuatrocientos años y es una de las raíces de la célebre estampa japonesa del periodo Tokugawa, que veremos con detalle más adelante.

El segundo y último piso del Pabellón Dorado, llamado Kukkyocho o «Techo del Firmamento», refina todavía más su estilo, y se reduce a un espacio pequeño y austero, con ventanas acampanadas, características de muchos

templos *Zen*. Está pensado para meditar, llevar a cabo la ceremonia del té y celebrar otros encuentros menos numerosos y formales que los que se desarrollaban en la primera planta. Alberga una triada del buda Amida acompañado por varias decenas de *bodhisattva*.

De este modo, la arquitectura interna del Pabellón va estilizándose de abajo a arriba, como si siguiera los pasos necesarios para ir despojándose de las cargas del mundo y llegar a la pura iluminación desnuda del *Zen*.

El exterior de la construcción, con sus casi trece metros de altura, se acerca al estilo chino continental del sur. Parece que el Ministro gustaba de las formas chinas y que dicha preferencia quedó reflejada en su obra; de hecho se dice que a veces incluso vestía la indumentaria ceremonial que le había regalado el emperador chino. Pero este exterior era, en tiempo de Yoshimitsu, mucho menos ostentoso que hoy. El recubrimiento dorado se añadió después de su muerte, cuando el Pabellón fue convertido en templo budista. En vida de Yoshimitsu, el aspecto del Kinkakuji se acercaba al del otro famoso Pabellón de Kyoto, el Ginkakuji o Templo de la Torre de Plata. Este Pabellón de Plata fue encargado por el nieto de Yoshimitsu, Ashikaga no Yoshimasa, y se inauguró en 1384. Claramente inspirado en el Pabellón Dorado, incluso toma en préstamo los nombres de sus dos plantas superiores.

Mucho se ha escrito sobre la aparente contradicción entre la frugalidad predicada por el budismo *Zen* y la elección del oro para ornamentar uno de sus santuarios. Habitualmente se recurre para solventar el problema a un pensamiento del maestro Kobo Daishi. Los cielos y los infiernos no son lugares concretos, dice el famoso monje, sino que, cuando se obra bien, aparecen «pabellones de plata y oro». De este modo, el oro no sería sino una metáfora de la virtud y, por lo tanto, plenamente adecuado para el uso que se le dio en el edificio.

Pero no se puede entender el Pabellón Dorado si se separa de su marco, el jardín. El jardín no es solo un complemento; es una parte integrante y esencial del conjunto. Está cuidadosamente diseñado y ejecutado hasta el último detalle, de modo que el propio paisaje, incluyendo el monte Kinugasa, acaba también integrado en la composición, formando lo que se conoce en jardinería japonesa como «escenario prestado».

El estanque, al que ya aludimos anteriormente, es el otro elemento imprescindible de este gran escenario. Su nombre japonés es Kyoko Ike, «Estanque del Espejo». A lo largo de las eras han sido numerosos los literatos

y estetas que, como Ishikawa Jozan, ya en el siglo XVII, han considerado que la mejor manera de contemplar el Pabellón Dorado es admirando su reflejo en el agua. Esta difundida opinión se encuadra plenamente dentro de la sensibilidad del *Zen* y se entiende aún mejor aplicando los propios valores estéticos de la época, en los que, como se señala en el apartado dedicado a Zeami y el teatro *no*, prima el concepto de misterio, de atisbo, de sugerencia.

Cada una de las rocas e islas que convierten el Kyoko Ike en un eco del estanque del Paraíso tiene un nombre, y a cada una se atribuye una historia concreta. La roca más famosa se conoce como Akamatsu Ishi, y se dice que se la regaló a Yoshimitsu un señor feudal llamado precisamente Akamatsu. Al norte del Pabellón se encuentra otra roca singular, la «Piedra de la Carpa». Está dispuesta al pie de una pequeña cascada, conocida como «Catarata de la Puerta del Dragón», de forma que el agua caiga sobre ella abriéndose en abanico. Se cuenta que la piedra ya formaba parte del jardín de la antigua villa de Saionji no Kintsune.

La propia vegetación que rodea el Pabellón Dorado no crece de manera casual, sino extremadamente organizada, y algunos elementos gozan de especial relevancia. Es el caso del gran pino bautizado como Rikushu no Matsu que, según la tradición plantó Yoshimitsu con sus propias manos, y también de un antiguo arbusto de camelia asociado al emperador Go Mizuno (1611-1629).

No hay que olvidar, por último, que el entorno del Kinkakuji contaba en tiempos de Yoshimitsu con otras edificaciones, que cerraban el conjunto creando un marco rectangular y dotándolo de un aspecto todavía más teatral si cabe. Estas construcciones seguían el grácil estilo *shinden* y una de ellas se inspiraba directamente en una de las salas del Palacio Imperial. Todas desaparecieron durante las Guerras Onin.

El día dos de julio de 1950, de madrugada, un monje con trastornos psiquiátricos, de poco más de veinte años, prendió fuego al edificio. Después trató de suicidarse, pero no lo consiguió; fue arrestado y juzgado. Nunca terminó de cumplir la condena que se le impuso, de siete años, ya que fue puesto en libertad en 1955 debido a su estado mental. Murió solo un año más tarde. La triste historia inspiraría al célebre Mishima Yukio para su no menos célebre novela *El Pabellón Dorado*, que vio la luz el mismo año en que falleció el monje.

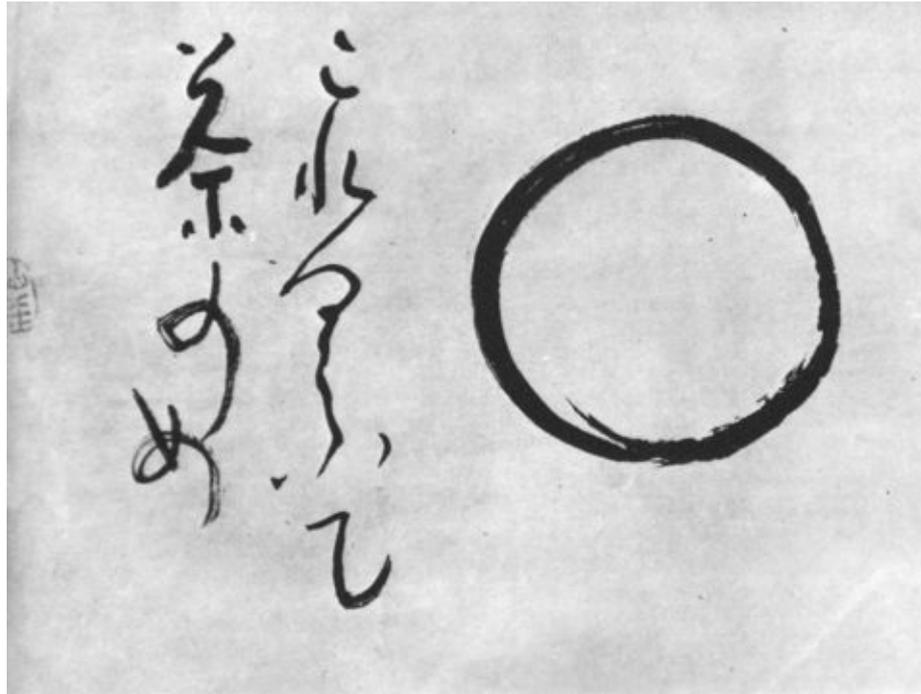
El pensamiento y la religión: el budismo Zen

El budismo *Zen* es sin duda uno de los rasgos más particulares de la religiosidad japonesa. Se trata de una práctica que hunde sus raíces tanto en el budismo como en el taoísmo, para hallar su expresión final en el marco específico de Japón.

Los orígenes del budismo *Zen* pueden rastrearse ya en el s. VI d. C., pues, según la tradición, fue en el año 520 cuando el maestro Bodhidharma llegó a China procedente de la India para fundar la escuela *Ch'an*, antecedente directo del *Zen*. Pero su verdadero auge no comenzó en Japón hasta el siglo XIII de nuestra era, es decir, bien entrada la etapa de los dos primeros shogunatos. Las austeras enseñanzas del *Zen* gozaron incluso del favor de algunos emperadores, pero, sobre todo, tuvieron una gran acogida entre la clase guerrera dominante, para la que el *Zen* constituyó además una baza política frente al poder de otras escuelas budistas.

El nombre *Zen* es la versión japonesa de la denominación de la ya mencionada escuela china *Ch'an*, que a su vez adapta el término sánscrito *dhyana*, que significa «contemplación». Hay varias ramas o sub-escuelas dentro del *Zen*: la más antigua es la *Rinzai*, fundada por Eisai (1141-1215); le sigue la *Soto*, creada en Japón por Dogen (1200-1253). No se trata, sin embargo, de formas diferentes de entender el *Zen*, sino más bien de maneras distintas de enseñarlo; la escuela *Rinzai* se caracteriza por la severidad de sus maestros, mientras los monjes *Soto* tienen fama de preferir caminos menos estrictos. Cabe señalar, de todos modos, que el grado de idiosincrasia de los maestros *Zen* es altísimo: no hay dos iguales, ni dos que compartan idénticos métodos.

Cuando Eisai fundó en el año 1187 su primer monasterio cerca de Hakata, en el norte de la isla de Kyushu, ya había viajado dos veces a China, cuna, como ya se ha dicho, del pensamiento *Zen* o *Ch'an*. Más tarde se estableció en la capital del momento, Kamakura, donde gozó de la protección del *Shogun* Minamoto no Yoriie. Gracias a ella, pudo desarrollar sus enseñanzas a pesar de la hostilidad de dos grandes escuelas budistas surgidas en el periodo anterior, de las que ya se habló más arriba: las escuelas esotéricas *Tendai* y *Shingon*.



Dibujo con caligrafía de Sengai, maestro *Zen* del siglo XVIII

Se atribuye al maestro Eisai la introducción en Japón del té, la bebida asociada al *Zen* por antonomasia. Esta infusión llegaría a convertirse en uno de los elementos más característicos de la cultura japonesa, y en el punto focal de la compleja y simbólica «ceremonia del té».

El maestro Dogen, por su parte, comenzó estudiando las doctrinas *Tendai*, pero no halló en ellas lo que buscaba. Es famosa su crítica a este tipo de budismo, que reproducimos aquí en la versión recogida por el profesor Federico Lanzaco:

Nos enseñan que todos nacemos con la naturaleza de Buda, pero he sido incapaz de reconocer ni siquiera a uno entre los monjes que se parezca a un Buda. Así que me parece que toda la colección de escrituras sagradas no valen nada a no ser que alguien las ponga de veras en práctica.

Dogen estuvo también en el monasterio de Eisai, pero tampoco allí quedó satisfecho, por lo que marchó a China, donde pasó siete años. Durante ese tiempo recorrió varios monasterios, hasta que, finalmente, encontró a un maestro que cumplía sus expectativas. El monje pertenecía a la escuela que iba a ser conocida en Japón como *Soto*. Dogen consiguió convertirse en su discípulo, y, tras obtener su reconocimiento dos años más tarde, regresó a Japón con ánimo de difundir las enseñanzas de la nueva escuela. Corría el año 1227.

Desde esa fecha hasta su muerte, en 1253, promovió de forma rigurosa e

incansable el budismo *Zen*. Se narran múltiples anécdotas sobre la tenaz personalidad del maestro Dogen. Nos remitimos de nuevo al profesor Lanzaco, que narra varias de ellas:

Cuenta la tradición que Dogen visitó al *Shogun* de Kamakura y le instó a que devolviera el poder al emperador de Kyoto. Al ver que no se le escuchaba abandonó Kamakura muy disgustado, pero decidido a no aceptar la función de asesor del *Shogun* como hizo Eisai, por no querer colaborar con un usurpador ilegítimo del poder imperial.

El *Shogun* quedó tan impresionado ante su firmeza de carácter que mandó a un ex discípulo de Dogen con el regalo de una escritura de propiedad de unos terrenos para construir un templo.

Dogen se indignó tanto que mandó quemar la silla en donde se había sentado el emisario del *Shogun*, y mandó cavar un metro de profundidad en el suelo donde había estado la silla, ordenando que fuera arrojado lejos...

El *Zen* de este periodo es también denominado a veces *Gozan*, es decir, «Cinco Templos», o más literalmente, «Cinco Montañas». El nombre viene de China, donde los más antiguos templos *Ch'an* solían estar situados en zonas rurales montañosas, y muchos maestros tomaban su nombre del pico donde residían. La terminología perduró, y aún hoy los templos más importantes de Kyoto llevan en su denominación el término «montaña».

Durante el primer shogunato se estableció un verdadero sistema jerárquico bajo la denominación *Gozan*. Dentro de esa categoría se incluían cinco grandes monasterios *Rinzai* de la ciudad de Kyoto, todos ellos leales al shogunato: Nanzenji, Tenryuji, Tofukuji, Kenninji y Shokokuji.

A pesar de su antigüedad, el *Zen* no es (o no solo es) una práctica religioso-filosófica perteneciente al pasado histórico nipón, sino que sigue gozando de enorme popularidad hoy en día, incluso fuera de las fronteras de Japón, por lo que no cabe hablar de él sino en tiempo presente.

Y bien, ¿qué es lo que enseña el *Zen*? Si por enseñanza entendemos el aprendizaje de verdades escritas, se aleja de esta definición. Porque el *Zen* rechaza de plano todo texto sagrado, al considerar que las palabras son incapaces de hacer justicia a la experiencia inefable de la iluminación o *satori*. Por eso los monjes *Zen* abogan por la transmisión directa, de maestro a discípulo, sin intermediarios, sin fórmulas memorísticas, sin lógica, sin palabras.

Todo esto no quiere decir que los adeptos al *Zen* no respeten los *sutra*; es más, algunos venerables iluminados iniciaron su andadura a partir de obras budistas clásicas, sobre todo el *sutra* del Diamante. Pero la escuela *Zen* como tal se caracteriza por hacer del supremo conocimiento un estado indescriptible que el discípulo aprende (o, mejor, aprehende) de su maestro con la ayuda inestimable de la meditación *zazen* y de las preguntas paradójicas *koan*.

Los fieles de esta rama budista justifican su inquebrantable adhesión a los principios de la transmisión directa con una pequeña historia situada en el tiempo de Buda (aunque no se puso por escrito hasta el siglo VIII d. C.). La historia refleja, dicen los maestros *Zen*, la transmisión directa del *satori* a la que ellos se consagran por parte del propio Siddharta Gautama.

Según el texto, el Iluminado se hallaba un día sentado en silencio entre sus discípulos. Ellos, atentos, esperaban escuchar sus palabras, pero el Buda persistía en su mutismo, y se limitaba a mostrarles una flor. Los seguidores del príncipe quedaron perplejos. Solo uno de ellos, Kasyapa, sonrió, comprendiendo el mensaje: la verdadera esencia de la flor era ella misma, y nada que pudiera decirse equivaldría a dicha esencia, ni siquiera por aproximación.

Entonces, siempre según la tradición, Gautama dijo: «Mía es la posesión de la verdad comprendida, mío el espíritu inasible del *nirvana*. Yo lo entrego a Kasyapa». Con estas palabras el Buda se referiría, así pues, a la transmisión directa del conocimiento a la que aspira el *Zen*.

Ya se ha dicho hace un momento que el discípulo cuenta con dos grandes ayudas para llegar a alcanzar la iluminación: la meditación *zazen*, empleada sobre todo por la escuela de Dogen, y las preguntas *koan*, preferidas por los monjes de la escuela de Eisai.

Los *koan* son enunciados (normalmente con forma de pregunta) que, o bien carecen de respuesta lógica o bien resultan paradójicos en sí mismos. Algunos ejemplos famosos son:

- ¿Cómo suena una palmada dada con una sola mano?
- Voy a pie, pero cabalgo a lomos de un buey.
- Keichu hizo un carro con ruedas de cien ejes.
- Quita las ruedas de delante y de atrás, y luego quita el eje. ¿Qué te queda?

Lo que busca el *koan* es que el discípulo, a fuerza de meditar sobre él, y ante la imposibilidad de darle una respuesta coherente según las reglas normales del raciocinio, termine por traspasar el estado de conciencia para el que rigen dichas reglas y consiga entrar en el de la comprensión instantánea.

El *zazen*, por su parte, es el estilo de meditación propio del *Zen*, que se realiza, básicamente, sentado con las piernas cruzadas y la espalda recta, procurando seguir con cuidado todas las recomendaciones de Dogen, el maestro que mejor ha teorizado sobre su práctica.

Propias del modo de ver la vida y la realidad del *Zen* son además toda una serie de artes (ceremonia del té, *ikebana* o arreglo floral, artes marciales, tiro con arco, etc.) entre las que destacan sin duda la pintura y la caligrafía.

De este modo, el *Zen* ha acabado por constituirse en un elemento completamente imbricado en la cultura japonesa. Hasta tal punto es así, que muchas veces resulta difícil llegar a saber si ciertas costumbres o determinadas reglas estéticas están tomadas del ámbito *Zen* o si, por el contrario, ha sido el *Zen* el que ha absorbido y depurado rasgos ya presentes en el substrato sociocultural de Japón. Probablemente, y un poco la manera paradójica de un *koan*, ambas cosas son ciertas.

Pero la característica más peculiar del *Zen* en relación a otras ramas del budismo y, en general, a otras disciplinas religiosas de carácter autoliberador, es su decidida practicidad (y en esto hay que ver un elemento puramente japonés). El *Zen* persigue, cierto, la iluminación. Pero no se queda ahí. Los adeptos al *Zen* buscan el *satori* para poder reincorporarse al fluir de la vida desde la nueva perspectiva del que se ha visto reflejado en el Universo. En palabras de Dogen, el budismo no es un medio para alcanzar un fin, sino que es la vida cotidiana.

Resulta reveladora a este respecto la anécdota clásica atribuida al maestro Shinsai Joshu (778-897), con la que concluimos esta breve aproximación al budismo *Zen*:

Joshu trabajaba en la cocina del templo. Un día cerró todas las salidas, prendió un gran fuego y se puso a gritar: ¡socorro, socorro, auxilio, fuego! Todos los monjes se agruparon ante la puerta y Joshu dijo: ¡solo abriré a quien pronuncie la palabra de la Vía!, (una palabra que resuma y enseñe el auténtico camino de la iluminación).

Los monjes permanecieron en silencio, sin saber qué decir. Entonces Nansen pasó simplemente la llave de la cocina por la ventana, y Joshu abrió la

puerta.

El periodo Momoyama y el Shogunato Tokugawa

(1568-1868)

Los acontecimientos

El inicio del periodo Momoyama, también conocido como Azuchi Momoyama o Shokuho, es otra de esas fechas divergentes de la historiografía japonesa. Habitualmente se utiliza el año 1568, en el que Oda Nobunaga ocupó la ciudad de Kyoto. Pero otros autores retrasan el comienzo del periodo al año 1573, fecha en la que Ashikaga no Yoshiaki salió de la capital. Hay acuerdo generalizado, sin embargo, en el año en que finaliza el periodo, el 1600, fecha de la batalla de Sekigahara sobre la que luego se hablará con detenimiento. La época Tokugawa no presenta fechas alternativas, ya que tanto su año de inicio como su momento final no dejan lugar a dudas.

Habíamos dejado el país en un momento delicado. Después de una larga etapa de luchas intestinas, Oda Nobunaga había logrado hacerse con buena parte del territorio y acababa de entrar en la capital al frente de 30 000 soldados. Daba comienzo un periodo breve, pero que sería clave en la estructuración definitiva de Japón: la época Momoyama.

Cuando Nobunaga llegó a Kyoto en 1568, ostentaba el cargo de *Shogun* Ashikaga no Yoshihide, que había sido nombrado tras el asesinato de su predecesor tres años antes. Nobunaga sustituyó a Yoshihide por otro miembro de la casa Ashikaga, Yoshiaki, e hizo que le jurase lealtad. Pero el que habría

de ser el último *Shogun* Ashikaga faltó a su promesa, aliándose contra Nobunaga con otras familias. No sería definitivamente vencido hasta 1573. Yoshiaki marchó al exilio y se retiró a un monasterio budista. Moriría en 1597.

Tres años después de la derrota de Yoshiaki, Oda Nobunaga comenzó a construir su impresionante castillo de Azuchi, junto al lago Biwa, un edificio de regio porte cuyo nombre, como ya hemos visto, se utiliza a veces para referirse a esa etapa histórica. Pero antes de eso había tenido que ocuparse de asuntos más urgentes. Para empezar, no todos los *daymio* estaban sometidos ni mucho menos. Nobunaga, aliado con Toyotomi Hideyoshi y Tokugawa Ieyasu, derrotó a lo largo de los años a distintos adversarios: los señores de Omi y de Echizen, y también Asakura Yoshikage y Asai Nagamasa. A medida que se extendía su control, chocaba con señores de tierras más distantes, entre los que destacó de forma muy especial el *daymio* Mori, jefe de doce provincias en Honshu.

Al mismo tiempo, Nobunaga temía a otros enemigos no menos peligrosos: los monjes budistas que habían tomado partido por sus oponentes. Los más cercanos, pertenecientes a la escuela *Tendai*, se encontraban en el templo Enryaku del monte Hiei, un lugar estratégico que dominaba la entrada de Kyoto. En 1571 las tropas de Nobunaga entraron a sangre y fuego en el Enryakuji. La escuela *Tendai* quedaba así eliminada de la escena política.

Pero había otra escuela budista que tampoco se había doblegado a Nobunaga, y que no iba a ser tan fácil de vencer: la escuela de la Verdadera Tierra Pura. Durante diez años, Oda Nobunaga se enfrentó a los monjes, apoyados por otros señores. No lograría acabar con su resistencia hasta 1580, después de haber asediado la fortaleza de Ishiyama con 60 000 hombres. Como en el caso del monte Hiei, tampoco en esta ocasión hubo piedad.

Dos años más tarde el emperador ofreció a Nobunaga el título de *Shogun*, pero el lo rechazó. Se dice que consideraba que no tenía el linaje adecuado para ostentar el cargo. De hecho, sucesivos miembros de la familia Ashikaga siguieron ocupando el cargo hasta 1597. Pero eso no significaba que Oda Nobunaga no gobernase.

Ya vimos antes que en el año 1549 los japoneses entraron en contacto con el cristianismo y, en general, con Occidente. Ese año llegó a Japón San Francisco Javier. Algún tiempo antes, en 1543, mercaderes portugueses habían desembarcado en Tanegashima, al sur de Kyushu, y dos años más

tarde habían abierto líneas comerciales estables. Pronto los *daymio* de Kyushu rivalizaron entre sí para atraerse este nuevo y floreciente mundo de intercambios y los chinos, que hasta entonces se habían encargado del negocio marítimo, se vieron desplazados en todos los puertos. Entre 1549 y 1551, San Francisco Javier recorrió el país, predicó, fundó la primera iglesia en Yamaguchi, se enemistó con algunos señores y logró el apoyo de otros y sentó, en fin, las bases de la acción que los jesuitas iban a desarrollar a lo largo de un siglo. Nagasaki se convirtió en un emporio de primer orden. En 1580, el mismo año en que se produjo la unión política de España y Portugal bajo Felipe II, la ciudad pasó a depender en exclusiva de la administración de los misioneros, casi todos ibéricos.

Oda Nobunaga, por su parte, aun habiéndose mostrado amistoso hacia los misioneros cristianos, no tenía especial inclinación religiosa, ni cristiana ni de otro tipo; de hecho albergaba una gran desconfianza hacia el mundo budista, que tan feroz resistencia le había demostrado. Pero sí le interesaban, y mucho, las novedades técnicas. Así, sustituyó a los antiguos jinetes arqueros por soldados de infantería (*ashigaru*) armados con mosquetes, y fortificó su castillo de Azuchi pensando en la defensa contra las armas de fuego. Había sido el primero en comprender que el futuro dependería de aquella clase de armamento.

Llegaba el verano de 1582 y Nobunaga se encontraba aún en plena campaña contra el *daymio* Mori. Aunque había conseguido la capitulación de los señores limítrofes, la guerra continuaba, y su general Toyotomi Hideyoshi necesitaba con urgencia refuerzos en Takamatsu. Nobunaga en persona salió de Azuchi al frente de la tropa y se dirigió hacia allí, pasando de camino por Kyoto.

En esa ocasión iba a alojarse en un lugar que probablemente no le agradaba demasiado: un monasterio budista. Y estaba justificado. Uno de sus hombres de confianza, Akechi Mitsuhide, lo traicionó. Oda Nobunaga puso a salvo a las mujeres de la familia que lo acompañaban y a continuación se suicidó. Otro señor de la guerra iba a sucederlo en el poder, uno muy próximo: el propio Toyotomi Hideyoshi.

Toyotomi Hideyoshi era oriundo de la misma zona del país que Oda Nobunaga y solo tenía tres años menos que él. Había estado a su servicio desde que cumplió los veintiuno. A la muerte de Nobunaga, controlaba nueve provincias; a ellas añadió en seguida otra más, la de Kii. Los principales vasallos del difunto *daymio* Nobunaga habían acordado crear un comité de

cuatro guardianes para un nieto menor de edad de Oda, que teóricamente había de suceder a su abuelo. Entre estos guardianes se encontraba el propio Toyotomi Hideyoshi. No habían transcurrido ni tres años y ya se había hecho con el mando.

Mientras Hideyoshi maniobraba, la primera legación diplomática nipona que jamás llegara a Europa estaba de camino. Los japoneses habían partido en 1582, y tardarían dos años en llegar a la Península Ibérica. La embajada estaba organizada por el visitador de los jesuitas, el padre Valignano, y de ella formaban parte los señores cristianos Miguel Chijiwa, Julián Nakaura, Mancio Ito y Martín Hara. Los embajadores fueron recibidos con gran pompa en El Escorial por Felipe II, y obsequiaron al monarca con dos lujosas armaduras que, aun después de sufrir diversas vicisitudes, todavía se conservan en la Real Armería de Madrid.

Poco después de que el rey de España y Portugal recibiera los regalos de Japón en la otra parte del mundo, Hideyoshi, apoyado por nueve grandes alianzas de *daymio* se lanzó contra los señores que aún se le resistían. En 1585 marchó hacia Shikoku con 200 000 hombres; dos años después se hizo con el norte de Kyushu.

Para 1587 Hideyoshi era ya regente del emperador y primer ministro del Estado, y había terminado de levantar un grandioso castillo en Osaka, lugar donde un día se alzara la fortaleza rebelde de Ishiyama. Ese mismo año, este guerrero poco agraciado al que las lenguas maliciosas apodaban «mono» (*saru*), cambió su apellido, que hasta entonces había sido Hashiba, por el de Toyotomi, con el que habría de pasar a la historia.

Ese mismo año, Hideyoshi promulgó su primer edicto contra las «conversiones forzadas» al cristianismo y decretó la expulsión de los jesuitas. Hasta ese momento se había mostrado dispuesto a recibir a los misioneros, cosa que hizo en varias ocasiones desde 1583. Los jesuitas, tras un primer contacto con el país, habían decidido propagar el cristianismo entre las élites. Por estas fechas varios de los *daymio* de confianza de Hideyoshi, como Konishi Yukinaga o Takayama Ukon, eran cristianos. También eran cristianas ciertas damas de alcurnia, entre las que destacaba Gracia Hosokawa, hija, por cierto, de aquel Akechi Mitsuhide que había traicionado a Oda Nobunaga.

En 1588, todos los *daymio*, cristianos o no, renovaron su juramento de lealtad al emperador y, de paso, a su regente. Solo un enemigo quedaba en pie, el más temible: los Hojo de Odawara. En 1590 Hideyoshi invadió la zona

de Kanto y capturó el formidable castillo de Odawara. Dos meses más tarde llegó la rendición. Vencida la resistencia en Kanto y en el norte, el país al completo quedó bajo el control del primer ministro del Estado. Tokugawa Ieyasu, que había sido clave para la derrota de los Hojo, recibió las provincias de Kanto y allí se asentó, en una pequeña población de la bahía llamada Edo, que andando el tiempo se convertiría en Tokyo.

Un año después, Hideyoshi ordenó, por razones poco claras, el suicidio de Sen no Rikyu, el maestro de té más famoso de toda la historia de Japón. La ceremonia del té se había desarrollado desde tiempos de Nobunaga, a quien también había servido el propio Sen no Rikyu, hasta alcanzar formas exquisitas. La cerámica refleja de forma muy especial este verdadero rito, concebido como pausa reparadora del espíritu y punto de comunión con la realidad trascendente. Es fundamental en este sentido la noción de *wabi*, de sencillez con un punto necesario de imperfección. La aparente tosquedad de muchas de piezas de alfarería Momoyama, que contrastan abiertamente con el dorado esplendor de la decoración de los castillos, encubre en realidad elevadas ideas de belleza, profundamente imbuidas de filosofía *Zen*.

Poco más tarde, en 1593, llegaron a Japón los primeros frailes. A pesar del cambio de actitud de Hideyoshi hacia el cristianismo, la aplicación de su edicto no había sido demasiado rigurosa. Por otra parte, la participación en el comercio internacional español a través de Manila podía ser una fuente de ingresos muy ventajosa. De este modo, él mismo recibió a los frailes en calidad de embajadores del Gobernador de Filipinas. Comenzaba así una nueva etapa en la labor de los religiosos ibéricos; a los jesuitas venían a añadirse franciscanos y dominicos, con una visión diferente de las cosas y métodos también distintos, enfocados hacia las clases populares.

Pero no todo era política y relaciones internacionales. Por estas fechas surgió una forma artística de enorme relevancia, que hoy se encuentra indisolublemente asociada a lo japonés: el teatro *kabuki*. El origen de este tipo de drama se atribuye tradicionalmente a una mujer, de nombre Okuni, que dirigía una compañía femenina. La *troupe* de Okuni, compuesta según parece por muchachas de fama dudosa, bailaba y representaba escenas variadas, a menudo picantes. El gobierno de Hideyoshi no veía con buenos ojos este nuevo entretenimiento popular, y trató de acabar con el asunto prohibiendo que las mujeres subieran al escenario. El remedio fue peor que la enfermedad; jóvenes actores tomaron el relevo, interpretando también los personajes femeninos, y los revuelos sentimentales y las violentas peleas entre los

asistentes durante las representaciones aumentaron. Finalmente se optó por permitir el *kabuki*, pero estableciendo, ya durante el shogunato Tokugawa, que solo los actores adultos podrían tomar parte en él. Desde entonces el *kabuki* evolucionó y se refinó, aunque siguió siendo una forma teatral fundamentalmente plebeya, en oposición al teatro *no*.

Volvamos al discurrir de los acontecimientos. Los últimos reductos de resistencia habían sido eliminados y Hideyoshi se volcó en la reestructuración del país. Durante varios años sus vasallos trabajaron en el registro general de la totalidad de las tierras o *kenchi*; era el primer catastro completo desde la lejana reforma Taika del siglo VII, y no estaría terminado hasta 1597. Una serie de normativas eliminaron de forma casi absoluta la movilidad social. Cada cual estaba en su puesto, y todos rendían cuentas a Hideyoshi. Apoyado en la lealtad de los grandes señores, el nuevo amo del país lo gobernó con mano de hierro.

Al igual que Oda Nobunaga, Toyotomi Hideyoshi nunca aceptó ser *Shogun*; los Ashikaga siguieron ostentando el cargo de forma nominal, y de hecho el último *Shogun* de esa familia murió solo un año antes que Hideyoshi. Como ya hemos visto, durante buena parte de su carrera Toyotomi Hideyoshi fue *kampaku* o regente Imperial, el antiguo título de la época dorada de los Fujiwara, y primer ministro del Estado. En 1591 dejó el cargo de Regente a su sobrino, y desde entonces fue habitual referirse a él como *Taiko*, o regente retirado, nombre con el que suele ser conocido en la historiografía.

Unificado el territorio y encarrilada la sucesión a través de la adopción de su sobrino, Toyotomi Hideyoshi volvió su atención hacia el exterior. En abril del año 1592 invadía Corea. Al frente de doscientos mil hombres, el general Konishi tomó con facilidad la ciudad de Pusan y la propia Seúl. El rey coreano huyó a Pyongyang y pidió auxilio a los chinos. Éstos entraron en Corea y repelieron el ataque japonés, empujando al ejército de Konishi hacia el Sur. De este modo, Hideyoshi se vio obligado a pactar con la China de los Ming, esa misma China que había soñado conquistar y dividir entre sus vasallos. El *Taiko* envió a los chinos una serie de peticiones, que incluían, entre otras cosas, una consorte imperial china para el emperador japonés y la división del territorio de Corea entre chinos y japoneses. China rechazó de plano las demandas. Enfurecido, Hideyoshi volvió a enviar tropas a Corea en 1597, pero su muerte hizo que la nueva aventura conquistadora terminase antes de empezar.

Un año antes, en 1596, había tenido lugar el incidente del galeón San Felipe. La nave, repleta de mercancía y bien provista de hombres, hubo de arrimarse forzosamente a puerto; la llegada imprevista levantó suspicacias, se habló de tentativa de invasión y además de apresar el barco, se detuvo a buen número de religiosos. En febrero de 1597 morían en la cruz los veintiséis mártires de Nagasaki, jesuitas, franciscanos y seculares. Algunos habían llegado en el galeón, como el novo hispano san Felipe de Jesús, el primer santo de América, que había tomado los hábitos franciscanos en Puebla. Otros eran locales, como el famoso san Pablo Miki, japonés converso y padre jesuita, cuya veneración se extendió rápidamente por el mundo cristiano, a pesar de que no sería oficialmente canonizado hasta 1862 por Pío IX.

Poco antes de morir, el *Taiko* creó dos consejos de gobierno de cinco miembros cada uno, el Consejo de Administración y el Consejo de Regentes. Este último estaba compuesto por Maeda Toshiie, Uesugi Kagekatsu, Mori Terumoto, Ukita Hideie y Tokugawa Ieyasu. Entre ambos consejos dispuso un cuerpo de tres Mediadores. Esta estructura intentaba garantizar la sucesión, que ya no se cifraba en su sobrino. La concubina favorita de Hideyoshi, Yodogimi, le había dado un hijo. El sobrino había sido invitado a suicidarse; había un nuevo heredero, el niño Hideyori.

Toyotomi Hideyoshi murió el 18 de septiembre de 1598 en su castillo de Osaka. La disputa sucesoria estaba servida. Pronto el Consejo de Regentes se dividió y surgieron dos bandos, uno liderado por el ambicioso y hábil Tokugawa Ieyasu y el otro por Ishida Mitsunari, leal a la voluntad de Hideyoshi. Ambos se enfrentaron en el año 1600 en la épica batalla de Sekigahara, sobre la que hablaremos con calma en el apartado correspondiente. La victoria de Ieyasu fue total.

En el año 1603 Tokugawa Ieyasu fue proclamado *Shogun*. Daba así comienzo el tercer y último shogunato de la historia japonesa, el Tokugawa, también llamado Edo, como la ciudad que iba a convertirse en la nueva capital del país. Los historiadores posteriores bautizaron el gobierno del periodo como *Bakuhan*, uniendo al término *baku* (por *Bakufu*) la expresión *han* o «tierra», referida a las posesiones de los *daymio*, que quedaban bajo el control administrativo de los colaboradores directos del *Shogun*. Ese mismo año de 1603 vio la luz el primer diccionario japonés de Occidente, el *Vocabulário da Lingoa de Iapam*, promovido por los jesuitas y publicado en Nagasaki. Dos años después Ieyasu renunciaría al cargo a favor de su hijo Hidetada, aunque siguió tomando parte activa en todas las decisiones.

Uno de los primeros edictos de Hidetada tuvo que ver con el cristianismo. En 1612 el *Shogun* ordenó que todos sus vasallos renunciaran a la religión extranjera y uno de sus *daymio*, de nombre Takayama Ukon, fue incluso desterrado a las Filipinas. La hostilidad del shogunato hacia los cristianos no implicaba, sin embargo, que no siguiera existiendo interés en establecer relaciones internacionales.

Así, en 1613 llegaba a España la segunda embajada de Japón. Era resultado del buen hacer del ex gobernador de las islas Filipinas, Rodrigo Vivero de Velasco. Tras naufragar en Japón de camino a México, Vivero de Velasco ordenó que fuera recibido por Ieyasu y llegó con él a un acuerdo para que los barcos que recorrían la ruta comercial entre las Filipinas y Nueva España pudieran recalar en los puertos japoneses y se permitiese a los frailes asentarse en el país. Tokugawa Ieyasu escribió a Felipe III aceptando los términos, y envió a un emisario. En esta ocasión fue un español; primero se pensó en fray Luis de Sotelo, pero finalmente se decidió que fuera fray Alonso Muñoz. Los regalos que el fraile llevó al rey de parte de Ieyasu no se conservan, pero en el Archivo General de Indias se custodian las dos cartas expedidas por el shogunato; una firmada por el propio Ieyasu y otra por el *Shogun*, su hijo Hidetada.

Con su manera característica de hacer las cosas, Ieyasu no eliminó inmediatamente al sucesor legítimo de Toyotomi Hideyoshi, su hijo Hideyori, que debido a su juventud no había participado directamente en el combate de Sekigahara. Le asignó una pequeña renta y esperó. Ya quedaban pocos partidarios del viejo régimen cuando, en 1614, asestó el golpe. Hideyori se hallaba en el castillo de su padre en Osaka junto con varios miles de guerreros. El hijo de Ieyasu asedió el castillo durante meses hasta rendirlo el día 3 junio del año siguiente. Al otro día, Toyotomi Hideyori se suicidaba.

Por esas mismas fechas llegaba a España una tercera embajada japonesa, promovida por el delegado del virrey de la Nueva España, Sebastián Vizcaíno, y por el fraile Luis Sotelo, el mismo que había sido apartado de la embajada anterior. Los legados nipones estaban capitaneados por Hasekura Tsunenaga, vasallo del importante *daymio* de Sendai, Date Masamune. Fueron recibidos en enero de 1615 por el rey Felipe III, que, como su padre, fue obsequiado con valiosas armas bellamente decoradas. Después de visitar España, los embajadores marcharon a Roma y tuvieron audiencia con el papa. Solo una armadura de aquellos momentos ha llegado hasta nuestros días. Pero la embajada dejó otro tipo de huellas. No todos los legados volvieron al País

del Sol Naciente, y se cree que ese fue el origen del apellido Japón, que aún hoy portan buen número de personas en la zona de Sevilla.

La centralización Tokugawa fue efectiva y rigurosa. Ieyasu controlaba a los *daymio* de una forma mucho más estrecha que ningún mandatario anterior, ni siquiera Hideyoshi. Entre otras cosas, obligó a todos los señores a tener residencia en Edo, a pasar en ella un año de cada dos y a dejar allí a su familia cuando regresaban a sus tierras personales. Pero además de tener a la vista a sus vasallos, Ieyasu reestructuró la totalidad de los aspectos legales del país a través de una serie de códigos, para cuya redacción supo asesorarse de muchas grandes personalidades del momento. El *Buke Shohatto* regulaba la conducta de los *samurai*; el *Shoshu jiin shohatto* se ocupaba de las instituciones religiosas budistas y el *Shosha negi kannushi hatto* hacía lo propio con las sintoístas. Se creó además una normativa minuciosísima para cada una de las clases sociales del momento; por debajo de los *samurai* se encontraban los *nomin* o agricultores, los *konin* o artesanos y los *shonin* o comerciantes. En la base de la pirámide subsistían los *eta*, que trabajaban como curtidores y matarifes, y los *hinin*, literalmente los «no-humanos», entre los que se contaban entre otros los criminales.

La corte imperial tampoco quedó fuera del ámbito de actuación de Tokugawa Ieyasu; nombró a un representante directo en Kyoto, el *Shoshidai*, y promulgó un reglamento específico para la Casa Imperial, el *Kinchu narabi ni kuge shohatto*.

El gobierno del país quedaba en manos del *Shogun* y de sus dos Consejos, formados por unos pocos señores de confianza, entre los que destacaban los *fudai*, es decir, los que se habían puesto del lado de Ieyasu antes de la batalla de Sekigahara. La base conceptual para el nuevo régimen también era novedosa: ya no se apoyaba en el budismo, sino en la filosofía de Confucio. Se trataba de una versión japonesa bastante particular de las enseñanzas del maestro chino, desarrollada por Fujiwara Seika (1561-1619) y llevada a su culmen por su discípulo Hayashi Razan (1583-1657). Los textos de Fujiwara Seika sobre la manera adecuada de conducir los negocios serían esenciales para el desarrollo de la ética comercial de las grandes casas japonesas.

La adopción de esta filosofía confucionista basada en la razón y en la lealtad marcial no conllevó, de todos modos, la eliminación del mundo budista, que fue incluso potenciado en oposición al cristianismo aunque, eso sí, siempre mantenido dentro de la estructura controlada por el *Shogun*. De hecho, los templos budistas se convirtieron en lugares obligados de registro

civil, al ser sede de casi todos los ritos importantes de la vida. El sintoísmo, por su parte, siguió siendo la piedra angular de la legitimidad imperial y el sustrato espiritual del país como conjunto, y el emperador continuó actuando como sumo pontífice. En la última etapa del shogunato, se convertiría además en una vía de exploración de los conceptos de identidad nacional.

Muy poco después de eliminar definitivamente la casa Toyotomi, en 1616, moría Tokugawa Ieyasu. Sería deificado y desde entonces reposa en un extraordinario mausoleo en la montaña sagrada de Nikko. Sobre ello se hablará con detalle en el apartado correspondiente.

1616 fue también el año en que Japón inició una política restrictiva, de progresivo cierre hacia el exterior, que habría de convertirse en una de las principales características del periodo Tokugawa. El comercio marítimo internacional quedó limitado a los puertos de Nagasaki y Hirado. Para 1639, bajo el tercer *Shogun*, Tokugawa Iemitsu, españoles y portugueses habían sido expulsados del país, todos los *daymio* salvo dos tenían prohibido comerciar con el extranjero y el floreciente mercado portuario nipón había quedado reducido a un pequeño monopolio mantenido por los Tokugawa a través de mercaderes holandeses y chinos en Nagasaki. Los holandeses serían también expulsados algo más tarde.

A los súbditos del shogunato no les estaba permitido viajar al extranjero, y si alguien se atrevía a desafiar la orden, no podía regresar. Tampoco se podía entrar libremente al país, como comprobaron unos diplomáticos portugueses ejecutados en 1640 cuando intentaban desembarcar.

El proteccionismo y la intolerancia religiosa fueron de la mano. En 1622, todavía bajo el gobierno de Tokugawa Hidetada, eran ejecutados más de cien misioneros y cristianos conversos. A partir de 1629, ya con Tokugawa Iemitsu, se generalizó la práctica de pisar las imágenes; los sospechosos de ser cristianos eran obligados a pisotear placas de bronce con representaciones de Cristo o la Virgen, conocidas como *fumie*. Quienes se negaban eran torturados y ejecutados. Así murieron varios miles. En 1637 tuvo lugar la revuelta de Arima. Los campesinos de la zona, muchos de ellos cristianos estaban exasperados por los impuestos y terminaron levantándose contra sus gobernantes directos, los *daymio* de Arima y Amakusa, y contra el propio *Shogun*. Pronto los demás cristianos que quedaban en la región se unieron a los rebeldes, y acantonándose en la península de Shimabara plantaron cara al shogunato durante un año entero al grito hispano de guerra de ¡*Santidago!*, es decir, ¡Santiago! Las tropas del gobierno lograron finalmente quebrar su

resistencia; se dice que diecisiete mil cabezas rodaron aquel día para ser luego expuestas como trofeos.

El cristianismo quedó definitivamente proscrito, y los pocos que no renunciaron a él ocultaron sus creencias. La censura se extendió también hacia los conocimientos científicos occidentales, llamados por entonces de manera genérica «saber de Holanda» o *Rangaku*.

Japón se cerraba; comenzaba el aislamiento o *sakoku*. Al mismo tiempo, daba inicio un largo periodo de paz, que iba a hacer posible una cohesión social y un desarrollo indispensables para la modernización que ineludiblemente se avecinaba.

El cuarto *Shogun*, Tokugawa Ietsuna, llegó al poder en 1651. Con él se originó una etapa de progresivo distanciamiento entre los sucesivos *Shogun* y la primera línea de las decisiones políticas. Cada vez más, los *Shogun* Tokugawa confiaban en validos, como el famoso Yanagizawa Yoshiasu, Gran Chambelán del quinto *Shogun*, Tokugawa Tsunayoshi (1680-1709).

Mientras tanto, empezaba a surgir un movimiento cultural que buscaba la definición de la esencia nacional japonesa. En 1669 nacía Kada no Azumamaro, precursor de los «Estudios Nacionales» (*Kokugaku*), que alcanzarían su culmen con el gran erudito y crítico literario Motoori Norinaga (1730-1801). A Motoori Norinaga se debe el concepto importantísimo de *mono no aware*, el «*pathos* de las cosas», el sentimiento profundo provocado por la impermanencia de todo lo terreno, que aúna el placer de la belleza y el dolor de lo efímero. Norinaga aplicó la idea de *mono no aware* a su análisis de la literatura clásica japonesa, y desde entonces esta idea se ha convertido en un elemento capital a la hora de entender muchas de las manifestaciones culturales niponas.

A lo largo de su andadura, el shogunato Tokugawa se enfrentó varias veces a situaciones socio económicas adversas, que se intentaron solucionar mediante diversas reformas. La primera de ellas fue impulsada por Tokugawa Yoshimune a principios del siglo XVIII y se conoce como reforma Kyoho (el mismo nombre que se dio a la era iniciada en aquellos años y también el que se empleó para ciertas monedas que luego mencionaremos). La segunda, la reforma Kansei, se produjo durante la minoría de edad de Tokugawa Ienari, el undécimo *Shogun*. Fue llevada a cabo por el consejero Matsudaira Sadanobu entre 1787 y 1793 y se centró en el recorte del gasto.

En 1793 el *Shogun* Ienari cumplió la mayoría de edad y comenzó a ejercer

el cargo; volvieron entonces los grandes dispendios, lo que, aunque debilitó las arcas shogunales, fomentó el crecimiento económico del país. Tokugawa Ienari no era hijo del *Shogun* anterior, sino que había sido adoptado por él en 1781. Sin embargo, a pesar de su debilidad por los gastos, su mandato fue al más largo de la familia, y uno de los más estables. Es célebre además por haber tenido más de cincuenta hijos, a través de los que creó una compleja red de parientes sanguíneos y políticos en todas las esferas del Estado. Acusado de corrupción y excesos, su longevo gobierno tuvo como triste colofón la gran hambruna que asoló el país entre 1832 y 1837.

Precisamente en 1837 asumió el título de *Shogun* el sucesor de Ienari, su segundo hijo, de nombre Ieyoshi. Ante la grave situación económica, Tokugawa Ieyoshi se embarcó en la tercera serie de reformas de la historia del shogunato, la reforma *Tempo*, que, de nuevo, es también nombre de era y de una moneda, la *Tempo Tsuho* o «moneda de la Protección Celestial». Ieyoshi renovó la censura contra la ciencia occidental, y algunos escritores e intelectuales fueron arrestados. Sin embargo, iba a ser precisamente Ieyoshi el que habría de afrontar la apertura forzosa del país.

Ya desde finales del siglo XVIII diferentes potencias extranjeras, al principio sobre todo Rusia, habían intentado sin mucho éxito comerciar con Japón. Las tripulaciones de sus barcos no habían corrido la misma suerte que los infortunados portugueses de 1640, pero el shogunato se había mostrado inflexible. Un magistrado de la ciudad de Nagasaki llegó incluso a suicidarse durante las guerras napoleónicas, concretamente en 1808, por no haber impedido la llegada a su puerto de una fragata inglesa que, bajo falsa bandera de Holanda, había entrado y salido de la bahía en busca de barcos holandeses.

Las naves del comodoro estadounidense Perry vinieron a romper definitivamente en 1853 el secular aislamiento del shogunato Tokugawa. La avanzada tecnología militar occidental de sus cuatro barcos, que los japoneses bautizaron como *kurobune* o «naves negras», hizo que el *Shogun* se aviniera a firmar el acuerdo de Kanagawa, por el que los puertos de Hakodate y Shimoda quedaban abiertos al libre comercio con cualquier nación. Quince años después caía el shogunato. Después de casi siete siglos, un emperador iba a asumir de nuevo las riendas del poder efectivo en Japón. Comenzaba la época Meiji.

Desde el punto de vista monetario, durante el segundo de los periodos que nos ocupan en este capítulo se produjo un cambio trascendental en la situación del país. Después de varios siglos de *erizeni* o «selección», el nuevo

y potente gobierno Tokugawa decidió volver a centralizar la moneda. No fue tarea fácil, y llevó unos 35 años. Pero finalmente se consiguió hacer desaparecer, o poco menos, las sartas de monedas chinas antiguas y modernas y las copias de los señores feudales.

Esta centralización no habría sido posible sin las amonedaciones, cada vez más importantes, que se llevaron a cabo ya en época Momoyama. Las monedas de estos momentos eran piezas de plata y oro de valor muy alto, que solían utilizarse para grandes intercambios comerciales externos o internos, para regalos oficiales y para recompensas militares. Son célebres en este sentido los extraordinarios lingotes planos de oro que utilizaba Toyotomi Hideyoshi, mandatario conocido por sus gustos ostentosos.

El sistema de pesos de las monedas Tokugawa de oro y plata se basaba en las unidades denominadas *ryo*, *bu* y *shu*. Entre las monedas de oro había lingotes planos en forma de elipse y pequeños lingotes rectangulares. Los lingotes planos tenían a su vez tres tamaños. El mayor es la moneda de oro más grande que nunca se haya empleado en la historia monetaria mundial; se conoce como *oban*, nombre que significa «gran sello», en alusión a la marca de ceca que lo autentifica. Pero los más frecuentes fueron los de tamaño menor, llamados *koban* o «pequeño sello». Su forma de elipse plana acabó haciéndose paradigmática, y, de hecho, en japonés moderno *koban gata* (literalmente «forma de *koban*») significa «elíptico».

Las monedas rectangulares de oro eran de pequeño tamaño en comparación con los lingotes planos. Las había de uno o dos *bu* y de uno o dos *shu*; de ahí que tuvieran nombres como por ejemplo *ichibukin* [«oro de un *bu*»] o *nisshukin* [«oro de dos *shu*»].

Las monedas de plata eran fundamentalmente de tres clases. Por una parte, había lingotes rectangulares, morfológicamente idénticos a los de oro salvo en su composición metálica. Como ellos, tenían pesos de uno o dos *bu* y de uno o dos *shu*. En segundo lugar, existían los grandes lingotes llamados *chogin*, de forma alargada y extremos redondeados, cuyo nombre significa «plata de bloque». Los lingotes *chogin* estaban sellados con partes del kanji *ho* [«tesoro, moneda»] y con la imagen de Daikoku, dios de la Riqueza, además de con el kanji correspondiente a la primera parte del nombre del periodo en que hubieran sido emitidos. Estas grandes monedas se utilizaron especialmente para el escaso comercio internacional Tokugawa, más concretamente para los intercambios con Corea. Sin embargo, la progresiva devaluación de la pureza de su metal hizo que los mercaderes coreanos

acabaran rechazando algunas de ellas. Ante esta situación, el shogunato se vio forzado a acuñar lingotes de plata específicos para el comercio con este país.

Por último, había también pequeñas *mameitagin*, unos glóbulos irregulares o «judías» de plata. Su nombre significa literalmente «plata de plancha de judías». La «plancha» hace referencia a la placa base sobre la que se acuñaban las «judías»; en japonés moderno, sin embargo, la palabra *mameita* hace referencia a otras planchas de judías, concretamente a los bloques cuadrangulares de dulce realizado con alubias. Las *mameitagin* se acuñaron desde 1736 hasta 1860.

Además de los tres tipos básicos que hemos visto hasta aquí, también se produjeron en Japón Tokugawa monedas de plata de otras clases, como cuerda al de los *koban* de oro, por lo que a veces, de forma errónea, la bibliografía en lengua inglesa ha llamado a estas monedas «*koban* de plata».

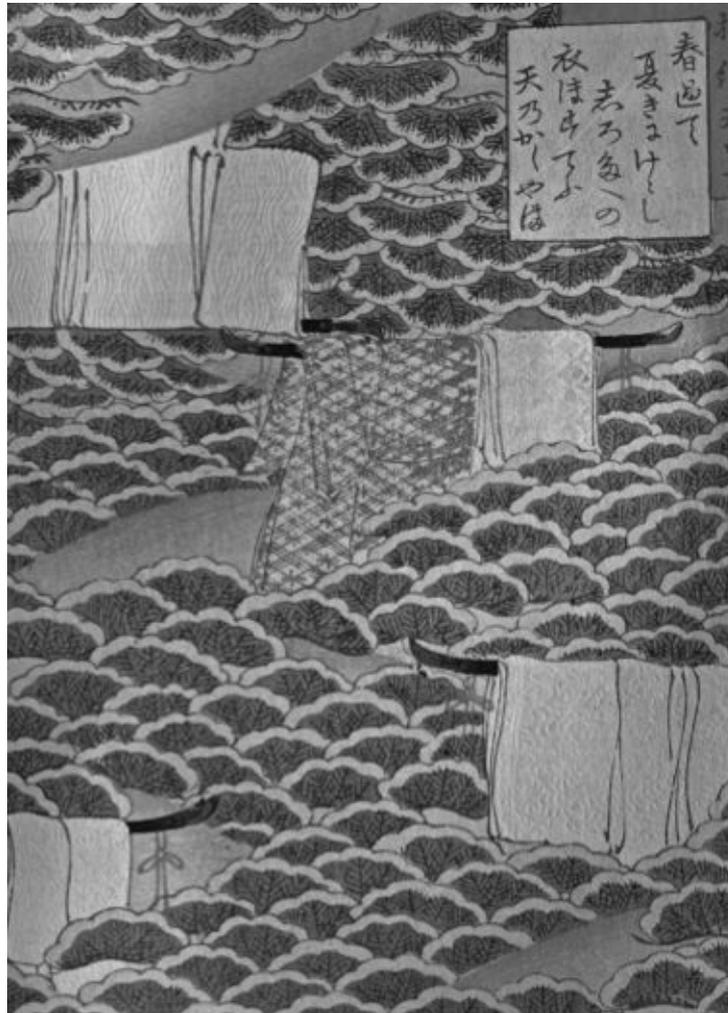
En el periodo Tokugawa se produjo un curioso fenómeno con las monedas de oro y plata: el «dinero envuelto». Se trataba de paquetes de monedas de oro (*tsutsumi kin*) o de plata (*tsutsumi gin*). Sobre el papel del envoltorio se colocaban los sellos oficiales del shogunato o bien los de los cambistas más importantes del momento y se escribía la fecha y el valor del contenido. Estos paquetes circulaban durante años, y quienes los utilizaban aceptaban la validez de lo escrito, sin abrir el envoltorio.

Pero la gran innovación del shogunato Tokugawa fue introducir un sistema monetario oficial de tres metales, de modo que además de monedas de oro y plata se produjeron con regularidad piezas de cobre. Al contrario de lo que ocurrió con las piezas de metales preciosos, las monedas de cobre no comenzaron a emitirse inmediatamente después de Sekigahara, debido al gran número de piezas chinas que había en circulación, sino que tardaron treinta años en hacer su aparición. Pero cuando llegaron, lo hicieron en enormes cantidades.

Las piezas más numerosas fueron las monedas redondas de cobre con la leyenda de anverso *Kanei Tsuho* o «moneda en circulación de la era Kanei». Este tipo de moneda se emitió durante trescientos años seguidos, muchas veces por parte de comerciantes con licencia estatal, lo que produjo un número casi infinito de tipos y variantes. Hubo también otros tipos, como, por ejemplo, la *Kyoho Tsuho* o «moneda en circulación de la era Kyoho» del año 1715, en cuyo reverso puede leerse el kanji *ei*, «perdurable».

En momentos posteriores también se produjeron muchas piezas de cobre

ovaladas con valor de cien unidades básicas de cobre o *mon*. Destacan las numerosas *Tempo Tsuho* de 1835, a las que ya aludimos más arriba. Aunque el valor facial de la pieza era de cien *mon*, es decir, de cien monedas redondas de cobre, rápidamente la gente la utilizó según su valor intrínseco, y pronto se cambió a solamente cinco *mon*.



Kosode colgados para airear en un antiguo diseño para estampar textiles

A pesar de su complejidad, la centralización monetaria Tokugawa no implicó la completa desaparición de las monedas locales. De esta manera, siguieron emitiéndose, aunque de forma mucho más limitada, algunas monedas provinciales, como por ejemplo las elegantes piezas de cobre de cien *mon* de la prefectura de Akita, decoradas con aves fénix, o las bastas piezas cuadradas de plomo del distrito minero de Hosokura. Otro aspecto que tampoco logró centralizar el shogunato fue el ámbito del papel moneda. Desde 1600 se emitieron en Japón billetes de banco. Los primeros, muy extendidos, fueron los llamados *Yamada Hagaki*. A lo largo del periodo aparecieron muchos otros, como por ejemplo los *Fukui hansatsu* de 1666 o los *Himeji hansatsu* de

1855, todos ellos respaldados por diferentes señores. Hubo también papel moneda emitido por localidades concretas, como los *Iogi Sonsatsu*, o por dueños de minas, como los *Izumiya Tetsuzansatsu*. Ninguno de estos billetes de época Tokugawa alcanzó rango de emisión nacional.

A pesar de sus evidentes carencias, lo que es innegable es que la cohesión del gobierno Tokugawa permitió la entrada del sistema monetario japonés en el marco mundial, entrada que se realizaría justo a continuación, bajo el nuevo gobierno imperial restablecido en 1868 por el emperador Mutsuhito.

Desde finales del siglo xv hasta el siglo xvii la prenda exterior básica para hombres y mujeres, el *kosode*, había sido muy similar para ambos géneros; tenía el mismo corte y parecida decoración. Por ejemplo, João Rodrigues, religioso e intérprete portugués que permaneció en Japón desde 1576 hasta 1612, señala que tanto las ropas de hombre como las de mujer eran del mismo estilo.

Ya desde finales del siglo xvi los diseños de estos textiles que empleaban ambos géneros se habían convertido en elementos visuales de primer orden. Desde tiempos antiguos era costumbre en Japón airear las ropas; las prendas se colocaban en soportes de madera, que a veces estaban lacados, o se dejaban sobre biombos. Estos *kosode* colgados para airear formaban curiosas geometrías con sus pliegues y contrastaban entre sí con sus brillantes motivos decorativos. Existen textos que indican cómo debían colocarse las prendas, siguiendo los patrones estacionales asociados a sus diseños. Los *kosode* también se colgaban en cuerdas atadas entre los árboles en las fiestas de las flores de cerezo, creando recintos privados y haciendo a la vez ostentación de riqueza.

Con el tiempo se desarrolló incluso un estilo de pintura basado en esta costumbre. Se trata del género pictórico conocido como *tagasode*, la misma expresión que, como ya vimos con anterioridad, se empleaba en poesía para referirse de manera elíptica a un personaje femenino ausente.

Durante el periodo Tokugawa, sin embargo, el panorama dio un giro radical, y empezaron a distinguirse fácilmente los motivos ornamentales de las ropas de hombre de los diseños asociados a las prendas de mujer. Todavía en los primeros años del periodo ambos sexos llevaban elementos grandes y llamativos, pero a medida que fue transcurriendo el tiempo, las mujeres se reservaron esta ornamentación colorida y vistosa, mientras los hombres empleaban, cada vez más, motivos pequeños y simples, como por ejemplo los

patrones rayados. Este proceso resulta extraordinariamente interesante por lo temprano de su fecha; en el mundo occidental, hombres y mujeres usaron vistosos tejidos de idéntica decoración hasta al menos un siglo más tarde. Solo a partir del siglo XIX se consagraría definitivamente en Occidente la separación entre la ropa colorida y profusamente decorada de las mujeres y los tonos oscuros y los motivos casi inexistentes de la indumentaria masculina.

Así pues, el atuendo estándar del guerrero Tokugawa se cubrió de diminutos motivos, apenas visibles a cierta distancia, de modo que solo el corte de las prendas y el escudo familiar indicaban el rango del portador. Esto no quiere decir que el estatus dejara de reflejarse meticulosamente en la vestimenta; muy al contrario, el rígido esquema social Tokugawa establecía la indumentaria adecuada para cada cual hasta el más mínimo detalle. Esto era especialmente llamativo en el caso de las damas de alto rango, que se vestían de acuerdo a una infinidad de pequeñas normas según la posición social, la ocasión y la época del año (las fechas exactas en las que debía cambiarse el atuendo de la estación estaban claramente especificadas).

Los actores de *kabuki*, en especial los *onnagata*, es decir, aquellos que representaban papeles femeninos, y las cortesanas del «mundo flotante», sobre el que hablaremos en el apartado dedicado a Utamaro y la estampa japonesa, fueron grandes creadores de tendencias en indumentaria y peinados, que circulaban rápidamente bajo forma impresa por todo el país.

Las esposas de los ricos mercaderes no se quedaban atrás en cuanto a ostentación, aunque a menudo los materiales de las prendas eran de calidad algo inferior a los modelos cortesanos y los elementos decorativos se realizaban de forma ligeramente diferente. Es probable que las sucesivas leyes suntuarias promulgadas a lo largo del periodo Tokugawa estuvieran dirigidas sobre todo a poner freno al lujo cada vez mayor de las prendas de esta clase comercial emergente. Es famosa en este sentido la anécdota recogida hacia 1728 en el *Chonin Kokenroku* [Registro de observaciones sobre comerciantes y artesanos]. Según se cuenta, había en la ciudad de Edo un mercader muy rico apellidado Ishikawa, a cuya esposa le gustaba vestirse de manera extremadamente lujosa. Un día, un *daymio* la vio por la calle y la confundió con la esposa de otro *daymio* o con una noble dama. Al percatarse de su error, mandó llamar a su castillo a la infortunada pareja, y después de reprenderlos con dureza por su ridículo comportamiento, confiscó sus bienes y los expulsó de la ciudad.

En las fases iniciales del periodo Tokugawa se utilizó con profusión el bordado con hilo de oro, que fue progresivamente sustituido por los estampados, posiblemente, al menos en parte, debido a las leyes en contra del lujo desmedido que acabamos de mencionar. Los motivos empleados en la decoración de las prendas, sobre todo en las femeninas, presentaban una riquísima variedad. Por supuesto se escogían cuidadosamente según la estación del año o la ocasión, como por ejemplo una boda; pero, además, a menudo aludían a textos literarios específicos, como obras de teatro o poemas, dando pequeñas pistas iconográficas solo accesibles a los bien educados. Esta indumentaria exquisita era también un bien preciado, que se compraba, se vendía, se exhibía, se empeñaba, se empleaba como dote y pasaba de madres a hijas.

Las clases populares, por su parte, no estaban sujetas al exhaustivo control indumentario estacional que pesaba sobre las gentes de mayor rango, pero sí muy restringidas en cuanto a lo que podían llevar. Les estaba prohibido utilizar tejidos ricos, y un decreto de 1674, por ejemplo, establece que los campesinos de Tosa solo podían poseer un vestido de cáñamo para el verano y otro de papel para el invierno.

Los últimos años del periodo Tokugawa fueron testigo de la estandarización del modelo de indumentaria femenina que poco después acabaría siendo definida como *kimono*. El fajín u *obi*, que inicialmente no se veía, creció cada vez más, hasta llegar a su ancho actual, y se generalizó la moda de atarlo detrás. Una anécdota tradicional afirma que el iniciador de esta moda fue un actor de papeles femeninos de *kabuki* de mediados del siglo XVII, que un buen día, decidió salir a escena llevando su *obi* atado a la espalda.

Los protagonistas y su marco

El personaje: Utamaro y la estampa japonesa

Uno de los aspectos más característicos de la sociedad del periodo Tokugawa fue el desarrollo del famoso *ukiyo* [mundo flotante]. La idea de *ukiyo* no es en realidad sino una derivación del concepto budista de impermanencia de todo lo mundano. La vida se entiende como un devenir cambiante y el hombre es arrastrado por esta corriente insustancial, como si fuera, según la metáfora de la época, una calabaza hueca que se pierde río abajo.

Más allá de la filosofía, el término «mundo flotante» designaba los barrios de placer que formaban parte de todas las grandes ciudades; a la melancolía de lo pasajero se había añadido el componente excitante de lo novedoso, de lo que cambia constantemente para estar siempre al día. Allí dentro la clase social y la sangre eran irrelevantes; solo el dinero movía las cosas. El shogunato vigilaba pero dejaba hacer; había comprendido que su rígida estructura y su moral confucionista necesitaban una válvula de escape que aliviara tensiones sociales que de otro modo habrían sido mucho más evidentes.

El «mundo flotante» tenía su propio género literario, el *ukiyo zoshi*, y su propia pintura, el famoso *ukiyo e*, la estampa japonesa que tan profunda impresión habría de causar en Europa.

Aunque las raíces del *ukiyo e* son variadas y antiguas, su precedente más directo se encuentra en la pintura de género o *fuzoku ga*, que se desarrolló desde finales del siglo XVI. La técnica utilizada por el *ukiyo e* es la xilografía, el grabado sobre plancha de madera. Este tipo de grabado, procedente de China, era utilizado desde tiempo atrás, sobre todo para realizar grabados budistas.

El estilo del *ukiyo e* es naturalista y con el tiempo llegó a incluir la perspectiva occidental. La mayor parte de la producción de estampa de época Tokugawa estuvo, como es lógico, centrada en la capital, la gran ciudad de Edo.

El *ukiyo e* tuvo una expansión sin precedentes. El método xilográfico permitía producir imágenes de calidad en un número muy alto y, además de emplearse para estampas sueltas, se aplicó en historias ilustradas, guías de viaje, calendarios, carteles para postes o *hashira e*, tarjetas, «catálogos» de moda, abanicos y un largo etcétera. La estampa era el medio perfecto para anunciarse, y así lo entendieron rápidamente los productores de teatro *kabuki*, los editores de periódicos, y los dueños de restaurantes, casas de té o burdeles,

entre otros. No hay que olvidar que los medios impresos en general tenían ya por estas fechas una presencia enorme en la vida social japonesa. Cada primavera y cada otoño, por ejemplo, se editaba el Yoshiwara saiken, una guía del barrio de placer de Edo, y no faltaban otras publicaciones que analizaban aspectos varios del «mundo flotante», como aquel Mizuchaya hyakunin issho de 1793 que valoraba, uno por uno, a cien empleados de las casas de té.

Muchos fueron los grandes maestros de estampa que trabajaron a lo largo del periodo de desarrollo del *ukiyo e*, desde finales del siglo XVII hasta la restauración Meiji. El iniciador fue Hishikawa Moronobu (1618-1694), que adaptó la pintura tradicional a la técnica del grabado, trasladando a la madera el trazo firme y claro del pincel. Le siguieron por ejemplo Suzuki Haronubu (1725-1770), que introdujo el color en las composiciones, el misterioso retratista Toshusai Saraku, o los grandes paisajistas Katshushika Hokusai (1760-1849) y Ando Hiroshige (1797-1858). Pero el grabador japonés más famoso, y el que ejemplifica mejor la escuela es, sin duda alguna, Kitagawa Utamaro.

Parece que el verdadero nombre de Kitagawa Utamaro (1753-1806) fue Kitagawa Nebuyoshi. No hay certeza sobre su lugar de nacimiento; algunas fuentes hablan de la propia capital y quieren que fuera hijo de la dueña de una casa de té de Yoshiwara que, como se apuntó antes, era el barrio «flotante» de Edo. Para otros vio la luz en Kyoto, en Osaka, o en una ciudad pequeña, tal vez de la provincia de Musashi.

En cualquier caso, realizó su aprendizaje en Edo, con el pintor Toriyama Sekien, que quizá fuera incluso su padre. Toriyama Sekien se había formado en la antigua escuela de Kano, pero más adelante comenzó a cultivar el estilo popular, que iba a transmitir a sus discípulos. El joven aprendiz y su madre vivieron en casa del pintor durante varios años, siguiendo en contacto con él hasta su muerte en 1788.

Bajo el nombre artístico de Kitagawa Toyoaki, el artista que pasaría a la historia como Utamaro comenzó su carrera grabando retratos de actores y programas de teatro *kabuki*. También se dedicó a ilustrar libritos de *kyōka* o «poesías locas», unas composiciones que parodiaban los clásicos poemas *waka*.

Hacia 1780 Toyoaki conoció al impresor Tsutaya Juzaburo. Se trasladó a vivir a su casa, punto de encuentro de artistas y literatos, y desde entonces

trabajó para él como pintor principal, cambiando su apelativo por el de Kitagawa Utamaro en 1782. En los años siguientes creó, entre otras obras, estudios de animales y plantas, como el libro ilustrado de insectos «Gahon chusen», que sería publicado el mismo año en que murió su maestro Toriyama Sekien.

Se cree que Kitagawa Utamaro estuvo casado, aunque no se sabe con seguridad. Parece que no tuvo hijos. A partir de 1791 se centró en los motivos femeninos, creando sus famosas series de retratos de mujeres de Yoshiwara, que alternaba con estudios naturales y escenas eróticas. Por cierto que la aparición del desnudo en la estampa Tokugawa marcó un hito en el arte japonés, que nunca antes había mostrado el cuerpo de esta forma, ni femenino ni masculino.

Las estampas de hermosas mujeres de Utamaro, las *bijin ga*, no eran modelos repetidos, sino verdaderas obras de arte de enorme elegancia. Destaca especialmente el tratamiento de las ropas, donde consiguió volúmenes y transparencias nunca vistos hasta entonces. Utamaro utilizaba un proceso conocido como karazuri que le permitía lograr relieve. También empleaba materiales muy vistosos, como el polvo de nácar, la mica, la plata y el oro, para dar vida a los colores planos, creando el efecto kira, que literalmente significa «brillante». Estos tonos brillantes se utilizaban sobre todo para los fondos. Para conseguirlos se usaban dos planchas; en una se colocaba el color y en la otra una capa de cola. Cuando el papel impreso con ellas aún estaba húmedo, se espolvoreaba por encima la mica, el oro o el material elegido y después se sacudía el sobrante.



Labor de costura. Estampa de Kitagawa Utamaro del año 1795

A veces Utamaro redefinía ciertas zonas de sus estampas mediante una «impresión de retoque» o *jitsubushi*. Todo esto, unido a la firmeza de sus líneas y a la delicadeza de sus composiciones lo convirtieron rápidamente en el artista más notable de su tiempo.

Los retratos de Kitagawa Utamaro se basaban en una composición denominada *okubi*, que consistía en colocar el rostro en el centro de la imagen, reduciendo al mínimo los elementos accesorios. La intención del *okubi* era mostrar el interior del personaje, sus sentimientos, la belleza oculta que se manifestaba en la simplicidad. Además de retratos propiamente dichos, Utamaro grabó muchas escenas cotidianas femeninas del «mundo flotante». Las *geisha* aparecen paseando, maquillándose, conversando entre ellas, escribiendo, peinándose o bañándose.

Antes de seguir adelante conviene hablar de forma muy breve sobre la figura de la *geisha*, que iba a convertirse pronto en uno de los símbolos icónicos de Japón. La palabra *geisha* significa literalmente «artista». De una

geisha se esperaba que entretuviera a su cliente con gracia y armonía, que cantara, bailara, sirviera el té o el sake, tocara instrumentos o recitara poesía. Su aprendizaje era largo y difícil y su trabajo no incluía necesariamente servicios de tipo sexual, para los que había prostitutas de diversa índole, que también están reflejadas en la obra de Kitagawa Utamaro.

Las *geisha*, como los actores de *kabuki*, estaban a la última. Sus peinados y vestidos marcaban tendencia; todos sabían lo que comían, lo que leían y lo que decían. Siempre había *geisha* en el centro de todas las novedades. Eran el paradigma del *sui*, un elemento muy apreciado por los elegantes del momento, que, siguiendo los clásicos trabajos de Sansom, podemos traducir con la palabra francesa *chic*.

Paradójicamente, las pocas *geisha* que aún trabajan en la actualidad en Japón hace tiempo que tomaron el camino contrario: lejos de innovar, hoy se consideran a sí mismas guardianas de la tradición nipona y todos los detalles de sus quehaceres y atuendos están increíblemente estandarizados.

En 1797 moría el amigo, protector y editor de Utamaro, Tsutaya Juzaburo. El artista se sumió en una honda tristeza, lo que, según algunos críticos, hizo que su obra no volviese jamás a llegar a las alturas que había alcanzado con anterioridad.

Críticas especializadas aparte, a principios del siglo XIX Kitagawa Utamaro estaba en la cúspide de su éxito. Sus *bijin-ga* estaban por todas partes y, a pesar de que el comercio internacional permitido por el shogunato era mínimo, llegaban incluso a China. Además de pintar y grabar innumerables imágenes de *geisha*, Utamaro había reflejado en sus obras a actores, camareras de casas de té, bailarinas, madres con sus hijos, personajes míticos y sencillas esposas. Su obra era ingente y muy apreciada.

Sin embargo, un acontecimiento inesperado venía a ensombrecer el final de su vida. Utamaro había ilustrado una novela con estampas que mostraban al *Taiko* Toyotomi Hideyoshi y a sus cinco concubinas. Pero la novela estaba prohibida por la censura Tokugawa, y el shogunato no dejó pasar la afrenta. En 1804, Utamaro fue acusado de insultar la memoria del *Taiko* y sentenciado a pasar cincuenta días esposado, o, según otras fuentes, cincuenta días en prisión. Nunca se recuperó. Dos años más tarde, a los 53, moría en Edo, la ciudad cuyos habitantes tantas veces reflejara en su obra.

Su alumno Koikawa Shuncho continuó trabajando en el estilo que había aprendido y, al principio, las estampas siguieron llevando el nombre del

maestro Kitagawa Utamaro. Shuncho cambió su apelativo en 1820 por el de Kitagawa Tetsugoro.

A mediados del siglo XIX, Occidente descubría la estampa japonesa y la obra de Utamaro. Los pintores franceses, como Toulouse-Lautrec, se maravillaron ante sus imágenes y el naciente Art Nouveau bebió con avidez de la fuente nipona. En 1891, el editor Goncourt publicaba en París la primera biografía de Kitagawa Utamaro, inaugurando así una corriente de estudios sobre el *ukiyo e* que todavía continúa.

El hito histórico: la batalla de Sekigahara

El día 21 de octubre del año 1600 (15 de septiembre en el calendario lunar japonés que se utilizaba en la época) amaneció brumoso en la llanura de Sekigahara, una apacible zona rural rodeada de montañas en la actual prefectura de Gifu. Dos poderosos ejércitos estaban a punto de chocar. Aunque las cifras no están del todo claras, se piensa que más de 70 000 soldados del Ejército del Este aguardaban las órdenes de Tokugawa Ieyasu, mientras un número aún mayor de hombres del Ejército del Oeste esperaba las indicaciones de Ishida Mitsunari, el general que defendía los intereses de Toyotomi Hideyori, hijo del fallecido *Taiko* Toyotomi Hideyoshi. El detonante de la batalla había sido la negativa del señor de Aizu, aliado de Ishida, a presentarse en Kyoto ante Ieyasu. El campo de batalla se extendía ahora ante ellos entre tres grandes montes: el Matsuo, el Sasao y el Nangu.

Los ejércitos del Oeste se habían colocado sobre los montes Nangu y Matsuo, mientras su jefe, Ishida Mitsunari, se hallaba junto a las laderas del monte Sasao. Ieyasu, por su parte, se había desplegado en llano, a lo largo del camino conocido como Nakasendo. En general, las posiciones de Mitsunari eran más favorables, a pesar de que él hubiera preferido combatir más hacia el Este, y fue curiosamente su rival Ieyasu quien forzó la elección de Sekigahara al marchar con sus tropas en esa dirección.

El combate fue brutal, y duró relativamente poco para los estándares de Japón feudal: seis horas. La batalla comenzó con un ataque de las fuerzas

Tokugawa contra los hombres del Oeste al mando de Ukita Hideie, Otani Yoshitsugo y Konishi Yukinaga, y la lucha se desarrolló bajo la lluvia. No había un claro favorito, aunque parecía que la suerte estaba comenzando a inclinarse a favor de los soldados de Mitsunari. Los refuerzos al mando de Tokugawa Hidetada estaban en camino, pero aún tardarían horas en llegar, y, además, los ejércitos Tokugawa, que como se ha dicho estaban peor posicionados, temían ser rodeados desde atrás. De momento los salvaba el hecho de que las tropas del Oeste de los clanes Mori y Chosokabe no estaban tomando parte en la acción, ya que los caudillos Mori Hidemoto y Kikkawa Tsunie habían decidido no enfrentarse a Ieyasu. Tsunie estaba en la primera línea de las fuerzas del monte Nangu, de modo que con su actitud impedía la entrada en combate de nada menos que 25 000 hombres. La situación, sin embargo, no duraría eternamente. Puede que el augurio revelado antes del combate pesara también en el ánimo de algunos; se cuenta que los adivinos habían anunciado a Ieyasu que el camino se hallaba cerrado. Pero él, lejos de preocuparse, había bromeado, replicando que entonces lo abriría llamando.

Y, efectivamente, Ieyasu tenía un plan. Antes de la batalla, había establecido una alianza con Kobayakawa Hideaki, que comandaba a 16 000 hombres bajo las banderas de Ishida Mitsunari. Kobayakawa se había situado con sus fuerzas sobre el Matsuosan, y no se había movido de allí. En un momento dado, Ieyasu ordenó disparar las armas de fuego contra él. Fue la señal. Kobayakawa entró en acción pasándose al bando Tokugawa, y su intervención trajo la victoria para Ieyasu. Otros generales del Oeste, como Wakisaka Yasuharu, Ogawa Suketada, Akaza Naoyasu y Kutsuki Mototsuna también cambiaron de lado.



Retrato anónimo de Tokugawa Ieyasu

A media tarde, cuando el hijo del caudillo Tokugawa llegó con los refuerzos, su padre estaba ocupado contando las cabezas cortadas de sus enemigos. Al menos un general derrotado del Oeste se suicidó, y alguno hubo que logró escapar, pero la mayoría, con Ishida Mitsunari al frente, huyeron a Kyoto, donde fueron apresados y ejecutados públicamente poco después. Tres años más tarde, Tokugawa Ieyasu sería proclamado *Shogun*; comenzaba una nueva era en el feudalismo japonés.

Hoy en día, Sekigahara parece suspendido en el recuerdo del enfrentamiento, cuajado de postes conmemorativos de los distintos episodios de la batalla y de los muertos en el combate. El río del lugar se conoce como Kurochigawa, el río de la Sangre Negra, y se dice que los soldados Tokugawa lavaron en sus aguas las cabezas seccionadas de 60 000 guerreros de Ishida Mitsunari antes de presentárselas a su señor. El sitio en que se cree que Ieyasu recibió el presente se alza hoy un pequeño santuario. El pueblo, que tiene en la actualidad unos 9000 habitantes, cuenta además con un museo dedicado

prácticamente en exclusiva a la batalla, y el combate se recuerda de forma festiva cada año con una vistosa recreación en la que participan miles de personas vestidas y armadas a la manera feudal.

Pero ¿quiénes fueron los protagonistas de esta terrible batalla que marcó un punto de inflexión en la historia japonesa?

No hace falta volver a hablar aquí de la importancia política e histórica de la figura de Tokugawa Ieyasu, el fundador de la nueva estirpe de caudillos militares que había de perdurar hasta la revolución Meiji. Pero merece la pena acercarnos a los aspectos humanos del *Shogun*, menos conocidos, pero muy interesantes a la hora de comprender las decisiones que fue tomando a lo largo de su vida.

La carrera de Tokugawa Ieyasu fue, entre otras cosas, un proceso de continua reinención, comenzando por su propio nombre. Ya hemos visto que el cambio de apellidos o de nombres propios no es demasiado infrecuente a lo largo la historia japonesa. Ieyasu se llamaba en realidad Matsudaira Takechiyo, y era hijo de Matsudaira Hirotada (1526-1549), un señor feudal poco importante de la familia Matsudaira. El joven Takechiyo celebró su mayoría de edad en 1556, pasando a llamarse Matsudaira Motoyasu. Diez años más tarde solicitó cambiar de nuevo su apelativo, cambiando esta vez tanto el apellido como el nombre, y siendo conocido desde entonces como Tokugawa Ieyasu.

Hay poco datos sobre los orígenes de la familia Matsudaira, aunque Ieyasu pretendía descender de los Minamoto a través del clan Nitta. Por otra parte, se sabe que también se había hecho trazar una genealogía que lo entroncaba nada menos que con los Fujiwara. Es probable que, en realidad, no tuviera nada que ver ni con una familia ni con la otra, pero usaba los datos a su conveniencia. No en vano uno de sus lemas venía a decir: «utiliza a los demás y que ellos piensen que te están utilizando a ti».

Uno de los episodios más conocidos de la vida de Ieyasu es, sin duda, la muerte de su esposa y de su hijo mayor. Ambos fueron acusados de conspiración en 1579. El chico fue obligado a suicidarse sin demora, y su mujer murió ejecutada en prueba de lealtad hacia Oda Nobunaga. Otra característica del *Shogun* era su buena memoria para las afrentas. Se dice que en una ocasión llegó a matar a un prisionero porque el hombre lo había insultado siendo él un niño. Pero Ieyasu no siempre se mostraba despiadado, y de hecho fue magnánimo con muchos de sus enemigos vencidos y

recompensó con largueza a sus aliados. Él, por su parte, no era hombre de gustos caros, al menos si se compara con sus inmediatos predecesores, aunque tampoco evitaba los honores correspondientes a su rango, y se dice que a su muerte su guardarropa contaba con más de 3000 trajes. Le gustaba cazar con halcón y nadar, actividades que practicaba siempre que podía. Y, sobre todo, sabía esperar el momento adecuado. Probablemente no hay mejor resumen de su trayectoria vital que un pequeño poema puesto en su boca por la tradición tras la gran batalla:

Si no quiere cantar,
espero a que cambie de opinión
el cuco.

Tokugawa Ieyasu murió en su cama en 1616, a la edad de 75 años. Como ya se dijo más arriba, fue deificado, y sus restos descansan en lo alto de su grandioso mausoleo-santuario de la montaña de Nikko, lugar sobre el que luego se hablará en detalle.

El gran rival de Ieyasu en Sekigahara, Ishida Mitsunari, había nacido en 1560 en la provincia de Omi (en la actual prefectura de Shiga), y era el segundo hijo de Ishida Masatsugu. Se sabe poco de los primeros años de su vida, y no parece probable que, como quiere la tradición, fuera monje budista antes de entrar al servicio de Toyotomi Hideyoshi.

Mitsunari conoció al *Taiko* Hideyoshi cuando éste todavía era solamente un *daymio* más, y combatió para él desde fecha muy temprana. Cuando Hideyoshi se hizo con el poder, conservó a Mitsunari a su lado como administrador de la provincia de Sakai y lo hizo *daymio* de Sawayama, en su Omi natal.

Ishida Mitsunari tuvo tres hijos, Shigeie, Shigenari y Sakichi, y tres hijas, de las que solo conocemos el nombre de la menor, Tatsuko; parece que tuvo también otro hijo con una concubina. Dicen que era un buen administrador, sagaz y hábil con las cuentas. Por otra parte, tenía fama de estricto y no caía bien a todo el mundo; además, declaraba abiertamente sus reservas sobre la lealtad de Tokugawa Ieyasu hacia Hideyoshi, y después hacia su hijo Toyotomi Hideyori. No hace falta decir que los acontecimientos iban a darle la razón.

Según una cruenta tradición, tras la derrota en Sekigahara, Mitsunari fue enterrado de pie, hasta los hombros, a las orillas del río Kamo, en Kyoto. A

continuación fue decapitado con una sierra de bambú, un instrumento poco afilado que prolongó largamente la agonía del condenado. Tenía cuarenta años.

El hombre clave de la batalla de Sekigahara, Kobayakawa Hideaki, cuya traición había de poner la llave de la victoria en las manos de Tokugawa Ieyasu era, curiosamente, sobrino del difunto Toyotomi Hideyoshi. Según se cuenta, Hideaki odiaba a Mitsunari desde la batalla de Keicho. En ella, había logrado rescatar un castillo de manos de los chinos. Sin embargo, al regresar, en lugar de recompensarlo su tío lo depuso de su cargo como *daymio*. Hideaki, como otros señores influidos por Ieyasu, pensaba que todo se debía a los celos de Mitsunari, y juró venganza. La historia iba a ponérsela en bandeja algún tiempo después.

Dos años después de la masacre de Sekigahara, Hideaki murió de improviso. La tradición moralizante sostiene que se había vuelto loco. Lo cierto es que no tuvo sucesores, y, tras su muerte, la familia Kobayakawa desapareció de la escena política.

No se puede hablar de los personajes de la batalla de Sekigahara sin mencionar a Miyamoto Musashi, el célebre *samurai* autor del tratado sobre artes marciales conocido como *Libro de los Cinco Anillos*.

Cuentan que Musashi, todo un héroe de la cultura popular japonesa, luchó contra Ieyasu en Sekigahara cuando solo era un muchacho. A pesar de haberse enrolado en el bando perdedor logró sobrevivir, y siguió llevando a cabo hazañas diversas y protagonizando anécdotas, para deleite de sus seguidores. Con el tiempo se han atribuido a Musashi todo tipo de episodios, desde apabullar a los parroquianos de una taberna a la que había entrado con la guisa de un mendigo hasta matar lagartos gigantes o caminar por los aires.

Dicen que, tras Sekigahara, Musashi participó en más de sesenta combates sin perder ninguno. A medida que pasaba el tiempo, Musashi desarrolló un verdadero Camino de la Espada de inspiración budista *Zen*, el *Nitenryu*. Dos años antes de morir se aisló del mundo para escribir su famoso *Libro de los Cinco Anillos*, una obra que aúna la estrategia y la filosofía, y que ha sido traducida y publicada a escala mundial.

La batalla de Sekigahara ha sido reflejada de forma más o menos fidedigna en un considerable número de películas, cintas de animación, tebeos y videojuegos. Ya en el año 1954, Inagaki Hiroshi rodó el filme *Samurai*, en la que el gran actor Mifune Toshiro representaba el papel de Miyamoto

Musashi. También las novelas se han inspirado en ella, incluyendo la muy conocida *Shogun* de James Clavell, adaptada luego para la televisión.

El lugar: la montaña sagrada de Nikko

A pocos kilómetros de Tokyo, entre las colinas cubiertas de densos bosques, se encuentra uno de los conjuntos sagrados más famosos de todo Japón: la montaña de Nikko. La fama de Nikko, cuyo nombre significa «Día Brillante», proviene, sobre todo, de la presencia del mausoleo de Tokugawa Ieyasu, cuyas cenizas, como ya se dijo más arriba, descansan en el lugar. Pero Nikko es mucho más que el mausoleo del primer Tokugawa; la montaña alberga un vasto conjunto de edificaciones con distintos orígenes históricos.

El primer templo de Nikko se atribuye al maestro Shodo Shonin, un monje budista de época Nara que, en el año 766, se retiró a la montaña y construyó allí su eremitorio, conocido como Shihon Ryuji o «Templo del Dragón de los Cuatro Libros» (los libros a los que alude son los *sutra* budistas). En el lugar por el que se piensa que el monje cruzó el río para acceder al monte se levanta hoy el puente de la Serpiente, una grácil construcción de madera lacada de rojo. A otro lado, una estatua moderna del maestro da la bienvenida a los que llegan.

A lo largo del periodo Nara se añadieron varios templos más, entre los que destaca el Sanbutsudo o «Sala de los Tres Budas», fundado por Jikaku Daishi. Se dice que Jikaku Daishi llegó a Nikko en el año 848 por orden del emperador Ninmei para restaurar los santuarios existentes y construir varios más. Esta es una de las primeras restauraciones de los templos de Nikko. Debido a la fragilidad de los materiales utilizados en el conjunto, entre los que prima la madera, las refacciones serán una constante a través de los siglos.

El Sanbutsudo es, todavía hoy, el templo más grande de la montaña de Nikko. Remozado muchas veces a lo largo de la historia, sigue siendo uno de los ejemplos más importantes de la arquitectura de la escuela budista *Tendai*. En su interior se encuentran las imágenes de las tres divinidades que le dan

nombre: el buda Amida, Kannon de Mil Brazos y Kannon de Cabeza de Caballo.

También en época de Jikaku Daishi se erigió un conjunto de dos templos unidos por un corredor, conocido como Futatsudo («Dos Salas»). Uno de los edificios sigue el estilo chino predominante en Nikko, mientras el otro se atiene al gusto japonés. El templo chino se conoce como Jogyodo o «Sala de la Eterna Acción»; su nombre evoca la fórmula budista *shogyo mujo*, «todo cambia, nada permanece». Se inspira en las construcciones del monte Hiei, cerca de Kyoto y hoy alberga, entre otras imágenes, una escultura que representa al propio Jikaku Daishi. El templo de estilo japonés se llama Hokkedo o «Sala del Loto de Buda», nombre relacionado con el célebre *mantra namu myoho renge kyo*, «Gloria a la Soberbia Escritura Sagrada del Loto».

La importancia de Nikko crecería de forma exponencial en el periodo siguiente, Kamakura, bajo la protección de Minamoto no Yoriyoshi, Minamoto no Yoritomo y Minamoto no Sanetomo. En esta época fue nombrado abad de los templos de Nikko un miembro de la casa imperial, el príncipe Nincho. Daba así comienzo una práctica que seguiría asociada a Nikko durante varios siglos; siete generaciones seguidas de príncipes imperiales ostentaron el cargo abacial de Nikko durante el periodo Kamakura y trece a lo largo del periodo Edo.

Al periodo Kamakura se remonta, por ejemplo, el Gohotendo o «Sala Celestial de la Protección de Buda», fundado en 1240 por Benkaku, el vigésimo cuarto abad de Nikko. En el templo se venera a Bishamon, Daikoku y Benzaiten, tres de los Siete Dioses de la Fortuna.

Pero, como ya sabemos, la construcción más célebre de Nikko, que ensombrece el resto de la montaña con su importancia histórica, es el mausoleo de Tokugawa Ieyasu. El edificio fue bautizado como Toshogu o «Palacio del Oeste Brillante». Uno de los ideogramas que componen su apelativo es el mismo que se emplea para formar el nombre de la gran diosa Amaterasu.

El Toshogu se debe al quincuagésimo tercer abad de Nikko, Jigen Daishi, hombre de confianza de Ieyasu, que hizo cumplir las voluntades del testamento del *Shogun*. Jigen Daishi había accedido al cargo en el año 1613, tres antes de la muerte de Ieyasu, y ya previamente se había preocupado de restaurar varios de los templos de Nikko.

El encargado de supervisar la obra fue otro de los miembros del círculo más íntimo de Ieyasu, Matsudaira Masatsuna. Se dice que Masatsuna tardó veinte años en plantar los árboles de la avenida que conduce a la montaña de Nikko. Hoy en día el camino está sombreado por más de quince mil inmensas criptomerias, algunas de las cuales posiblemente estén allí desde entonces.



La Biblioteca Giratoria de Nikko

El Toshogu no es en realidad un único edificio, sino un conjunto de construcciones, puertas y corredores techados que conducen hasta la tumba de Ieyasu. Uno de estos corredores se decora con un relieve que muestra a un gato dormido. Se atribuye al escultor Hidari Jingoro, y se ha convertido en uno de los emblemas de Nikko. La tumba en sí misma se halla en la zona superior, subiendo por la montaña. El lugar exacto donde reposan los restos del *Shogun* queda señalado por un austero monumento de bronce en su color. Muchos recuerdan allí el *waka* que Ieyasu compuso poco antes de morir:

Nací como el rocío
como el rocío me desvanezco

he sido una lágrima
y en mi vida todo fue
el sueño de un sueño.

En la parte baja se encuentran varios edificios muy significativos. De especial atracción para los visitantes actuales es el Establo Sagrado, donde siempre habita un caballo blanco. Entre su colorista decoración destaca el famosísimo relieve de los tres monos tapándose los ojos, las orejas y los labios, según la máxima budista Tendai de «no ver el mal, no oír el mal, no hablar mal».

Junto al establo se alza la Biblioteca Giratoria. En su interior se halla una estantería octogonal rotatoria, que alberga las escrituras budistas. Al lado de la Biblioteca puede admirarse la Fuente Sagrada, una gran pila de piedra regalada por el daymio Katsushige Nabeshima en 1618. La fuente está rodeada por pilares de granito, que sostienen un techo de madera labrada, cuya decoración incluye otra talla muy popular de Nikko, el relieve de las carpas.

El edificio más grande del Toshogu es el templo dedicado al buda Yakushi, señor de la Medicina. Se conoce como Honjido, «Sala de los Orígenes de la Tierra», aunque es también habitual referirse a él como Yakushido, haciendo referencia a la divinidad que hospeda. La imagen principal, flanqueada por los Doce Guerreros Sagrados, se oculta en un tabernáculo lujosamente ornamentado. Desde el techo del templo, un inmenso dragón gris, pintado por Nampu Katayama, observa a quienes entran. La mayoría se detiene justo bajo la cabeza del animal y da unas palmadas, pues el curioso eco tintineante que permite la acústica de la sala es célebre en todo el país.

Mención aparte merecen las puertas del complejo Toshogu; se trata de construcciones elaboradísimas que constituyen verdaderos edificios en sí mismas. La más grande es conocida como Yomeimon o «Puerta de la Luz del Sol». Sus múltiples tejados curvos, sus molduras doradas y sus dinteles profusamente labrados la convierten en un verdadero espectáculo decorativo. Más pequeña y grácil pero igual de rebosante de elementos se muestra la Karamon o «Puerta China», una fantasía en blanco, turquesa y oro.

El hijo y sucesor de Tokugawa Ieyasu, Tokugawa Hidetada, no está enterrado en Nikko, aunque mandó hacer allí en el año 1619 la sala principal del templo Futarasan o de las «Dos Montañas Agrestes».

El nieto de Ieyasu, Iemitsu, sí reposa en Nikko. Su mausoleo, conocido como Taiyuin, fue erigido, como el de su abuelo, bajo la dirección del abad Jigen Daishi. El nombre del conjunto es el mismo apelativo póstumo que el emperador Go Komei concedió a Iemitsu tras su muerte en 1651. Se accede al mausoleo por una puerta sobreelevada, notablemente más sobria que las del Toshogu, conocida como Niomon o «Puerta de los Reyes Deva», por las dos esculturas de deidades guerreras que alberga en los laterales. Tras ella se alza la fuente sagrada del Taiyuin, de esquema similar a la del Toshogu, aunque más grácil. Es famoso el dragón pintado por Yasunobu Kano bajo el techo que protege la pila del agua. El tejadillo debe su tono verde a las placas de cobre que lo cubren a modo de tejas.

A la izquierda de la fuente se levanta la segunda puerta del mausoleo, la Nitenmon o «Puerta de los Dos Cielos», llamada a veces Kaminarimon o «Puerta de la Tormenta». También esta entrada toma el nombre de las estatuas que alberga; en este caso se trata de los dioses del Trueno y del Viento. Aunque no llega a alcanzar el grado de recargamiento de las puertas del Toshogu, la Kaminarimon cuenta con una impresionante sucesión de cornisas labradas sustentadas sobre columnas y barandillas rojas con apliques dorados.

Una tercera puerta, la Puerta China, decorada con relieves de grullas y un dragón blanco da acceso al primer santuario, una construcción que no impresiona por su tamaño, aunque es célebre por su elegancia y armonía cromática.

El corazón del Taiyuin está formado por tres construcciones unidas entre sí: el Oratorio o Haiden, la Sala Intermedia y el Santuario Principal. La sala más impresionante es la primera, un gran espacio refulgente de oro por dentro y por fuera. En el interior del complejo, además de la estatua que representa al *Shogun*, se custodian impactantes objetos decorativos. Los grandes vasos e incensarios fueron regalados por los *daymio* de Mito, Owa y Kishu y la hermana del general aportó un elaborado dosel. Ciento cuarenta dragones pintados vigilan desde el techo.

Como ocurría en el Toshogu con la tumba de Ieyasu, el lugar donde reposan las cenizas de Iemitsu no se encuentra en uno de los vistosos edificios, sino ladera arriba en la montaña. El enterramiento está rodeado por una cerca y marcado por un modesto pilar de bronce que remata en un airoso tejadillo. A la tumba se llega atravesando una curiosa puerta rodeada por un muro blanco, que emplea un estilo arquitectónico tomado de la China Ming.

Ya fuera del Taiyuin, detrás del Toshogu, se alza un gran pilar de bronce de quince metros de altura, también debido a Jigen Daishi. La gran columna se refuerza en la base por cuatro pilares más pequeños unidos por vástagos a modo de arbotantes y remata con una serie de elementos lotiformes superpuestos. Erigido en 1643, el monumento, como ya hiciera casi ocho siglos antes el Jogyodo, se inspira en el templo del monte Hiei. En su interior se depositaron un millar de *sutra*.

Siete años más tarde otra construcción vendría a añadirse al conjunto de Nikko: una esbelta pagoda de cinco pisos sufragada por un señor feudal de nombre Tadakatsu Sakai. Desgraciadamente, el edificio ardió a principios del siglo XIX, siendo reconstruido inmediatamente después por la misma familia que encargó la edificación original.

Después de todo lo visto hasta aquí, no cabe duda de que las construcciones de Nikko, cubiertas de decoración sinuosa y exquisita que resplandece por todas partes, están muy alejadas de la arquitectura sobria y medida que se asocia con las tradiciones puramente japonesas, representadas por su paradigma, el templo de Ise. De hecho, gran cantidad de estudiosos japoneses y foráneos, entre los que destaca el alemán Bruno Taut, que llegó a Japón en los años 30 del siglo XX, han despreciado Nikko, alabando en su lugar construcciones contemporáneas menos llamativas, como por ejemplo la villa imperial de Katsura en Kyoto, de fecha aproximadamente paralela al Toshogu. No nos atreveríamos aquí, sin embargo, a juzgar Nikko de esa manera; es evidente que la arquitectura japonesa del siglo XVII empleó estilos diversos y distintas influencias según los casos, pero no encontramos razones objetivas que indiquen que unas construcciones son menos japonesas que otras, o que su estilo es inferior desde el punto de vista estético.

El conjunto de Nikko está declarado Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO. La Sala del Tesoro, abierta en 1983, alberga una colección de seis mil obras de arte relacionadas con el lugar, parte de las cuales se hallan en exposición.

Nikko acoge cada año a cantidades ingentes de visitantes y sigue, al mismo tiempo, funcionando como templo budista de la escuela *Tendai*. Por ello, a menudo se alude al lugar como Templo Rinno o Rinnoji, que es el título concedido a las construcciones de Ieyasu por el emperador Go Mizuno (1611-1629).

El pensamiento y la religión: el código del guerrero

Pocos aspectos de la cultura japonesa son tan conocidos hoy día en Occidente como la figura del *samurai*, el soldado fiel hasta la muerte que se rige por unas estrictas reglas de honor, el célebre *bushido* o código del guerrero.

Pero los guerreros japoneses no siempre fueron iguales, ni se llamaron de una sola manera. La palabra *samurai* en sí misma es de origen controvertido, aunque probablemente deriva del verbo *haberu*, que significa «servir», y que se escribe con el mismo ideograma. De hecho, la primera vez que el término aparece en la literatura japonesa, en un texto del siglo VIII, no alude a guerreros sino a sirvientes domésticos. A partir del siglo XII se generalizó su uso para referirse a guerreros de élite. Y ahí estriba, precisamente, la diferencia que llegó a establecerse entre la palabra *samurai* y otro término muy similar, que a menudo se utiliza de forma equivalente: *bushi*. La palabra *bushi* significa simplemente «militar». Por lo tanto, quiere decir «guerrero» en general, y engloba tanto a los soldados rasos como al más alto capitán. Sin embargo, el *samurai* es un guerrero de elevado rango, o, cuanto menos, uno que se comporta como un verdadero aristócrata militar y que rige su vida por un código de honor.

Así pues, el arquetipo de guerrero japonés se forjó a lo largo de los siglos, y muchos de los rasgos específicos que lo definen fueron establecidos durante el periodo Tokugawa. De manera análoga, estas normas por las que los *samurai* aspiraban a conducir su vida también evolucionaron, y no se conocieron bajo el término *bushido* hasta fechas relativamente recientes. La palabra *bushido*, que significa literalmente «camino del guerrero», comenzó a emplearse a finales del shogunato Muromachi, y alcanzó su definición plena, de nuevo, durante la época Tokugawa.

El shogunato Tokugawa fue un periodo pacífico, en el que los *samurai* se vieron reducidos a la inacción desde el punto de vista bélico. Esa es la razón principal de que durante esa época se sistematizara el código de conducta y se estandarizaran modos y maneras, incluida la vestimenta, sobre la que luego hablaremos.

La figura del *samurai* que domina la escena en los shogunatos tiene raíces añosas. En Japón se desarrolló una clase de aristócratas guerreros desde momentos tempranos, y ya en época Heian una parte de la nobleza se definía a través de la esfera militar. Varios textos de fechas muy antiguas, entre ellos el *Nihonshoki*, describen las virtudes del guerrero, que debe aspirar entre otras

cosas a la unión del arte bélico y la poesía. Este ideal aparece de manera reiterada en las obras literarias de los siglos siguientes, entre las que destaca el célebre *Heike Mongatari*, de 1371, al que ya aludimos en el apartado dedicado a la batalla de Dan no Ura.

Durante el shogunato Muromachi no faltan tampoco los textos referidos a los *samurai* y a su código de conducta. El guerrero que reflejan, por ejemplo, los *Preceptos* atribuidos a Kato Kiyomasa (1562-1611) o los comentarios de Kuroda Nagamasa (1568-1623), es un soldado fiel a su señor, que honra a sus antepasados y venera al emperador. El *samurai* Muromachi es menos poeta y más soldado; se comporta con dignidad y decide con justicia. Y, sobre todo, está dispuesto a morir en cualquier momento. Llegar al término de la existencia sin haber arriesgado nunca la vida en combate, declara Nabeshima Naoshige (1538-1618), es la mayor de las vergüenzas. Aún así, los guerreros Muromachi siguen estimando el «Camino de las Letras», y su formación no se considera completa sin él.

Uno de los más destacados exponentes de esta fusión del arte de la espada y el de la pluma es sin duda el famoso Miyamoto Musashi, mítico guerrero y también autor del *Libro de los Cinco Anillos*, sobre quien ya se habló a propósito de la batalla de Sekigahara.

La primera sistematización profunda del código del *samurai* se debe a Yamaga Soko (1622-1685), uno de los «Tres Grandes Guerreros» del periodo Tokugawa (junto a Kumazawa Banzan y Yui Shosetsu). Yamaga Soko no define todavía el código con la palabra *bushido*, pero las normas que establece equivalen a las que poco después se englobarían bajo esa denominación.

Versado en los clásicos desde edad temprana, Yamaga Soko enseñó filosofía neo confucionista y preceptos budistas y sintoístas a otros *samurai* durante largos años. La paz Tokugawa hacía que muchos guerreros se limitaran a vivir de su sueldo sin ganarlo; Yamaga ofreció una respuesta radical: el *samurai* debía ser un modelo para todos los japoneses, llevando a su más alto grado de perfección el concepto de *gi*, «rectitud». Cada uno, razonaba Yamaga Soko, debe comportarse de acuerdo con su clase y sus funciones. En el caso del *samurai*, la rectitud moral estaba por encima de todas las cosas, incluyendo, por supuesto, el beneficio personal. Así, el *samurai* debía ser disciplinado y constante, llevar una vida austera y estar siempre dispuesto al sacrificio. Además de dominar las artes militares, había de entrenarse en las disciplinas intelectuales, la literatura y la historia. Y, sobre todo, la lealtad. Lealtad al señor inmediato y, a través de él, al

emperador, cuya línea dinástica ininterrumpida desde los tiempos de los dioses era la prueba fehaciente de la supremacía de Japón sobre todas las naciones de la Tierra.

La obra de Yamaga Soko representa un importante punto de inflexión conceptual. Durante estos momentos los *samurai* pasaron de ser una simple clase guerrera a una fuerza política con plena conciencia de sí misma. Serán ellos quienes jueguen un papel fundamental en la restauración Meiji y en la disolución del feudalismo, al unir sus lealtades en exclusiva hacia la figura del emperador. Y ése, precisamente, será su final.

El libro más importante para la difusión del concepto del *bushido* en el exterior se escribió mucho más tarde, en 1899, y se debe a Nitobe Inazo. En él se presentan las siete virtudes características del código del guerrero: rectitud (*gi*), valor (*yu*), benevolencia (*jin*), respeto (*rei*), honestidad (*makoto*), honor (*yo*) y lealtad (*chu*).

Pero otros textos más antiguos tuvieron gran relevancia en el propio Japón. Destaca entre ellos el *Hagakure*, una compilación de pensamientos atribuidos a Nabeshima Naoshige llevada a cabo a principios del siglo XVIII. Se cree que la obra fue relatada a Tashiro Tsuramoto por Yamamoto Tsunetomo, que había servido con el nieto de Nabeshima Naoshige. Se trata de una verdadera «enseñanza secreta», que no salió de la familia Nabeshima hasta la época Meiji.

Parece que el aspecto religioso nunca revistió gran importancia en el código del guerrero, aunque se sabe que algunos famosos *samurai*, como Mori Motonari, madrugaban a diario para rezar. En la época Tokugawa hacía tiempo que los *samurai* valoraban sobre todo los preceptos del *Zen*, especialmente la idea de impermanencia de todo lo mundano, tan adecuada a la suerte cambiante del combate.

Y ¿qué ocurría cuando los leales *samurai* quedaban sin señor? No era infrecuente que un jefe militar fuera aniquilado con toda su familia; los guerreros que hasta entonces lo habían servido solo tenían entonces tres alternativas. Una de ellas era ponerse directamente al servicio del vencedor, como hicieron los *samurai* de Takeda Shingen cuando su amo fue derrotado por Tokugawa Ieyasu. La segunda opción era convertirse en mercenarios o *ronin*, guerreros sin señor, que alquilaban sus servicios. La tercera era el suicidio.

No hay otro rasgo del código de conducta del guerrero japonés que haya

hecho correr tanta tinta en Occidente como el celeberrimo *harakiri*, el suicidio por honor. En realidad, en japonés se suele aludir a esta práctica como *seppuku*, y el término *harakiri* es infrecuente. *Harakiri*, como *Mikado*, es una de esas palabras que se extendieron por Europa para hablar de lo japonés y que no son en realidad habituales en el propio Japón. Pero volvamos al asunto. El suicidio por lealtad o por deshonor no ha sido (ni es) en la cultura japonesa exclusivo del guerrero. Sin embargo, ciertamente el tipo particular de suicidio conocido como *seppuku* se convirtió en una seña de identidad para la clase *samurai*.

Las dos principales razones para cometer *seppuku* eran evitar el deshonor de la derrota en el propio campo de batalla o bien, en caso de que el jefe militar falleciera, acompañar al señor difunto a la otra vida. Algunas veces un compañero del *samurai* le cortaba la cabeza con la espada larga, la *katana*, mientras el interesado se abría el estomago con una espada corta llamada *wakizashi*. Obviamente, las circunstancias no siempre permitían este elaborado procedimiento y a menudo se recurría solo al *wakizashi*.

Precisamente uno de los episodios más famosos de toda la historia de los guerreros japoneses termina con un *seppuku*: el de los 47 *samurai*.

Un día del año 1701, el señor de Ako, de nombre Asano Takumi no Kami Naganori, se encontraba en Edo visitando la corte del *Shogun*, por aquel entonces Tokugawa Tsunayoshi. La ciudad recibía a una comitiva de Kyoto, que venía a felicitar al *Shogun* con motivo del Año Nuevo y Naganori, junto con otros señores, había recibido el encargo oficial de agasajar a los enviados imperiales a su llegada. Pero el *daymio* no estaba familiarizado con los modos de la capital y, según parece, involuntariamente ofendió al oficial encargado del protocolo. Hay quien dice que el maestro de ceremonias esperaba un pago por sus servicios, que Naganori no consideró necesario. Sea como fuere, el oficial, llamado Kira Kozukenosuke Yoshinaka, insultó repetidamente al *daymio* provinciano, y éste, iracundo, lo atacó, hiriéndolo con su espada. Las normas del *Shogun* prohibían de manera terminante desenvainar un arma en la corte, y el señor de Ako fue invitado a terminar con su vida. Obediente, Asano se suicidó. Sus tierras fueron confiscadas, su hermano quedó bajo arresto y sus *samurai* se convirtieron en *ronin*, guerreros si amo. Pero cuarenta y siete de ellos juraron venganza. Liderados por Oishi Kuranosuke, discípulo del famoso Yamaga Soko de quien antes hablábamos, los *ronin* no se precipitaron. Durante casi dos años, cada uno se dedicó a sus asuntos, para que su víctima no sospechara nada. El propio Oishi abandonó a su esposa y se

esmeró en crearse fama de borracho y visitante asiduo de las casas de mala reputación. Formaban un grupo heterogéneo; el más joven era solo un adolescente y el más anciano tenía casi ochenta años. Pasó el tiempo, y Kira bajó la guardia.



Fotografía historicista del álbum *Escenas del Chushingura y la Historia de los Cuarenta y Siete Ronin*, de Ogawa Kazumasa, 1892

El 14 de diciembre de 1702, bajo la nieve, los guerreros asaltaron la residencia del maestro de protocolo en la capital. Algunas fuentes indican que eran solo cuarenta y seis, ya que uno había decidido finalmente abandonar el plan, y otros dicen que uno de ellos murió en el asalto. Cuarenta y seis o cuarenta y siete, los *ronin* mataron a Kira y llevaron su cabeza en un cubo al templo de Sengaku, donde reposaban los restos de Asano Naganori. Muchos admiraron su gesto, pero la ley no estaba de su parte y la justicia del *Shogun* los condenó por asesinato. Después de haber vengado a su señor, todos los *samurai* cometieron *seppuku* y lo siguieron al otro mundo, para convertirse de inmediato en un mito.

Todavía vivirían algunos testigos de la venganza de los guerreros de Asano cuando se estrenaba la primera de las muchas obras de ficción inspiradas en el episodio de los cuarenta y siete *samurai* que habrían de sucederse a lo largo de los siglos. Se trata de *Kanadehon Chushingura*, una obra de teatro para marionetas. Para no herir susceptibilidades, los autores del drama situaron la acción mucho tiempo atrás, a principios del shogunato

Muromachi, y cambiaron los nombres de los protagonistas. Ese mismo año, 1748, apareció también una versión de la obra para teatro *kabuki*.

Ya vimos más arriba que durante los dos primeros shogunatos se formó un modelo de indumentaria masculina propio de la clase militar, compuesto por pantalones y chaleco. Durante el periodo Tokugawa acabó de estandarizarse este atuendo guerrero, que todavía hoy se asocia de manera indisoluble a la figura del *samurai*. El amplio pantalón o *hakama* se combina con el *kosode* sin mangas que ya conocemos o bien con una amplia chaqueta abierta conocida como *haori*. Este conjunto de pantalón y chaleco o chaqueta se denominaba en época Tokugawa *kamishimo* (literalmente, «lo de arriba y lo de abajo»).

Aunque los *Preceptos* atribuidos a Kato Kiyomasa que mencionamos antes indican que la vestimenta del *samurai* debe estar confeccionada con simple algodón, y prohíben la ostentación en la indumentaria, la alta aristocracia militar empleó materiales nobles.

Tanto en tiempo de guerra como en momentos de paz, el *samurai* llevaba siempre consigo su *katana*, que asomaba por la izquierda bajo el chaleco o la chaqueta. Antes del año 1588 las armas de este tipo no estaban restringidas a la clase guerrera, y a veces los campesinos contaban con una espada. Pero en esa fecha, un decreto promulgado por Toyotomi Hideyoshi estableció que toda espada que no perteneciese a un *bushi* sería confiscada. De este modo, la *katana* se convirtió en un elemento exclusivo del *samurai*.

Además de ser depositarios de las armas, dentro de la estructuradísima y cerrada sociedad Tokugawa solo los *samurai* tenían derecho a llevar apellido. Ciertamente es que, en algunas ocasiones, un campesino enriquecido o un comerciante de provecho llegaba a obtener «apellido y espada», pero no podía transmitirlos. Además, los *samurai* tenían la capacidad de emplear su *katana* de forma poco menos que arbitraria, pudiendo ejecutar en el acto a cualquier plebeyo que no se comportara con el debido respeto. Este fenómeno se conoce como *kirisute gomen* o «disculpe usted si lo dejo aquí cortado», la frase que con la que los guerreros se solían despachar en estos casos.

Pero no solo la ropa y las armas distinguían al *samurai*; igualmente emblemático era el peinado *chonmage*, que consistía en afeitar la zona frontal de la cabeza y recoger el resto del cabello en una alta coleta. Se dice que, de esta manera, el casco quedaba mejor encajado a la hora de entrar en batalla.



Retrato de un *samurai*. Fotografía tomada hacia 1870 por el barón Von Stillfried

El colapso del shogunato Tokugawa supuso también el fin de los *samurai* y, en general, de todos los *bushi*. Los *samurai*, como ya apuntamos más arriba, apoyaron la restauración imperial. Y no se trataba de un apoyo pequeño; de los aproximadamente veinticinco millones de habitantes que tenía Japón a fines del siglo XIX, nada menos que un millón ochocientos mil pertenecían a la clase *samurai*.

Sin embargo, el nuevo emperador Mutsuhito, embarcado en la modernización del país, creó un ejército al modo occidental y suprimió la antigua casta guerrera. El atuendo *kamishimo* y el peinado *chonmage* quedaron abolidos y se prohibió llevar *katana*. Muchos guerreros se resignaron; otros prefirieron suicidarse antes de cortarse la coleta. Pero la suerte estaba echada. Cuando Mutsuhito murió en el año 1912, el fiel conde Nogi, tutor de su nieto el joven príncipe Hirohito y general del nuevo ejército japonés, decidió seguir a su señor y, aun en contra de su imperial voluntad, cometió *seppuku*. Pero sería el último. Ya en el propio siglo XIX la figura del *samurai* se convirtió en un icono exótico que, como la *geisha*, se utilizó en abundancia para ornamentar mercancías para la exportación. Y aunque el

guerrero japonés y su código de honor siguen protagonizando novelas, tebeos y películas, lo cierto es que hoy en día solo llevan peinados de tipo *chonmage* los luchadores de *sumo*.

La modernización: de la Revolución Meiji a la Segunda Guerra Mundial

(1868-1945)

Los acontecimientos

La restauración Meiji es sin duda uno de los episodios clave de toda la historia japonesa, y constituye el punto de partida hacia el desarrollo de Japón como nación contemporánea.

Habíamos dejado el país en un momento delicado. Después de una larga etapa de luchas intestinas, Oda Nobunaga había logrado hacerse con buena parte del territorio y acababa de entrar en la capital al frente de 30 000 soldados. Daba comienzo un periodo breve, pero que sería clave en la estructuración definitiva de Japón: la época Momoyama.

El fenómeno es denominado por algunos historiadores «restauración» y por otros «revolución» Meiji; en realidad, se trata de ambas cosas. Por una parte, el emperador recuperó el primer plano de la escena política, por lo que, desde ese punto de vista, es efectivamente una restauración. Pero, además, el cambio de régimen supuso una triple revolución. En primer lugar, de tipo político, por cuanto se subvirtió el orden anterior. Pero también, y gracias a este primer cambio, se produjo en Japón una revolución económica y una revolución social. Se trató, en suma, del fin del shogunato de base feudal y del inicio de la construcción de un verdadero Estado moderno.

Como ya vimos en el capítulo anterior, la estructura social de Japón Tokugawa estaba en la segunda mitad del siglo XIX comenzando a hacer aguas por todas partes. La hambruna se dejaba sentir. Se sucedían las revueltas, como la famosa de Osaka liderada por Oshio Heihachiro, y las reformas propugnadas desde arriba para paliar la situación no cuajaban. En este ambiente inquieto, aderezado con movimientos milenaristas, tratados impuestos por Perry y temor a peligros externos atraídos por la debilidad nacional, surgió una fuerte conciencia anti extranjera que unía la lealtad al emperador con el rechazo a lo que venía de fuera. Este sentimiento se resumía en la frase *sonno joi*, «reverenciar al emperador y expulsar a los bárbaros».

Aún no había subido al trono Mutsuhito cuando ya la corte imperial comenzaba a considerar seriamente la posibilidad de hacer frente a los Tokugawa y centralizar el Gobierno. Los *daymio* de Tosa, Satsuma y Choshu encabezaban la empresa. El señor de Tosa envió un informe al *Shogun* Tokugawa Yoshinobu, también conocido como Keiki, en el que le pedía que restaurase el poder del emperador. Al tiempo, las tropas de los tres *daymio* marcharon sobre Kyoto. Yoshinobu respondió con una carta de dimisión en noviembre de 1867 y huyó a Osaka durante la noche.

Se dio así una paradójica situación; existían tres centros en disputa: la corte imperial por un lado y dos *Bakuhan* por otro, uno alrededor del *Shogun* y otro *de facto* en Edo constituido por la maquinaria burocrática controlada por otros Tokugawa.

El día dos de enero de 1868 la corte convocó una asamblea de señores. Yoshinobu, temiendo los planes restauradores de los *daymio* de Satsuma, Tosa y Choshu, no fue. En la reunión se decidió traspasar la guardia de palacio a hombres alejados de la esfera Tokugawa y reclamar para la corte imperial las propiedades de la familia. Tres semanas más tarde comenzaba la guerra civil.

El conflicto fue relativamente breve, inclinándose pronto la balanza por las tropas imperiales. En primavera de ese mismo año, 1868, Edo se rendía ante el comandante del ejército imperial, Saigo Takamori. La armada Tokugawa continuó resistiendo en Hokkaido bajo Enomoto Takeaki hasta mayo del año siguiente, pero hacía ya tiempo que la suerte de la guerra estaba echada.

En septiembre de 1868 la ciudad de Edo pasó a denominarse Tokyo, la «capital del este». El 23 de octubre, el reinado del nuevo emperador fue bautizado con el nombre de Meiji. Mutsuhito tenía por entonces dieciséis

años. Tokugawa Yoshinobu, el último *Shogun*, fue obligado a retirarse a sus posesiones de Shizuoka. Nunca recobró el favor imperial, pero su heredero llegaría a convertirse en presidente de la Cámara de los Pares dentro del nuevo sistema.

Comenzaba así la etapa presidida por la figura del emperador Mutsuhito, que sería posteriormente deificado como emperador Meiji. Su templo en Tokyo, el *Meiji Jingu*, se halla inmerso en un frondoso parque en el corazón mismo de la megalópolis. Famoso por sus flores y poseedor de una importante colección de fotografías y objetos personales del emperador, el santuario se convirtió en todo un símbolo de la identidad del nuevo Japón. Sobre él hablaremos con más detalle en el apartado correspondiente.

Muchos nombres importantes salpican las nuevas políticas de apertura, centralización y modernización. Hay que mencionar a los economistas Okubo Toshimichi y Matsukata Masayoshi, y también, por supuesto, a Ito Hirobumi, el artífice de la Constitución basada en la «monarquía social». Otra figura de gran relevancia fue Yamagata Aritomo, el renovador del ejército, que, a pesar del éxito de su trabajo vio su trayectoria ensombrecida por el escándalo financiero que provocó uno de sus allegados. Y tampoco se puede olvidar a Okuma Shigenobu, líder político durante décadas. Okuma Shigenobu (1838-1922) había estudiado inglés, holandés y economía occidental. Experto en el mundo mercantil, pronto se convirtió en un verdadero creador de opinión pública. En contraste con las actuaciones más cautas y progresivas de Ito Hirobumi, Okuma Shigenobu deseaba acelerar la modernización mediante la aparición de partidos políticos; de hecho él mismo creó uno de ellos. Llegó a ser primer ministro y fundó la Universidad de Waseda, una de las más prestigiosas del país.

Se iniciaba así un rapidísimo proceso de asimilación y aprendizaje de lo foráneo, sin que, por otra parte, se perdiera nunca la identidad propia de lo japonés.

El nuevo programa de Gobierno Meiji había sido anunciado el 6 de abril de 1868. Su núcleo, general y adaptable, y al mismo tiempo decididamente renovador, comprendía varios puntos. En primer lugar, la creación de Consejos y la determinación de la política según la opinión general. De este modo se pretendía superar la lealtad feudal y conseguir que todas las clases sociales cooperasen directamente en la estructura estatal. Esta nueva organización había de ir de la mano de la abolición de «costumbres perniciosas» y del seguimiento de las «justas leyes de la naturaleza». Además,

se extendió el derecho a la ciudadanía a las dos clases inferiores de la sociedad, marginadas desde tiempos inmemoriales, y que ya se mencionaron a propósito de la estructura social del shogunato: los *eta*, es decir, los matarifes, curtidores y enterradores y los *hinin*, los parias de Japón, cuyo nombre significa literalmente «no-humanos». Entre las dos sumaban casi un millón de nuevos ciudadanos.

Pero había algo todavía más rompedor: el Gobierno Meiji propugnaba la búsqueda de conocimiento en el extranjero, a fin de hacer más estables las bases internas del Estado imperial. Este último punto, en clara oposición al sentimiento xenófobo dominante poco tiempo atrás, significó la apertura definitiva de Japón al resto de las naciones, especialmente a los países europeos y a Estados Unidos de América.

Todavía en los años de aislamiento del *sakoku*, algunas personas habían comenzado a interesarse por la ciencia occidental, principalmente por la medicina que aparecía en los tratados holandeses. Es fundamental en este sentido la obra ingente de Sugita Genpaku (1733-1817), que, junto a otros colegas, tradujo a lo largo de cuarenta años toda la serie de volúmenes holandeses de anatomía. Poco después, los estudios extranjeros virarían del holandés al inglés, destacando la figura de Fukuzawa Yukichi. El primer diccionario inglés-japonés aparecería en 1814. Algunos *daymio* llegaron incluso a mandar enviados en secreto para aprender del extranjero.

En la nueva etapa Meiji comenzaron de forma abierta los viajes directos al exterior. Capitaneados por el embajador plenipotenciario Iwakura Tomomi, los primeros enviados japoneses recorrieron entre 1871 y 1873 los países occidentales, absorbiendo novedades que luego se adaptarían al peculiar caso japonés. En la delegación se contaban los vice embajadores Kido Takayoshi y Okubo Toshimichi, además de varios antiguos *daymio* con sus séquitos, y otros políticos como Ito Hirobumi. Viajaban con ellos cinco mujeres, la más joven solo una niña, para ser educadas en Estados Unidos. La embajada partió de Yokohama el día 23 de diciembre de 1871 hacia San Francisco. Desde allí los japoneses se desplazaron a través del país hasta Chicago, y luego a Washington y Boston. Y de allí otra vez en barco a Europa: Liverpool y Londres primero, después París y Ámsterdam. Los embajadores visitarían además las capitales nórdicas, Berlín, Múnich, Viena, Berna y San Petersburgo; también Roma y Marsella.

Algunos de los miembros de la embajada no regresaron a Japón con los demás, sino que, como las mujeres, permanecieron estudiando en el

extranjero durante cierto tiempo; es el caso del príncipe Saionji Kinmochi, que tras formarse en Francia llegaría a ser primer ministro en dos ocasiones.

Unos trescientos cincuenta enviados sucederían a la embajada de Iwakura a lo largo de la era Meiji. Inglaterra serviría de modelo para el desarrollo industrial y naval, Prusia, para el militar, Francia, para el sistema legal y educativo, Estados Unidos, en fin, para la expansión agrícola. Se adoptó el calendario solar, el ferrocarril, los periódicos, el gas y el telégrafo. En los puertos y a lo largo de las costas se instaló un excelente sistema de faros que pronto sería un modelo a imitar en el propio Occidente. La vestimenta europea pasó a ser obligatoria para los funcionarios. La introducción de lo occidental llegó también a esferas más reservadas, y algunos se convirtieron al cristianismo. En estos momentos salieron a la luz los *kakure kirishitan* o «cristianos ocultos» de Nagasaki, que habían mantenido en secreto sus creencias durante todo el shogunato Tokugawa.

Profesores y técnicos extranjeros fueron además invitados a enseñar en Japón para acelerar la conversión del país en una potencia internacional comparable a las naciones occidentales, objetivo, al fin y al cabo, de todas las reformas Meiji. No todo, sin embargo, consistía en occidentalizar el país; se produjo también el proceso inverso, hasta poder hablarse de verdadera «niponización» del pensamiento y las instituciones occidentales, que en algunos casos llegó hasta el rechazo.

La era Meiji fue una era de eslóganes. El viejo lema «reverenciar al emperador y expulsar a los bárbaros» que había estado en boga a finales del shogunato fue sustituido por «abrir el país y establecer relaciones amistosas». Se crearon además otros eslóganes para cada uno de los aspectos en los que trabajaba el Gobierno, entre los que destacan *fukoku kyohei* [«enriquecer el país y fortalecer el ejército»], *bunmei kaika* [«civilización e ilustración»] y *joyaku kaisei* o «revisar los tratados», éste último en clara referencia a los acuerdos firmados en tiempo del comodoro Perry.

Parte importantísima del desarrollo del conocimiento de Occidente durante la era Meiji fueron las traducciones de obras literarias extranjeras. *Robinson Crusoe* apareció en los últimos días del periodo Tokugawa; ya en la era Meiji, se tradujeron el *Self-Help* de Samuel Smiles y *On Liberty* de John Stuart Mill, como preámbulo a muchos otros títulos: *La vuelta al mundo en ochenta días*, *El Quijote*, *El contrato social*, *Las mil y una noches*, etc. Como resultado, apareció en Japón un nuevo interés en el individuo, pero también una renovada conciencia de identidad cultural y tradición histórica.

Ya vimos más arriba, en el apartado sobre el código del guerrero, que el emperador Mutsuhito suprimió la clase *samurai* para crear un ejército al modo occidental. La transición fue problemática y sangrienta. En 1873, varios importantes líderes políticos trataron de provocar una guerra con Corea. Pero el embajador Okubo Toshimichi, recién llegado de su larga misión en el exterior, logró detener lo que ya parecía inevitable. Quienes habían estado a favor del conflicto dimitieron, entre ellos Eto Shimpei y Saigo Takamori, el comandante imperial que había rendido Edo en 1868. Poco después, Eto encabezaba una rebelión de *samurai*. Su ataque fue repelido, pero otros insurgentes tomaron el relevo.

Para 1877 Saigo Takamori estaba al frente de más de treinta mil antiguos *samurai* en Satsuma. Fue el primer gran obstáculo al que se enfrentó el nuevo Gobierno Meiji, y el canto del cisne de la clase *samurai*. Los partidarios de Saigo fueron derrotados tras seis meses de lucha. Muchos de ellos murieron, y el propio Saigo se suicidó. El nuevo ejército de Japón, al mando del general Tani y del general vizconde Kodama, había demostrado su efectividad.

Dos años después de la derrota de los *samurai* se incorporó al estado japonés la isla de Okinawa. Poco antes, en 1875, se había resuelto por fin un largo contencioso con Rusia sobre las fronteras del norte del país. Japón renunció a sus intereses en Sajalín y a cambio obtuvo la soberanía indiscutida de las islas Kuriles.

La Constitución Meiji de 1889 estableció un Consejo presidido por el emperador y una Dieta nacional bicameral. La filosofía política del momento igualó al emperador con el cabeza de familia al frente de la familia-estado, en línea con la tradición *shinto* de lealtad y veneración a los ancestros respaldada por el confucionismo. Al año siguiente se celebraban las primeras elecciones.

Mientras el país se reestructuraba, los acontecimientos exteriores se sucedían. En 1894 estallaba la guerra con China. Los combates se desarrollaron principalmente en suelos y mares coreanos. Los dos episodios clave en Corea fueron la batalla del río Taidong y la del río Yalu. Por cierto que este río Yalu era el mismo en el que, allá por el lejano año 414, se había levantado un monumento para conmemorar la derrota de Silla y Paekche en 391. Milenio y medio más tarde, esta segunda batalla del río Yalu fue también una victoria nipona. Poco después los japoneses desembarcaban en la costa china, en Weihaiwei, y tomaban la ciudad. El almirante chino Ting, que ya había sido derrotado en el Yalu, se suicidó antes de rendir la flota, atracada en el puerto de la ciudad. Cuentan las crónicas que, al conocerse su gesto, los

barcos japoneses dispararon en su honor y tocaron marchas fúnebres al paso de la nave del almirante muerto. En resumen, las nuevas tropas japonesas vencieron con facilidad y la guerra duró solo un año. En 1895 Taiwan pasaba a manos japonesas. En 1902, Japón y el Reino Unido de la Gran Bretaña firmaban el primer tratado internacional entre una potencia europea contemporánea y una nación asiática.

Dos años más tarde, gracias entre otras cosas a la brillante actuación del Almirante Togo Heihachiro y a su victoria sobre el almirante ruso Rozhdestvensky en el estrecho de Tsushima, los japoneses infligían una humillante derrota a los rusos. El 1 de enero de 1905, el conde Nogi recibía una carta de rendición del general ruso Stoessel. Obviando los acuerdos de 1875, Japón se hizo con la mitad de Sajalín. Obtuvo también la concesión rusa en la península de Liaotung y los derechos de explotación de los ferrocarriles de Manchuria. El País del Sol Naciente había entrado de lleno en la escena internacional. El almirante Togo llegaría a ser galardonado en 1926 con el Gran Cordón de la Orden del Crisantemo, el máximo honor que puede ser conferido a un ciudadano japonés.

Durante los años que siguieron a la guerra rusa, Japón centró su atención en Corea. El rey Kojong fue instado a abdicar en su hijo y se nombró un general residente japonés para dirigir los asuntos de la nación coreana. El primer general fue Ito Hirobumi, el padre de la Constitución. Fue asesinado por un nacionalista coreano en 1909. A pesar de ello, y de la decidida resistencia local, que llegó a la guerrilla, el país sería oficialmente anexionado en 1910.

El emperador Mutsuhito murió en julio de 1912 y fue sucedido por su tercer hijo, Yoshihito, a quien se asignó el nombre de era de Taisho. Yoshihito padecía una enfermedad mental, por lo que, tan pronto como fue posible, en 1922, se nombró regente a su primogénito varón, el príncipe Hirohito. Pero aunque la era Taisho fue breve, durante esos años tuvo lugar un acontecimiento de primer orden: la participación de Japón en la Primera Guerra Mundial.

El día 23 de agosto de 1914 Japón destruyó barcos alemanes en aguas chinas a petición de Gran Bretaña, con quien, como ya vimos había firmado un tratado en 1902 (renovado en 1911). Dieciséis días más tarde, el País del Sol Naciente entró oficialmente en el conflicto del lado de los aliados de la Entente y contra los imperios centrales liderados por Alemania. Ese mismo año se anexionaba la base alemana de Qingdao en el este de China. Los

japoneses presentaron también las llamadas «Veintiuna demandas», una serie de pretensiones sobre China, pero tuvieron que retirarlas por la presión internacional.

Una vez finalizada la Gran Guerra en 1918, con Rusia recién salida de la revolución de octubre del año anterior y China ocupada con sus asuntos internos tras la proclamación de la República en 1912, Japón se había convertido en la potencia mejor preparada de toda Asia oriental. Había conseguido todas las antiguas posesiones alemanas de Asia, salvo la península donde se encuentra Qingdao, que había tenido que devolver a China a cambio de una indemnización. Sin embargo, el trato dispensado en Versalles había sido discriminatorio. La petición japonesa de «igualdad racial» había sido desestimada por la prevención de muchos países hacia la inmigración de orientales, y no se habían concedido a Japón las mismas posibilidades de desarrollo que a las demás naciones; es famosa en este sentido la llamada «proporción 3-5-5»: Estados Unidos podía tener cinco barcos acorazados, los ingleses, otros tantos, pero los japoneses solo tres. El descontento japonés hacia el resultado de los acuerdos que siguieron a la Primera Guerra Mundial iría en aumento a lo largo de los años.

La guerra había provocado que las naciones europeas se retirasen de la escena mercantil asiática, y Japón aprovechó la situación, empezando a producir a gran escala productos químicos, textiles, farmacéuticos o siderúrgicos, áreas que antes habían estado en manos alemanas e inglesas. En estos años nació la colaboración entre el Gobierno y los grandes grupos empresariales o *zaibatsu*, como por ejemplo Mitsubishi. Sin embargo, el fin de la guerra supuso también el fin del crecimiento rápido y de los nuevos ricos *narikin* y durante un tiempo el país atravesó una dura recesión.

La era Taisho suele asociarse al desarrollo de las instituciones políticas japonesas. El derecho a voto se amplió, si bien todavía no llegó a incluir a la población femenina. Aunque el primer ministro seguía siendo nombrado directamente por el emperador a propuesta del Consejo, los partidos políticos adquirieron cada vez más protagonismo; es la llamada «democratización Taisho». En 1920 se creó la primera Liga Socialista. Dos años después se fundaba el Partido Comunista de Japón. Por otra parte, a finales de la era comenzó a hacerse patente un giro autoritario y represivo, que se acrecentaría en los años que siguieron hasta eclosionar en el militarismo de los años 30.

Solo un año después de que Hirohito comenzara su regencia, en el año 1923, tuvo lugar el terrible seísmo de Kanto, también llamado terremoto de

Yokohama. Prácticamente todas las edificaciones de dicha ciudad quedaron destruidas por el temblor y el posterior incendio y número de muertos fue inmenso. Algún tiempo después recalaría en Japón el escritor español Vicente Blasco Ibáñez, que en su *Vuelta al mundo de un novelista* describe varias escenas desgarradoras que tuvieron lugar en Yokohama. Pero no solamente Yokohama sufrió los efectos del terremoto; la propia capital fue gravemente dañada. Casi toda la antigua Edo desapareció, siendo sustituida por una urbe moderna. Esta nueva Tokyo fue pagada en parte con ayuda internacional, especialmente estadounidense.

En 1926 comenzó la era Showa y el reinado de Hirohito, el emperador número ciento veinticuatro de la línea de la diosa solar, cuyo gobierno había de durar nada menos que tres décadas. El nuevo emperador había estudiado durante algún tiempo en Europa, y era un auténtico especialista en biología marina. Dos años antes de su coronación había contraído matrimonio con la princesa Nagako, con la que tendría siete hijos.



¡Hacia Manchuria! Cartel del Ministerio de Asuntos de Ultramar del año 1927

El proceso de democratización interna del país se consolidó con Hirohito; a lo largo de su reinado, el emperador siempre actuó como monarca constitucional y nunca intervino personalmente en política de manera directa, salvo rarísimas excepciones. La vida política del país, regida por los sucesivos gabinetes ministeriales, se fue liberando además de la influencia del Consejo, que tanto se había hecho notar en época Meiji.

Mientras, la actitud internacional nipona se hacía cada vez más agresiva. En 1928, oficiales japoneses del ejército de Kwantung, volaron cerca de Mukden el tren en que viajaba el dirigente manchú Chang Tso-lin (Zhang Zuolin). Tres años más tarde el ejército japonés de Kwantung había ocupado la práctica totalidad de la Manchuria meridional. La Liga de Naciones instó a los japoneses a retirarse, cosa que teóricamente hicieron, creando a cambio el estado títere de Manchukuo, donde colocaron al último emperador chino, el

célebre Pu Yi (Hsuan T'ung), que había huido de la Ciudad Prohibida empujado por los enfrentamientos internos chinos. En la práctica, y a pesar de las acciones de la guerrilla, Japón, que se despidió de la Liga de Naciones en 1933, iba a seguir controlando Manchuria hasta 1945. Enormes cantidades de dinero se invirtieron en Manchukuo y miles de japoneses se asentaron allí. La capital adquirió un nuevo e impresionante urbanismo y se desarrolló la industria pesada. También se construyeron hoteles y se ampliaron las líneas de ferrocarril, por las que circulaba el lujosísimo tren *Asia Express*, siempre lleno de turistas, por supuesto japoneses.

Así, al poco de subir al trono Hirohito, Japón se embarcó abiertamente en una política militarista de alcance pan-asiático, envuelta en ideales de progreso común. Los factores que influyeron en el desarrollo de este militarismo de los años 30 son de diverso tipo, pero algunos destacan de manera especial. Por una parte, existía un sentimiento generalizado de maltrato por parte de la comunidad internacional, sentimiento que, en buena parte, tenía razones históricas fundadas. Por otro lado, el sintoísmo de Estado, del que hablaremos con detalle en el apartado correspondiente, aglutinaba las voluntades en torno a la figura del emperador y a la idea de *Kokutai*, la esencia única de la nación. Además, los grupos nacionalistas de ultra derecha, como por ejemplo, la «Sociedad del Océano Negro», de orígenes decimonónicos, trabajaban a favor de los ideales expansivos y señalaban la corrupción de la clase política civil. Por su parte los comunistas, que a menudo eran detenidos por las fuerzas del orden, denunciaban el poder de los grandes señores del capital.

Uno de los episodios clave las actividades de los ultra nacionalistas se produjo en 1932, año en que miembros de la Hermandad de la Sangre, fundada el año anterior por el monje budista Inoue Nissho, asesinaron al Barón Dan Takuma, prominente empresario y presidente de Mitsui, al ex ministro de Economía Inoue Junnosuke, y al propio primer ministro, por entonces Inukai Tsuyoshi. Las autoridades juzgaron a los culpables, pero ninguno fue ejecutado. Entre 1933 y 1936 se sucedieron varios escándalos financieros de gran calado y dos intentonas de golpe de Estado. Los responsables del último intento de derribar el Gobierno, entre ellos el pensador radical Kita Ikki, fueron condenados a muerte, pero muchos personajes conocidos que apoyaban las revueltas quedaron impunes.

En este ambiente incierto, los extremistas que abogaban por la vuelta a la «pureza» nacional, liderados por políticos como el príncipe Konoé Fumimaro,

ganaron cada vez más fuerza. En 1937 se produjo en Pekín (Beijing) el enfrentamiento de la Puerta de Marco Polo entre soldados chinos y japoneses. El primer ministro, que en esa fecha era precisamente el príncipe Konoé Fumimaro, envió refuerzos. Comenzaba la guerra sino-japonesa, cuyo fin sería también el de la Segunda Guerra Mundial.

En 1938 tuvo lugar la tristemente famosa masacre de Nankín (Nanjing); los soldados japoneses se ensañaron con la población china y casi ciento cincuenta mil personas perecieron. Recientemente se ha estrenado en España la película *Ciudad de vida y muerte*, obra del director chino Lu Chuan y ganadora de la Concha de Oro del Festival de San Sebastián de 2009, que trata precisamente sobre la matanza de Nankín. Preguntado por los periodistas españoles sobre la presentación del largometraje en la capital japonesa, Lu Chuan contestaba: «Cuando terminó la primera proyección en Tokyo, hubo un silencio total solo roto por algunos espectadores que lloraban».

El mismo año en que se produjo la matanza de Nankín, el primer ministro japonés proclamó la decisión de instaurar el *Toa Shinchitsujo* («Nuevo orden de Asia Oriental»); dos años después se crearía el concepto de «Prosperidad conjunta de Asia Oriental» o *Dai Toa Kyo-eiken*.

En 1940, Japón entró en la Segunda Guerra Mundial, que había comenzado el 1 de septiembre de 1939 con la invasión alemana de Polonia, firmando un Pacto Tripartito con alemanes e italianos y un tratado de no agresión con los rusos. En octubre del año siguiente, mientras la escena internacional presenciaba el inicio de la batalla de Moscú, el general Tojo Hideki se convirtió en primer ministro. No habían transcurrido ni dos meses cuando, el día 7 de diciembre, los japoneses atacaban por sorpresa la base estadounidense hawaiana de Pearl Harbor, hundiendo seis barcos y destruyendo casi dos centenares de aviones. Sesenta y cuatro soldados japoneses murieron en la acción de Pearl Harbor; los americanos perdieron a casi cuatro mil.

Entre 1941 y 1942 Japón ocupó rápidamente grandes áreas en el Pacífico, la costa continental y el sudeste asiático. A principios de 1942 había extendido su dominio por un espacio inmenso que incluía ricos yacimientos petrolíferos y que llegaba por el norte hasta las islas Aleutianas, por el sur hasta Nueva Guinea y las islas Salomón, por el este hasta las islas Marshall y por el oeste hasta Birmania. Las Indias holandesas, las islas Filipinas, Corea y la Indochina francesa, entre otros territorios, estaban en poder de los nipones. El comportamiento del ejército japonés durante estas conquistas asiáticas fue en

muchas ocasiones brutal.

En toda la zona solo Tailandia, nación aliada de Japón, escapaba a su control directo. El país estaba por entonces en manos del dictador militar Plaek Pibulsonggram, más conocido como general Phibun. Phibun había cambiado en 1939 el antiguo nombre de Siam por el de Prathet Thai o Tailandia, la «Tierra de los Hombres Libres». Este hecho a primera vista anecdótico es en realidad una buena muestra del programa nacionalista del general; en la práctica, el nuevo apelativo venía a refrendar la idea de que el país era propiedad de los hablantes de lengua thai y no de los sino parlantes (los ciudadanos de origen chino eran, y son, muy abundantes en Tailandia). Aunque Tailandia cooperó con Japón, el embajador siamés en Estados Unidos se negó a entregar la declaración de guerra que le habían confiado, por lo que técnicamente el país nunca entró en el conflicto. Algunas ciudades fueron bombardeadas por los aliados pero, en general, Tailandia fue uno de los territorios asiáticos de la esfera japonesa que menos sufrió las consecuencias del gran enfrentamiento y consiguió además la redefinición de sus fronteras con los actuales Laos y Camboya, ganando zonas anteriormente arrebatadas por los franceses.

El contraataque de Estados Unidos comenzó a hacerse notar en junio de 1942 en la batalla de Midway, choque en el que vencieron a Japón tras haber conseguido descifrar su código de comunicaciones. En febrero de 1943 se producía otra derrota nipona en Guadalcanal. Ese mismo año los japoneses sufrían un durísimo revés en Birmania, en la batalla de Kohima-Imphal. En julio de 1944, tras la caída de Saipán cayó también el gabinete ministerial presidido por el general Tojo, aunque los militares aún confiaban en la victoria.

Comenzaba 1945 y la guerra entraba en su último año. En febrero, un mes después de la batalla de las Ardenas, los aliados se reunían en Yalta para empezar a esbozar el mapa de la posguerra, que acabaría de decidirse en Postdam. Ese mismo mes, las tropas estadounidenses se hacían con las islas Filipinas y desembarcaban en Iwojima, ya muy cerca de la propia Tokyo, tomando la isla tras una sangrienta y larguísima batalla.

El Eje se desmoronaba. En abril Mussolini fue ejecutado y Hitler se suicidó. En mayo capitulaba Alemania, pero Japón no se rendía. A pesar de los bombardeos aéreos aliados, que se abatían sobre el país nipón desde junio de 1944, y de la pérdida de Okinawa ante los estadounidenses, se sucedían los ataques de los pilotos *kamikaze*, sobre los que hablaremos con más calma en

el apartado sobre el sintoísmo de Estado.

El día 6 de agosto, Estados Unidos arrojó una bomba atómica sobre la ciudad de Hiroshima. El día 8 los rusos, incumpliendo el pacto de no agresión, declararon la guerra a Japón y ocuparon Manchukuo. Al día siguiente, los estadounidenses lanzaron otra bomba atómica sobre Nagasaki. Estos acontecimientos precipitaron de forma inmediata la rendición de Japón. Las capitulaciones se firmaron en septiembre a bordo del barco *USS Missouri*, con la presencia del comandante Supremo de las Fuerzas Aliadas, el general estadounidense MacArthur, y del príncipe Higashikuni Naruhiko, primer ministro de Japón.

El día 15 de agosto se retransmitió por radio al país el mensaje de rendición del emperador Hirohito. Algunos meses más tarde, el emperador haría saber al pueblo, también a través de un anuncio radiofónico, que su persona no era divina. Aunque el nombre de era, Showa, no cambió tras la guerra, comenzaba para Japón una era verdaderamente nueva y distinta.

Durante la etapa que nos ocupa en este capítulo se produjeron hechos capitales desde el punto de vista monetario. El emperador Mutsuhito, decidido a convertir Japón en una potencia «moderna» en todos los aspectos, abolió las viejas monedas Tokugawa para dar paso en 1870 a una metrología basada en la unidad *yen* (que se usa todavía hoy) y sus fracciones, el *sen* y el *rin*.

La palabra *yen* tiene una historia curiosa. En japonés actual se pronuncia *en*, sin el sonido /y/. La transcripción con /y/ inicial que se usa en Occidente corresponde a una antigua forma de pronunciar los términos que comenzaban con la vocal *e*. Así, por ejemplo, se decía «Yedo» para el nombre de la capital, Edo. Esta manera de hablar desapareció de la mayor parte de Japón ya a mediados del siglo XVIII. Sin embargo, los primeros diccionarios decimonónicos ingleses mantuvieron la para entonces tradicional transcripción con /y/, presente en las obras de los misioneros ibéricos. Aunque a lo largo del siglo XX se normalizaron las transcripciones para adecuarlas a la pronunciación contemporánea, por azares del destino la palabra *yen* escapó a la modernización y, fosilizada, ha acabado tomando carta de naturaleza en las lenguas foráneas.

En principio se emitieron monedas de oro, plata y cobre; en 1897 se retiraron las monedas de plata de 1 yen y se redujo a la mitad el tamaño de las piezas de oro. La producción de moneda de plata cesaría en 1938. Los

primeros billetes de banco con validez nacional y tipología occidental fueron impresos al principio por una compañía alemana. La fundación en 1882 del Banco de Japón centralizó la producción monetaria y normalizó definitivamente las emisiones.

Así, los billetes y las nuevas monedas decimales Meiji, de tipos normalizados y homogéneos de corte europeo, se impusieron en todo el país, y las piezas de cobre con agujero central cayeron en desuso. El Banco Nacional de Japón compró y fundió la gran mayoría de las monedas antiguas de oro y plata. Pronto se hicieron tan raras que los propios coleccionistas numismáticos japoneses de finales del siglo XIX hubieron de recurrir a copias para completar sus fondos.

Morfológicamente, las nuevas monedas Meiji se apartaban del modelo japonés tradicional para acercarse a los tipos europeos y americanos. Sin embargo, tanto la escritura como la iconografía remitían a conceptos propiamente japoneses, empleando la expresión *Dai Nihon* (también pronunciado *Dai Nippon*), «Gran Japón», acompañada por símbolos como el dragón, el sol naciente o las flores de paulonia. La paulonia, una flor asiática cuyo nombre occidental rinde homenaje a la Reina holandesa de origen ruso Ana Pavlovna (1795-1865), es conocida en Japón como *kiri* y se utiliza como emblema del gobierno del país, del mismo modo que el crisantemo, del que ya hablamos en otro lugar, se asocia a la Casa Imperial.

Así, las nuevas monedas respondieron desde el principio a uno de los muchos lemas de la época, que, visto desde la perspectiva actual, acabaría luego definiéndola: *Wakkon Yosai*, es decir, «espíritu japonés y técnica de Occidente».

Durante el periodo bélico comprendido entre el inicio de la guerra con China y el fin de la Segunda Guerra Mundial se emitieron series monetales específicas que solo estuvieron en uso en aquellos años; es el caso de las monedas de aluminio, y también el de las monedas producidas para los territorios ocupados, como por ejemplo pesos filipinos, rupias birmanas o dólares malayos.

Ya vimos que a finales del periodo Tokugawa se había estandarizado el modelo femenino de indumentaria. Fue en época Meiji cuando este modelo comenzó a ser identificado con lo puramente japonés y a denominarse *kimono*, un término que no suele emplearse antes de estos momentos. Como es lógico, este proceso de autodefinición se vio provocado por la

confrontación entre la indumentaria japonesa y las nuevas prendas occidentales, que llegaron de la mano de la Revolución Meiji. No era la primera vez que las modas externas se adoptaban en Japón. Cabe destacar que durante el periodo Momoyama, algunos japoneses cristianos añadieron a su atuendo de guerrero una versión de los cuellos europeos del momento, que llamaron *hidaeri* o «cuello plisado». Pero sí era la primera vez que los estilos foráneos llegaban para quedarse.

Los hombres adoptaron el atuendo occidental antes que las mujeres, y las clases urbanas lo prefirieron antes que los campesinos. En los años 80 del siglo XIX hubo un auténtico furor por lo occidental, y la propia emperatriz abogó por la desaparición del *kimono*, alegando, entre otras cosas, que las blusas y faldas occidentales bien podían parangonarse a las antiquísimas prendas de busto protohistóricas y a las faldas ceremoniales *mo*. Un decenio después sobrevino la reacción contraria, y el *kimono* volvió a gozar de cierta preeminencia.

Tras esta adaptación larga y cambiante, la indumentaria tradicional japonesa quedó sumariamente restringida, aunque su empleo no desapareció, llegando hasta nuestros días. Ahora bien, durante la era Meiji se produjo además una transformación uniformizadora del atuendo japonés tradicional, y un modelo capitalino homogéneo se extendió por el país, borrando diferencias regionales y de clase. Como bien han señalado diversos autores, la obsesión por buscar las esencias nacionales hizo que a veces estas, en vez de recuperarse, se crearan. Curiosamente, este proceso de uniformización y recreación del vestir tradicional se produjo también en Occidente, en fechas solo ligeramente anteriores, conduciendo a los modelos de «traje regional» o «traje típico» que aún hoy gozan de tan buena salud.

Los protagonistas y su marco

El personaje: el novelista Soseki Natsume y *YO SOY UN GATO*

Soseki Natsume nació en Tokyo en 1867, un año antes del inicio de la era Meiji, y murió en la misma ciudad en 1916, cuatro después que el emperador cuyo reinado se inició de forma casi contemporánea a su nacimiento. Históricamente, su vida y su obra se inscriben así por completo en ese complejo fenómeno que, como ya se ha visto, algunos llaman restauración y otros Revolución Meiji.

Soseki Natsume se interesó primero por los clásicos chinos y el *haiku*, pero pronto se inclinó por el estudio de la literatura inglesa, especialidad en la que se graduó en el año 1895 por la Universidad Imperial de Tokyo. Ingresó a continuación como profesor en la Escuela Secundaria Matsuyama de Shikoku, en la que estuvo poco más de un año, trasladándose al Quinto Instituto de Kumamoto, donde enseñó hasta 1900. En ese año marchó a Inglaterra con una beca del Gobierno para ampliar sus estudios, y permaneció allí hasta 1903. La casa donde se alojó, en el barrio londinense de Clapham, es hoy un pequeño museo consagrado al escritor.

A su vuelta a Japón, Soseki enseñó literatura inglesa en el Primer Instituto de Tokyo y también en la propia Universidad Imperial en la que se graduara años atrás, donde sucedió en la cátedra al célebre Lafcadio Hearn. Compaginando a partir de ese momento su trabajo docente con la vocación de escritor, publicó en 1905 su primera novela, precisamente *Wagahai wa neko de aru*, es decir, *Yo soy un gato*, la novela que hemos escogido para ilustrar este apartado. La obra fue todo un éxito, situando a Soseki en un lugar destacado del panorama literario japonés del momento y otorgándole una fama de la que todavía goza hoy en día. Poco después, Soseki Natsume renunció a los cargos académicos y, entrando a formar parte del diario *Asahi Shinbun*, se dedicó exclusivamente a la literatura.

En 1909 el Ministerio de Educación japonés quiso otorgarle el título de Doctor *honoris causa*, pero él lo rechazó. Los problemas nerviosos que le acompañaban desde su estancia en Inglaterra se iban agravando con enfermedades estomacales; su condición empeoró hasta hacerse crítica durante una estancia en Corea y Manchuria. A pesar de ello, consiguió recuperarse lo suficiente como para continuar escribiendo todavía algunos años más. Moriría en diciembre de 1916 en la ciudad que le vio nacer, dejando inacabada su última novela.

Como ya se ha visto, el nacimiento de Soseki Natsume coincide

prácticamente con el comienzo de la era Meiji. En este ambiente reformista y occidentalizante, y al mismo tiempo de énfasis en la propia identidad, se inscribe históricamente la obra de Soseki Natsume, que conjuga así elementos de ambas tradiciones para conformar los marcos en que se desarrollan sus historias.



Retrato del novelista Soseki Natsume en un billete de mil yenes

La primera novela de Soseki Natsume, *Yo soy un gato*, se publicó, como ya se ha dicho, en el año 1905. Rápidamente siguieron toda una serie de historias cortas, como *Maboroshi no tate*, y las novelas *El señorito (Bochan)* y *Almohada de hierba (Kusamakura)* entre otras. Por estas fechas comenzaría a formarse a su alrededor un importante grupo de discípulos literarios, como Morita Sohei, Omiya Toyotaka, Suzuki Miekichi o Terada Torahiko.

Estas primeras obras se caracterizan por el tono satírico, que no excluye la verdadera crítica, pero que la viste de ironía ligera. De cariz ya más serio y progresiva focalización en el tema del egoísmo humano son sus producciones inmediatamente posteriores, como *Kofu*, *Sore kara* o *Sanshiro*. En ellas, Soseki se manifiesta decididamente en contra del egoísmo y la autoadulación, quedando sus escritos en clara oposición a la entonces en boga escuela realista o naturalista, tendente a centrarse en el yo y ajena a las preocupaciones morales. No es de extrañar que el autor se convirtiera rápidamente, en palabras de Kawamura, en el «paladín de la corriente romántica en una época en que predomina el naturalismo».

A partir de 1909 escribió Soseki Natsume *Mon*, *Higansugi made*, *Kojin*, *Michiguza* o la fundamental *Kokoro*, mientras a su círculo se añadían nombres de la categoría de Akutagawa Ryunosuke, Matsuoka Yuzuru o Kume Masao. La nueva novela de Soseki, *Meian*, quedaría, como ya se dijo más arriba, interrumpida por su muerte en 1916.

La trayectoria literaria de Soseki Natsume le llevó desde la comicidad generosa de sus primeros escritos a una progresiva concienciación de los problemas humanos y las carencias de las civilizaciones, haciendo especial hincapié en la falta de solidaridad de las clases intelectuales. La seriedad de su tono se acentuó todavía más con los años y la enfermedad, y su actitud ante la vida cristalizó en el lema *sokuten kyoshi* («abandonarse a sí mismo y seguir el camino del Cielo»), cumbre del rechazo al egoísmo tantas veces enarbolado por el escritor.

Pero centrémonos ya en la primera novela de Soseki, con cuyo análisis se intentará arrojar luz desde un punto de vista poco habitual sobre el periodo histórico que venimos describiendo en este apartado.

El protagonista de *Yo soy un gato* es, como claramente indica el propio título, un gato. Pero no un gato cualquiera, sino un gato inteligente, agudo y observador, que convive con los humanos y los sufre, relatándonos sus experiencias desde una perspectiva a la vez asombrada y divertida, y a veces agotada de tanta actividad y rareza como se desarrolla a su alrededor.

Este gato sin nombre vive en casa del maestro de escuela Kushami, junto a su mujer, sus tres hijas y su criada. El personaje de Kushami, atolondrado y pseudointelectual, atormentado por problemas de estómago, es quizá en cierto modo el trasunto del propio Soseki Natsume, también maestro y también víctima de enfermedades estomacales. Soseki en persona, por otra parte, aparece citado en el libro de forma burlesca, como si de otro de los personajes se tratara.

Los familiares y amigos de Kushami *sensei* terminan de conformar el cuadro de personajes de la novela: encontramos al divertido y alocado Meitei, al relativamente serio estudiante Kangetsu, al escurridizo Suzuki, o a la familia Kaneda, con cuya hija planea casarse Kangetsu.

A pesar de ser el protagonista un gato, los otros gatos, si bien aparecen de forma ocasional, apenas tienen peso en el argumento, siendo los humanos los auténticos protagonistas. Los felinos, como el salvaje Kuro o la refinada Mikeko, sirven más como paralelo para presentar a sus dueños que como caracteres en sí mismos.

A lo largo de la obra se suceden divertidos y a veces surrealistas diálogos entre Kushami y sus amigos, y diferentes episodios, muchas veces de carácter abiertamente burlesco, protagonizados por el propio Kushami, sus amigos o su familia.

Destacan especialmente los enfrentamientos entre el maestro y los alumnos de la escuela vecina, el desternillante análisis de la «Dinámica de la Ahorcadura» que realiza Kangetsu, o el estupendo pasaje que casi podríamos calificar de «Elogio de la Nariz», (páginas 120-123 de la traducción de J. González Vallés del año 1974), del que no nos resistimos a reproducir un extracto:

Meitei se levantó repentinamente, como asaltado por una idea nueva. Sin más empezó a hablar parodiando un tono oratorio:

—De una tiempo a esta parte he estado estudiando la nariz bajo el punto de vista artístico. Les voy a presentar a ustedes una parte de mi investigación. Para lo cual suplico humildemente su benevolencia.

Mi amo, atolondrado ante el arranque inesperado de Meitei, sin decir palabra, tenía los ojos fijos en el orador. Kangetsu dio su aprobación en voz baja:

—Me gustaría escucharlo.

—He realizado muchas investigaciones pero no he podido llegar a una conclusión aceptable acerca del origen de la nariz. La primera cuestión que surge es si la nariz es realmente un instrumento práctico. Una vez admitido su carácter práctico, hay que decir que las dos fosas nasales son suficientes. No está clara, sin embargo, la necesidad de que, justamente en el centro de la cara, sobresalga insolentemente esa protuberancia. Entonces, ¿por qué la nariz se ha desarrollado del modo que ven ustedes? —Y sujetó la punta de su nariz con los dedos.

—La tuya no se ha desarrollado mucho —interrumpió mi amo descortesmente.

[...]

—Por razones de modestia no quiero disertar expresamente acerca de mi propia nariz. Solo quiero presentar a ustedes la nariz de la madre de la señorita Kaneda como una maravilla, como no hay otra en nuestro suelo patrio, de desarrollo y grandeza...

—¡A ver! ¡A ver! —animó Kangetsu inconscientemente.

—Sin embargo, no cabe duda de que, cuando una cosa se desarrolla excesivamente, viene a ser un portento, pero es un portento inaccesible por el miedo que infunde. El puente nasal de la señora Kaneda es ciertamente

maravilloso, pero peca de escarpado. Entre los antiguos, Sócrates, Goldsmith y aun el mismo Thackeray tenían una nariz de estructura defectuosa. Pero estos defectos tenían también su atractivo especial. Por eso se dice que la nariz es respetada no por ser grande sino por ser bella. [...] Según eso, desde el punto de vista estético, hay que decir, con perdón de todos, que la nariz de Meitei es prototipo de belleza [...]

Kangetsu y mi amo rieron al unísono. Meitei rio también deliciosamente y continuó [...]

—Bueno, pues, ahora quisiera decir unas palabras acerca de la proporción que debe existir entre la nariz y la cara. Prescindiendo de otras características faciales y limitándonos únicamente a la nariz, es preciso admitir que la de la señora Kaneda puede presentarse en cualquier parte como superlativa y capaz de ganar el premio en cualquier concurso que se celebrase en el monte Kurama [situado al norte de la ciudad de Kyoto. Según una tradición, habitan este monte legiones de demonios de nariz larga]. Lo lamentable, sin embargo, es que haya cultivado semejante nariz sin contar con el permiso de las demás partes de la cara, sobre todo de los ojos y la boca. La nariz de Julio César fue grande. Ahora bien, ¿qué resultaría si cortásemos la nariz de César y la injertásemos en la cara del gato de esta casa? Si nariz tan heroica campeara sobre una superficie tan diminuta, como es la cara de este gato, tendríamos el mismo ejemplo de desproporción que si colocáramos el gran Buda de Nara [estatua de Buda situada en la ciudad de Nara. La gran mole, de bronce, mide unos 16 metros de altura] en un tablero de ajedrez. En el momento que tuviésemos esta desproporción, la nariz perdería todo su valor artístico. La nariz de la señora de Kaneda, lo mismo que la de Julio César, es un promontorio fantástico, colosal. Sin embargo, las circunstancias faciales adyacentes no son peores que las de la cara de este gato, es verdad, pero sus ojos cuelgan de sus cejas oblicuas lo mismo que los de una epiléptica. Señores, ¿no es lamentable el que tal cara tenga tal nariz?

Al llegar aquí, Meitei hizo una pequeña pausa. Entonces una voz vino del otro lado de la valla:

—Todavía están hablando sobre la nariz. ¡Qué gente más estúpida!

Además de ser un buen ejemplo del estilo de Soseki, el pasaje refleja otra de las características presentes en la novela: el empleo de alusiones a la historia occidental para ilustrar las opiniones más peregrinas, en una mezcla buscadamente ridícula, pero que a la vez ilustra la apertura hacia otras

culturas y el esfuerzo por aprender de Occidente de Japón Meiji. No solo Sócrates, Goldsmith, Thackeray o César, sino también Aristóteles, Esquilo, Aristófanes, Andrea del Sarto, Carlyle, Constantino Paleólogo, Epicteto o los Libros Sibilinos aparecen aquí y allá en mitad de una conversación o un pensamiento; en suma, las grandes figuras del mundo occidental se toman sin reparo y se insertan en el contexto satírico de la obra.

La política contemporánea no es tampoco ajena al marco cultural en que se desenvuelven los personajes, que hacen referencia al *Kaiser* Guillermo II con la misma naturalidad que a Minamoto no Yoritomo o a oscuros pasajes de la historia china.

Dentro de consideraciones más específicamente literarias, es sin duda la escuela naturalista o realista la que, como no podía ser de otra manera, sale peor parada a lo largo de la novela.

Pero más allá de su jovialidad, la novela refleja, en conjunto, una doble crítica: Occidente y su influencia no se libran, desde luego, de la ironía de Soseki, pero es la propia sociedad japonesa Meiji la ejemplificada y criticada no solo mediante el marco construido para la obra, sino a través de los propios personajes del libro.

Meitei es el bohemio burlón, que pasa por la vida divirtiéndose sin oficio ni beneficio. La familia Kaneda, los comerciantes enriquecidos, con todos los defectos del nuevo rico. Kangetsu, el eterno estudiante, que picotea aquí y allá en las ramas más dispares sin acabar de decidirse ni terminar nunca su tesis. Suzuki, el hombre astuto, que medra a base de no comprometerse. Kushami, en fin, el maestro de inglés que ni eso sabe de verdad, pero que se envanece considerándose superior porque está en contacto con los autores occidentales.

Así, la novela no es solamente la divertida crónica de la vida de un gato muy particular, sino todo un ataque a la occidentalización mal encaminada, a la desidia personal y general, y al egoísmo que hace peligrar el camino de la sociedad. Todos estos problemas, parece concluir Soseki, pueden hacer que el proceso emprendido no sirva de nada, y que termine como el gato, ahogándose borracho en una tinaja de agua. Ante lo cual no cabe sino propugnar el abandono del egoísmo particular, y, como hace el gato en su último trance, confiar en la Providencia invocando al misericordioso Buda.

La fama llegó a Soseki Natsume todavía en vida aunque, como ya vimos, él rechazó los honores que se le ofrecieron. Hoy sigue siendo uno de los novelistas más conocidos y apreciados del país, y ha llegado ser un icono

indiscutible de la cultura de Japón moderno, hasta el punto de que su imagen aparece en los billetes de mil yenes.

El hito histórico: Hiroshima

La bomba atómica lanzada por Estados Unidos el 6 de agosto del año 1945 sobre la ciudad de Hiroshima es, sin duda ninguna, uno de los acontecimientos bélicos más tristemente célebres de toda la historia de la humanidad.

Es bien sabido que, como ya se dijo más arriba, el bombardeo de Hiroshima, unido al que tuvo lugar poco después sobre Nagasaki decidieron de manera inmediata el rumbo de la Segunda Guerra Mundial. Nagasaki fue atacada el 9 de agosto. Seis días más tarde, Japón anunciaba su rendición incondicional, que se formalizó en las capitulaciones del 2 de septiembre. Así, transcurrido menos de un mes desde el lanzamiento de la bomba de Hiroshima, concluía la llamada Guerra del Pacífico, y con ella la Segunda Guerra Mundial.

Pero ¿cómo era Hiroshima antes del fatídico suceso?

La ciudad de Hiroshima es la capital de la prefectura de su mismo nombre, y se halla situada en la desembocadura del río Ota. El río se divide en el delta en seis brazos, que hacen que la ciudad esté a su vez dividida en seis grandes islas. La zona es llana, aunque a no mucha distancia se encuentran los Montes Chugoku, donde nace el río.

Hiroshima fue fundada en el año 1589, durante el periodo Momoyama, pero no adquiriría rango de ciudad hasta la época Meiji, concretamente hasta el año 1889. Se calcula que, justo antes de la guerra, contaba con casi 400 000 personas. La política de evacuación hacia las zonas rurales emprendida por el Gobierno hizo disminuir la población a lo largo del conflicto, de modo que, en 1945, la ciudad tenía poco más de 250 000 mil habitantes.

No era una ciudad monumental. En el centro se alzaba un castillo sin pretensiones y algunos edificios modernos de hormigón, y a las afueras había

algunas fábricas de cierto tamaño. Pero, en general, la ciudad estaba formada por casas, tiendas y pequeños talleres. Casi todo era de madera, al estilo tradicional.

Desde el punto de vista estratégico, aunque Hiroshima albergaba el cuartel general del mariscal de Campo que estaba al frente de la defensa del sur del país, dentro de la estructura militar nipona no pasaba de ser un mero punto de abastecimiento. No tenía grandes depósitos de armas y apenas había sufrido en los bombardeos anteriores.

Pero mientras la ciudad parecía ajena a los episodios bélicos, los acontecimientos se precipitaban. El día antes del ataque japonés a Pearl Harbor, el presidente de Estados Unidos, Franklin Delano Roosevelt, había dado luz verde al plan secreto sobre armamento nuclear que acabaría siendo conocido como Proyecto Manhattan. Así se gestaron las bombas que iban a ser arrojadas sobre Hiroshima y Nagasaki.



Cúpula Genbaku en la ciudad de Hiroshima

La investigación, basada en los descubrimientos sobre el uranio de Enrico Fermi y Leó Szilárd, contó con el apoyo del Canadá y del Reino Unido, y fue dirigida por el físico de origen alemán Robert Oppenheimer. Se produjeron

dos tipos diferentes de artefactos; uno estaba basado en el uranio y otro en el plutonio. Una bomba de plutonio fue probada el 16 de julio de 1945 en Álamo Gordo, Nuevo México. La explosión resultante asombró a los propios científicos por su increíble magnitud. La bomba de uranio, por su parte, no llegó a probarse en Estados Unidos. Pero pronto iba a ser utilizada.

Amanecía el lunes 6 de agosto. Doce soldados estadounidenses volaban hacia Hiroshima a bordo del avión bombardero B-29 *Enola Gay*, pilotado por el coronel Paul W. Tibbets. El avión había sido recientemente bautizado con el nombre de la madre del piloto. La tripulación constaba, además del propio piloto, de un ingeniero de vuelo con su asistente, un operador de radio, dos operadores de radar, el copiloto, el controlador del rumbo, el artillero de cola, un asistente de artillería y, por supuesto, los encargados de la bomba, que eran dos: el capitán de la Armada William S. Parsons y su ayudante, el segundo teniente Morris Jeppson.

El *Enola Gay* había despegado de la base conocida como North Field, en la isla de Tinian, en las Marianas del Norte. En el vuelo lo acompañaron otros dos bombarderos B-29, uno para desempeñar funciones de medición y otro de fotografía. Ante el temor de que el despegue pudiera hacer explotar la bomba, ésta había sido desactivada. Parsons y Jeppson volvieron a montarla durante el trayecto; estuvo lista para detonar media hora antes de llegar al objetivo fijado.

Sobre las siete de la mañana, el *Enola Gay* y los otros dos bombarderos fueron detectados por los japoneses entrando en el archipiélago por el sur. Aunque eran pocos aviones, como medida de precaución, se instó a la población de Hiroshima y de otras ciudades de la zona a acudir a los refugios antiaéreos. Pero muchos ignoraron la advertencia. A las ocho y cuarto, el *Enola Gay* lanzaba sobre Hiroshima la bomba de uranio 235 que los militares habían apodado *Little Boy*.

Según los testigos, el estruendo, que se escuchó en un radio de casi sesenta kilómetros, fue absolutamente ensordecedor. En el corazón de la explosión, se alcanzaron temperaturas altísimas. A continuación se generaron vientos enormemente potentes, y la bola ardiente se fue elevando hacia el cielo, formando un hongo atómico de veinte kilómetros de altura. El fuego devoraba Hiroshima. Media hora más tarde comenzaba a caer la famosa lluvia negra, cargada de hollín y de partículas radioactivas, que extendió todavía más la contaminación.

A pesar de lo que suele pensarse, la bomba no impactó directamente sobre la ciudad, sino que, como estaba previsto, explotó en el aire, a unos seiscientos metros del suelo. La idea era que estallase sobre el puente Aioi, pero el viento la desvió, y fue a parar sobre una clínica, llamada Clínica Quirúrgica Shima. En un kilómetro y medio a la redonda la desolación fue absoluta. Unas 70 000 personas murieron de forma instantánea; muchas más quedaron malheridas y otras sufrieron efectos letales posteriores.

Se estima que casi el 70% de los edificios de la ciudad quedaron destruidos. Curiosamente, y en parte debido a la forma de expandirse de la bomba, algunas estructuras cercanas al centro de la explosión sobrevivieron; es el caso de la ahora famosa Cúpula Genbaku, que se alzaba a solo ciento cincuenta metros de la Clínica Shima. El edificio, realizado a base de fuerte cemento armado, resistió el embate, aunque quedó gravemente dañado. Su cúpula en ruinas, hoy, rebautizada como Memorial de la Paz, fue declarada Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO en el año 1996.

Pero los bombardeos atómicos no habían terminado. Otra bomba, esta vez de plutonio, iba a caer sobre Nagasaki. Aunque la topografía de la ciudad hizo que el radio de destrucción fuese menor que en Hiroshima y no se produjo lluvia negra, la devastación fue brutal.

El día 14 de agosto, el emperador Hirohito grabó el anuncio de la rendición de Japón, que, como ya se mencionó más arriba, fue retransmitido por radio al día siguiente. Era la primera vez que el pueblo japonés al completo escuchaba la voz de su emperador, del descendiente divino de Amaterasu. Y sus palabras fueron amargas. El enemigo había empleado una bomba nueva, con un poder de destrucción incalculable. Si Japón continuaba la lucha, la nación sucumbiría y la civilización se vería abocada a la más completa extinción. Había que allanar el camino de la paz, soportando lo insoportable y sufriendo lo insufrible.

La guerra había acabado, pero las consecuencias de Hiroshima perduran hasta el día de hoy. Los japoneses crearon una palabra para definir a los supervivientes de los ataques nucleares, *hibakusha* o «persona bombardeada». Algunos se habían salvado de verdadero milagro, como Nomura Eizo, que se encontraba en el sótano de una casa de huéspedes a solo cien metros de la Clínica Shima. Otros tuvieron suerte por partida doble. Es el caso de Yamaguchi Tsutomu, natural de Nagasaki. Yamaguchi estaba en Hiroshima por negocios cuando estalló la bomba. Sufrió quemaduras, pero no murió. Dos días más tarde volvió a su ciudad natal, donde estuvo expuesto a la

radiación mientras buscaba a sus familiares, y también sobrevivió a ello. Pero muchos no fueron tan afortunados.

Desde el punto de vista historiográfico, el debate sobre el empleo de las bombas atómicas aún continúa. No hay acuerdo sobre si existía realmente la necesidad de arrojarlas sobre Hiroshima y Nagasaki para resolver la guerra a favor de Estados Unidos.

Quienes opinan que las bombas fueron esenciales apelan al valor suicida de los japoneses, argumentando que, de no ser por el terrible impacto de los ataques atómicos, el ejército nipón no se hubiera rendido jamás, y habría luchado hasta el último hombre, como ya ocurriera en las islas del Pacífico. Esto habría supuesto una pérdida mucho mayor de vidas por parte de los dos bandos, especialmente en el lado nipón, ya que las ciudades japonesas habrían sido bombardeadas de todos modos, aunque hubiera sido con bombas incendiarias.

Por su parte, los que piensan que las bombas de Hiroshima y Nagasaki no estuvieron justificadas, aducen que, aún admitiendo que Japón no estuviera a punto de rendirse en cualquier caso, lo cual es difícil de calibrar, el lanzamiento de una bomba sobre una zona despoblada o sobre el mar hubiera bastado para convencer a los japoneses, a los rusos y, en general, al mundo, de los efectos del nuevo armamento. El resultado habría sido el mismo, y se habrían ahorrado muchas muertes.

Mientras tanto, cada año, el alcalde de Hiroshima se acerca al Memorial Genbaku y, bajo la cúpula que deja ver el cielo, lee una declaración a favor de la paz.

La Cúpula Genbaku no es el único lugar consagrado a la paz en Hiroshima; al igual que ocurre en Nagasaki, el deseo de no repetir jamás los horrores bélicos está presente en numerosos lugares. Destaca de manera especial el llamado «Monumento a la paz de los niños», levantado para honrar la memoria de la pequeña Sasaki Sadako.

Cuando Estados Unidos lanzó la bomba atómica sobre Hiroshima, Sadako tenía dos años. A los doce le diagnosticaron una leucemia producida por la exposición a la radioactividad. Siguiendo una costumbre japonesa, la niña comenzó a elaborar grullas mediante la técnica del papel doblado u *origami*. Pues, en la mitología japonesa, la grulla es un animal de rasgos fabulosos y se dice que, si alguien completa mil de estos animalitos de papel, la grulla le concederá un deseo. Desafortunadamente Sadako murió antes de terminar sus

mil grullas y no pudo ver cumplido su deseo de vivir. Sin embargo, su historia conmovió a muchas personas, y se creó una asociación que recaudó fondos para completar su tarea y erigirle además un monumento, que se ha convertido en uno de los lugares más visitados de la ciudad.

El lugar: el santuario Meiji de Tokyo



Puerta ceremonial o *tori* del santuario Meiji de Tokyo

En el distrito de Shibuya de la ciudad de Tokyo, a poca distancia de la estación de Harajuku y junto al parque Yoyogi, se encuentra el gran santuario dedicado al emperador Meiji o Meiji Jingu. No hace falta repetir aquí la consideración sagrada que para los japoneses tuvieron sus emperadores hasta fechas muy recientes. Siguiendo esta tradición, el emperador Mutsuhito con el nombre de Meiji es adorado desde su muerte en 1912. En su honor y en el de

su esposa, que falleció en 1914, se construyó el inmenso complejo cultural que vamos a analizar aquí; curiosamente el emperador y su consorte no están enterrados en él, sino que reposan en un mausoleo en Fujimi Momoyama, cerca de la ciudad de Kyoto.

Aunque los estudios sobre la figura crucial de Mutsuhito son, lógicamente, muy abundantes, no son tantos los datos que tenemos sobre su esposa Haruko, conocida como emperatriz Shoken. Nacida en Kyoto, fue la tercera hija del entonces ministro de la Izquierda, Tadaka Ichijo, y tenía dos años más que el emperador. Haruko se casó con Mutsuhito el día 9 de febrero de un año clave: 1868. Siguiendo las ideas de su esposo, fue pionera en adoptar nuevos hábitos occidentales dentro de la Casa Imperial; se dice, entre otras cosas, que gracias a su ejemplo se abandonó la antigua costumbre femenina de ennegrecerse los dientes. Haruko participó además con gran interés en actividades benéficas, dedicando buena parte de sus fondos personales a orfanatos, escuelas femeninas y hospitales. También se implicó con la labor de la Cruz Roja, ayudando a crear la rama japonesa de la organización. Aunque no fue madre del príncipe heredero, su figura fue muy respetada en su época, y sigue, de hecho, siendo honrada en el Meiji Jingu.

La construcción del santuario Meiji dio comienzo en el año 1915 por resolución del Parlamento. La zona se escogió porque el emperador y la emperatriz solían visitarla para contemplar los lirios que allí crecían. Hoy día, el jardín de los lirios es uno de los puntos focales del recinto y se considera uno de los más bellos de Japón.

El santuario se dedicó oficialmente el día 1 de noviembre de 1920, aunque el edificio no se terminó hasta el año siguiente, y los jardines no se dieron por concluidos hasta el 22 de octubre de 1926. Desafortunadamente, la zona fue bombardeada en 1945, durante la Segunda Guerra Mundial. El complejo fue reedificado gracias a una campaña de recogida pública de fondos, y se inauguró de nuevo en octubre del año 1958.

En la construcción y reconstrucción del Meiji Jingu se empleó principalmente madera de ciprés de Kiso y cobre. Para los inmensos *tori* o puertas rituales se utilizaron troncos gigantes de ciprés de Taiwan; se dice que algunos de ellos tienen 1700 años de antigüedad.

El santuario se alza en un terreno arbolado de setecientos mil metros cuadrados, en el que crecen más de trescientas especies vegetales provenientes de todas las zonas del país. El santuario propiamente dicho

consta de dos áreas principales, el recinto interior o Naien y el recinto exterior o Gaien.

El Naien está compuesto por varias construcciones, presididas por el templo principal, edificado siguiendo el estilo tradicional japonés conocido como *nagarezukuri* («estilo fluido»). Las construcciones *nagarezukuri* se caracterizan por sus elegantes tejados asimétricos con curvatura frontal; se piensa que es precisamente esa sinuosa curva la que da nombre al estilo.

Dentro del recinto se encuentran además el Noritoden, donde se recitan alabanzas en honor del emperador y la emperatriz, el Naihaiden o Santuario Interior, el Gehaiden o Santuario Exterior, y el Shinsenjo o Cocina Sagrada, donde se preparan los alimentos que serán presentados como ofrendas.

Por último, dentro del Naien se alza el Shinko o Museo del Tesoro, un edificio donde se exhiben objetos personales del emperador y su esposa, construido siguiendo las normas del estilo *azekurazukuri*. *Azekurazukuri* puede traducirse como «estilo de edificio de madera», y hace referencia a las tradicionales construcciones de troncos (*azegi*). Los troncos se cortan para que tengan la longitud requerida y presenten además una cara recta y otra inclinada. A continuación se apilan en horizontal para formar las paredes, colocándose de tal modo que se alternen y se entrelacen en las esquinas. La parte lisa de los maderos se coloca hacia dentro, mientras la zona cortada en diagonal queda a la vista, por lo que los muros así construidos presentan un característico aspecto de dientes de sierra.

El recinto exterior o Gaien está formado por la Galería de Imágenes, la zona deportiva y el Memorial Meiji. La Galería de Imágenes, en el centro de los jardines, alberga ochenta grandes pinturas murales, de casi seis metros cuadrados cada una, que ilustran distintos episodios de la vida del emperador y de su esposa.

El área deportiva incluye el Estadio Nacional, dos estadios de béisbol, un campo de golf y otras instalaciones deportivas. El gran estadio es obra del arquitecto Kenzo Tange, y se construyó en 1964 con motivo de los Juegos Olímpicos. En él se disputó además entre 1980 y 1999 la final de la Copa Intercontinental, entre el equipo campeón de Europa y el campeón de Sudamérica.

La gran Sala Memorial Meiji se empleó en su día para las reuniones del Gobierno, y en ella se debatieron los borradores de la Constitución Meiji. Hoy en día se usa habitualmente para celebrar ceremonias de matrimonio por el

tradicional rito sintoísta.

Uno de los aspectos más interesantes del Meiji Jingu es que no es solo un recinto histórico y conmemorativo, sino también un santuario vivo, un parque frecuentado por turistas y locales (muchos fotógrafos y pintores trabajan allí) y un lugar donde se llevan a cabo variadas actividades culturales, siempre con gran afluencia de público.

Ya hemos dicho que en el lugar se celebran bodas sintoístas, y los turistas suelen apresurarse a fotografiar a las parejas, vestidas para la ocasión. Destaca especialmente el atuendo de la novia, ya que el día de la boda es en principio el último en el que una mujer japonesa puede llevar indumentaria de mangas largas, colores alegres y rica iconografía. Una vez casada, se espera que una mujer lleve un *kimono* de mangas cortas o *tomesode*, de tono sobrio y ornamentación muy restringida. Por ello, la vestimenta empleada el día del matrimonio suele estar cuajada de motivos decorativos y resulta particularmente llamativa.

Durante la ceremonia religiosa, la novia lleva ropajes blancos, conocidos como *shiomuku* o «blanco puro» y un sombrero especial, el *tsuno kakushi*. Después, se revestirá con un *uchikake* ricamente decorado. Es habitual que, además, se cambie luego varias veces de atuendo, e incluso que se ponga para el banquete un vestido de novia occidental.

También muy concurridas son las ceremonias de presentación de los niños, una suerte de «bautizo» sintoísta conocido como *Hatsu miya mairi* [«Primera visita al santuario»] que se lleva a cabo en el Meiji Jingu los jueves y los domingos. Por regla general, los niños se llevan al santuario para su *Hatsu miya mairi* cuando tienen 31 días de vida, mientras que para las niñas se espera un día más. Los bebés, envueltos en vistosos tejidos, se presentan a la divinidad tutelar del santuario elegido, en este caso el emperador Meiji, que insuflará el alma en el cuerpo de las criaturas.

Otro rito frecuente entre los visitantes del santuario es la obtención de oráculos u *omikuji*. En todo Japón, los santuarios sintoístas ofrecen la posibilidad de recibir uno de estos pequeños escritos al realizar una ofrenda. Los *omikuji* del Meiji Jingu, sin embargo, no son como los demás, ya que se trata de breves poemas atribuidos al propio emperador y a su esposa. Las poesías son del tipo llamado *waka* o *tanka*, la antiquísima forma métrica que ya vimos a propósito de la antología *Kokinshu* compilada en el periodo Heian.

Se dice que emperador Meiji escribió unos 100 000 *waka* a lo largo de su

vida, mientras a la emperatriz Shoken se adscriben unos 30 000. Los responsables del santuario han seleccionado quince poemas de cada uno para que hagan las veces de textos oraculares.

Existe además una asociación de fieles del santuario, la *Meiji Jingu Sukeikai*, fundada en 1946. Según explican sus miembros, la asociación se constituyó en respuesta al clima de confusión social que siguió a la Segunda Guerra Mundial, a fin de ofrecer una guía espiritual basada en las virtudes del emperador, que resumen en los puntos siguientes: reverenciar a los dioses y a los antepasados, respetar a la familia imperial y rezar por la paz mundial. La *Meiji Jingu Sukeikai* cuenta en la actualidad con más de 200 000 miembros, que despliegan una intensa actividad tanto religiosa como social y cultural.

Hace no mucho tiempo, en junio de 2008, el santuario ha presentado una revista propia, que bajo el título *Magokoro* («Corazón sincero»), informa de manera gratuita y en lengua inglesa sobre todas las ceremonias, conciertos, reuniones y exposiciones que se celebran a lo largo del año.

El pensamiento y la religión: el sintoísmo de Estado

El sintoísmo de Estado es un fenómeno político y religioso singular, que se desarrolló temporalmente de la mano de la modernización. En el primer apartado dedicado a la religión sintoísta ya vimos que, durante el shogunato Tokugawa, el sintoísmo había recuperado el respaldo gubernamental del que en otras épocas había disfrutado el budismo y se había convertido en un elemento político. En efecto, a finales del periodo Tokugawa, muchos intelectuales de la escuela de «Estudios Nacionales» o *Kokugaku*, que también mencionamos más arriba, defendían que el sintoísmo debía entenderse como la fuerza unificadora motriz de una nueva nación japonesa.

El Gobierno Meiji retomó la idea con entusiasmo, empleando el sintoísmo como polo aglutinador en torno a la majestad imperial y a la esencia nacional o *Kokutai*. Este concepto de *Kokutai* o «familia de la nación» se basa en la idea de que Japón es único entre todos los países de la Tierra y tendría gran relevancia a lo largo de los años que habrían de venir.

Para desarrollar las nuevas políticas religiosas se creó un Departamento de Estado que se dedicaría exclusivamente a los asuntos del *shinto*, el *Jingi Jimukyoku*. Además, se fueron separando de manera cada vez más estricta el budismo y el sintoísmo, religiones que, como ya vimos, se encontraban íntimamente entrelazadas tanto en la práctica religiosa cotidiana japonesa como en la teología que se había desarrollado desde el siglo VII. Es significativo en este sentido el caso de los funerales. Ya dijimos cuando hablábamos de la expansión del budismo que, todavía hoy, los japoneses escogen ritos budistas o sintoístas para diferentes momentos y propósitos, sin ver en ello ninguna paradoja. El matrimonio, por ejemplo, a menudo se celebra por el rito sintoísta, mientras que las ceremonias funerarias suelen ser oficiadas por sacerdotes budistas. Sin embargo, en época Meiji se intentó que los funerales se llevaran a cabo también en los santuarios *shinto*, para eliminar así la influencia budista en esta esfera del comportamiento colectivo.

El Gobierno japonés nunca definió sus prácticas como «sintoísmo de Estado» o *Kokka shinto*; este término fue acuñado por el historiador Murakami Shigeyoshi en 1970. Sin embargo, aunque hoy está sujeto a crítica, el nombre describe extraordinariamente bien el carácter de los acontecimientos.

En el año 1870, el Gobierno Meiji proclamó la restauración del *Kannagara no Michi*, el Camino de los Dioses. Un año más tarde, el Departamento de Estado para el sintoísmo se convirtió en el Ministerio del *shinto* o *Jingisho*. Todos los santuarios sintoístas se estructuraron en una jerarquía de doce niveles; a la cabeza se encontraba, por supuesto, el santuario de Ise, sede principal de la diosa solar, Amaterasu Omikami, un santuario de enorme interés por varias razones, del que ya hablamos con anterioridad. Los ciudadanos, que hasta entonces se habían empadronado en los templos budistas, pasaron a depender para su registro de los lugares de culto sintoísta, y los sacerdotes *shinto* se convirtieron en funcionarios. Los propios templos sintoístas estuvieron desde aquel momento financiados por el Estado y se potenciaron los ritos centrados en la veneración imperial.

De esta manera se creó una especie de doble sintoísmo paralelo. Por una parte, las antiguas ceremonias seguían celebrándose y marcando las etapas del año y de la vida. Este sintoísmo «popular» se calificaba a veces de *shinto* «de las sectas» (sin que la palabra tenga matiz peyorativo). Por otro lado, el sintoísmo oficial se encargaba de estructurar la reverencia debida al emperador y, por ende, al Estado del que era cabeza. En el Palacio Imperial de

Tokyo se erigió un santuario a los ancestros imperiales. Se estableció el culto de Jimmu Tenno, el mítico primer emperador, y el cumpleaños del emperador reinante se convirtió en fiesta nacional.

Esta dicotomía sirvió además para conciliar las prácticas sintoístas gubernamentales con las ideas modernas occidentales de disociación entre Iglesia y Estado. Así, en el año 1882 se promulgó la separación entre el sintoísmo oficial o *Jinja shinto* y el sintoísmo «religioso» o *Kyoha shinto*.

Mientras tanto, el budismo que ya desde época Tokugawa ocupaba un segundo plano, pasaba a ser arrinconado y finalmente perseguido de forma abierta. Muchas pinturas y libros e incluso algunos templos budistas se destruyeron; otros templos se reconvirtieron en lugares de culto sintoísta. Es el caso, por ejemplo, del santuario dedicado al emperador niño Antoku, ahogado en la batalla de Dan no Ura, del que hablamos en el apartado correspondiente. Los sacerdotes budistas fueron obligados a secularizarse. Algunos se dedicaron a trabajar la tierra, y otros se alistaron en el ejército. Las tierras de los templos fueron confiscadas y la familia imperial dejó de tomar parte en las ceremonias budistas.

La ley de 1882 apenas mencionada y la Constitución de 1889, que consagraba la libertad de culto, supusieron un cierto respiro para el budismo. Por su parte, las «sectas» del sintoísmo popular, ahora englobadas en el *Kyoha shinto*, siguieron con las prácticas que les eran propias. Se encontraban divididas en cinco grupos según sus características; había por ejemplo «sectas» de tinte confucionista, otras que se caracterizaban por su énfasis en la purificación y el ascetismo y otras que centraban su culto en montañas sagradas.

Pero el Gobierno no cejó en su política. En 1890 vio la luz el Rescripto Imperial para la Educación, que establecía la obligatoriedad para todos los estudiantes de recitar a diario un juramento de lealtad al Estado y a la familia imperial. Otro elemento fundamental en la práctica cotidiana de los estudiantes era el canto del himno nacional, el famoso *Kimi ga yo*.

Aunque cuestionado por sus tintes imperialistas, el *Kimi ga yo* sigue siendo el himno nacional de Japón en la actualidad. Se basa en un poema anónimo de la antología *Kokinshu*, de la que hablamos en el apartado dedicado a la dama Sei Shonagon y su *Libro de la Almohada*. Fue creado en el año 1869, con variaciones posteriores en la melodía. Ya vimos con anterioridad que en la religiosidad japonesa ciertas piedras están íntimamente

relacionadas con los *kami* y con otras figuras divinas como el *bosatsu* Jizo, y que esta relación podría tener raíces extraordinariamente antiguas. La letra del himno japonés recoge en cierto modo estas ideas tradicionales, para las que las rocas están vivas y son capaces incluso de crecer:

Que vuestro reinado siga durante mil, ocho mil generaciones, hasta que los guijarros se conviertan en rocas sobre las que crezca el musgo.

Además de regular los asuntos escolares, se distribuyeron miles de retratos imperiales, y en todos los organismos públicos se dispuso un pequeño altar sintoísta o *kamidana*. El objetivo declarado del *Jinja shinto* promovido por las instancias estatales era perpetuar el espíritu de la raza japonesa y los rasgos nacionales específicos del País del Sol Naciente. Por lo tanto, las prácticas del sintoísmo de Estado eran por definición patrióticas y no religiosas; se esperaba que todos los ciudadanos participaran en ellas, independientemente de sus creencias personales, como muestra de respeto al emperador. Desde 1911, todas las escuelas, incluso las cristianas, estaban obligadas a llevar a sus alumnos a los festivales sintoístas. Sin embargo, dichas prácticas no dejaban de ser religiosas en sí mismas, por cuanto estaban basadas en el sintoísmo.

Por ello, durante años hubo reticencias, que fueron finalmente allanadas en los años 30. El ministro de Educación de Japón escribió una carta al arzobispo de Tokyo, por entonces monseñor Jean Alexis Chambon, especificando que las visitas obligatorias a los santuarios eran una expresión de lealtad hacia la patria y no una manifestación religiosa. Poco después, la Congregación Vaticana para la Propagación de la Fe emitía una instrucción en la que hacía constar que era lícito para los católicos participar en los ritos del sintoísmo oficial, ya que éstos tenían un valor «puramente civil».

Será precisamente durante los años 30 cuando el sintoísmo de Estado alcance su apogeo, retro alimentándose con la fuerte corriente militarista del momento. En 1935 se publicó el *Kokutai no Hongi*, [Principios fundamentales del *Kokutai*], obligatorio en todas las escuelas del país para la asignatura de Ética y que se convirtió en uno de los pilares de la formación moral y política de todos los japoneses. Esta asignatura de Ética o *Shushin* había sido creada en el ya lejano 1872. El término *Shushin* está tomado de las *Analectas* de Confucio y puede traducirse como «Formación del comportamiento»; desde sus inicios, la asignatura transmitía valores confucionistas aplicados al deber del buen ciudadano. A esta base filosófica tradicional, el *Kokutai no Hongi* añadió una abierta crítica al individualismo de occidente al tiempo que exaltaba la virtud heroica del sacrificio personal en favor de la nación.

Durante la Segunda Guerra Mundial, el sintoísmo de Estado aportó los cimientos conceptuales de buena parte del comportamiento bélico de los japoneses. Muchos miembros del Gobierno Showa del momento, como por ejemplo Yanagawa Heisuke o Hiranuma Kiichiro tomaron parte en ceremonias sintoístas que daban a la guerra un carácter sagrado y la convertían en un verdadero deber ciudadano.



Cinco pilotos *Kamikaze* la víspera de su misión suicida. Fotografía del Museo de los Pilotos Kamikaze de la ciudad de Chiran

Pero el aspecto más conocido de la influencia de los ideales del sintoísmo de Estado en la contienda es sin duda la existencia de los pilotos suicidas, los *kamikaze*, que se estrellaban junto con sus aviones contra los barcos estadounidenses. Ya vimos más arriba que el término *Kami kaze* o «viento divino» se acuñó a finales del siglo XIII con motivo de las tormentas que desbarataron la flota invasora de Kubilai Khan. Los *kamikaze* de la Segunda Guerra Mundial retomaban con su apelativo la idea de que Japón era el país protegido por los dioses, y a ella añadían los valores del *Kokutai*: sacrificio individual y entrega total a la patria. Los pilotos *kamikaze*, casi 3000, fueron

en su mayoría muy jóvenes y con un alto nivel de educación. Volaban en aviones de guerra convencionales cargados con combustible y una gran bomba, bautizada como *Oka* [Flor de cerezo], o bien en aparatos contruidos especialmente para las misiones suicidas. Éstos últimos eran ligeros y de diseño muy básico; después de despegar, las ruedas caían a tierra para ser reutilizadas, ya que no había necesidad de emplearlas para aterrizar a la vuelta.

Las escuadras suicidas *kamikaze* estaban divididas en cuatro unidades, *Shikishima*, *Yamato*, *Asahi* y *Yamazakura*, bautizadas con los versos de un famoso poema de Motoori Norinaga:

Shikishima no
Yamatogokoro wo
hito towaba
asahi ni niou
yamazakura bana

La poesía utiliza dos antiguos nombres del país, Yamato y Shikishima, y viene a significar «si alguien pregunta por el alma de Japón, es como el aroma de las flores de cerezo en la mañana radiante».

El sintoísmo de Estado terminó su andadura con la guerra. El 1 de enero de 1946, en un célebre mensaje radiofónico al que ya se aludió más arriba, Hirohito negaba su condición divina. El emperador no era un *kami*, y Japón no era superior a las demás naciones de la Tierra. Desechados así el origen divino de la casa imperial y los principios del *Kokutai*, el sintoísmo de Estado quedaba completamente desprovisto de base.

Las fuerzas de ocupación estadounidenses decretaron la plena libertad religiosa, eliminando el puesto privilegiado del sintoísmo y la financiación estatal de los santuarios. Las escuelas quedaron relevadas de sus obligaciones hacia los ritos del *Jinja shinto* y todos los pequeños altares fueron retirados de los lugares públicos. El sintoísmo volvía a ser una religión más, con los mismos derechos y obligaciones que el resto. Esta situación quedó definitivamente consagrada por la Constitución de 1947.

En la actualidad, los santuarios sintoístas, que ascienden a muchas decenas de miles, conviven con los templos budistas, las iglesias cristianas y otros lugares de culto. La familia imperial, por su parte, sigue llevando a cabo ritos

sintoístas, en ciertas ocasiones, pero con un carácter estrictamente privado.

Japón hoy

Los acontecimientos

El fin de la Segunda Guerra Mundial marcó para Japón el inicio de una dolorosa posguerra. El país estaba militar y moralmente destruido; las grandes ciudades, salvo Kyoto, arrasadas por los bombardeos. La guerra se había cobrado dos millones de vidas.

El sentimiento generalizado de desarraigo puede quedar ejemplificado por los emigrantes que se habían establecido en Manchukuo. Al terminar la guerra, los que no habían muerto regresaron con sus hijos. Habían sufrido la contienda por partida doble, lo habían perdido todo y muchos ni siquiera hablaban japonés. Cuando llegaron, encontraron un país devastado, donde el hambre hacía estragos y el objetivo común que había animado la vida política desde época Meiji se había convertido en cenizas.

El País del Sol Naciente hubo de abandonar todos los territorios ocupados en Asia desde finales del siglo XIX y los casi cuatro millones de soldados japoneses que todavía estaban en ellos fueron repatriados por barcos aliados. Okinawa quedó bajo control estadounidense y los rusos se mantuvieron en las islas Kuriles, cuyo contencioso dura todavía.

Entre 1945 y 1952 las fuerzas aliadas, principalmente estadounidenses, ocuparon Japón. Durante el inicio de este periodo se llevaron a cabo juicios por crímenes de guerra, mientras la censura impedía las opiniones «antiamericanas». Los títulos nobiliarios fueron abolidos y los grandes terratenientes obligados a vender sus posesiones por parcelas a sus

trabajadores. La figura del emperador, sin embargo, nunca fue cuestionada.

Para celebrar los juicios de guerra se constituyó el Tribunal de Tokyo, con once jueces, uno de cada país aliado, a los que se añadían un magistrado indio y uno filipino. Casi 5000 militares de distintas graduaciones fueron condenados, y cerca de un millar murió ejecutado. Los acusados de más relevancia, entre los que se encontraban las grandes figuras del gobierno y de la cúpula militar, fueron concretamente veintiocho. Después de sus deliberaciones, los jueces los hallaron culpables por ocho votos contra tres. La mayoría fue recluida a perpetuidad y siete de ellos fueron ejecutados.

El militar más famoso de todos los que fueron sentenciados a muerte en estos momentos fue sin duda el almirante y ex primer ministro Tojo Hideki. Cuando su arresto fue inminente, el almirante Tojo trató de suicidarse con un disparo a quemarropa en el pecho. Pero, inesperadamente, sobrevivió. Fue llevado a la prisión de Sugamo, declarado culpable de crímenes de guerra y ahorcado.

El general MacArthur fue el primero en estar al mando en la etapa de ocupación. Era un hombre de gran personalidad, y muchos lo llamaban «el *Shogun* americano». Un comité con sede en Washington trazaba las políticas que habían de seguirse, y luego el general las aplicaba añadiéndoles su criterio. El emperador siguió siendo un símbolo de unidad del pueblo japonés, símbolo potenciado ahora por los aliados; baste señalar que el general MacArthur y el emperador Hirohito se reunieron hasta en once ocasiones. El sucesor de MacArthur fue el general Matthew B. Ridgway, que dirigió la ocupación entre 1951 y 1952.

Salvo en la esfera de las fuerzas del orden, controlada directamente por los militares estadounidenses, las directrices aliadas se llevaron a cabo a través de las instituciones japonesas ya existentes. El objetivo primario era doble: democratización y desmilitarización. Para ello se auspició una nueva ley fundamental. Y así, en 1947, vio la luz la nueva Constitución del país.

En lo que respecta a la completa democratización, se instauró el sufragio universal y el emperador quedó reducido a funciones representativas. Se consagraron asimismo las libertades de reunión, expresión y culto. En lo tocante a la desmilitarización, mediante la nueva Carta Magna los japoneses renunciaron de manera expresa a tener ejército. A pesar de esta prohibición, en 1954 se crearían las llamadas Fuerzas de Autodefensa, sobre las que volveremos a hablar en el apartado sobre el ingreso de Japón en las Naciones

Unidas y el desarrollo de su política internacional.

La Carta Magna japonesa entró en vigor el día 3 de mayo, que desde entonces es festivo cada año, con el nombre de *Kempo no hi* o «Día de la Constitución».

En 1951 se firmó en San Francisco el tratado de paz que puso fin al año siguiente a la ocupación de Japón por los aliados. Solo la Unión Soviética y China dejaron de refrendarlo, aunque los rusos lo harían algún tiempo después.

Durante los años de control aliado se sucedieron al frente de gobierno japonés cinco primeros ministros. Al príncipe Higashikuni Naruhiko, que firmó, como vimos, la rendición en el *USS Missouri*, siguió, el 9 de octubre de 1945, Shidehara Kijuro, del Partido Progresista. El 22 de mayo del año siguiente tomó posesión Yoshida Shigeru, del Partido Liberal, que estuvo en el cargo justo un año. Después de dos mandatos protagonizados por Katayama Tetsu y Ashida Hitoshi, Yoshida Shigeru volvió al oficio el 15 de octubre de 1948, siendo reelegido sucesivamente en tres ocasiones, hasta el 10 de diciembre de 1954. Hábil negociador y antiguo diplomático en Londres, Yoshida Shigeru fue la figura política más importante del periodo de ocupación.

Ya mediaban los años cincuenta, y el aislamiento internacional tocaba a su fin. En 1956, el País del Sol Naciente entró en las Naciones Unidas, y cuatro años después se firmó el Tratado de Seguridad con Estados Unidos. Sobre estos hitos de la política internacional de Japón de la posguerra hablaremos también luego con detalle.

En 1955 se fusionaron los dos grandes partidos conservadores de Japón, surgiendo así el *Jiminto* o Partido Liberal Democrático. Con sucesivos primeros ministros, el nuevo partido iba a perpetuarse en el poder 38 años, hasta 1993. Entre los políticos de esta larga etapa destacan entre otros Ikeda Hayata, Sato Eisaku, Tanaka Kakuei y Nakasone Yasuhiro.

Mientras la política interior seguía su curso, la situación internacional terminaba de regularse. En 1965 se restablecieron relaciones diplomáticas con Corea, aunque solo con Corea del Sur. En 1972 Estados Unidos devolvió a los japoneses el control de la isla de Okinawa, si bien siguen manteniendo bases militares en ella hasta el día de hoy. También en 1972 se normalizaron por fin las relaciones con China. En otro orden de cosas, ese mismo año murió Kawabata Yasunari, galardonado con el Premio Nobel de Literatura de 1968.

El esfuerzo realizado por Japón para reconstruir su economía tras la guerra fue enorme, y sus resultados espectaculares. Aunque inmediatamente después de la contienda los estadounidenses habían intentado reducir la influencia de los poderosos conglomerados *zaibatsu* fragmentándolos en pequeñas empresas, las medidas que inicialmente se habían dedido no se llevaron del todo a cabo, y los grandes nombres siguieron en escena. El crecimiento exponencial de las empresas japonesas fue debido, entre otros factores, a la idea de sus trabajadores de «dedicación sin límites» o *marugake*. No hay que olvidar tampoco la planificación económica gubernamental o *keizai keikaku*, el incremento de la población, la política bancaria de tipos bajos y el generalizado sentido de la importancia del ahorro.

La primera etapa de bonanza económica vino de la mano de la situación internacional que emergió de la Guerra de Corea. Fue el primero de los grandes *booms* económicos o *keiki* que se sucederían en Japón entre los años 50 y 70. Los japoneses bautizaron cada uno de estos momentos con un nombre distinto. Salvo en dos casos, todos son apelativos extraídos de la historia mítica del país. Así, el *keiki* de 1954-1957 se conoce como *Jimmu keiki* y el que se produjo entre 1958 y 1961 es el *Iwato keiki*. Siguió el *Olympics keiki* de 1962-1964, el *Izanagi keiki* de 1965-1970 y el *keiki* de las «grandes obras nacionales», de 1973 a 1976.

La crisis del petróleo de 1973, por su parte, hizo que el mundo empresarial se apartase de la industria pesada y se centrara sobre todo en la tecnología electrónica, campo en el que las firmas japonesas dominaron el panorama mundial en poco tiempo. Por otra parte, la escena política y económica japonesa se vio salpicada, sobre todo a partir de los años 70, por varios graves escándalos financieros, entre los que cabe mencionar el famoso caso *Recruit* de 1988; muchos políticos se vieron implicados en la compra ilegal de acciones de bolsa con las que obtuvieron ingentes beneficios.

El emperador Hirohito falleció el 7 de enero de 1989. Le sucedió su primogénito, Akihito, inaugurándose la nueva era Heisei, que dura hasta el día de hoy y cuyo nombre significa «Consecución de la Paz». El emperador Akihito contrajo matrimonio en 1959 con la actual emperatriz, Michiko, hija de un rico industrial harinero apellidado Shoda. Su primogénito Naruhito, casado con Owada Masako, ostenta el título de príncipe Heredero. Al igual que su nuera, Masako *sama* no pertenece a la nobleza, y antes de casarse trabajaba para el Ministerio de Asuntos Exteriores.

El reinado del emperador Akihito comenzó dentro de un nuevo ciclo de

bonanza económica, el *Heisei keiki*, que tuvo lugar entre 1986 y 1990. Sin embargo, la prosperidad iba a verse bruscamente interrumpida en 1992, año en que estalló la llamada «burbuja financiera» japonesa. Las causas del desastre fueron múltiples; entre ellas se contaron los créditos incontrolados y la falsa presunción del crecimiento continuo e ilimitado de los precios del suelo, del índice bursátil Nikkei y de la propia demanda de bienes de consumo. La política financiera del País del Sol Naciente ha estado desde entonces enfocada a la re estructuración del modelo socio económico de la nación.



El primer ministro japonés Koizumi Junichiro y el secretario de Defensa de Estados Unidos Donald H. Rumsfeld en Tokyo el 14 de noviembre de 2003

Destaca el plan de recuperación debido al primer ministro Hashimoto Ryutaro (1996-1998) y el propugnado por el siguiente primer ministro, Obuchi Keizo, en los años 1998 y 1999. Entre las medidas de Obuchi se contaron la reducción del impuesto sobre la renta y la potenciación de las obras públicas. El día 3 de abril del año 2000 el primer ministro Obuchi sufrió una grave apoplejía que lo imposibilitó para seguir en activo; lo sucedió en el cargo Mori Yoshiro, quien continuó ocupándose de las políticas económicas de cambio y reactivación. La situación económica remontaría finalmente a partir de 2003.

Durante la primera fase de la crisis se produjo un paréntesis de tres años en el larguísimo reinado del Partido Liberal Democrático. Fue la etapa de los primeros ministros Hosokawa Morihiro (1993-1994), Hata Tsutomu (1994) y el socialista Murayama Tomiichi (1994-1996). En 1996 el *Jiminto* volvió a ganar las elecciones, y continuó haciéndolo hasta el año 2009.

El sucesor de Mori Yoshiro en el cargo de primer ministro ha sido sin duda el político más célebre de toda la era Heisei hasta nuestros días: Koizumi Junichiro. Koizumi desempeñó el cargo entre 2001 y 2006. Simpático y teatral, aficionado a la ópera, a la música rock y al *kabuki*, era famoso por sus frases lapidarias. En su campaña electoral se comprometió a acabar con los defectos de su partido. Una vez en el poder, tomó decisiones económicas rompedoras, como por ejemplo el cese de las obras públicas desmedidas o la privatización de Correos, al tiempo que desarrollaba una política internacional abiertamente pro americana. Tal y como también había prometido en campaña, y a pesar del gran debate interno y externo que generó el asunto, fue al santuario de Yasukuni a rezar por los soldados japoneses caídos en la Segunda Guerra Mundial.

Aunque no faltaron las voces críticas hacia su gestión, la popularidad de Koizumi Junichiro creció como la espuma a lo largo de su gobierno y las figuritas que representaban al primer ministro, con su característica melena leonina, así como diversos objetos con su imagen, se vendieron sin cesar. A pesar de ello, Koizumi no quiso volver a presentarse a las elecciones al término de su tercer mandato.

Entre 2006 y 2007 desempeñó el cargo de primer ministro Abe Shinzo. Su sucesor fue Fukuda Yasuo, que estuvo al frente del país hasta 2008. Le siguió Aso Taro, en el oficio entre 2008 y 2009.

En el año 2009 se produjo la segunda derrota electoral del longevo *Jiminto*, a manos, en esta ocasión, del Partido Democrático de Japón. El actual primer ministro, Hatoyama Yukio, juró el cargo el 16 de septiembre de 2009. El partido en el que milita fue creado en 1998, y en sus filas se cuentan socialistas, antiguos miembros del Partido Liberal Democrático y políticos procedentes de algunas fuerzas minoritarias. Entre las promesas del nuevo gobierno cabe destacar el desarrollo de los intercambios económicos en Asia y, en claro contraste con las políticas de tinte proteccionista del *Jiminto*, la negociación de un acuerdo de libre comercio con Estados Unidos del presidente Obama.

Al término de la Segunda Guerra Mundial, la situación de la economía japonesa era delicada, y la inflación de la posguerra hizo que se tomaran medidas drásticas desde el punto de vista monetario. Los ciudadanos hubieron de colocar su dinero en depósitos bancarios durante un tiempo y, cuando se les permitió recuperar su capital, fue en billetes nuevos. Los antiguos dejaron de ser de curso legal, aunque ante la escasez de nuevos billetes, durante un

tiempo circularon también los anteriores, validados con unas pegatinas especiales. A esta renovación se unieron políticas muy estrictas, desarrolladas por el consejero de Economía de los aliados, Joseph Dodge, a partir de 1949.

La recuperación financiera del país a lo largo del siglo xx trajo consigo un inmenso incremento de la producción de billetes bancarios y monedas. Las monedas siguieron la línea ya iniciada en época Meiji, uniendo técnica occidental e iconografía japonesa. La variación más notable tras la guerra se produjo en la manera de escribir el nombre del país; de «Gran Japón» se pasó a «País de Japón» o *Nihon koku*. Asimismo, se abandonaron las fracciones *sen* y *rin* y cesó la producción de monedas de metales preciosos, salvo para emisiones conmemorativas.

En el año 1950 comenzaron a emitirse regularmente billetes de mil yenes. En 1957 vieron la luz los de 5000, y un año después los de 10.000. Los billetes de 10 000 yenes pronto se convertirían en las emisiones más numerosas del Banco de Japón.

Al igual que ocurre en otras zonas del mundo, en la actualidad en el País del Sol Naciente cada vez más transacciones son electrónicas. Sin embargo, el declive del uso económico de la moneda física ha venido acompañado de un curioso renacimiento de su consideración simbólica. Ya vimos más arriba que las monedas paradigmáticas del Extremo Oriente, redondas y con agujero cuadrado central, se emplearon como amuleto desde tiempos antiquísimos, y que muchos talismanes repitieron y repiten su forma. En Japón actual, las únicas monedas que aún tienen orificio (aunque es redondo) son las de cinco yenes y las de cincuenta yenes. Las actuales monedas de cinco yenes, que muestran en el anverso una espiga de arroz, empezaron a emitirse en 1949; las de cincuenta, con flores de crisantemo, vieron la luz en 1967.

Ambas monedas, pero sobre todo las de cinco, se emplean habitualmente como donativo en los templos y se considera que traen buena suerte; por eso, cuando alguien regala un monedero o cartera suele añadir dentro una de ellas. Las piezas de cinco yenes se han convertido además en emblema de amistad, y muchas personas las llevan ensartadas en cadenas o colgando de pulseras y relojes. El fenómeno tiene que ver a la vez con la tipología y con la magia de las palabras, ya que, en japonés, la expresión «cinco yenes» (*go en*) suena igual que «honorable fortuna».

Ya dijimos más arriba que, a partir de la subida al trono del emperador Mutsuhito, la indumentaria occidental, o *yofuku*, había entrado de lleno en la

vida diaria japonesa, sustituyendo progresivamente a los atuendos locales o *wafuku*. A lo largo del siglo XX, el *kimono* femenino, ya en su versión estándar nacida en época Meiji, quedó reducido a las ocasiones sociales ceremoniales, y el traje masculino compuesto por variantes de la chaqueta *haori* y el pantalón *hakama* apenas se usó en absoluto fuera del escenario o del ámbito religioso. Pero, aunque se emplearan poco, los *kimono* no desaparecieron. Durante la Segunda Guerra Mundial hubo un marcado descenso de la producción, debido a los impuestos con los que el Gobierno gravó la seda. Pero finalizada la contienda la fabricación de las prendas remontó de nuevo. Hoy en día siguen confeccionándose *kimono* de seda, aunque también los hay de materiales más baratos, como el algodón, e incluso de fibras artificiales.

Por otra parte, la industria actual del *kimono* no solo se centra en la producción de las prendas, cuyos precios son a veces elevadísimos. Existen escuelas para aprender a ponérselo adecuadamente, y también publicaciones especializadas de gran difusión, como la famosa revista *Kimono hime* («princesa del *kimono*»), cuyo primer número salió en 2002. El mercado de *kimono* de segunda mano está también en auge.

Uno de los momentos del año en que más mujeres visten *kimono* en Japón actual es el día 15 de enero. En esa fecha, festiva para todo el país, se homenajea a quienes alcanzan la mayoría de edad durante ese año. Las veinteañeras lucen *kimono* magníficos para los actos públicos, mientras los varones se deciden sin falta por serios trajes occidentales. Aún así, parece que en el siglo XXI se está produciendo un cierto *revival* del *wafuku* en la vida cotidiana. Hace ya algunos años que en las calles de las grandes ciudades pueden verse mujeres, e incluso algún hombre, vestidos a la vieja usanza.

Pero la indumentaria japonesa actual no solo bascula entre los modelos occidentales importados y el *kimono*; hay además toda una serie de diseñadores japoneses de moda contemporánea, muchos de ellos célebres a escala mundial. Los primeros, entre los que destacan Takada Kenzo y Miyake Issey, se dieron a conocer en el París de los años 70. Vendrían después otros, como Yamamoto Yohji o Watanabe Junya. Según las teorías de Miyake, la diferencia entre el diseño japonés y el occidental estriba en el corte: en Occidente se buscaría revelar la forma del cuerpo, mientras el objetivo de los japoneses sería ensalzar el propio tejido. Los diseñadores nipones destacan, en general, por el uso de novedosos materiales y técnicas textiles.

La convivencia cotidiana de la indumentaria tradicional con el traje a la moda

de Occidente y con el diseño propio es un ejemplo muy significativo de la mezcla cultural que constituye Japón contemporáneo. La sociedad japonesa, cambiante y globalizada, aún como pocas las corrientes internacionales con costumbres decimonónicas y con tradiciones cuyos orígenes se remontan a menudo a las edades antiguas. Las instituciones democráticas rigen el funcionamiento del país y, al mismo tiempo, la Casa Imperial sigue teniendo una presencia simbólica de enorme importancia. Y, precisamente, la sucesión imperial es uno de los asuntos socio políticos más discutidos de los últimos tiempos. Los príncipes Herederos, Naruhito y Masako, no han tenido hasta la fecha hijos varones, sino solamente una hija, de nombre Aiko, por lo que la línea sucesoria se desvía de momento hacia el hijo de otro príncipe. Hay en Japón polémica sobre el asunto, y muchas voces se han alzado para que, de nuevo, una mujer pueda subir al Trono del Crisantemo.

Los protagonistas y su marco

El personaje: el cineasta Kurosawa Akira

Kurosawa Akira no ha sido solo uno de los cineastas más famosos y premiados del mundo, sino el director de cine más célebre del País del Sol Naciente, y el que logró colocar el cine japonés en primera línea internacional a lo largo de la segunda mitad del siglo xx. Toda una hazaña; sobre todo teniendo en cuenta que, salvo en una ocasión, Kurosawa rodó siempre en Japón, y que todas sus películas menos una se filmaron en lengua japonesa.

Kurosawa Akira nació en Tokyo el día 23 de marzo de 1910. Era el menor de los ocho hijos de Kurosawa Isamu y su esposa Shima, descendientes de una antigua familia de *samurai*. Kurosawa Isamu dirigía un instituto, y era

partidario de los modos de vida occidentales. Entre otras cosas, le gustaba llevar a su familia a ver películas extranjeras, que por aquél entonces comenzaban a proyectarse en Japón. Ese fue el primer encuentro del joven Akira con el cine.

La relación de Kurosawa Akira con sus hermanos jugó un papel fundamental en la formación de su personalidad. Uno de ellos había muerto antes del nacimiento del cineasta. Otros dos habían dejado ya la casa paterna cuando Kurosawa llegó al mundo, de modo que el futuro director creció con dos hermanos y tres hermanas. Una de estas hermanas, a la que tenía especial cariño, murió de improviso cuando el chico contaba solo con diez años. Trece años más tarde falleció también el mayor de sus hermanos. Cuatro meses antes otro de sus hermanos, de nombre Heigo, se había suicidado. Con poco más de veinte años, Akira se había convertido en el único hijo varón superviviente de Shima e Isamu.

Precisamente Heigo fue una influencia capital en la educación del joven Akira. Kurosawa Heigo trabajaba como *benshi*, es decir, como narrador de películas mudas. Con la llegada del cine sonoro, los narradores comenzaron a perder sus empleos, y Heigo llegó a organizar una huelga, que no tuvo el éxito esperado. Akira se vio involucrado también en las luchas sindicales, y escribió varios artículos de periódico sobre el tema. Pero la influencia de su hermano no se limitó al contacto con el mundo cinematográfico. El propio director contaba, muchos años después, cómo el carácter de Heigo le había impactado en su juventud. En el año 1923, el brutal terremoto de Kanto, del que ya se habló más arriba, arrasó entre otras la ciudad de Tokyo, dejando tras sí 100 000 muertos. Heigo, que tenía entonces diecisiete años, y Akira, de solo trece, salieron a la calle para comprobar los efectos del desastre. Cuando el joven Akira trataba de desviar la mirada de los cadáveres y las escenas de destrucción, su hermano se lo impedía. Según contaba luego, ese día Kurosawa Akira aprendió que mirar de frente lo que nos asusta hace que deje de causarnos miedo.

Ya durante sus años de escuela, Kurosawa Akira había mostrado tendencias artísticas y había estudiado dibujo y pintura. Tras pasar sus primeros años escolares en la estricta Escuela Primaria Kuroda, entró en la Escuela Keika, donde se interesó por la cerámica japonesa y la pintura occidental. Terminó sus estudios en la Escuela Doshusha, donde amplió su formación sobre pintura europea.

En el año 1936, Kurosawa se inscribió en un curso de aprendizaje para

futuros directores de cine en los Estudios PCL, que más tarde se convertirían en los Estudios Toho. Poco después le contrataron, y trabajó como asistente del director Yamamoto Kajiro. Kurosawa dirigió su primera película, *Sanshiro Sugata*, en 1943. Era el inicio de una carrera larga y excepcionalmente brillante, aunque, como veremos, no exenta de altibajos.

Kurosawa se casó con la actriz Yaguchi Yoko en 1946. Dos años antes la había dirigido en la que fue la segunda película de Akira y la última de su esposa, que previamente había trabajado en otros tres títulos. Akira y Yoko tuvieron dos hijos, un niño, Hisao, que trabaja hoy como productor cinematográfico y que se ha visto envuelto en un reciente escándalo financiero, y una niña, Kazuko, que se dedica al diseño de moda y recibió el año 2008 el prestigioso *Genie Award for Best Achievement in Costume Design* de la Academia de Cine Canadiense.



Cartel publicitario de la película *Rashomon*

Kurosawa era conocido por su carácter entregado y perfeccionista a la vez que sombrío y depresivo (llegó a intentar suicidarse en una ocasión). Le gustaba la buena comida, y, cuando estaba rodando, no reparaba en gastos en este sentido.

Tras pasar un tiempo impedido, murió de un ataque al corazón el día 6 de septiembre de 1988, en la misma ciudad que lo vio nacer. Tenía 88 años. Para su funeral se preparó un gran altar dorado, presidido por su fotografía, que reproducía el decorado del castillo de la película *Ran*. Más de treinta y cinco mil personas acudieron a despedir al cineasta, y se leyeron mensajes de Martin Scorsese, Sidney Lumet o Abbas Kiarostami, entre otros famosos directores internacionales.

La carrera cinematográfica de Kurosawa es sencillamente impresionante. Sus cuatro primeras películas (*Sugata Sanshiro*, 1943; *Ichiban utsukushiku*, 1944; *Zoku Sugata Sanshiro*, 1945 y *Tora no o wo fumu otokotachise*, 1946) se filmaron durante la Segunda Guerra Mundial, y reflejan las ideas patrióticas y militaristas propias del momento. *Ichiban utsukushiku* es especialmente propagandística, y narra la vida de varias mujeres japonesas que trabajaban en una fábrica militar de lentes.

Sin embargo, su siguiente película, *Waga seishun ni kuinashi*, de 1946, trata sobre la esposa de un disidente de izquierdas arrestado por su inclinación política. En los años que siguieron, filmó *Asu o tsukuru Hitobito* (del mismo año 1946), *Subarashiki Nichiyoubi* (1947), *Shizukanaru naru Ketto* (1948), *Yoidore Tenshi* y *Nora Inu (El perro rabioso)*, de 1949.

Pero el punto de inflexión en la carrera de Kurosawa Akira llegó con la aclamada *Rashomon*, que en 1950 ganó el León de Oro del festival de Cine de Venecia y convirtió a su autor en un cineasta de fama internacional. *Rashomon* se volvió un punto de referencia en Occidente, y sería incluso objeto de un *remake* por parte de Martin Ritt en 1964 bajo el título de *The Outrage*. Su célebre «estructura desestructurada», que va narrando el mismo suceso desde diferentes puntos de vista, sería adoptada después por muchas otras películas, como por ejemplo el filme indio *Virumaandi* (2004), o la más reciente y fastuosa *Hero*, del director chino Zhang Yimou, con los actores Jet Li, Zhang Zhiyi, Tony Leung y Maggie Cheung.

El mismo año en que se estrenó *Rashomon* vio la luz el siguiente trabajo de Akira, *El escándalo (Shubun)*. Un año más tarde se estrenó *El idiota (Hakuchi)* y al siguiente *Vivir (Ikiru)*. En 1954 llegaría el segundo gran éxito

del director japonés: *Los siete samurai* (*Shichinin no Samurai*), que recibió el León de Plata del Festival de Venecia. La repercusión de esta historia feudal en el cine posterior fue inmensa, siendo adaptada por géneros tan diversos como el cine del Oeste, el cine indio de aventuras o la ciencia ficción. Cabe mencionar en este sentido la conocida película *Los siete magníficos* de John Sturges (1960).

Todavía en 1954 se estrenó *Los bajos fondos* (*Donzoko*). Un año después vendría *Ikimono no Kiroku*, y dos más tarde otro de los títulos más famosos de Kurosawa, *Trono de sangre* (*Kumonosujo*), libremente inspirado en el clásico *Macbeth* de William Shakespeare. En 1958 Kurosawa creó una película no demasiado conocida en Occidente, *La fortaleza escondida* (*Kakushi toride no san Akunin*), que sin embargo, tendría una persistente y reconocida influencia sobre una de las sagas cinematográficas más famosas de todos los tiempos: *La Guerra de las Galaxias*, de George Lucas.

Dos años más tarde vio la luz *Warui Yatsu hodo yoku nemuru*, y al siguiente vino otro de los filmes clave de Kurosawa: *Mercenario* (*Yojimbo*). Como ya había ocurrido con otras de sus películas, *Yojimbo* fue reproducida en el cine occidental más de una vez. La versión más conocida es sin duda *Por un puñado de dólares*, de Sergio Leone.

El año 1962 fue el del estreno de *Tsubaki Sanjuro*, y 1963 el de *Infierno de odio* (*Tengoku to jigoku*). Dos años más tarde presentó su última película en blanco y negro, *Barbarroja* (*Aka Hige*), que también fue la última con el gran actor Mifune Toshiro, con el que había trabajado desde los inicios de su carrera.

Se ha dicho que Mifune Toshiro simboliza la enorme transformación que se produjo en Japón durante la segunda mitad del siglo xx, encarnando con maestría el conflicto entre tradición y modernidad y creando como nadie personajes de *samurai* leal y sacrificado. Su primera película con Kurosawa fue *Yoidore Tenshi*, de 1949, en la que interpreta al borracho que da nombre a la obra (cuya traducción viene a ser «El ángel ebrio»). Mifune actuó para Kurosawa en casi todos sus títulos hasta 1965, año en el que, como hemos dicho, finalizó su colaboración, dando vida al médico rural de *Barbarroja*.

Las condiciones de trabajo en los estudios variaron, y desde esos momentos, Kurosawa no pudo ya producir una película cada año, como había venido haciendo hasta entonces. Su siguiente obra, *Dodesukaden* (1970), no tuvo el éxito deseado. Habría que esperar a 1975 para que Dersu Uzala

volviera a colocar a Kurosawa en el panorama internacional. *Dersu Uzala*, que trata sobre la amistad entre un explorador ruso y un cazador nómada en la Siberia de principios del siglo XX, es la única película que Kurosawa Akira rodó fuera de Japón, y en una lengua que no era japonés. La obra, inspirada en las memorias del explorador ruso Vladimir Arsenyev, tuvo una extraordinaria acogida internacional; ganó el Oscar a la Mejor Película en Lengua Extranjera y el Gran Premio del Festival de Moscú.

La película que siguió fue también galardonada. Se trata de *Kagemusha*, la historia del doble de un señor feudal que, al morir su amo, ocupa su puesto. El filme recibió la Palma de Oro del Festival de Cine de Cannes en 1980. Cinco años más tarde llegó la indiscutible obra maestra de Kurosawa, la celeberrima *Ran*, una adaptación personalísima e impresionante de *El Rey Lear* de Shakespeare que el director japonés tardó diez años en preparar.

Las tres últimas películas de Kurosawa Akira se cuentan entre sus títulos más íntimos y originales. La primera de ellas es *Los sueños* (*Yume*, 1990), una deliciosa serie de episodios breves basados en los sueños del propio cineasta, y cuajados de alusiones a la mitología y la cultura japonesa. Vino a continuación *Rapsodia en Agosto* (*Hachigatsu no Rhapsody*, 1991), que trata sobre los efectos de la bomba atómica de Nagasaki. Por último, en 1993 se estrenó *Madadayo*, sobre un maestro jubilado y sus antiguos alumnos.

En 1998 se presentaría *Después de la lluvia* (*Ame Agaruru*), un filme póstumo con guión de Kurosawa, dirigido por su colaborador Koizumi Takashi, coproducido por su hijo Hisao y en el que actúa Mifune Shiro, hijo de Mifune Toshiro.

Ya se apuntó más arriba que Kurosawa era extremadamente perfeccionista. Era capaz de mandar retirar (y luego reponer) el tejado de una casa porque no quedaba bien en una breve escena filmada desde un tren, o de hacer que se disparasen flechas reales para el final de *Trono de Sangre*. A menudo obligaba a sus actores a llevar las ropas que luego se emplearían en las películas para que no diesen la sensación de estar nuevas. Este detalle se cuidó especialmente en *Los siete samurai*, en la que el vestuario andrajoso de los protagonistas refleja fielmente su baja condición económica. Se dice que, debido a todas estas peculiaridades, en el plató habían elegido para Akira el apodo de *Tenno* («emperador»).

Su estilo de rodar era además muy personal; usaba unas lentes particulares, colocaba las cámaras muy lejos de los actores y utilizaba varias a

la vez, para captar la escena desde varios ángulos distintos. Son muy característicos de sus películas los elementos meteorológicos, como la lluvia, la niebla, nieve o la sensación de calor. Para *Rashomon*, por ejemplo, hizo teñir de negro el agua de la lluvia de algunas escenas.

Las influencias que se pueden rastrear en la obra de Kurosawa son muy amplias, y van desde el teatro *kabuki* al drama *no*; de Esquilo a William Shakespeare, Dostoievsky, Gorky o Tolstoi pasando por el cine del Oeste americano o las novelas detectivescas de Georges Simenon.

Además de los premios que ya se han mencionado, Kurosawa recibió, entre otros, el León de Oro del Festival de Venecia por toda su carrera en 1982 y el Oscar, también por el conjunto de su filmografía, en 1990.

El día 23 de marzo de 2010 se cumplieron cien años del nacimiento de Kurosawa Akira. Para celebrarlo proyectaron a cabo en muchas ciudades de los cinco continentes ciclos cinematográficos, conferencias y presentaciones de libros. En España se organizaron diversos actos y tanto el Festival Internacional de Cine de Las Palmas de Gran Canaria como la Seminci de Valladolid estuvieron ese año dedicadas al cineasta japonés. En Hong Kong se celebró, entre otros eventos, una exposición en la que se mostraron objetos personales del director. En Los Ángeles se proyectó de forma multitudinaria la película *Los siete samurai*, con la presencia de dos de los directores más conocidos de Japón actual, Tsukamoto Shinya e Iwamoto Hitoshi. Pero sin duda uno de los homenajes más sentidos tuvo lugar en la ciudad rusa de Vladivostok, lugar donde Kurosawa es especialmente recordado por haber logrado transmitir al mundo, a través de la magistral *Dersu Uzala*, la singular y desconocida belleza de la estepa siberiana.

El hito histórico: el ingreso de Japón en las Naciones Unidas y el desarrollo de su política internacional

En octubre del año 1956, Japón y la Unión Soviética firmaron una declaración conjunta para restablecer sus relaciones diplomáticas. Como ya dijimos más arriba, una vez finalizada la Segunda Guerra Mundial, la Unión Soviética no

se había adherido al tratado de paz de 1951, con lo que, técnicamente, ambas naciones seguían en guerra. La declaración supuso un gran paso hacia el desarrollo comercial entre los dos países, y hacia la normalización de sus relaciones, a pesar de que seguía habiendo asuntos territoriales pendientes.

Pero, además, la declaración de octubre comportó un logro muy especial para Japón: la Unión Soviética se comprometió a apoyar el ingreso del país en las Naciones Unidas. Ese mismo año 1956, el País del Sol Naciente entraba en la organización.

El ingreso fue acogido con entusiasmo por gran parte de la opinión pública, que consideraba que las Naciones Unidas simbolizaban el orden pacífico internacional, y ofrecían al país una garantía para convertirse en nación neutral. Hubo también voces contrarias, que denunciaron que la entrada en la organización desviaba la atención de la casi total dependencia japonesa de Estados Unidos en temas de seguridad. A pesar de estas críticas aisladas, un año más tarde Fujiyama Aiichiro, ministro nipón de Asuntos Exteriores, lideraba la primera delegación japonesa en las Naciones Unidas.

Fujiyama Aiichiro (1897-1985) ejemplifica muy bien el tipo de formación y de trayectoria de los políticos japoneses del momento. Aiichiro fue a la vez miembro activo del Partido Liberal Democrático y un importante hombre de negocios. Ambas cosas estaban íntimamente relacionadas, y, de hecho, Aiichiro había empleado las influencias que le proporcionaban su cargos como presidente de la compañía azucarera *Dai Nippon* («Gran Japón», por cierto el mismo término que, como ya se vio, se empleaba en las monedas Meiji) y como oficial ejecutivo de las industrias químicas Nitto para propiciar la caída del primer ministro Tojo Hideki en 1944.

Tras pasar tres años en prisión al finalizar la guerra, Fujiyama Aiichiro fue elegido para representar a Japón en la reunión de las UNESCO que tuvo lugar en París en 1951. Entró en el Parlamento japonés seis años más tarde, y fue ministro de Asuntos Exteriores en cinco ocasiones, entre 1957 y 1960. También trabajó en la revisión del Tratado de Seguridad entre Estados Unidos y Japón, un documento fundamental sobre el que se volverá en detalle más abajo. Pero, probablemente, se le recuerda aún hoy por haber dirigido la delegación nipona en la célebre primera reunión de las Naciones Unidas en 1957.

No es de extrañar que las informaciones oficiales sobre política exterior japonesa hagan, todavía hoy, hincapié en la importancia del ingreso de 1956.

Según explican los textos diplomáticos japoneses, Japón considera que la cooperación internacional en el marco de las Naciones Unidas es uno de los principios básicos de su política exterior. Desde su entrada, ha participado activamente en las actividades de las diferentes Agencias y de otras organizaciones internacionales dedicadas al desarrollo socio económico.

En realidad, el ingreso en las Naciones Unidas no fue sino la consagración de las políticas japonesas de integración en el marco internacional surgido tras la Segunda Guerra Mundial. Japón era miembro del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial desde 1952, y en 1955 había entrado en el GATT (*General Agreement on Tariffs and Trade*).

Diez años después de su entrada en las Naciones Unidas, Japón ingresó en la Organización para la Cooperación Económica y el Desarrollo (OECD), un organismo formado por las naciones más ricas e industrializadas del mundo. Desde 1975, viene participando en la cumbre anual del G-7 (luego G-8), que en el año 2008 fue, precisamente, organizada en Japón.

Pero volvamos al papel de Japón en las Naciones Unidas. A medida que la economía japonesa fue despegando, su labor en la organización se hizo cada vez más relevante. En 1990, Japón proporcionaba el 11% del presupuesto general de las Naciones Unidas, solo superado por Estados Unidos, que daba el veinticinco. En la actualidad la aportación de Japón sobrepasa el 20%.

Ya en 1973 había quienes defendían que, por la importancia de su participación económica, Japón merecía un puesto en el Consejo de Seguridad junto a Estados Unidos, la Unión Soviética, Gran Bretaña, Francia y China. Sin embargo, dicho puesto no ha sido logrado hasta la fecha, principalmente por la oposición frontal de los chinos, a pesar de que sin contar a Estados Unidos, las aportaciones financieras de Japón superan actualmente las aportaciones combinadas de los otros cuatro miembros permanentes del Consejo de Seguridad.

El año 1989 fue clave en el desarrollo de la política exterior japonesa: por primera vez, el país envió efectivos para participar en las labores de paz de las Naciones Unidas en Afganistán, Irán, Iraq y Namibia. En febrero del año siguiente, Japón mandó un equipo de observadores a las elecciones de Nicaragua, y dos años más tarde inició la supervisión del proceso de paz de Camboya y de sus elecciones; esta tarea duró hasta 1993 y en ella participaron casi dos mil japoneses.

Japón ha participado también activamente en la Misión de la

Administración Provisional de las Naciones Unidas en Kosovo (UNMIK) y en la Administración de Transición de las Naciones Unidas en Timor Oriental (UNTAET), ambas instituidas en 1999.

Todas estas actuaciones en política internacional que venimos describiendo están fuertemente condicionadas por el marco que estableció el Tratado de Seguridad entre Estados Unidos y Japón al que ya se aludió más arriba, y que sustituía un tratado de seguridad anterior de 1951. Las conversaciones bilaterales para revisar este antiguo documento de 1951 habían comenzado en 1959, pero el acuerdo definitivo no fue firmado en la ciudad de Washington hasta el día 19 de enero de 1960.

El documento es conocido en inglés como *Treaty of Mutual Cooperation and Security between the United States and Japan*, y en japonés como *Nipponkoku to Amerikagasshukoku to no Aida no Sogo Kyoryoku oyobi An Zen Hosho Joyaku*, o bien en su versión abreviada, *An po* o *Ampo*.

Mediante su firma, Japón reforzó sus lazos con Occidente durante la Guerra Fría, pero también asumió un esquema para el futuro desarrollo de su papel internacional con el que no todos estaban de acuerdo. De hecho, cuando el tratado llegó al Parlamento japonés para ser ratificado el día 5 de febrero, se produjo una agria polémica sobre las relaciones entre Japón y Estados Unidos; los partidos de izquierda se opusieron a la firma, y algunos conservadores defendieron un acercamiento hacia la Unión Soviética.

El tratado se aprobó en la Cámara Baja tras largos debates el día 20 de mayo, en una sesión crispada y con incidentes. Los diputados del Partido Socialista trataron de impedir que los representantes del Partido Liberal Democrático entraran en la sala y fueron desalojados por las fuerzas del orden. En los días siguientes se produjeron manifestaciones contra el tratado por parte de sindicatos y estudiantes (los *Ampo hantai*). Ahora era necesaria la aprobación de la Cámara Alta, que debía pronunciarse antes de 30 días. De no hacerlo así, el tratado se aprobaría de forma automática. Los días pasaban y la votación no llegaba. Ante el creciente malestar, hubo de cancelarse la visita del presidente de Estados Unidos, Eisenhower, y el 18 de junio, un día antes de que se cumpliera el plazo, más de 300 000 personas llegaron a congregarse para protestar frente a la Cámara Alta. Pero la esperada votación no se llevó a cabo, y al día siguiente el Tratado de Seguridad se aprobó por defecto. El primer ministro, Kishi Nobusuke, se vio forzado a dimitir, pero el tratado ya había sido definitivamente sancionado.

El Tratado de Seguridad entre Estados Unidos y Japón reguló el establecimiento de fuerzas estadounidenses en suelo japonés y estableció la mutua obligación de ayuda en caso de ataque externo. Sin embargo, como ya sabemos, el artículo noveno de la Constitución japonesa, redactada tras el fin de la guerra, prohibía (y aún prohíbe) que Japón envíe fuerzas armadas fuera del país y que la nación recurra a la fuerza en caso de disputas.

Japón quedaba en una posición peculiar. Por una parte, el país era ya una potencia económica mundial y su seguridad se vinculaba de manera directa a Estados Unidos. Por otro lado, a pesar de su tradición militar y militarista, había renunciado por mandato constitucional al desarrollo de unas verdaderas fuerzas armadas en favor de las llamadas Fuerzas de Autodefensa, que no podían (ni pueden) llevar a cabo misiones militares fuera de Japón.



Las Fuerzas de Autodefensa japonesas en Sapporo durante el Festival de Esculturas de Hielo

El nacimiento de estas Fuerzas de Autodefensa estuvo propiciado por el general MacArthur, que creó en 1950 una Reserva de Policía Nacional japonesa ante el envío masivo de soldados estadounidenses a la guerra de Corea. Dos años más tarde el cuerpo se rebautizó como Fuerzas de Seguridad Nacional, y finalmente en 1954 pasó a tener la actual denominación. Las Fuerzas están dirigidas por un organismo no militar, la Agencia de Defensa, que depende del primer ministro, y se dedican principalmente a participar en las labores de paz y reconstrucción de las Naciones Unidas.

Así pues, en realidad, la seguridad exterior de Japón sigue, hasta la fecha,

dependiendo del mantenimiento del Tratado de Seguridad con Estados Unidos de 1960, pues son Estados Unidos los que, en caso de un hipotético ataque externo, habrían de defender el archipiélago nipón. Sin embargo, y a pesar de la oposición de la izquierda, muchos políticos japoneses vienen apoyando desde 1976 el desarrollo militar de las Fuerzas de Autodefensa. Hasta ahora, este desarrollo se ha centrado principalmente en la aviación y en programas antisubmarinos. Su finalidad sería repeler una posible agresión regional a pequeña escala, aunque los gobiernos japoneses siguen admitiendo, eso sí, la ayuda americana y el «paraguas nuclear» en casos de más gravedad.

Para finalizar esta aproximación al desarrollo de la política internacional nipona tras la Segunda Guerra Mundial, hay que destacar que, desde el año 1976, el Ministerio de Asuntos Exteriores japonés viene desclasificando sus archivos a medida que estos van teniendo más de treinta años, siempre que no comprometan la seguridad nacional o los derechos individuales.

El 29 de mayo del año 2000 se hicieron públicos más de 750 registros datados en las fechas que nos ocupan, y el 20 de diciembre de ese mismo año salieron a la luz pública otros 680 (el Ministerio ha desclasificado hasta hoy más de 10 000 archivos).

Los documentos se agrupan en diversas categorías: relaciones diplomáticas bilaterales entre los años 40 y 60, conflictos internacionales, tratados bilaterales, tratados multilaterales y registros de emigración, y constituyen una importantísima fuente de primera mano para el análisis de los acontecimientos históricos de estos momentos.

El lugar: el barrio de Akihabara

Corría el invierno del año 1869 cuando se desató en la ciudad de Tokyo un incendio pavoroso. No era el primer siniestro de este tipo que sufría la capital, ni sería el último. Pero este fuego provocó actuaciones urbanísticas concretas, que andando el tiempo darían lugar a uno de los barrios más famosos de la ciudad, que es hoy conocido en todo el mundo: Akihabara, la meca de la electrónica.

Dadas las proporciones del desastre, se decidió crear un inmenso cortafuego cerca de la residencia imperial. El área se limpió, y un año más tarde se erigió en el lugar el templo sintoísta de Chinka (Chinkajinja), desde el que los dioses del fuego, el agua y la tierra habían de proteger la zona de nuevos incendios.

En aquel tiempo de grandes fuegos las gentes tenían especial reverencia hacia la divinidad que protegía de los incendios, el dios Hinokagutsuchi, que aún hoy se venera en el santuario de Akihayama (en la prefectura de Shizuoka). Tomando como referencia el nombre de este famoso lugar, los habitantes de la zona comenzaron a referirse al dios del nuevo templo de Chinka como *Akiba sama* (cambiando *ha* por *ba* por razones de pronunciación local). Y el área alrededor del templo empezó a su vez a ser conocida como *Akiba no hara*, es decir, el «Origen de Akiba», que pronto se convertiría en Akihabara y después en Akihabara.



Vista del barrio tokyota de Akihabara

Pero el culto en el templo de Akihabara no duraría mucho tiempo en el mismo lugar. En el año 1888 la compañía ferroviaria japonesa inició la construcción de una línea férrea desde la zona de Ueno. La estación de tren de Akihabara iba a situarse justo en el mismo lugar en el que se alzaba el templo, que fue trasladado a Matsugaya. El nuevo templo sería oficialmente rebautizado como Akibajinja en 1930. Como en otros santuarios de Japón, hoy se sigue celebrando allí el festival en el que se reza para que los dioses protejan a los fieles de los incendios, y durante la fiesta se lleva a cabo el *hiwatari*, un popular rito consistente en caminar sobre brasas.

Una vez finalizada la Segunda Guerra Mundial, a partir del año 1951, a la vera de las vías que habían convertido el barrio en un importante nudo de comunicaciones, comenzaron a surgir tiendas y locales comerciales, especializados en piezas de radios y electrodomésticos variopintos. Era el embrión del nuevo Akihabara, que evolucionó rápidamente hasta convertirse en el paraíso de los objetos electrónicos y del mundo de los tebeos *manga* que hoy conocemos.

En los últimos años se ha llevado a cabo un replanteamiento urbanístico de las zonas al norte y al este de la estación Akihabara. Varios grandes edificios de nueva planta completan ahora esa área del barrio; destacan el Akihabara Dai y el Yodobashi Akiba (inaugurados en el año 2005) y el Akihabara UDX (abierto en 2006). Estos nuevos complejos cuentan con salas de conferencias y convenciones, oficinas, y espacios expositivos.

La estación de tren de Akihabara también se ha renovado, y funciona como cabecera de la nueva línea de alta velocidad que, desde el 24 de agosto de 2005, une Tokyo con la ciudad de Tsukuba en 45 minutos.

La última noticia de impacto mundial relacionada con el barrio no tiene que ver, sin embargo, con el mundo de la electrónica ni con el desarrollo urbanístico. El 8 de junio de 2008, un joven desequilibrado, de nombre Kato Tomohiro, atropelló a varios viandantes, tres de los cuales fallecieron. Seguidamente, mató a cuchilladas a cuatro personas e hirió a otras ocho, en lo que se conoce ya como la Masacre de Akihabara. El asesino, asiduo del barrio, había mandado mensajes con su teléfono móvil y había colgado notas en Internet sobre sus intenciones. Las nuevas tecnologías, de las que Akihabara es líder de ventas, tenían esta vez un triste papel en la historia.

Los comercios de Akihabara presentan una variedad casi infinita de artículos. En los alrededores de la estación y en la avenida Chuo se puede encontrar básicamente de todo, desde lo último en ordenadores, aparatos de música o videojuegos hasta los accesorios más inverosímiles para el teléfono móvil, pasando por electrodomésticos de todo tipo y piezas de segunda mano para cualquier cosa que pueda cargarse o enchufarse.

En las calles principales se sitúan las grandes cadenas de tiendas, como Ishimaru Denki, Sofmap o Laox, mientras los comercios más pequeños suelen localizarse en las calles secundarias. Laox tiene ocho locales en el barrio. Dos más tiene Ishimaru Denki, tres de ellos especializados en videojuegos, tebeos y dibujos animados. Sofmap, por su parte, cuenta nada menos que con

dieciséis tiendas, incluyendo una libre de impuestos. Otras grandes cadenas presentes en Akihabara son por ejemplo Akky o Yodobashi Camera.

No hace falta decir que la industria electrónica japonesa es una de las más poderosas del mundo, y se encuentra a la cabeza tanto en producción como en innovación tecnológica. Las compañías japonesas incluyen nombres tan famosos como Sony, Casio, Fujitsu, Toshiba, Panasonic, Canon, Sharp, Nintendo, Sanyo, Nikon, o Seiko, por poner solo unos pocos ejemplos. El papel de la industria electrónica en la economía japonesa es capital. Solo la casa Sony (cuyo nombre, curiosamente, está basado en el término latino *sonus*, «sonido»), da trabajo a más de 180 000 personas, mientras la Fujitsu emplea a unas 170 000 (datos de 2008).

Ya se ha apuntado antes que en los últimos tiempos, a las mercancías electrónicas de Akihabara han venido a añadirse los tebeos *manga* y los dibujos animados (*anime*), y todos los objetos que tienen que ver con ellos, como figuras o camisetas. El mercado del *manga* y del *anime*, que ahora empieza a abrirse camino en Occidente, es potentísimo en Japón desde hace ya bastantes años. En Akihabara existen muchos establecimientos relacionados con este tipo de entretenimiento, como los «cafés disfraz» (*costume play cafes* o, abreviado, *cosplay cafes*), en los que los empleados visten como los personajes de tebeo y en los que también se puede encontrar a las populares y serviciales «doncellas francesas». Además, por supuesto, hay multitud de tiendas donde encontrar tebeos y películas.

Manga, un término acuñado por el artista de *ukiyo e* Katsuhika Hokusai, significa literalmente «dibujos esbozados», y es la forma japonesa de designar los tebeos en general, aunque fuera del país se ha convertido en el nombre con el que referirse específicamente a las historietas japonesas. El estilo mezcla elementos del dibujo medieval japonés, de la stampa del periodo Tokugawa y del cómic occidental. Ya desde principios del siglo xx venían editándose viñetas (algunos de los autores más relevantes de los primeros momentos fueron Kitazawa, Suzuki Ichiro o Nagamatsu Takeo), aunque el *manga* tal y como hoy lo conocemos, con un estilo muy característico y una profunda imbricación en la industria del entretenimiento, terminó de definirse tras la Segunda Guerra Mundial.

La primera revista infantil dedicada en exclusiva al *manga* fue *Manga Shonen*, que comenzó a editarse en el año 1947. En la actualidad, los tebeos *manga*, como por ejemplo *Shonen Magazine*, *Nakayoshi* o *Ribon*, se publican semanal o mensualmente, tienen entre doscientas y novecientas páginas y

suelen incluir varias tramas. Cuando una historia lleva tiempo saliendo al mercado, se suelen agrupar sus capítulos en tomos más pequeños para los que quieren adquirirla entera. Las viñetas del *manga* se leen de derecha a izquierda, como la escritura tradicional japonesa en vertical. Los ojos de gran tamaño son un rasgo habitual desde los años 60.

Los géneros abarcados por el *manga* son casi infinitos. Hay mangas infantiles, juveniles y para adultos; para mujeres, para homosexuales, y prácticamente para cualquier segmento social que pueda imaginarse. Los hay irreverentes, surrealistas, ingenuos, policíacos, ácidos, épicos... en el *manga* todo cabe.

En Occidente, el *manga* comenzó a difundirse a gran escala a raíz del éxito mundial de la película de animación «Akira», basada en el manga homónimo del dibujante Otomo Katsuhiro, publicado en 1982. Una de las grandes figuras de estos años es Toriyama Akira, creador de la célebre «Bola de Dragón». Hoy en día hay editoriales de *manga* fuera de Japón, y dibujantes (o *mangaka*) que no son japoneses. Los centros más importantes se encuentran en Estados Unidos y Francia, y cobra cada vez mayor auge la distribución por Internet.

El *anime*, por su parte, no es en realidad sino la versión animada del *manga*, y como ocurre con aquél, el término se utiliza en Japón para hablar de animación en general, mientras en Occidente se emplea para designar los dibujos animados japoneses.

Los trabajos de *anime* más tempranos se inspiraron en la tradición. Uno de los primeros cortos animados japoneses fue «La batalla del mono y los cangrejos», de Kitayama Seitaro, estrenado en mayo de 1917 y basado en un antiguo relato, conocido desde el siglo XIV. La primera película japonesa animada de larga duración, que los especialistas consideran el precedente estilístico de todos los largometrajes posteriores, fue dirigida por Mitsuyo Seo, con el título de *Momotaro Umi no Shimpei* («Los guerreros divinos del mar de Momotaro»). Se rodó durante la Segunda Guerra Mundial con la financiación de la Marina, buscando promover entre los más jóvenes el espíritu patriótico, y está basada en las aventuras del héroe Momotaro, vencedor de demonios u *oni*. Según parece, la historia de Momotaro está basada en un hecho histórico real. Según la «Crónica de Japón», los gobernantes de Yamato enviaron al príncipe Kibitsu a la provincia de Okayama para combatir a los bandidos coreanos que infestaban la zona. Este episodio sería reelaborado más tarde y convertido en la historia de Momotaro,

el guerrero nacido de un melocotón.

Todo lo dicho a propósito de la diversidad de géneros del *manga* puede también aplicarse al *anime*. Los elementos fantásticos suelen ser predominantes en los argumentos, aunque también se han llegado a adaptar obras literarias de corte realista. Los dibujos se estructuran normalmente en capítulos para series de televisión, pero no faltan tampoco los largometrajes dirigidos al cine. En Occidente, las series de *anime* han gozado de gran popularidad desde los años 70, con títulos como, por ejemplo, *Mazinger-Z*, muy conocido en España. Las películas de *anime* son, asimismo, cada vez más populares, desde la precursora y ya citada *Akira* hasta *El viaje de Chihiro*, Oscar del año 2002 a la mejor película de animación.

Desde el punto de vista económico, hay que resaltar que las cifras del mercado del *anime* japonés están hasta la fecha en continuo crecimiento, mientras las del *manga*, que en un tiempo fueron espectaculares, han comenzado a decrecer, aunque siguen siendo considerables. Algunos analistas atribuyen este declive a la disminución de la población juvenil y adolescente y a un movimiento generalizado del interés del público hacia los medios no impresos.

Para concluir nuestra visita al barrio, hay que fijarse en las personas que lo frecuentan. Además de miles de turistas, las calles de Akihabara ven cada día una variación inimaginable de gentes vestidas según las modas de los diferentes grupos urbanos de cada momento.

Desde principios de los años 90 abundan las *ganguro*, chicas exageradamente bronceadas, con el pelo teñido de rubio platino, vistoso maquillaje blanco y negro, zapatos de plataforma, ropa de colores brillantes y multitud de adornos. Es significativo constatar que uno de los signos de identidad del grupo, el intenso bronceado, choca de manera frontal con las ideas tradicionales japonesas sobre la belleza femenina; en Japón, la blancura de la piel ha sido siempre un rasgo muy apreciado en las mujeres, y todavía hoy las cremas para aclarar la tez tienen un amplio sector de consumidoras.

Otro grupo con gran número de seguidoras (y en este caso también de seguidores) es el de las «Lolitas». Sus miembros llevan, entre otras prendas, vestidos de inspiración rococó o victoriana, muchas veces con enaguas a la vista, sombreros y calcetines largos; también es habitual que completen su aspecto con muñecas y animalitos de peluche. Dentro de las «Lolitas» hay múltiples subgrupos; las hay «góticas», «dulces», «blancas», «campestres» y

«punk». Hay también «Lolitas *Wa*», que mezclan en su atuendo prendas tradicionales japonesas y «Lolitas *Qi*», que hacen lo propio con la indumentaria china.

Estas son solo dos de las grandes tendencias; además de *ganguro* y «Lolitas», por las calles de Akihabara pueden verse seguidores de muchas otras modas, como por ejemplo las adaptaciones de uniformes escolares, los trajes de animal, los personajes de tebeo o de película y un largo etcétera.

El pensamiento y la religión: las «nuevas religiones»

El término «nuevas religiones» o *shin shukyo* fue acuñado por los estudiosos japoneses a mediados de los años 50 del siglo XX para referirse a ciertos movimientos que, ya por entonces, habían alcanzado un significativo desarrollo.

Dichos movimientos se definen básicamente por seguir las enseñanzas de un fundador. Estas enseñanzas se apartan de las religiones establecidas, sintoísmo y budismo, aunque conservan y modifican rasgos de una de ellas o de ambas, a los que pueden añadirse además otros de diferentes procedencias.

Muchos de estos grupos tienen raíces anteriores a la Segunda Guerra Mundial, por lo que hoy en día algunos historiadores prefieren situar su origen a principios del siglo XIX o bien en la época de la revolución Meiji. Sin embargo, sería tras la guerra cuando estas «nuevas religiones» alcanzaran su definición plena. En el nuevo marco legal abierto por la Constitución de 1947 que, como ya vimos, garantiza la elección de cultos y la libertad de expresión, las «nuevas religiones» se han convertido en uno de los rasgos más característicos de las prácticas religiosas del Japón contemporáneo.

El número de grupos que pueden clasificarse dentro del amplio espectro de las «nuevas religiones» es elevado, y sus rasgos específicos bastante dispares. Ciertos movimientos son muy activos de cara al exterior, pero muchos se centran en la meditación privada. Algunos se anuncian en los periódicos y editan biografías *manga* de sus fundadores, mientras otros se

limitan a hacerse propaganda de puerta en puerta para financiarse. Y otros, en fin, basculan abiertamente hacia el mundo de las sectas peligrosas. Vamos a centrarnos aquí en algunos de los más conocidos, para dar idea de la situación general.

En los años 30 del siglo xx surge *Soka Gakkai*, la «Sociedad para la creación de valores», basada en principios budistas de la escuela de Nichiren. Fue oficialmente fundada el día 18 de noviembre de 1930 por Makiguchi Tsunesaburo y Toda Josei y comenzó su andadura en plena efervescencia del sintoísmo de Estado. De hecho, ambos fundadores fueron a prisión por negarse a aceptar las prácticas impuestas por la política religiosa del momento, y Makiguchi Tsunesaburo no llegó a salir con vida de ella.

Los miembros de *Soka Gakkai* definen su movimiento como una filosofía práctica, que les permite desarrollarse como personas y aplicar los valores budistas en todas las circunstancias de la vida. Los escritos en que difunden su movimiento hacen hincapié en la importancia de la paz, la cultura y la educación.

Aunque al principio el grupo *Soka Gakkai* estaba oficialmente ligado a la escuela de Nichiren, ciertas diferencias en la doctrina hicieron que se separasen oficialmente en 1991, y los miembros de la organización dejaron de ser bienvenidos en los templos budistas de la escuela.

Los hábitos religiosos de *Soka Gakkai* están basados, como no podía ser de otra manera, en la recitación del *mantra* del Loto, tan importante para el maestro Nichiren. Los miembros del grupo recitan el mantra todos los días; la duración del cántico depende de cada uno, y varía entre pocos minutos y más de una hora. La organización sostiene que el mantra renueva la energía mental, aporta bienestar personal y tiene, en general, un impacto positivo en el universo. Además, los adeptos de *Soka Gakkai* estudian las enseñanzas de Nichiren, los escritos de miembros relevantes de la organización y el propio *sutra* del Loto, y se reúnen para comentarlos.

Pero el aspecto más interesante de *Soka Gakkai*, es, sin duda, su vinculación con el mundo de la política. En 1955, *Soka Gakkai* comenzó a presentar candidatos a las elecciones a través de una organización llamada Liga Política *Komei*. Más tarde, la Liga se constituyó en partido independiente con el nombre de *Komeito* y, para 1969, era ya la tercera fuerza política de Japón. Entre 1993 y 1994, durante el breve periodo en que, como vimos, no ganó las elecciones el Partido Liberal Democrático, el *Komeito*

estuvo incluso en el poder, formando parte de una coalición. El partido fue rebautizado como Nuevo *Komeito* en 1998. Sus objetivos declarados incluyen la reducción de la burocracia, la concesión de mayor autonomía a las regiones y el apoyo al sector privado.

En la actualidad, aun siendo muchos quienes opinan que siguen teniendo fines comunes, *Soka Gakkai* y Nuevo *Komeito* funcionan como organizaciones separadas. A fines del año 2009, Nuevo *Komeito* contaba con 400 000 afiliados y una veintena de representantes en cada Cámara, a los que hay que sumar más de 3000 en asambleas locales.

Otra «nueva religión» de gran relevancia en Japón es la «Iglesia de la Perfecta Libertad» o *PL Kyodan* (las letras mayúsculas son las iniciales de la expresión *perfect liberty*, «perfecta libertad» en lengua inglesa). *PL Kyodan* fue fundada en el año 1946 por Miki Tokuchika, basándose en la escuela *Hito no Michi* [Camino del Hombre], definida en 1924 por el monje *Zen Miki Tokuharu* (1871-1938).

Los seguidores de *PL Kyodan* proclaman que su objetivo es alcanzar la paz mundial; para lograrla, cada persona debe expresar su individualidad «creando arte». El grupo no cuenta con unas escrituras semejantes al *sutra* del Loto, pero se rige por una serie de veintiún preceptos, expuestos por Miki Tokuchika en 1947. El primero de ellos declara, precisamente, que «la vida es arte». Otros preceptos animan a los creyentes a no dejarse llevar por las emociones, a crear felicidad a su alrededor y a tener fe en Dios. También especifican que hay un camino para los hombres y otro para las mujeres y hacen hincapié en el logro de la paz. En este sentido, cabe destacar que, en el año 1970, los adeptos de *PL Kyodan* sufragaron la construcción de una Torre de la Paz de 180 metros de altura, en memoria de los caídos en todas las guerras de la Humanidad.

PL Kyodan se estructura como una iglesia piramidal. En la cúspide se encuentra el patriarca, que ostenta el título de *Oshieoya sama*, el «Honorable Padre de las Enseñanzas». Debajo se encuentran toda una serie de sacerdotes cuya misión es guiar a los fieles y resolver sus dudas espirituales. La base de *PL Kyodan* se encuentra cerca de la ciudad de Osaka, y su actual patriarca preside la Federación de Nuevas Religiones de Japón o *Shinshuren*.

Pero no todas las «nuevas religiones» están tan socialmente integradas. Como ya dijimos antes, algunas de estas organizaciones, aun siendo legales en Japón, se encuentran muy cerca de las sectas peligrosas. Es el caso de un

movimiento muy conocido en Occidente, al haber sido responsable del ataque con gas sarín que se produjo en el metro de Tokyo en 1995: *Aum Shinrikyo*.

El precedente directo de *Aum Shinrikyo* fue un club de yoga y meditación, fundado por Asahara Shoko en 1984 en su apartamento de Tokyo. Cinco años más tarde, el club ascendió a la categoría de organización religiosa y, gracias al carisma de su líder, comenzó a atraer a un considerable número de seguidores, muchos procedentes de las élites universitarias.

El nombre del movimiento une la expresión *shinri kyo* o «religión de la verdad» con la palabra *aum*, que aquí equivale a la sílaba sagrada de origen sánscrito *om*. La sílaba *om*, trasunto de la unidad del Universo, es habitual en el comienzo de muchos *mantra* budistas e hinduistas. En japonés suele transcribirse como *namu*; así la encontramos, por ejemplo, en el célebre *mantra* del Loto que ya conocemos: *namu myoho renge kyo*.



La Torre de la Paz construida por *PL Kyodan* en Sao Paulo, Brasil

Pero volvamos a la «nueva religión» creada por Asahara. Las creencias del movimiento se basan en la idea de que el apocalipsis está por llegar; los fieles serán en ese momento los pastores encargados de guiar a la Humanidad hacia una nueva edad de luz. *Aum Shinrikyo* mezcla elementos budistas y cristianos con rasgos milenaristas sin origen específico. Venera al dios Shiva, señor de la destrucción, en una versión tántrica propia del budismo tibetano, y a la vez estima los sermones del Buda histórico, profusamente comentados por Asahara. Por otra parte, el propio Asahara se califica en algunos de sus textos de «Cordero de Dios» y defiende su capacidad salvífica para eliminar el pecado y el *karma*.

En realidad se sabe poco a ciencia cierta sobre las prácticas internas de la organización, aunque se ha hablado mucho sobre el tema, sobre todo en los periódicos. Se dice, por ejemplo, que hay ritos de iniciación a base de LSD, y prácticas ascéticas extremas, que incluyen descargas eléctricas.

El día 20 de marzo de 1995, miembros de *Aum Shinrikyo* llevaron a cabo un ataque simultáneo con gas sarín en cinco trenes del metro de Tokyo. Doce viajeros murieron y casi mil resultaron afectados. La sociedad japonesa asistió estupefacta a la masacre. En un intento por comprender lo sucedido, los estudios sobre el fenómeno terrorista de *Aum Shinrikyo* se multiplicaron rápidamente; el más conocido en Occidente es sin duda el libro-reportaje *Underground*, del conocido novelista Murakami Haruki.

Todavía hoy siguen sin estar claros los motivos de la acción; hay quien piensa que Asahara pretendía distraer la atención de las fuerzas del orden, que en aquellos momentos investigaban las actividades del movimiento, acusado de varios asesinatos. Pero el efecto conseguido fue el inverso; la policía registró varias sedes de la «nueva religión», incluido el cuartel general al pie del monte Fuji. Los agentes hallaron explosivos y peligrosos elementos químicos y biológicos, entre los que se contaba el virus del ébola, así como grandes cantidades de dinero y hasta un helicóptero de fabricación rusa. Muchos miembros de *Aum Shinrikyo* fueron detenidos. Asahara Shoko y algunos de sus más estrechos colaboradores fueron juzgados y condenados a muerte, aunque las sentencias siguen sin tener fecha de ejecución.

Después de tan funestos acontecimientos, *Aum Shinrikyo* perdió su estatus legal de organización religiosa y Europa y Estados Unidos incluyeron el grupo en sus listados de organizaciones terroristas. También en Japón intentó prohibirse, pero el amparo de la legislación sobre libertad de culto ha permitido que siga en activo.

En el año 2000, los responsables de *Aum Shinrikyo* rechazaron públicamente los textos que incitaban a la violencia y que previamente habían formado parte de sus escrituras, pidieron perdón a las víctimas del ataque con gas y cambiaron su nombre por el de *Aleph*, la primera letra del alfabeto hebreo. Como *Aleph* siguen existiendo, estrechamente vigilados, a día de hoy.

Venimos hablando aquí de las «nuevas religiones» en Japón. Pero no hay que olvidar que, además, estos movimientos cuentan con una proyección externa cada vez mayor. Desde finales de los años 70 del siglo xx se llevan a cabo estudios sobre esta dimensión exterior de las «nuevas religiones». Habitualmente las «misiones» se centran en los grupos de japoneses asentados en otras zonas de Asia, en América y, en menor medida, en Europa. Son embargo, en claro contraste con las religiones japonesas tradicionales, que no suelen tener ningún afán proselitista, a partir de 1945 algunas de las «nuevas religiones» también han desarrollado un claro interés por extenderse entre la población no japonesa de otros países.

Soka Gakkai, especialmente activa en California, es probablemente la «nueva religión» que ha conseguido un mayor número de conversos no japoneses. Cuenta con una rama internacional específica, la *Soka Gakkai International*, creada en el año 1975, y se dice que entre sus adeptos se encuentran figuras del mundo del espectáculo muy conocidas en Occidente.

También *PL Kyodan* cuenta con bastantes seguidores foráneos, sobre todo en América y Oceanía; siguen otras «nuevas religiones» que no hemos analizado aquí, como *Sukyo Mahikari*, *Sekai Kyuseikyo*, *Tenrikyo* o *Seicho no Ie*.

Para terminar, hay que decir que una de las características compartidas por muchas de las «nuevas religiones» es la preeminencia femenina en su estructura. De nuevo en abierto contraste con la religión establecida y con la sociedad japonesa tradicional, las mujeres son clave para las «nuevas religiones». Muchos de los fundadores de movimientos han sido en realidad fundadoras, como Nakayama Miki, Deguchi Nao y Kitamura Sayo. A estas figuras, muy conocidas en Japón, se unen muchas otras, como por ejemplo Fukada Chiyoko, Koyama Mihoko o Mizuno Fusa. En múltiples ocasiones, aunque la «nueva religión» haya sido creada por un hombre, su inmediato sucesor ha sido una mujer. Y aunque no hay datos exactos, parece que además la mayoría de los fieles también son mujeres.

Las razones de este fenómeno no están del todo claras; muchos piensan

que refleja una reacción contra el sistema patriarcal pero otros opinan que recoge el testigo de una antigua religiosidad centrada en el principio femenino que parece asomar en diversos aspectos del sintoísmo. Sea como fuere, las «nuevas religiones», lejos de ser una moda pasajera, crecen día a día, y sin duda formarán parte del panorama religioso y sociocultural de Japón durante mucho tiempo.

Bibliografía

- Aikens, C. M. y Higuchi, T., *Prehistory of Japan*, Londres, 1982.
- Akamatsu, P., *Meiji 1868. Révolution et contre-révolution au Japon*, París, 1968.
- Allen, G. C., *A Short Economic History of Modern Japan*, Londres, 1981.
- Beasley, W. G., *Historia contemporánea de Japón*, Madrid, 1995.
- Bersihand, R., *Histoire du Japon, des origins á nos jours*, París, 1959.
- Bramsen, W., *The Copper, Lead and Iron Coins Issued by the Central Government*, I, *The Coins of Japan*, Londres-Nueva York-Yokohama, 1880.
- Brinkley, F., *A History of the Japanese People from the Earliest Times to the End of the Meiji Era*, Nueva York-Londres, 1915.
- Bryant, A. J., *Sekigahara 1600: the Final Struggle for Power*, Londres, 1995.
- Clement, E. W., *A Short History of Japan*, Chicago, 1916.
- Cort, L. A., *Whose sleeves...? Gender, Class and Meaning in Japanese Dress of the Seventeenth Century*, Barnes, R. y Eicher, J. B. (eds.), *Dress and Gender. Making and Meaning*, Providence-Oxford, 1992, pp. 182-197.
- Dalby, L., *Kimono. Fashioning Culture*, Avery Press, 1993.
- Dower, J. W. (ed.), *Origins of the Modern Japanese State. Selected Writings of E. H. Norman*, Nueva York, 1975.
- Dumoulin, H., *A History of Zen Buddhism*, Nueva York, 1963.
- Gillespie, J. K., *Japan: a Short History*, Nueva York-Londres, 2001.
- Gowen, H. H., *An Outline History of Japan*, Nueva York-Londres, 1939.
- Hanh, T. N., *Zen Keys*, Nueva York, 1974.

Hammond, P. E. y Machacek, D. W., *Soka Gakkai in America: Accommodation and Conversion*, Oxford University Press, Londres, 2005.

Hong W., *Paekche of Korea and the Origin of Yamato Japan*, Seúl, 1994.

Hyoe, M. y Harper, T. (eds.), *Great Historical Figures of Japan*, Tokyo.

Imamura, K., *Prehistoric Japan. New Perspectives on Insular East Asia*, Londres, 1996.

Jacobs, N. y Vermeule, C. C., *Japanese Coinage*, Nueva York, 1972.

Jansen, M. B. (ed.), *The Nineteenth Century*, vol. 5, en *The Cambridge History of Japan*, Cambridge, 1989.

Johnston, W., *The Still Point. Reflections on Zen and Christian Mysticism*, Fordham University Press, 1995.

Kapleau, P., *The Three Pillars of Zen*, Nueva York, 1966.

Kasamatsu, A. y Hirai, T., *The Science of Zazen*, Tokyo, 1963.

Kennedy, A., *Japanese Costume. History and Tradition*, París, 1990.

Kennedy, M. D., *A History of Japan*, Londres, 1963.

Kenyon, H., *Kadensho*, Sumiya-Shinobe Publishing Institute, 1968.

Kodama, K., Kasahara, I. e Inoue, K., *Seisen Nihon Shi*, Tokyo, 1969.

Komparu, K., *The Noh Theater. Principles and Perspectives*, Nueva York-Tokyo, 1983.

Lanzaco Salafranca, F., *Introducción a la cultura japonesa: pensamiento y religión*, Universidad de Valladolid, Valladolid, 2000.

Morris, I., *The Pillow Book of Sei Shonagon*, Columbia University Press, 1991.

Morris, J., *Japan. Photographs, 1845-1905*, Nueva York, 1979.

Naumann, N., *Japanese Prehistory. The Material and Spiritual Culture of the Jomon Period*, Wiesbaden, 2000.

Reischauer, E. O., *Japan. The History of a Nation*, Nueva York, 1970.

Richie, D. y Georges, A., *The Temples of Kyoto*, Tokyo, 1995.

Sadler, A. L., *A Short History of Japan*, Sydney, 1963.

Sakuraki, S. y Blackburn, M., *Japanese coins in the Fitzwilliam Museum*,

Shimonoseki City University Review 45.2, Cambridge, (2001), pp. 21-33.

Sansom, G. B., *Japan. A Short Cultural History*, Londres, 1987.

Seager, R. H., *Encountering the Dharma. Daisaku Ikeda, Soka Gakkai, and the Globalization of Buddhist Humanism*, University of California Press, Berkeley-Los Ángeles-Londres, 2006.

Seco Serra, I., *Estudio preliminar de la colección de moneda china y japonesa del Museo Arqueológico Nacional de Madrid*, Actas del XIII Congreso Internacional de Numismática, t. II, Madrid, 2005, pp. 1669-1675.

Soler del Campo, A., *Embajadas japonesas en la Real Armería*, Mola, M. y Martínez Shaw, C. (eds.), *Oriente en Palacio. Tesoros asiáticos en las Colecciones Reales españolas*, Madrid, 2003, pp. 59-67.

Suzuki, D. T., *The Essentials of Zen Buddhism*, Londres, 1963.

Zen and Japanese Culture, Princeton, 1970.

Paine, R. T. y Soper, A., *The Art and Architecture of Japan*, Londres, 1955.

Powell, B., *Modern Japan: a Brief History from AD 800 to the Present Day*, Londres, 1939.

Totman, C. D., *Japan before Perry: a Short History*, Berkeley, 1981.

Varley, H. P., *Japanese Culture*, Honolulu, 1984.

VV. AA., *Kahei Hakubutsukan, Nihon Ginko Kinyu Kenkyujo-Currency Museum, Institute for Monetary and Economic Studies*, Tokyo, 1995.

Whitney Hall, J., *Japan from Prehistory to Modern Times*, Londres, 1970.

Algunos sufijos comunes para accidentes geográficos, lugares y edificios

Sufijo	Significado	Ejemplo
Do	sala	Sanbutsudo
En	recinto	Gaien
In	sala	Hosuiin
Ji	templo (budista)	Todaiji
Jinja	templo (sintoísta)	Akibajinja
Kawa / Gawa	río	Kurochigawa
Ku / Gu	palacio	Toshogu
Mon	puerta	Yomeimon
San = Yama	monte	Fujisan = Fujiyama
Shima / Jima	isla	Iwojima
Ten / Den	santuario	Gehaiden
Tera / Dera	templo (sintoísta)	Kokedera

IRENE SECO SERRA, se doctoró en Arqueología por la Universidad Autónoma de Madrid, tras realizar investigación en Roma y Oxford y participa en numerosas excavaciones. Al mismo tiempo completó sus estudios de lengua y cultura japonesa. Entró en 2004 en el Cuerpo Facultativo de Conservadores de Museos del Ministerio de Cultura, y se ocupa en la actualidad del Departamento de Indumentaria Popular del Museo del Traje (CIPE) de Madrid. Ha publicado gran número de artículos de investigación en revistas especializadas nacionales y extranjeras, y ha impartido conferencias en España y fuera de ella.

Sigue además colaborando en proyectos de investigación arqueológica. Entre sus trabajos cabe destacar el libro *Leyendas y cuentos del Japón* (2006), así como los artículos *Kimono de novia*, para el catálogo de la exposición *Mujeres de Blanco, Trajes de novia en las colecciones del Museo del Traje* (2007) y *Tesoros del País de Wa. La serie de Doce Monedas Dinásticas japonesas del Museo Arqueológico*, incluido en el Boletín del Museo Arqueológico Nacional (24-26, 2006-2008). Próximamente verá la luz su libro *Piedras con Alma. El betilismo en el Mundo Antiguo y sus manifestaciones en la Península Ibérica*, Universidad de Sevilla, y el estudio *Una figurilla del dios chino de la longevidad en el MNAMC*, que aparecerá en el número 8 de la revista Cuadernos de Arqueología Marítima.